
CAROLINA MACLEOD
EL BESO DE LA ROSA ESCOCESA
SERIE MACLEOD I

El beso de la rosa escocesa

Carolina MacLeod



Copyright © Mayo 2025 Carolina MacLeod

© 2025 Carolina MacLeod
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio, electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro sistema, sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Publicado en España.
Primera edición: Mayo 2025
Diseño de cubierta: Agustina Valdes
Corrección/editado por: L.T correcciones
Para más información, contactar a: carolinamcleod.webinar.es

A ti, querido lector o lectora,
que has decidido abrir estas páginas y embarcarte en este viaje conmigo.
Gracias por tu tiempo, tu imaginación y tu corazón.
Sin ti, las historias no tendrían sentido.

Y a mi familia,
por ser mi raíz y mi refugio.
Por creer en mí incluso cuando yo dudaba,
por acompañarme en el silencio de las madrugadas y en los sueños que parecían imposibles.
Este libro también es suyo.



Prólogo



Camino a Thurso, norte de Escocia, año 1347

El poderoso y salvaje viento que azotaba a la comitiva Sinclair parecía empecinado en ralentizar su marcha. Eleanor, la esposa del laird del

clan, sonrió a pesar de que los dolores en su pecho eran cada vez más intensos. Su esposo Eirik había insistido en realizar ese viaje con la intención de encontrar una cura para el mal que atacaba a su mujer desde hacía al menos un año. A pesar de que Eleanor no deseaba alejarse de sus hijas, Rose y Sophie, había aceptado.

Los caminos en aquellos parajes estaban atestados de proscritos y soldados ingleses, enviados por Edward de Inglaterra, por lo que detenerse no era una opción. El laird se acercó a Callum, el segundo de su *tannistear*, había decidido dejar a Hamish a cargo de la seguridad del clan junto con su hermano Angus. No confiaba en nadie más que en ellos.

—Callum, no podemos detenernos ahora. La noche está por caer y la posada se encuentra a pocas millas de aquí. Lady Eleanor debe descansar —ordenó el laird Sinclair mientras regresaba sobre su caballo hacia el carromato que transportaba a su esposa.

—Tío, conozco un atajo que nos ahorraría tiempo. Si lo atravesamos el bosque Dunnet, llegaríamos a la posada en un cuarto de hora —sugirió Blair deteniéndose a su lado.

Eirik detuvo su marcha y observó a su sobrino. El hijo de Angus no era más que un muchacho que apenas alcanzaba los diecisiete años. Era un joven intrépido y algo inestable, pero era el hijo de su hermano y no pudo negarse cuando había insistido en acompañarlos en su viaje a Thurso.

El laird sopesó la idea de Blair. Era demasiado arriesgado adentrarse en los bosques. Los proscritos se ocultaban tras sus árboles en busca de incautos que los atravesaban. Además de no contar con suficientes hombres para protegerlos. No obstante, el tiempo urgía y Eleanor necesitaba un lugar donde refugiarse hasta que la tormenta de viento cesara.

—Muy bien, Blair, nos arriesgaremos, que los hombres se preparen —indicó el laird.

Para cuando se detuvo junto al carromato, la débil imagen de su esposa encogió su corazón.

—Pronto llegaremos y podrás recostarte en una cama caliente.

El señor de los Sinclair, se sentía agobiado. Nunca había visto tal palidez en ella.

—No te preocupes por mí, estaré bien… —respondió Eleanor simulando seguridad.

Una fuerte tos la obligó a cubrir su boca. No deseaba alarmar a su esposo, pero la sangre que había manchado su pañuelo, no era buena señal. Con disimulo, esbozó una pequeña sonrisa. Rogando para sus adentros que Eirik no notara cómo ocultaba la tela ensangrentada.

—Ve con los hombres, trataré de descansar —dijo la mujer intentando sonar convincente.

Se abrazó a las cálidas pieles que la protegían del viento y cerró sus grises ojos. Rezando a sus dioses porque alargaran un poco más su vida solo para poder volver a ver a sus preciosas hijas una última vez.

Sin embargo, ni los dioses a los que había rezado tantas veces, pudieron evitar lo que acontecería.

La comitiva fue atacada a escasos metros de la taberna. Un grupo de al menos treinta proscritos se abalanzaron sobre ellos sin siquiera poder reaccionar. Fue una masacre, los hombres del clan Sinclair lucharon con valentía y seguridad, pero el número de asaltantes los superaba y sobrevivir resultó una tarea imposible.

El laird Sinclair atacaba sin piedad, intentando por todos los medios llegar al carromato. Su esposa, a pesar de su debilidad, también se defendía como toda una guerrera.

—Blair —gritó Eirik al ver a uno de los atacantes saltando sobre la carreta —, protege a Eleanor.

No obstante, la fría mirada de su sobrino lo desconcertó, haciendo caso omiso a la orden de su laird, Blair se unió a los atacantes y comenzó a luchar contra los soldados del clan Sinclair. Su asombro era tal que no fue consciente de que uno de los proscritos, a quien creía haber derribado, se abalanzó sobre él. Aquel desgraciado lo tomó por sorpresa. Sin darle tiempo a reaccionar, clavó su daga en las costillas del señor de los Sinclair.

A pesar del lacerante dolor, Eirik contraatacó, logrando que el hombre retrocediera ante sus perfectas fintas y estocadas. Desconcertado y sin poder defenderse, el proscrito levantó su daga con la intención de clavarla en el pecho del Sinclair, no obstante, Eirik fue más rápido. Pronto aquel malnacido caía muerto a sus pies.

Un grito desgarrador lo obligó a voltearse. El tiempo se ralentizó frente a sus ojos. Blair tenía puesto el filo de su ensangrentada espada en el cuello de su esposa.

—Eres un traidor —vociferó el laird a tiempo que se deshacía de los proscritos que se interponían en su camino. Estaba ciego de furia. Lo único que deseaba era asesinar a su sobrino.

Para cuando se encontró a escasos metros del carromato, su corazón se detuvo. Un fino hilo de sangre corría por el pecho expuesto de Eleanor. Sin embargo, la mirada serena que le devolvía, lo llenó de amor. A pesar de todo, su valiente esposa lograba calmarlo. Intentó aproximarse a ella, necesitaba tocarla, sentirla.

—No des un paso más… —siseó Blair con frialdad.

—¿Qué quieres? —soltó entre dientes el laird sin apartar la vista de su mujer.

—Arroja tu espada o ella muere —ordenó su sobrino con una expresión triunfal. Era evidente que estaba disfrutando de aquello.

—No lo hagas Eirik —intervino su esposa entre lágrimas.

Sin embargo, ya era tarde, el laird dejó caer su claymore rendido.

—Aquí me tienes Blair —soltó el señor de los Sinclair mientras levantaba sus brazos y se acercaba a ellos.

Uno de los proscritos intentó detener su avance, pero en cuanto el laird clavó sus fríos ojos en el hombre, retrocedió, temeroso.

—Mírate, no eres invencible después de todo. Te he vencido. He esperado mucho tiempo para verte rendido a mis pies —escupió Blair orgulloso mientras presionaba aún más el filo en el cuello de Eleonor.

—¿Por qué? ¿Qué ganas con todo esto? —Eirik apretó los puños, sintiéndose impotente y maldiciendo por dentro.

—Lo que me corresponde por derecho. El clan nunca debió pertenecerte. Mi padre era quien debía liderar, pero te las arreglaste para convencerlo.

—Sabes que eso no es cierto. Angus no quería ser laird y tu abuelo me eligió a mí en su lugar.

—Mi padre no es más que un cobarde. Es por esa razón que seré yo quien lidere a nuestra gente, y cuando lo haga convertiré a los Sinclair, en el clan más poderoso de Escocia —vociferó en una voz errática y oscura.

Eirik carcajeó, su sobrino no era más que un imberbe.

—¿Piensas que te saldrás con la tuya? Nadie creerá en ti, no eres más que un muchacho inútil. Ni siquiera te has enfrentado a mí, has necesitado poner tu filo al cuello de mi esposa para vencerme. No mereces ser llamado Sinclair.

Aquello provocó que Blair enloqueciera por completo. Sin ningún remordimiento y solo por descargar su furia, degolló a Eleanor en tanto un grito de placer salió de su garganta.

El tiempo se detuvo lo mismo que el corazón de Eirik al ver como la vida se escapaba de su esposa. Corrió hacia ellos y de un salto sujetó el cuello de Blair mientras tomaba la daga de su bota.

Sin embargo, una flecha atravesó su pecho, deteniendo su feroz ataque. El proscrito que había disparado sonrió a lo lejos mientras el laird se desplomaba junto a su mujer. Pensó en sus hijas, y rogó por protección a sus ancestros, en especial por su hija mayor, su pequeña *selkie*. Ella era la heredera del clan ahora y Blair no descansaría hasta asesinarla.

Lo último que vieron sus ojos antes de cerrarse, fue la mirada azul de su amada esposa.

Capítulo 1

La heredera casadera



Clan Sinclair, año 1350

Esa mañana se le había antojado navegar en el viejo *birlinn*. Necesitaba adentrarse en las salvajes olas que danzaban al compás de la intensa brisa que las acariciaba. Mar y viento. Dos amantes que se reconocían y seducían.

Rose cerró los ojos, absorbiendo en su retina aquella salvaje y perfecta imagen.

Su padre y su madre no la habían preparado para ser un intercambio entre clanes. Una moneda de pago. Su tío parecía ocultar el porqué de tanto apuro por desposarla, insistiendo una y otra vez que era para el bien de todos. Como si las hijas del gran Eirik Sinclair y la mejor amiga de la reina Joan, Eleanor Stewart, tuviesen que sacrificar sus anhelos anteponiendo los deseos de su tío. Desde que Angus heredó el liderazgo del clan, no hacía más que recordarle su obligación de casarse.

Los candidatos seguían llegando y ella, hasta ahora, había podido deshacerse de cada uno; sin embargo, las excusas se estaban acabando y pronto debería aceptar su destino.

Apretó los puños llenándose de furia al mismo tiempo que la envolvía un aura de impotencia imposible de contener. Enormes lágrimas anegaron sus grises ojos, simulando una tormenta.

¿Qué tan difícil podía ser encontrar el amor? Uno como las de aquellas leyendas antiguas que los bardos cantaban en las celebraciones.

Su mente la llevó a recordar al nuevo candidato, otro invitado de su tío, y no pudo evitar enfurecerse.

Había escapado de la fortaleza, apenas lo divisó desde su ventana. En cuanto aquel desagradable hombre descabalgó junto a su madre,

su corazón se contrajo.

¿En qué demonios estaba pensando Angus?

Hacía al menos un año que todos sus sueños de niña se escurrieron como agua entre sus dedos. Una muchacha en edad casadera era una tentación para los buitres. Los guerreros de leyenda dejaron de existir en cuanto su tío comenzó a hacer desfilar ante sus ojos una veintena de *lairds* que buscaban esposa para ellos mismos o sus hijos. Tal era el caso de los invitados de esa semana.

Otro candidato que pretendía comprarla con las riquezas de sus tierras. Vendida como a una yegua de cría. Su cuerpo a cambio del buen nombre de su clan. Porque los Sinclair eran una de las familias más poderosas de toda Escocia.

Nunca lo aceptaría, no por mucho que su tío Angus insistiera. Ella no había nacido para ser sometida. Era una guerrera, una marinera, lo mismo que sus ancestros, y no se dejaría dominar por ese hombre y su detestable madre.

Se envolvió con su *plaid* y cubrió su largo y plateado cabello. La intensa llovizna que había aparecido de pronto se adhería a su rostro y se condensaba en perlas líquidas sobre él. No le importaba, aprovecharía hasta el último minuto de la playa y el mar antes de volver a la fortaleza para encontrarse con los nuevos visitantes.

Tomó los remos, acomodó los *braccae* que su padre había encargado para ella. Rose los amaba, esas calzas eran el único recuerdo de su esencia, de su libertad.

"Un Sinclair no puede navegar con incómodas telas de mujer. Los vestidos no son para mis hijas"

Aquellas palabras la hicieron sonreír. Como extrañaba a ese viejo vikingo. Porque a pesar de ser escocés, su padre era un digno representante de sus ancestros. Por instinto, llevó la mano hacia su

adorado colgante, como si, al hacerlo, pudiese sentir la caricia de su progenitor. Aquel dije con forma de rosa, que Eirik Sinclair le regaló poco antes de morir. Su padre lo nombró "El beso de la rosa" manifestando así su adoración por ella.

—*Recuerda, mi pequeña selkie, siempre que lo lleves, te guiará hacia tu verdadero amor.*

Ya no era esa niña; sin embargo, aún tenía la esperanza de que algún día sucediera.

Sus ojos se confundieron con la tormenta que se gestaba en el horizonte. El recuerdo de aquella vida se sentía tan lejano que no pudo evitar que las lágrimas regresaran. Sin embargo, ninguna de ellas corrió por sus mejillas, no se lamentaría de su destino. Lo enfrentaría con la cabeza en alto, como una guerrera celta.

Murmuró unas oraciones de agradecimiento al dios celta del mar, el imponente protector de todas las criaturas marinas, *Manannán mac Lir* y subió a la vieja embarcación. Quizá con suerte y se hundiera en aquel mar que tanto amaba. Aunque no debía de ocurrir, no todavía. No podía abandonar a su hermana o a su gente. Puede que antes asesinara a su nuevo pretendiente y luego desaparecería en el mar como una *selkie*. Aquella idea le sacó una sonora carcajada conforme se adentraba en el imponente Mar del Norte.

No obstante, y para su regreso, las risas desaparecieron en cuanto puso un pie en la fortaleza. Su aspirante a prometido, Brandon, se hallaba campando a sus anchas en el gran salón. Sentado como si fuera poco, en el estrado que le correspondía al señor de las tierras. Junto a él, el *balar*, así era la manera en que su hermana Sophie llamaba a la madre de aquel hombre despreciable. Esa estridente y penetrante voz le producía una intensa e insoportable jaqueca, mientras que su hijo le provocaba horrorosas náuseas.

Se acercó a los intrusos con lentitud en tanto que los observaba de pies a cabeza. No podía evitar que sus grises ojos desprendieran

rayos conforme avanzaba hacia ellos. Su tío Angus era un buen hombre, pero era un ingenuo a la hora de elegir un candidato para su sobrina.

No había nada destacable en su posible prometido, solo una prominente y grasienta tripa.

Sin siquiera saludarlos, y con un brusco ademán, pasó de ellos para dirigirse a las cocinas.

—Fiona, he traído la cena. Intenta no envenenar a nuestros invitados, de eso me encargaré yo misma —comentó a tiempo que dejaba una cesta llena de pescados frescos sobre la mesa.

—Parece que ha sido un buen día —dijo la cocinera al ver la cantidad que Rose había pescado.

—Lo era hasta que llegaron los "invasores Murray" —ironizó mientras tomaba uno de los pescados y lo frotaba en su cara y sus manos a la vez que regresaba al salón.

Fiona, la cocinera, no pudo evitar carcajear. Esa muchacha era demasiado ocurrente.

Cuando por fin se dignó a saludar a los *lowlanders*, clavó sus grises ojos en Brandon Murray, intentando por enésima vez encontrar algo bueno en él. Tarea imposible, no solo tenía del tamaño de un gnomo, sino que lo era. Su cabello, aunque corto, dejaba ver por demás su blanca y arrugada frente. A pesar de no tener más de treinta y seis años, parecía de la misma edad de su madre.

*"*Un gnomo enano, grasiento y viejo."

Ni siquiera había limpiado su boca llena de cerveza cuando intentó emitir un saludo que por poco escupe sobre la muchacha. Sus amarillentos dientes relucían una sonrisa lasciva, mientras que sus

ojos la recorrieron de pies a cabeza. Un ganado comprado para reproducir herederos tan horribles como ese hombre.

Rose apretó los puños. Un deseo incontrolable de tomar ese cuello grueso entre sus manos hasta dejarlo sin respiración se apoderó de mente. No obstante, la heredera Sinclair se obligó a contenerse en cuanto Sophie se detuvo junto a ella.

—Lady Murray —saludó la muchacha con una reverencia fingida.

Rose se acercó lo suficiente para que la mujer sintiera repulsión. El olor que emanaba era en verdad insoportable.

—Querida, creo que deberías abandonar esas ropas de inmediato, no son dignas de una dama… —escupió la mujer a tiempo que cubría su rojiza nariz.

—Oh, miLady, deberá tener que acostumbrarse si es su intención pasar unos días en esta fortaleza. Como podrá apreciar durante su estadía—se acercó a la mujer hasta casi rozar su nariz con la de ella —, aquí solo nos alimentamos de los animales que hay en los corrales o de peces. Pero como no tenemos ganado suficiente gracias a las incursiones de los ingleses, lo único que nos queda es lo que el buen señor nos provee a través del mar —comentó mientras se volteaba hacia el gnomo, quien a pesar del hedor que desprendía la muchacha, no retrocedió—. ¿Lo harías por mí, Brandon?

Embobado por aquellos ojos grises, el Murray asintió sin emitir sonido.

—Mi hijo no es ningún sucio pescador —exclamó Lady Murray a tiempo que tomaba del brazo del gnomo para alejarlo de la salvaje escocesa.

—Entonces miLady, o bien aceptan que lleve esta ropa, o la posada más cercana se encuentra a cincuenta millas.

Ni se molestó en hacer una reverencia, se alejó de ese par con la cabeza en alto y una enorme sonrisa en los labios, seguida por su hermana que emitía una risita burlona tras ella. Nadie le diría que hacer en su propio hogar y mucho menos esos dos. Era una Sinclair después de todo.

Ni siquiera le importó cuando al pasar junto a Angus, su tío le dedicó una mirada furiosa al ver que Rose seguía tan altanera como siempre. Sabía que esa noche otro sermón acerca de su comportamiento aparecería. No le importaba, podía tolerarlo. Estaba acostumbrada. Aunque también sabía que la paciencia de su tío se agotaba y que pronto, ya no sería ella quien decidiría su destino.

—¿Crees que se irán? Esa gente es insoportable —preguntó Sophie mientras subían hacia su habitación.

—No lo sé, ese *brownie* no es como los demás, parece decidido a soportar cada uno de mis desplantes. Tengo que pensar en mi próximo paso y tiene que ser cuanto antes —Rose suspiró al caer en cuenta de que todas sus ideas se estaban agotando. Tenía que tomar medidas drásticas si deseaba deshacerse de los invasores.

—Te estás arriesgando a que el tío decida por ti, Rosie.

Rose asintió a tiempo que cruzaban el umbral. Ambas se sentaron en la cama, en sus miradas se dibujaba la preocupación. Sophie apoyó su cabeza en el hombro de su hermana, solo con la intención de consolarla. Deseaba hacer algo por ella, pero sabía que no era tan valiente o arriesgada como Rose. Si su destino llegaba algún día, lo acataría sin decir una palabra.

—No puedo permitir que Angus elija un candidato, ¿lo entiendes? Solo necesito más tiempo, estoy segura de que mi verdadero amor se encuentra en algún lugar —comentó con firmeza mientras apoyaba su rostro sobre la cabeza de Sophie. Su hermana no pudo evitar alejarse de ella al instante.

—Apestas, ¿lo sabías? —replicó invadida por aquel desagradable olor que Rose desprendía.

Fue en ese preciso momento en que Rose sonrió con malicia. Como si Sophie con aquellas palabras le hubiese dado la respuesta a todos sus problemas. Deseó abrazarla, aunque sabía que eso haría vomitar a su hermana.

Se dirigió hacia la puerta al mismo tiempo que la felicidad la invadía. Para cuando atravesó el umbral que la llevaba al pasillo, Sophie escuchó la alegre voz de su hermana.

—Esta noche, durante la cena, esos dos huirán como que mi nombre es Rose Sinclair…

Capítulo 2

La invitada



Clan MacLeod, Fortaleza Dunvegan, Isla de Skye

Los isleños se sentían en casa tanto en el mar como en la tierra, y Malcolm MacLeod no era la excepción. El frío gélido de las olas parecía calentar su sangre. Con firmeza sobre sus pies separados, manipulaba los cabos de las velas como las riendas de un caballo, sintiendo el poder de fuerza a través de sus poderosos brazos.

No había nada comparado con eso, y ningún lugar en el que le gustaría estar más que en un *birlinn*, acompañado por el viento que le alborotaba el cabello y el aroma del mar, inundando su nariz. Todo era parte de ese gran azul que lo rodeaba hasta donde alcanzaba su mirada.

A medida que el sol descendía, las nubes se convirtieron en una espesa niebla, apenas quedaba luz y la visibilidad se tornaba escasa conforme avanzaban. No obstante, nada de eso importaba, Malcolm no la necesitaba para saber, el *birlinn* estaba cerca de la costa rocosa de Skye.

Siempre era un placer regresar a sus tierras. Adoraba el mar y su salvaje espejo de azules infinitos, sin embargo, el verde, los lagos y sus colinas le proporcionaban la calma suficiente después de vivir entre mareas.

El viaje había sido largo y arduo, pero los baúles que llevaban a bordo mostraban que los MacLeod eran prósperos comerciantes. Provisiones, telas finas, y hasta un cofre lleno de sal, todo obtenido de sus negocios con el rey Haakon de Noruega. El corazón de Malcolm latía con intensidad mientras la costa aparecía frente ante sus ojos.

Observó su hogar a lo lejos y no pudo evitar que su pecho se ensanchara de satisfacción gracias a aquella fortaleza que su padre, Tormod y su abuelo, habían consolidado. Dunvegan se erigía sobre el acantilado como una mole imponente e impenetrable. Sus torres, con sus almenas y sus gruesos muros de piedra, robustos, sólidos y resistentes, le daban un aspecto tan hosco como impresionante.

Cuando el *birlinn* atracó en la bahía de Dunvegan, los hombres del clan ya esperaban en la orilla, listos para descargar la mercancía y dar la bienvenida a su señor. Malcolm descendió del barco a tiempo que, con paso firme, les dedicaba un saludo a cada aldeano que se acercaba. Malcolm era un laird estricto, pero a la vez justo y no necesitaba ser un déspota para que su gente lo respetara. Por el contrario, era amado y admirado por su gran liderazgo.

Alistair, su *tannistear* y amigo, lo esperaba con una sonrisa de alivio.

—Bienvenido a casa —exclamó Alistair, abrazando a Malcolm —. Es bueno, volver a verte.

—Es bueno estar de vuelta —respondió Malcolm, a tiempo que palmeaba su hombro —. ¿Qué noticias tienes para mí? ¿Todo ha marchado bien en mi ausencia?

Mientras caminaban hacia el castillo, Alistair comenzó a ponerse al día con cuanto había sucedido. Las ovejas prosperaron, asegurando lana y carne suficientes para el invierno. Los pequeños conflictos con los clanes vecinos fueron resueltos sin derramamiento de sangre. Sin embargo, no todo eran buenas noticias.

—El consejo se ha reunido en tu ausencia, siguen presionando con una alianza por matrimonio —dijo Alistair con seriedad.

Malcolm frunció el ceño. Odiaba la idea de casarse por conveniencia. En especial estaba harto de ese grupo de ancianos que se creían con derecho a decidir sobre el clan. Había luchado por obtener el liderazgo. Y ahora que todo estaba en su sitio, que las tierras eran prósperas y que el ejército consolidado, el consejo no se conformaba, deseaban más y a costa de su vida. Solo unos pocos del comité contaban con su respeto y era precisamente por ellos que no los enviaba al demonio. Más de una vez había analizado deshacerlo, quizá ya era hora de llevarlo a cabo.

La política y las alianzas podían ser armas de doble filo con las que había que irse con cuidado.

—¿Y qué opinas tú de esto? —preguntó Malcolm, esperando ansioso que su amigo disipara sus dudas. Alistair hizo una pausa, como si buscara las palabras adecuadas.

—No lo sé. Sabes que creo que deberías ser tú quien decida cuando contraer matrimonio —Malcolm asintió, su *tannistear* era su mano derecha y confiaba en lo que pensaba—. Por cierto, el viejo Ian ha traído a su nieta a vivir con nosotros. Dijo que te lo había comunicado.

—Sí, así es. Rob Amstrong y su esposa fueron asesinados y la joven quedó sin protección cuando su tío materno tomó el control del clan Amstrong —Mientras caminaban hacia la entrada de la fortaleza, preguntó—.¿Y como es ella? ¿Se ha adaptado a vivir con el viejo Ian y su mal genio? Me imagino que Mary estará feliz de tener a su nieta junto a ella —Alistair carcajeó.

—Frances…, bueno, no es como nosotros. Es orgullosa y no trata bien a las criadas. Ha dejado claro que prefiere la compañía de los ingleses y los clanes del sur a la de los salvajes highlanders, creo que esa ha sido la expresión que usó.

Malcolm sintió una punzada. No tenía paciencia para aquellos que despreciaban a su propia gente. No permitiría que nadie, ni siquiera la nieta de uno de los ancianos del clan, causara descontento.

Al llegar a las puertas de Dunvegan, el castillo se alzaba majestuoso, imponente. La fortaleza de piedra era un símbolo de la grandeza del Clan MacLeod. Cruzaron el patio hasta el gran salón, donde esperaban más miembros del clan y, por supuesto, la muchacha.

Frances estaba allí, junto a sus abuelos. Era una mujer alta y esbelta, con cabello del color de los atardeceres, de un rojo tan intenso, que parecía fuego. Sus ojos oscuros brillaban con una mezcla de

curiosidad y descontento. Debía reconocer que era bellísima, y su entrepierna no hizo más que asegurárselo.

Cuando Malcolm entró, ella lo miró de pies a cabeza, como si lo estuviera evaluando.

—Laird MacLeod —dijo Ian, con una sonrisa sincera —, qué placer verte de nuevo. Espero que el viaje haya sido fructífero.

—Así es, viejo amigo —respondió Malcolm sin quitar los ojos de encima de la joven —. Veo que ha llegado tu nieta.

—Frances, Lady Frances Amstrong —replicó su abuelo, mirando con orgullo a su nieta, mientras una satisfecha Mary se detenía junto a ella. Era evidente que la anciana buscaba que el laird notara a su nieta.

La muchacha inclinó la cabeza con ligereza.

—Dunvegan es…, interesante —comentó, sin poder disimular su desdén, pero a la vez sin poder apartar la vista del señor de aquellas inhóspitas tierras.

No se esperaba que el jefe MacLeod fuera tan atractivo.

Malcolm se contuvo. Miró a Alistair, quien estaba atento a la conversación, y luego volvió su atención a la muchacha.

—Es un lugar de historia y orgullo —dijo el señor de la isla de Skye con vehemencia—. Igual que su gente.

Malcolm no pudo evitar pensar en la tradición y los misterios que envolvían a los MacLeod desde siempre. Tal era la leyenda de Dunvegan que había sido transmitida de generación tras generación. La mente del joven laird voló al recuerdo de su niñez, donde una noche su padre, su hermano Roderick y él se encontraban admirando todo desde una de las almenas de Dunvegan.

—Observen estas tierras y esta fortaleza —dijo Tormod con orgullo —. Estas paredes son mucho más que piedras y murallas. Son el corazón de nuestro clan.

Malcolm y Roderick observaron a su progenitor. El hombre que representaba todo lo que lo admiraban. Un guerrero avezado e imponente que no se doblegaba ante nada.

—Dunvegan ha resistido siglos de batallas y de invasiones —continuó Tormod, colocando una mano sobre el hombro de su hijo mayor—. Está forjada gracias a las luchas de nuestros antepasados. Como ellos, ustedes, deben protegerla, cuidarla y amarla.

Tormod hizo una pausa, mirando hacia el horizonte.

—Les contaré una leyenda que ha sido transmitida por generaciones. Cuentan que, en tiempos antiguos, el dios marino *Manannán mac Lir* se enfureció con los hombres de la isla. En su cólera, envió una tormenta tan feroz determinada a arrasar con todo. Pero fue la fortaleza de Dunvegan la que resistió. Las olas chocaron contra sus muros, no obstante, nunca cayeron. Y se dice que, en el momento más oscuro, una figura fantasmal se alzó sobre el castillo: una visión de los primeros MacLeod, que con su espada forjada en los fuegos del cielo, defendió la tierra con valentía. Esa figura es la que aún protege este castillo, algunos dicen que es el alma de *Olaf el negro* quien ronda estas paredes.

Tormod desenvainó su espada a tiempo que sus ojos brillaban con orgullo. *Skálgrím*, el grimorio oscuro, era el legado de su ancestro, el gran vikingo Olaf, que fundó el clan MacLeod. Había pasado de líder en líder desde tiempos antiguos. No era una simple espada, era un símbolo para cada laird que la portaba y que se guardaba con recelo en un lugar secreto del castillo.

—Es por eso que su deber, hijos míos, será proteger esta tierra y a su gente. No solo por el honor de nuestra familia, sino porque, en cada piedra de Dunvegan, vive la historia de los antepasados. La ciudadela

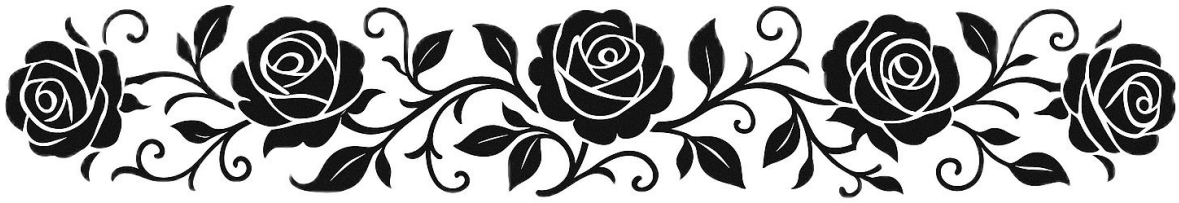
y esta espada, al igual que nuestra familia, resistirán solo si cada uno de nosotros hace su parte.

Malcolm y Roderick asintieron en silencio.

—Así será, padre —dijo finalmente, Malcolm observando maravillado las piedras preciosas incrustadas en la espada—. No dejaremos que nada ni nadie las destruya.

Tormod sonrió y, con una mirada orgullosa, puso su mano sobre la cabeza de Malcolm a tiempo que abrazaba a Roderick.

—Lo sé, hijos míos. Todos nosotros, unidos, somos este clan.



Malcolm sonrió para sus adentros, puede que Dunvegan no fuese un castillo digno de un rey, no obstante, su maravilla se encontraba

oculta y bien resguardada. *Skálgrím* era, junto a la fortaleza, algo único.

—Frances está acostumbrada a otras costumbres Malcolm, pero no debes preocuparte, pronto se convertirá en uno de los nuestros —interrumpió Mary.

Su abuela había notado la tensión tras las hirientes palabras de su nieta, a tiempo que Ian asentía agradeciendo su intervención.

El viejo consejero del clan no era tonto. La muchacha, a quien apenas conocía, fue criada por su madre, una *lowlander* de la cual su hijo se enamoró, despreciando su propio clan.

A pesar de las diferencias, y de que nunca se lo había perdonado, se estaba poniendo viejo y las rencillas con su hijo Rob quedaron en el pasado cuando murió a manos de un ataque de proscritos. Rob y su esposa perecieron en el incendio que aquellos bastardos provocaron. Esa joven era lo último que le quedaba de su Robert y no había dudado en traerla a vivir con él en cuanto se enteró de lo sucedido. Sin embargo, debía irse con cuidado, Malcolm no era de los que perdonaban una ofensa a su propia gente.

Capítulo 3

Malcolm MacLeod será mío



Frances se acercó a la ventana de su habitación, observando con desdén el paisaje agreste de las Highlands que se extendía ante ella. Los vientos fríos azotaban las colinas y la niebla descendía sobre el horizonte. Una tierra indómita y salvaje. Nunca se había imaginado viviendo en un lugar como este. Una sensación de ahogo la embargó, ella no merecía aquello. Había nacido para las fiestas y el cortejo, los vestidos bonitos y las joyas. Una tierra donde su belleza destacara y fuera admirada por nobles caballeros.

—Este lugar es un infierno —murmuró con furia mientras observaba como su doncella colocaba su baúl junto a los pies de la cama.

La amargura se coló en su cuerpo a tiempo que ajustaba el *arisaid* que su abuela le había entregado. El frío del norte parecía empecinado en recordarle lo agreste de aquel sitio.

—Margaret, ¿dónde está mi espejo? —exigió descargando todo su enojo en la joven criada.

La doncella observó con temor a su señora. Era orgullosa y superficial. Disfrutaba de manipular y maltratar a quienes ella consideraba que estaban debajo de su estatus. Desde niña había sido tratada como una reina, por lo que carecía de corazón o humildad, lo mismo que su difunta madre.

Margaret corrió en busca del objeto, temiendo que volviese a golpearla como acostumbraba cuando perdía los estribos.

—Aquí está milady —respondió la doncella con manos temblorosas.

La pelirroja se lo arrebató con impaciencia. Al observar su imagen en el espejo sonrió con satisfacción, al menos aquel salvaje lugar no le había robado su deslumbrante belleza. El reflejo que el espejo le devolvía, era digno de admiración. Perfectos bucles pelirrojos enmarcaban la palidez y tersura de su piel, resaltando sus oscuros ojos. No obstante, nada podía ocultar su inquina. Una vez más se volvió hacia la pobre criada, solo para disfrutar torturándola.

La joven doncella estaba colgando uno de sus deslumbrantes vestidos mientras Frances habiendo abandonado su contemplación, soltó con malicia.

—Margaret, ¿podrías al menos desempacar con cuidado? Pareces una de esas campesinas que junta estiércol en este clan olvidado de la mano de Dios.

Sin más, y después de unos instantes en donde sus oscuros ojos se tornaron abismales y lóbregos, regresó hacia la ventana con la esperanza de encontrar, entre aquellos isleños, el único hombre que destacaba en ese horrible lugar.

A lo lejos, cerca del patio principal, un grupo de guerreros practicaba con aquellas filosas y enormes espadas a las que estaban acostumbrados. Sus ropas, simples *plaids*, eran un recordatorio constante de que se encontraba lejos de la elegancia de las *lowlands*.

El desprecio se dibujó en su rostro. No había nada que pudiera hacerle cambiar de parecer, aquellos salvajes no se comparaban con los lores ingleses de su vida anterior. Cerró los ojos a tiempo que apretaba con furia sus puños. Odiaba a todos, en especial a su tío, que se había deshecho de ella una vez se convirtió en laird tras la muerte de sus padres.

No obstante, todo amargo recuerdo pareció desaparecer cuando Malcolm MacLeod se mostró ante sus oscuros ojos. El poderoso laird, se encontraba en el centro del grupo de guerreros. Su imponente altura, destacaba entre esos brutos isleños, y aunque no vestía ropa lujosa, la autoridad que emanaba de sus movimientos era digna de admirar. Su largo y oscuro cabello estaba atado con un cordel de cuero, exhibiendo aquella profunda y atractiva mirada verde que tan bien recordaba.

Frances dejó escapar un jadeo. Ese hombre en nada se parecía a lo que su madre describía, cuando le hablaba de los *highlanders*. Bien era sabido que Arabella Amstrong, detestaba el norte de Escocia y a

su gente, para la mujer no eran más que campesinos brutos. Aquello se lo transmitió a su hija. No obstante, el laird de los MacLeod, era diferente. Había algo en él, que la atraía sin remedio.

"Si alguien puede hacer que este sitio despreciable sea tolerable, es ese hombre"

Aquel pensamiento le arrancó una sonrisa astuta.

Un golpe en la puerta la obligó a alejarse de la ventana. Margaret abrió con temor, no sin antes asegurarse de que su señora le daba en visto bueno. Una joven doncella entró portando una bandeja con queso y una hogaza de pan.

—MiLady, la cocinera ha enviado esto, estaba preocupada porque no bajó a desayunar —dijo la criada mientras dejaba la bandeja sobre una mesa auxiliar.

La pelirroja la observó con desdén.

—¿Eso es todo? —inquirió con desprecio levantando una ceja. La doncella MacLeod se sonrojó bajando la mirada.

—Eso es lo que se me ha ordenado que se le sirva, mi señora.

—Dile a tu cocinera que en las *lowlands* saben como tratar a una dama —. Sin más, se volvió hacia la ventana, ignorando a la joven criada que se retiró rápidamente.

Margaret, que había observado todo en silencio, se atrevió a decir algo a pesar del temor que aquella mujer le producía.

—Mi señora, quizá sería prudente ser amable con ellos, recuerde que ahora vivimos en su clan.

—Estamos en este agujero porque mis padres murieron y mi tío me ha relegado aquí. No esperes que me arrodille ante estos salvajes

isleños. Además, no te he dado permiso para que hables y mucho menos estoy dispuesta a escuchar tus estúpidos consejos.

Tomó su espejo con furia, clavando en su reflejo aquella mirada lóbrega y vacía. Las palabras de su criada parecían resonar en su mente una y otra vez. Puede que Margaret tuviera razón después de todo.

"Si voy a vivir aquí, será como esposa del laird MacLeod. No hay otra posición para alguien de mi posición. Es evidente que debo cambiar de estrategia si pretendo lograrlo".

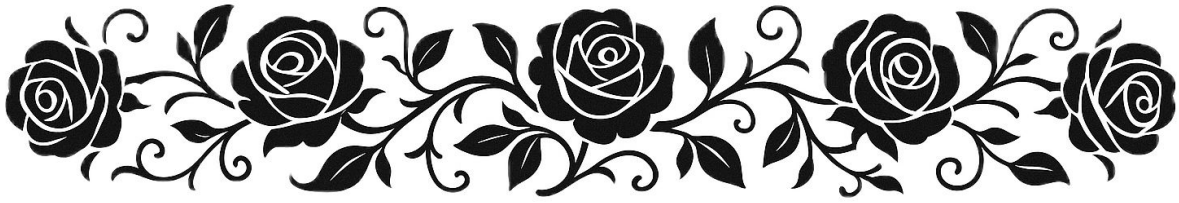
Por primera vez en semanas, desde que había dejado atrás las *lowlands,* una idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

—Margaret, ve y averigua donde es la habitación de mis abuelos. Este lugar es un laberinto de rocas —ordenó con desprecio a su criada —. Apresúrate y cubre tu cara, no soporto ver ese cardenal.

La muchacha ocultó su rostro dejando caer unos cuantos mechones de su cabello mientras se dirigía en busca de la habitación de Ian y Mary MacLeod. No deseaba que nadie viese aquel golpe y tener que dar explicaciones. A fin de cuentas, ¿quién le creería?

Mientras Margaret se alejaba, los pensamientos de Francés continuaban ideando el plan para cazar al laird MacLeod.

"Puede que esté atrapada en este horrible lugar, no obstante, no seré como esos salvajes. Me aseguraré de convertirme en la señora de estas tierras y una vez lo logre, este sitio será como yo desee".



Poco después, sus abuelos se encontraban frente a ella. Frances los observaba sin emoción en su bello rostro.

Ian MacLeod estaba sentado junto al fuego, disfrutando del calor de las llamas mientras el frío del exterior congelaba las gruesas paredes de piedra. A su lado, su abuela, Mary, reparaba una camisa. Era una tarde tranquila en la fortaleza, y los ancianos se permitían un momento de paz.

—Abuelos —La voz de la desdeñosa muchacha resonó en la sala.

Ian y su esposa se sorprendieron al verla entrar, era raro que ella buscara su compañía.

—Frances, querida —respondió Mary con una sonrisa, indicándole que tomara asiento frente a ellos —. ¿Qué te trae por aquí a esta

hora?

—He estado pensando mucho desde que llegué al clan —comenzó, bajando la mirada, fingiendo modestia—. Me he dado cuenta de que he sido injusta con todos.

Ian frunció el ceño, confundido, mientras que Mary abandonaba su tarea.

—¿Qué quieres decir? —inquirió el anciano.

Ella levantó la vista, dispuesta a convencerlo de su aflicción.

—He sido una desconsiderada —continuó—. No, he demostrado el respeto que merecen ustedes, el clan y el laird. Me he comportado como si no perteneciera aquí, y me arrepiento, la verdad es que quiero formar parte de esto.

El anciano consejero sintió que el corazón le daba un vuelco. Desde que Frances había llegado al clan, había anhelado ver en su nieta interesada en el clan

—¿Estás seg…?

—Quiero llevar los colores del clan, abuelo —interrumpió la muchacha, antes de que él pudiera terminar la pregunta—. Deseo mostrarles a todos que soy una verdadera MacLeod. Que estoy orgullosa de este clan.

La emoción de los ancianos era evidente. Mary se levantó de su silla y se acercó a ella para abrazarla.

—¡Frances, eso es maravilloso! —exclamó con voz temblorosa—. Siempre supe que en el fondo de tu corazón había un lugar para nosotros. Nada me haría más feliz que verte vestida con los colores de nuestra gente.

La joven sonrió con dulzura, pero en su interior, se regodeaba de su propio plan. Sabía que tenía que ganarse la confianza del clan si quería acercarse a Malcolm. Si lograba que la vieran como una de ellos, como una verdadera MacLeod, sería mucho más fácil atrapar a Malcolm.

—Gracias —respondió intentando sonar sumisa —. Significa tanto para mí que me acepten. Quiero que todos vean que estoy dispuesta a luchar por este clan, como lo haría cualquier MacLeod.

Ian, con lágrimas de alegría en los ojos, tomó las manos de su nieta entre las suyas.

—Frances, esto es más de lo que hubiera podido soñar. Claro que te daremos los colores del clan. El *plaid* de los MacLeod te será entregado, y lo llevarás con orgullo. Estoy seguro de que Malcolm también estará feliz de verte así.

La pelirroja mantuvo su sonrisa, escondiendo sus verdaderos pensamientos. Todo estaba saliendo como lo había planeado. Con los viejos de su lado, nadie podría cuestionar su lugar. Y Malcolm, por fin, sería suyo. Vistiendo los colores del clan, ningún isleño dudaría de que ella había sido la elección perfecta.

—Espero que así sea, abuelo. Quiero demostrarle a Malcolm que estoy feliz de llamarme MacLeod.

Ian asintió, conmovido por las palabras de su nieta, a tiempo que Mary acariciaba su rostro. Ninguno de ellos tenía idea de que ella solo estaba interpretando su papel a la perfección, aprovechando cada oportunidad para acercarse más a su objetivo.

—Estoy muy orgullosa de ti. —La anciana apretó con cariño las manos de su nieta —. Avisaré a las mujeres mañana mismo. Todas participaremos en tejerlo para ti.

Frances asintió con una sonrisa radiante.

Capítulo 4

La heredera se revela



Clan Sinclair

El eco de sus pasos resonaba en los pasillos de la fortaleza Sinclair. Rose caminaba con firmeza, su enojo, parecía aumentar con cada pisada mientras se dirigía a la sala principal, donde sabía que encontraría a su tío Angus. Desde que había rechazado a Brandon Murray, su tío estaba furioso, y ella se preparaba para enfrentarlo. No se arrepentía de lo ocurrido, pero sabía que él no lo dejaría pasar.

Al entrar, lo encontró de pie junto a la chimenea, con el ceño fruncido y las manos apoyadas en la cintura. Su postura denotaba impaciencia. Angus Sinclair, un hombre alto y de porte robusto, parecía aún más imponente que su propio padre cuando ella cometía alguna travesura. Pero Rose no se dejaría intimidar. Se plantó frente a él, con el mentón en alto y la mirada desafiante.

—¿Por qué? ¿Es que no has entendido nada? Ese hombre te hubiera dado todo. Eres una insensata —reclamó su tío mientras se dirigía a su silla.

El laird Sinclair resopló cansado. Las responsabilidades se acumulaban sobre sus hombros y casar a su sobrina mayor era una de ellas. Esa muchacha estaba en edad de desposarse y él necesitaba alianzas poderosas si deseaba mantener en pie al clan para alejar a su hijo. Su ejército se debilitaba y como laird no tenía más opción que desposar a la muchacha.

—¿Insensata? —replicó Rose con sorna—. Ese hombre no vio en mí más que una presa. No voy a entregarme a un matrimonio sin amor.

Angus soltó un bufido.

—Podrías ser un poco más sumisa y realista, vives soñando con imposibles. La realidad es que necesitamos una alianza con el clan Murray, por lo que iras a la posada para disculparte con ellos. No puedo creer que les sirvieras pescado podrido, no solo los has intoxicado, sino enfurecido.

La muchacha carcajeó sin poder evitarlo, el recuerdo de esos dos huyendo despavoridos de la fortaleza era imposible de olvidar. Se había vengado de sus desprecios y miradas desafiantes por parte de esa bruja que Brandon Murray tenía por madre. Pero lo que más satisfacción le había dado era que el rostro del *brownie* había tomado el color de las praderas en primavera. Debía reconocer que hacía tiempo que no se divertía tanto.

—No puedo—respondió desafiante—. Brandon Murray es un niño mimado que no sabe lo que significa ser un hombre de verdad. Solo estaba interesado en llevarme a la cama, y por si no lo has notado, su madre ni siquiera se despega de su lado. No soy una pequeña a la que puedan controlar. Además, no lo lamento. Bien merecido se lo tienen.

Angus rodó los ojos, su sobrina mayor era una muchacha maravillosa, sin embargo, tenía un carácter de mil demonios cuando se enfurecía.

—¿Acaso no piensas en lo que será de tu vida si ya no estoy para protegerte? Tu prim… —Angus calló, no deseaba que Rose supiera la verdadera razón por la que necesitaba desposarla.

—¿Mi primo? ¿Qué tiene que ver Blair en todo esto? —exclamó la joven —. Habla tío, ¿Te está amenazando? ¿Es eso? ¿Estamos en peligro?

La muchacha retorcía las manos en un intento por serenarse, sabía que su primo Blair era un ser despiadado. Angus tuvo que renegar de su propio hijo en cuanto había conspirado para asesinarlo cuando su tío asumió como laird de los Sinclair. Blair reclamaba su derecho a las tierras a pesar de que eran Rose y Sophie las verdaderas herederas.

—No —mintió ocultando que Blair estaba cada vez más cerca.

Necesitaba desposarla con un clan poderoso, de esa manera podían defenderse. El ejército de los Sinclair había mermado en cuanto Blair

los convenció de que él era quien merecía el liderazgo, sabiendo que Angus estaba demasiado débil gracias a su enfermedad.

—¿Estás seguro? —inquirió Rose al mismo tiempo que le recorría un escalofrío al pensar en su primo.

—Solo estoy siendo precavido. Mi salud empeora cada día y no deseo dejarlas sin protección. Es por eso que no puedes seguir rechazando a todos los candidatos que te presento. Eres una Sinclair, y eso conlleva responsabilidades.

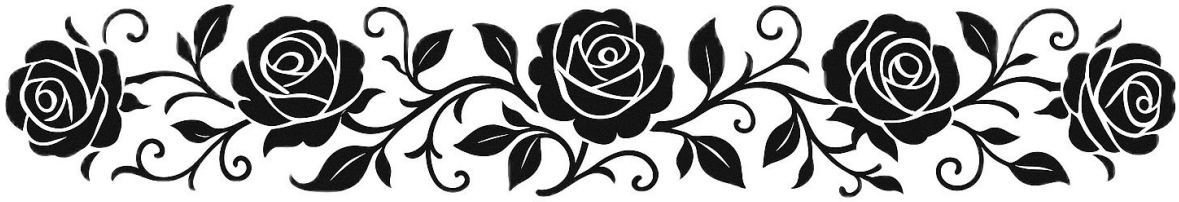
—Responsabilidades —repitió con ironía —. ¿Y qué pasa con mis deseos, mis sueños? No voy a casarme solo para complacer a los demás. Si debo unirme a alguien, será por amor, no por conveniencia.

Angus la miró negando con la cabeza.

—¿Y qué propone entonces? ¿Vivir aquí para siempre?

—No, pero solo de pensar en Murray siento náuseas —contestó la muchacha, con decisión—. Prefiero ver arder esta fortaleza a casarme con ese *brownie* y con su madre. Porque te aseguro que esa mujer no permitirá nunca que otra ocupe su lugar.

El silencio se tornó denso. El viejo laird apretó los labios, furioso. Aunque a pesar de todo, admiraba la determinación de su sobrina. Rose no era una muchacha que se dejara intimidar, y eso, aunque fuese un problema, también era su mayor virtud.



Después de que su sobrina se había marchado, Angus se dejó caer en su silla. Su cuerpo estaba cada vez más débil y ya ninguna de las tisanas de la curandera parecían surtir efecto.

Cerró los ojos imaginando lo que sería de sus sobrinas si él faltara. Hasta ahora había podido evitar que Blair volviese a atacar. Su espía fue asesinado días atrás, por lo que estaba seguro de que su hijo volvería a intentarlo. Y esta vez, Angus dudaba de que pudiesen detenerlo. Había escuchado rumores de lo poderosos que eran. El grupo de proscritos más salvaje e importante de las highlands. Imposible de rastrear o eliminar.

Apretó los puños, arrepentido de no haberlo detenido antes. Sin embargo, era su única familia. Sangre de su sangre.

¿Cómo un padre podía encerrar a su hijo en un calabozo?

Al principio se negó a aceptar que su muchacho podía haberse convertido en un ser despiadado y ávido de poder. Aún tenía sus sospechas acerca de la muerte de su propio hermano Eirik. La manera en que fue asesinado junto a su esposa Eleanor, demostraba a que había sido cometido solo por diversión. No faltaba nada entre sus pertenencias cuando fueron encontrados en aquel bosque camino a Thurso. Ni siquiera las joyas que su cuñada llevaba en su cuello. Fue un asesinato por venganza. Y lo peor, con saña.

Y el único que había sobrevivido al ataque había sido precisamente su hijo Blair, quien era parte de la comitiva que los acompañaba.

Nunca pudo comprobar si Blair estuvo involucrado, no obstante, su fría actitud hacia la muerte de Eirik y Eleanor fue indicio suficiente. Angus se negó a aceptar que su hijo era capaz de asesinar a sangre fría a su propia familia hasta que fue demasiado tarde.

Tiempo después de que Angus tomara el liderazgo de los Sinclair, las intrigas y los ataques comenzaron. Revueltas internas entre los seguidores de su hijo y los fieles soldados del clan, los constantes desplantes y cuestiones acerca de sus decisiones y reuniones ocultas fueron solo el comienzo. A pesar de todos sus esfuerzos por detenerlo, Blair no cesaba en sus intentos. Deseaba ser el laird y no le importaba como lograrlo.

En una de aquellas revueltas llegó demasiado lejos, no solo asesinó, junto a sus seguidores, al menos diez soldados, sino que luchó en su contra. Por fortuna, su mano derecha, Hamish, logró llegar a tiempo antes de que su propio hijo lo asesinara.

No pudo encerrarlo, no tuvo el valor. Decidió desterrarlo con la esperanza de que aquello mermara su ambición. Sin embargo, Blair se convirtió en un proscrito poderoso, reuniendo a más seguidores de lo que podía esperar, atacando y arrasando no solo a los pobladores Sinclair, sino a otros clanes.

Y ahora su promesa por destruirlos estaba más cerca que nunca. Su intención era clara, deshacerse de su propio padre y de la amenaza que Rose y Sophie representaban. Sabía que si llegaba a atacarlos, sus sobrinas morirían a manos de su propio primo.

Necesitaba aliados si deseaba salir exitoso de todo aquello antes de que fuera demasiado tarde. Desposar a Rose se había convertido en una necesidad. Pensó en su sobrina mayor, desconocía por completo la amenaza que Blair representaba. Hubiera deseado no tener que llegar a eso. Sin embargo, hablaría con ella la mañana siguiente y le confesaría sus temores. Quizá aquello era lo que necesitaba para hacerla entrar en razones.

El viejo laird tomó su cabeza entre sus manos, un fuerte dolor en la sien lo atacó. Sabía que la enfermedad estaba llegando a sus huesos. La podredumbre en su piel se expandía como la plaga, incontrolable, imparable. Ya nada podía hacer.

Con dificultad salió de su habitación. Necesitaba hablar con Hamish para que comenzara a preparar las defensas esa misma noche. No estaba seguro de cuando sucedería, pero mientras aquello no ocurriera, se prepararía con los pocos hombres que aún le quedaban.

—Hamish, busca al herrero y que comience hoy mismo con el refuerzo de la salida al mar. Conociendo a mi hijo, sé que es uno de los lugares que elegirá —El *tannistear* asintió a tiempo que preguntaba.

—¿Deseas que refuerce las almenas? —Angus agradeció aquella sugerencia.

—Todo hombre que pueda empuñar una espada será necesario, por lo que busca quienes están dispuestos a pasar la noche en vela a partir de ahora. Mañana mismo comenzarás a entrenarlos. Confío en tu destreza, viejo amigo —El enfermo laird necesitó de toda su voluntad para no caer allí mismo. Las fuerzas mermaban con cada minuto que pasaba de pie.

—¿Rose lo sabe? —inquirió Hamish.

—No, pero deberé decírselo. Es inteligente y algo sospecha. Solo espero que no sea demasiado tarde. Hamish…—El laird hizo una pausa, no le gustaba pensar en lo peor—, si algo llegara a ocurrir, quiero que saques a mis sobrinas de aquí y las pongas a salvo de Blair. No descansará hasta darles caza y asesinarlas, ocúltalas en tu clan, esas muchachas son… —Angus no pudo continuar.

Apretó los puños, rogando que aquello no ocurriera, no deseaba dejar a sus sobrinas desprotegidas y en un clan desconocido, sin embargo, no tenía otra opción. Su ejército no era el mismo de antaño y no resistirían otro ataque. Cerró sus cansados ojos intentando convencerse de que aquello sería lo mejor, al menos sus sobrinas estarían a salvo de las garras de su hijo.

—Amigo mío, te doy mi palabra que cuidaré de ellas hasta mi último aliento.

Capítulo 5

Problemas en el clan MacLeod



El silencio abrazaba la fortaleza Dunvegan esa noche. Malcolm seguía sentado en el estrado del salón, estaba exhausto. Después de haber escuchado por al menos por dos horas los problemas de sus pobladores, su cabeza parecía estallar en mil pedazos. Sin contar con que su mente regresaba una y otra vez a las decisiones difíciles que se avecinaban

No deseaba aceptar lo que los ancianos reclamaban. Sin embargo, sabía que una alianza, afianzaría aún más todo lo que hasta ahora había logrado. Lo más importante era su clan, por lo que haría lo necesario para protegerlo. No le interesaba la política y aun así debía aceptarla.

Maldijo, se sentía una marioneta en manos del consejo y aquello lo enfurecía.

De repente, los pasos de Alistair interrumpieron el silencio en el que estaba enfrascado.

—Pareces agotado —comentó *el tannistear* preocupado. Malcolm inspiró profundamente.

—Te juro que otra discordia más y renuncio al liderazgo —Alistair carcajeó.

—¿Qué ha sucedido esta vez?

—Myriam, la esposa del herrero y su eterna disputa con la hechicera Morag. Esa mujer no hace otra cosa que traer problemas. Todos le temen y ya no sé qué creer; sin embargo, bruja o no, deberé hablar con su hermano. Si no fuera por Calan ya la hubiera desterrado del clan hace años —respondió el laird al recordar al consejero.

Calan, era el líder de los ancianos y era el más influyente, toda decisión pasaba por él. Su hermana, Morag, fue la sanadora del clan, hasta que comenzó a experimentar la brujería. No obstante, Calan

intercedió por ella, prometiendo que nunca pisaría el clan. Por lo que Malcolm accedió a pesar de lo que opinaban todos.

—Por cierto, me he enterado de que Calan y sus seguidores han vuelto a insistir con la alianza.

Malcolm asintió mientras la jarra con *cruim* giraba en sus manos.

—No me han dejado opción. Cada reunión en una insistencia tras otra, hasta han hecho una lista con varios nombres. Siguen diciendo que debo asegurar la prosperidad del clan.

Alistair frunció el ceño, no comprendía como los ancianos se atrevían a desafiar a Malcolm. Era un laird justo, un hombre que se había ganado el respeto de su gente y de los clanes vecinos y hasta del mismo rey David. Puede que fuera reservado y desconfiado, en especial tras lo sucedido con su antigua prometida, no obstante, nunca había demostrado debilidad.

—Eso no tiene sentido. Desde que tomaste el liderazgo, hemos prosperado sin necesidad de alianzas matrimoniales. El comercio con los noruegos ha mejorado y las tierras de los MacLeod son las más fértiles de las highlands. La pregunta es ¿Qué gana el consejo con ese matrimonio?

Malcolm clavó sus verdes ojos en su mano derecha y su amigo.

—Eso es lo que no deja de rondar en mi cabeza. Hablan de seguridad y estabilidad, pero lo que me desconcierta más aún, es la urgencia de esa unión. No creo que estemos necesitados de una dote, aunque no niego que aumentar las arcas siempre es bienvenido. Sin embargo, estoy seguro de que hay algo más —respondió el señor de los MacLeod a tiempo que Alistair cruzaba los brazos.

—He escuchado rumores de que algunos miembros del consejo se han reunido en privado con otros clanes en tu ausencia, si es eso

cierto, es probable que estén ocultando algo a tus espaldas. ¿Crees que serán los mismos de la lista?

—No lo sé, pero ten por seguro qué pienso averiguarlo, he conocido a varias de las candidatas que proponen. Son bonitas muchachas y de buena cuna. Sin embargo, ninguna es de mi agrado, hubiera preferido ser yo mismo quien eligiera esposa —comentó Malcolm pensativo.

—¿Y qué me dices de la nieta de Ian? Debes reconocer que es muy hermosa. Además, no te quitó los ojos de encima en toda la cena —Malcolm asintió a tiempo que sonreía.

Lady Amstrong era una mujer preciosa; pero, no deseaba problemas con el viejo consejero ni con su propia madre. Si Catherine MacLeod llegaba a enterarse de que Frances era una *lowlander*, ni el mismo rey de Escocia podría detener sus insultos.

—Lo es, pero no deseo que el viejo Ian mande a cortar mis bolas, pretendo conservarlas, sin contar con que mi madre…—bromeó, logrando que una sonora carcajada resonara en la habitación.

—Por cierto, dile a Edith y a Mary que comiencen con los preparativos de la fiesta. Los Douglas deben haber partido ya hacia nuestras tierras lo mismo que mi familia, ese compromiso es lo que necesito para quitarme este cabreo.

Alistair asintió sonriendo; sin embargo, antes de marcharse se detuvo.

—Malcolm, me olvidaba. Todo está listo para zarpar, el *birlinn* ya ha sido reparado. Hemos subido el cargamento tal y como lo ordenaste —El señor de los MacLeod hizo una mueca mientras dejaba su jarra sobre la mesa.

—Muy bien, que parta mañana mismo. Mi madre y mis hermanos lo estarán esperando antes de emprender viaje hacia aquí. No

obstante, nadie debe saber cuando partirá.

—¿Temes que sea robado? —Malcolm asintió.

—Hemos sido atacados en numerosas ocasiones este último año. No podemos arriesgarnos. Después de la traición de mi antigua prometida, no confío más que en unos pocos. Solo lo sabremos tú y yo —respondió Malcolm, al mismo tiempo que tomaba su jarra de *cruim* y se dirigía hacia el hogar que brindaba calor al salón en aquella noche tan fría.

—Eso ha quedado en el pasado. Ni siquiera has tenido noticias de ella en diez años. Lo más probable es que se encuentre oculta en Irlanda con su amante —comentó Alistair.

—Y así espero que continúe para siempre —Malcolm apretó los puños al recordar a esa joven que se había burlado de él cuando era solo un muchacho—. Aun así, no pienso arriesgarme a que vuelvan a atacar uno de nuestros barcos. No después de…

—¿Lo dices por el último cargamento? —interrumpió el *tannistear.*

El jefe MacLeod se tomó las sienes mientras inspiraba una profunda bocanada.

—Esas joyas eran un regalo del rey Haakon para la reina Joan, ¿cómo crees que nos hizo quedar frente a David? Te aseguro que no se lo tomó muy bien. Es por esa razón que debemos adelantarnos para que no vuelva a suceder. No pienso quedar como un incompetente por segunda vez.

—Así se hará entonces. Me encargaré de que el *birlinn* salga desde la costa y no del puerto esta misma noche, viajaré hasta la isla de Lewis si lo crees conveniente—El laird asintió pensativo.

Conforme su *tannistear* se alejaba, Malcolm apretó los puños, ese cargamento le había sido enviado a la reina de Escocia por el rey

noruego, después de las arduas negociaciones que el rey David le había encomendado. La paz entre ambos pueblos era primordial, en especial si aun el liderazgo de su soberano, seguía en peligro. Los ingleses continuaban incursionando a pesar de la tregua entre Escocia e Inglaterra. Contar con aliados como el rey Haakon de Noruega, era primordial. Y él había fallado.

Aquello lo dejaba en una situación complicada ante el rey.

Estaba seguro de que alguien dentro de sus tierras era el causante de aquellos robos. Quizá estuvieran enviando información a otros clanes enemigos. Lo cierto era que desde que había asumió el liderazgo, todo parecía estar en su contra. Los problemas no se detenían, por el contrario, a pesar de haber convertido al clan MacLeod en uno de los más poderosos de las highlands, quien estuviera detrás de lo malo que sucedía dentro de la fortaleza, parecía estar siempre un paso adelante. Como si de un espía se tratase. Le resultaba imposible pensar que uno de los suyos fuera un traidor.

Y ahora, para empeorar las cosas, debía elegir una esposa solo para complacer a un grupo de ancianos ávidos de poder. Estaba harto de sentirse una marioneta en manos del consejo. Ya ni siquiera contaba con Ian. Puede que lo respetara; sin embargo, desde que lo habían nombrado parte de la asamblea de ancianos, más de una vez se puso en su contra.

Debía irse con cuidado, no solo con el consejo sino con el traidor. Enviaría a sus mejores hombres a investigar. Alguien en algún lugar tenía la información que necesitaba. Mientras tanto, él se encargaría de ese grupo de ancianos. Había algo que no le gustaba y no descansaría hasta averiguarlo.

Capítulo 6

Desterradas



Clan Sinclair, días más tarde…

Rose despertó de repente, un mal presagio la embargó de pronto. Entonces, lo escuchó.

Primero fue un crujido, como el retumbar lejano de un trueno. Pero aquello no era una tormenta. El sonido se repetía y se acercaba. Se incorporó en la cama sintiendo como su cuerpo se tensaba. El siguiente eco heló su sangre.

Confundida, intentó quitar de sus pensamientos la desazón que se negaba a abandonarla. Puede que el sueño le estuviese jugando una mala pasada. Su mente buscaba una explicación mientras se acercaba a la ventana de su habitación. Afuera, el cielo se mezclaba con densas nubes de humo, y más allá del patio, cientos de antorchas resplandecían en la oscuridad. Su corazón dio un vuelco en cuanto cayó en cuenta de lo que sucedía, el enemigo había cruzado los muros. Aquello no era un sueño o una pesadilla, era real.

Los sonidos del ataque aumentaban mientras podía escuchar como los hombres del clan corrían por los pasillos. El inconfundible golpe de espadas chocando, retumbaba en sus oídos conforme se acercaba a la puerta de su habitación. Podía escuchar los gritos, las órdenes mezclados con alaridos de terror.

Pero, ¿quién osaría atacarlos? El clan no estaba en conflictos, no al menos uno que justificara aquello. Fue entonces que recordó las palabras inconclusas de la noche anterior. Angus había callado; sin embargo, el nombre de su primo retumbó en sus oídos como una advertencia.

Estaba segura de que Blair, por fin, había logrado su cometido, destruir a todo Sinclair que se le opusiera.

Rose tragó con dificultad. Sabía que no podía quedarse allí, necesitaba ir en busca de Sophie y ayudar a su tío. El viejo laird no

podría luchar contra su hijo si se enfrentaban. Tenía que ponerlos a salvo de aquella amenaza.

Un estruendo sacudió la puerta de su habitación. Su corazón dio un vuelco. Afuera, alguien peleaba. Los golpes y los gritos podían escucharse con claridad justo detrás de la gruesa madera.

Los alaridos continuaban, cada vez más desgarradores, mientras imaginaba cómo los pocos soldados Sinclair que apoyaban a su tío caían uno por uno, incapaces de detener a su primo y sus hombres. Sin pensarlo dos veces, corrió hasta el cofre a los pies de su cama y sacó la espada que años atrás su padre Eirik había mandado a hacer solo para ella.

Rose se detuvo un instante junto a la puerta de su habitación con su mano aferrada a la empuñadura de su espada. Su pecho subía y bajaba con rapidez, era ahora o nunca. Tomó una profunda bocanada y abrió la puerta. Conforme avanzaba por el eterno corredor que la llevaba a la habitación de Sophie, un guerrero enemigo surgió a su izquierda, la muchacha apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que el hombre levantara su espada hacia su cabeza.

Con un rápido movimiento, Rose alzó su arma para bloquear el golpe. El impacto la sacudió, pero sus piernas se mantuvieron firmes. El metal rechinó. Sin dudarlo, dio un paso atrás y deslizó su espada hacia abajo, girando el brazo para desviar el ataque del hombre. Su corazón parecía salírsele del pecho, pero su mente estaba decidida.

El guerrero avanzó de nuevo, lanzando otro ataque; sin embargo, Rose no se amedrentó. La hoja de su espada se movía con rapidez, esquivando las embestidas de su atacante.

Un segundo golpe, mientras bloqueaba otro ataque, la sacudió nuevamente, esta vez, su cuerpo comenzó a temblar bajo el peso de su agresor. Los músculos de su brazo ardían, pero la muchacha mantenía la mirada fija en su oponente con determinación.

El guerrero soltó un gruñido de frustración al no poder someterla. En un ataque desesperado, se lanzó hacia ella, pero Rose giró sobre sus talones, esquivando su embestida. Y antes de que él pudiera recuperarse, la joven atacó. Con una perfecta y certera estocada, su espada se hundió en el costado de su adversario. El tiempo pareció ralentizarse. Era la primera vez que quitaba una vida, aquello provocó que su cuerpo comenzara a temblar atemorizado. La imagen de ese hombre frente a sus pies, era lo más aterrador que alguna vez había presenciado y lo peor, era que ella la culpable.

Sin embargo, nada podía hacer ya por él, se convenció de que no era una asesina, solo se había defendido. Tomó una profunda bocanada antes de continuar.

El largo pasillo parecía interminable, y a cada paso, podía sentir el peligro a su alrededor. Cuando por fin llegó a la habitación de su hermana, empujó la puerta con fuerza.

—Sophie… —susurró conforme se adentraba.

La menor de los Sinclair estaba acurrucada en un rincón. En sus dulces ojos azules se vislumbraba el terror. Rose corrió hacia ella, envolviéndola en un abrazo.

—Vamos, debemos salir de aquí. No hay tiempo —instó mientras tomaba su mano.

Salir de allí era crucial. Sophie asintió, a pesar de que su cuerpo era un manojo de espasmos.

El retumbar de pasos y un grito feroz a lo lejos la obligó a detenerse. Rose apretó la mano de su hermana con más fuerza y se acercó con cautela hacia la escalera que llevaba al salón principal. Aquella imagen desgarradora se clavó en su retina como una daga. Su tío Angus luchaba con todas sus fuerzas contra los invasores. Su espada se alzaba y descendía con precisión, a pesar de su enfermedad. Los

enemigos caían a su alrededor, mientras que el viejo laird no vacilaba.

Rose se adelantó, dispuesta a ayudarlo, pero Sophie la detuvo al observar como Blair, se acercaba hacia Angus con el rostro distorsionado por el odio. La mayor de las hermanas abrió la boca para advertir a su tío, pero sabía que expondría a ambas si lo hacía.

Con un solo y rápido movimiento, Blair levantó su espada y la hundió en el pecho de Angus, tan brutalmente que el anciano ni siquiera tuvo tiempo de defenderse.

Su tío cayó de rodillas, soltando un jadeo ahogado. La vida se escapaba del viejo laird, incapaz de volver a incorporarse. Los ojos de Angus observaron el caos a su alrededor, el tiempo se ralentizaba mientras el dolor lacerante de la herida parecía algo lejano. Cerró los ojos, rezando porque Hamish cumpliera con su promesa. Rose y Sophie eran ahora el objetivo de Blair. La imagen de sus muchachas pasó frente a sus ojos. Hubiera querido tener más tiempo, advertirlas. Soltó un murmullo ahogado mientras dirigía su mirada moribunda al muchacho al que le había dado la vida.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro mientras escuchaba como su hijo carcajeaba con malicia en la lejanía. No obtuvo respuesta. Su cuerpo no resistió. Cayó a los pies de su primogénito a tiempo que la muerte lo alcanzaba al fin.

Blair se inclinó sobre su padre con la mirada vacía. De un empellón, retiró la espada del pecho de Angus Sinclair, que yacía aún con los ojos abiertos y sin vida.

Intensas lágrimas anegaron los tormentosos ojos de Rose, pero no tenía tiempo para llorar. Debía sobrevivir para salvar a Sophie. El peligro no había pasado.

—Mi señora —una voz susurró cerca de ella.

El *tannistear* del clan, se acercó a las muchachas con sigilo.

—Hamish haz algo —Rose apretó la empuñadura de su espada con furia. Incapaz de aceptar la muerte de su tío.

—Ya nada se puede hacer. No hay tiempo que perder, debemos irnos antes de que Blair...—El valiente guerrero de los Sinclair tomó la mano de Sophie, que aún no salía de su turbación mientras se dirigía a la mayor de las hermanas con firmeza —, es lo que el laird hubiese querido.

—Pero no podemos dejarlo allí —La muchacha insistió, negándose a abandonar a su tío y a todo lo que conocía.

—Tu tío me hizo prometerle que las protegería y eso es lo que voy a hacer. Blair no descansará hasta dar con ustedes. Piensa en tu hermana. Ahora ven conmigo —ordenó el guerrero de los Sinclair.

A regañadientes la muchacha asintió, aunque su corazón se negara a escapar como una fugitiva en medio de la noche. Hamish tenía razón, debía velar por Sophie y quedarse allí sería un suicidio.

En medio del caos, las hermanas y el *tannistear* avanzaron por los pasillos oscuros de la fortaleza. Los ecos de los gritos y el choque de espadas resonaban a su alrededor, mientras intentaban conservar la calma. Rose se detuvo de pronto al escuchar pasos que se dirigían hacia ellos.

—Por aquí —susurró Hamish, señalando una puerta al final del pasillo.

Sin embargo, un grupo de enemigos apareció de la nada bloqueando la salida. Hamish sabía que sería un suicidio enfrentarse a esos desgraciados. La duda se apoderó del guerrero, no obstante, era la única vía de escape. Tomó una profunda bocanada, como dándose ánimos. Apretó la empuñadura de su espada, rogando a los dioses que le diera la fuerza suficiente para confrontarlos.

Rose lo detuvo antes de que cometiera aquella locura.

—La habitación de mis padres, allí hay un pasadizo que da a la parte trasera de la fortaleza. Nadie sabe de su existencia.

Por fortuna, su mente recordó el antiguo camino secreto que su padre le había mostrado cuando era niña. Solo debían llegar a la habitación que perteneció a sus padres al otro lado del corredor.

Para cuando atravesaron el umbral, respiró aliviada. Sin perder tiempo se dirigió hacia uno de los muros. Con manos temblorosas, empujó una piedra que cedió con un crujido. Una abertura se reveló en la oscuridad. El aire frío y denso que salía de ella les daba la bienvenida al único camino seguro.

—Rápido —instó, entrando primero en el túnel. Hamish y Sophie la siguieron.

El pasadizo era estrecho y oscuro, el aire pesado, estaba enviciado por el polvo acumulado a lo largo de los años. El sonido de la batalla se desvaneció mientras descendían por los angostos escalones de piedra, pero el eco de la traición de Blair resonó en la mente de Rose en tanto se alejaba de todo lo que había amado.

En su interior juró que algún día se vengaría.

Capítulo 7

Un nuevo comienzo



Hamish Sinclair, antes conocido como Hamish MacLeod, se había alejado de su clan años atrás cuando escapó como un reo culpándose de la muerte de su laird. Abandonó a sus sobrinos y a su hermana como un cobarde, él no merecía llamarse *tannistear*, ni su respeto. Aún recordaba el rostro enfurecido de Malcolm, su sobrino mayor, cuando les comunicó su decisión. Perdido y solitario, se emborrachaba cada noche intentando olvidar lo sucedido. Por fortuna, en una de esas posadas que frecuentaba, conoció a una preciosa mujer que poco a poco sanó su abrumado corazón. Birna Gunn, fue un remanso. Ella, lo salvó en muchos sentidos y gracias a su amor, terminó convirtiéndose en la mano derecha del laird Sinclair. Había sido una buena vida, no solo había sirvió a Eirik Sinclair, sino que también a su hermano Angus. Y era por ello que sacrificaría todo por las muchachas, esta vez no podía fallar.

Conforme maniobraba el timón del *birlinn* que los llevaría hasta la costa de Skye, observó los rostros cansados de las muchachas a las que ahora debía proteger. A pesar de que dormían abrazadas una a la otra, la preocupación y la tristeza las envolvía como un halo. Se lamentó. Las había visto crecer, correteando por la fortaleza, Sinclair despreocupadas y felices, viviendo lo que toda niña de su posición disfrutaba. Pero los años de paz fueron destruidos gracias a la muerte de sus padres y del ataque al clan. Huyendo como fugitivas, sin saber realmente hacia donde se dirigían. Escapando de su propio primo.

Blair, implacable y sediento de poder, no se conformaría con haberse apoderado del clan. Hamish estaba seguro de que no descansaría hasta asesinarlas. Ellas representaban una amenaza en tanto siguieran con vida.

El enorme guerrero suspiró. Le preocupaba como las ocultaría entre su gente sin que nadie sospechara quienes eran en realidad. Lo mejor sería presentarlas como las sobrinas de su esposa Birna y

buscarles una ocupación. Debían de pasar desapercibidas entre las gentes de su verdadero clan.

Solo rogaba que su sobrino, ahora convertido en laird, lo aceptara. La última vez que se habían visto, no terminaron en buenos términos. Malcolm no le perdonaba que se hubiera marchado de aquel modo.

—Deberías esconderlo —comentó el guerrero a tiempo que tomaba el colgante de Rose entre sus callosos dedos.

Si alguien llegaba a verlo en el cuello de la muchacha, nadie creería que solo era una simple campesina.

A regañadientes, pero con resignación, la joven guardó el colgante entre sus ropas, sintiendo que todo lo que la unía con su pasado, desaparecía junto al collar. Una vez más, maldijo a su endemoniado primo.

La bruma del amanecer cubría todo con su espesa nube. Hamish sonrió, sabía que estaban cerca. El aroma a tierra húmeda inundó sus sentidos, aquello lo hizo sonreír, pronto la isla de Skye se manifestaría ante sus ojos. A pesar del cansancio, la excitación de reencontrarse con su gente lo animaba. Habían recorrido varios días sin apenas descanso, sin mirar atrás. Y ahora solo rogaba olvidar.

Rose abrió sus grises ojos con asombro. La imponente fortaleza Dunvegan apareció ante ella, orgullosa e infranqueable. Aquella mole descansaba sobre el acantilado que los recibía como una figura amenazante. No pudo evitar ahogar una exclamación de sorpresa. Las poderosas piedras que conformaban las murallas parecían destrozar la bruma que intentaba sin éxito atravesarlas. Las almenas se elevaban contra el cielo gris, brutales y recias. Era evidente que aquel lugar era impenetrable y la muchacha no pudo evitar sentir un escalofrío.

Sophie se detuvo junto a ella al mismo tiempo que tomaba su mano. Desde que abandonaron sus tierras, no había dejado de llorar. El

recuerdo de la muerte de Angus aún atormentaba a su dulce hermana, a ella, por otro lado, se alimentaba de su sed de venganza. No se permitiría derramar una sola lágrima más, tarde o temprano, estaba segura de que tendría a su primo frente a ella. Pero ahora debía asegurarse de que su hermana encontrara protección en el clan MacLeod.

Una vez abandonaron el *birlinn*, Hamish avanzó con paso seguro, obligando a las muchachas a seguirlo. Rose no dudó en ir tras él, sin embargo, Sophie se había quedado paralizada fruto del cansancio y el miedo que se negaba a abandonarla. Cuando estuvieron frente a las grandes puertas de madera, arriba, desde las almenas, uno de los guerreros los recibió con desconfianza.

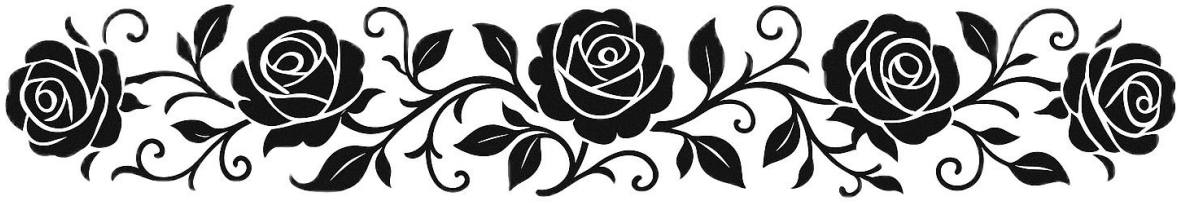
—¿Quién va? ¿Cuál es tu asunto forastero?—Hamish se adelantó.

—Soy Hamish MacLeod. Tío del laird MacLeod y estas son mis parientes.

El guerrero lo miró con desconfianza, pero luego sus ojos se entrecerraron, reconociendo el rostro del hombre.

—Hamish… —murmuró el soldado, antes de gritar a los guerreros que custodiaban la entrada—. Abran la puerta. Es de los nuestros.

Con un crujido, el infranqueable portón comenzó a abrirse lentamente, revelando el oscuro pasaje que los conduciría al interior. Rose sintió una mezcla de alivio y temor. Estaban a salvo, no obstante, no podía precisar cuanto duraría.



Desde el amplio patio principal, la fortaleza era aún más amenazante de lo que había imaginado. La vida dentro de aquellas murallas era un intenso ir y venir. La enorme mole, se imponía sobre el gran espacio que albergaba tanto a pobladores, caballos y ganado. Alrededor del patio, la torre de homenaje se erigía imponente y amenazante tal y como la fortaleza. Los establos, la herrería, las viviendas de los soldados y sirvientes, completaban la bulliciosa escena. Rose se sintió invadida por miles de emociones. Apretó la mano de Sophie, quien no se separaba de su lado, necesitaba seguridad.

Un recio guerrero se acercó a ellos, su gran tamaño logró intimidarla. A excepción de Hamish, nunca había visto guerreros tan grandes, ni siquiera los de su clan se comparaban.

—Veo que te has convertido en todo un hombre, Alistair —saludó Hamish abrazando al gigante que sonreía con sinceridad al verlo.

—Y tú te has encogido unos centímetros —bromeó el guerrero a tiempo que les dedicaba una mirada a las muchachas.

—Ellas son Rose y su hermana Sophie, las sobrinas de mi esposa.

Alistair clavó sus azules ojos en las jóvenes a tiempo que las saludaba con una reverencia. El guerrero les sonrió, en especial a Sophie, quien se había quedado paralizada al verlo.

—¿A qué se debe tu visita? —inquirió el *tannistear* de los MacLeod sabiendo que Hamish se arriesgaba a la furia de Malcolm.

La última vez que se habían visto su amigo y laird, era todavía un joven, y cuando su tío dejó el clan MacLeod, Malcolm se sintió traicionado.

—La fortaleza Sinclair ha sido atacada. No tuvimos más opción que huir, me temo que no ha habido sobrevivientes. El laird Sinclair fue asesinado —respondió Hamish con un dejo de furia en sus palabras.

—¿Atacada? ¿Por quién? —preguntó desconcertado a tiempo que se cruzaba de brazos.

—Por Blair Sinclair, el hijo traidor del laird. Ha querido apoderarse de las tierras desde que Angus lo desterró años atrás —Hamish hizo una pausa antes de continuar dirigiendo la mirada hacia las muchachas—. Yo no podía dejarlas allí, expuestas al peligro.

—Tío —La fría y potente voz de Malcolm sobresaltó a los recién llegados. Rose no pudo evitar voltearse. El asombro se apoderó de ella al mismo tiempo que sintió como sus piernas flaqueaban.

Hamish se volteó lentamente hacia Malcolm, con una sonrisa en los labios a pesar de la tensión del momento. Sabía que su sobrino sería un hueso duro de roer, pero confiaba en que no los rechazara.

—Malcolm… —saludo con una breve inclinación —. El liderazgo te sienta bien sobrino.

El laird observó a su tío por unos segundos, a pesar de seguir enfadado por su abandono, él también se alegraba de verlo.

—Malcolm, el laird Sinclair, ha sido asesinado y su clan arrasado, tu tío Hamish y sus sobrinas han venido en busca de refugio —comentó Alistair aliviando la tensión entre ellos.

El señor de los MacLeod asintió al mismo tiempo que su semblante cambiaba. No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Conforme su tío relataba lo ocurrido, Malcolm no pudo evitar dirigir su mirada a la mayor de las muchachas.

Cuando los ojos de Rose se encontraron con los del laird, la joven sintió un leve escalofrío recorrerle la espalda. Nunca había visto un hombre tan imponente. Su porte, su intensa mirada, lograron desarmarla en cuestión de segundos. Un salto involuntario embargó su corazón a tiempo que el rubor teñía sus mejillas a pesar del frío que la rodeaba. El atractivo de Malcolm MacLeod la confundía. Parecía distante, no obstante, había algo en su mirada que la hacía sentir vulnerable.

Rose no podía permitirse distracciones, su primo estaba cazándolas y cualquier error podría costarle la vida y la de Sophie. Ocultó la mirada, intentando calmar su desbocado corazón. Sabía que sería una tarea muy difícil evitar aquel extraño sentimiento, sin embargo, debía ser fuerte si su futuro y el de su hermana dependían de vivir en el clan.

Cuando por fin la conversación concluyó, cayó en cuenta de que no había prestado atención a nada de lo que se dijo. Soltó una silenciosa maldición, ¿cómo pudo ser tan estúpida? Ese hombre era el culpable de su distracción. La había hipnotizado a tal punto que sus oídos se dejaron de escuchar. Apretó los puños mientras sus pies comenzaron

a moverse, siguiendo al laird y a Hamish que le dedicó una mirada compasiva conforme avanzaban al interior de la fortaleza.

—¿Has escuchado algo de lo que Hamish ha dicho? —preguntó en un susurro a su hermana.

No obstante, la cara de desconcierto de la muchacha respondía por ella. Sophie ahogó una sonrisa. Era evidente que a su hermana mayor le ocurría lo mismo que a ella con el *tannistear* MacLeod.

—¿Por qué me miras así? —inquirió Rose a tiempo que su hermana negaba con la cabeza.

—Trabajaremos como doncellas en la fortaleza, ¿dónde estabas cuando Hamish y el laird hablaban? —inquirió Sophie divertida.

Rose agradeció en silencio aquella pequeña sonrisa en el rostro de Sophie, había temido no volverla a ver.

—Estaba distraída, solo eso —disimuló intentando convencer a la menor de las Sinclair.

Sin embargo, la curiosa mirada que le dedicó fue suficiente para saber que no creía en sus palabras.

—¿Por casualidad tu distracción tiene algo que ver con un apuesto laird? He visto como te ruborizabas cuando el jefe MacLeod clavó sus verdes ojos en ti —ironizó al mismo tiempo que la observaba con una mirada jovial.

—No digas tonterías, Malcolm MacLeod es solo un hombre. Además, estamos aquí para ocultarnos de Blair, no estoy en busca de un prometido. Sin contar con que no creo que el laird se interese por una criada —respondió ofuscada mientras se detenía para contemplar el descomunal salón principal de la fortaleza.

"Demonios, ¿en dónde me he metido?"

Aquel lugar era enorme y ella no tenía idea de como actuar. Nunca había trabajado en las cocinas ni ayudado en el clan. Su padre y su madre la educaron para que aprendiera a defenderse y a navegar un barco, pero nada sabía del manejo de una fortaleza. Sonrió con ironía, su destino no hacía más que complicarse.

Capítulo 8

El ángel plateado



Malcolm MacLeod se encontraba de pie en la entrada principal del castillo, cuando, a lo lejos, distinguió a Alistair junto al que parecía ser su tío Hamish acompañado por dos jóvenes muchachas. No pudo evitar tensarse, ¿qué demonios podría haber ocurrido para que su tío se encontrara en tierras MacLeod después de que se distanciara de ellos? Él nunca le perdonó que lo hubiera abandonado cuando más lo necesitaba. Tras la muerte de su progenitor, Tormod MacLeod, Hamish se comportó como padre para él hasta que decidió marcharse. Con el tiempo, y gracias a la intervención de su madre Catherine, había llegado a comprenderlo; sin embargo, le costaba perdonarlo.

No pudo evitar observar con detenimiento a las muchachas que lo acompañaban. Sus ropas parecían humildes, pero algo en la forma en que caminaban, en especial la mayor de ellas, hizo que Malcolm entrecerrara los ojos, intrigado.

Conforme se acercaba, la figura de la joven que caminaba al frente atrapó su atención. Era la muchacha más hermosa que alguna vez había visto. Un ángel plateado descendido del cielo. Era alta, con una postura erguida y una mirada desafiante que no encajaba con el papel de una simple muchacha. Su cabello, del color de la plata, caía desordenado alrededor de su rostro y su espalda. Sus ojos, de un gris profundo, eran un contraste intrigante. Provocadores, pero a la vez curiosos.

Tentado por averiguar que se traía Hamish entre manos, se adelantó a ellos.

—Tío…

—Malcolm —Hamish inclinó la cabeza con orgullo —. El liderazgo te sienta bien sobrino.

Ambos hombres se miraron intensamente. A tiempo que un silencio incómodo se gestó entre ellos. Fue Alistair quien interrumpió la tensión, cuando informó a Malcolm de aquella visita.

Su tío le relató lo sucedido en el clan Sinclair y de como habían tenido que escapar para proteger a las muchachas. El laird MacLeod apretó los puños conforme su tío continuaba con lo sucedido al laird Sinclair. Nadie merecía ese fin. Notó como las muchachas se angustiaban al escuchar el nombre de Angus Sinclair, en especial la menor, mientras que el ángel ocultaba la mirada. Imaginó que quizá habían presenciado la muerte de su señor. No obstante, aquella actitud le resultaba extraña. Intentó convencerse de que así era, que solo estaban atormentadas después de lo sucedido. El laird de los MacLeod podía oler el miedo como cualquier depredador.

—Sobrino, te presento a Rose y Sophie Gunn, parientes de Birna, mi esposa. Te imaginarás que no podía dejarlas con ese malnacido. Les prometí un lugar en tu castillo —concluyó el tío del laird.

Malcolm apenas asintió, incapaz de apartar la mirada de la mayor de las hermanas. Había algo en ella, que lo atraía irremediablemente. ¿Cómo era posible que una joven con apariencia tan delicada irradiara tal fuerza? Había visto mujeres hermosas antes, claro, pero Rose Gunn tenía algo más que belleza; había un desafío silencioso en la forma en que lo miraba, como si supiera más de lo que aparentaba.

—Bienvenidas —dijo finalmente, intentando quitarse la ensoñación en la que había caído gracias al ángel —. Tendrán un lugar aquí, y trabajo.

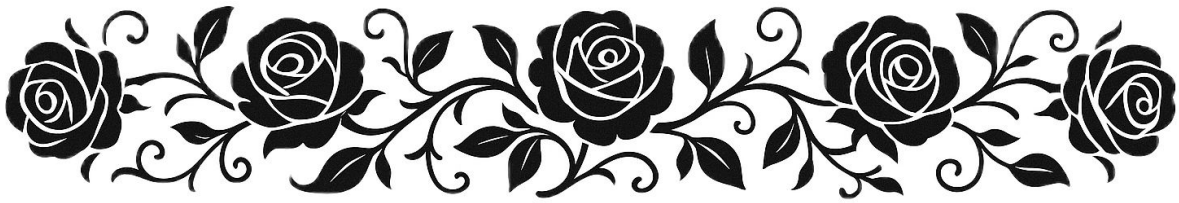
Rose inclinó la cabeza, pero Malcolm notó el leve endurecimiento de sus labios. Las palabras de agradecimiento parecían atoradas en sus labios. En vez de mostrarse sumisa como las demás doncellas que había conocido, se mantuvo firme. Sus tormentosos ojos quedaron suspendidos en los de él por un breve, pero intenso momento. Un sentimiento de incomodidad recorrió su espalda. Esa muchacha no era lo que parecía.

—Gracias, laird MacLeod, mi hermana y yo no lo defraudaremos — respondió la menor, interrumpiendo aquel desafío de miradas.

Cuando Rose se volvió para seguir a su hermana y Hamish al interior del castillo, Malcolm no pudo evitar devorarla con los ojos. A cada paso, más preguntas lo asaltaban. ¿Quién era realmente? Y, lo que más le inquietaba, ¿por qué le costaba tanto apartar la vista de ella?

Sin embargo, debía ser cuidadoso. Rose era solo una criada, nada más. Y aunque su presencia lo intrigaba y lo tentaba como hacía tiempo, nadie lo lograba, no podía permitirse dejar que esos pensamientos nublaran su juicio. Tenía responsabilidades como laird, una tierra que proteger y enemigos al acecho. Pero mientras la veía desaparecer por las puertas del castillo, supo que no sería tan fácil olvidarla.

Había algo en ella, algo que lo atraía y que no podría ignorar por mucho tiempo.



Una semana más tarde, Rose no dejaba de cometer errores. Sophie, por otro lado, parecía haber vivido allí desde siempre. Todos los criados la adoraban y no era para menos, su sonrisa iluminaba cada salón que pisaba. Hasta el propio *tannistear* de los MacLeod parecía embrujado por su hermana. El descomunal guerrero visitaba la cocina en cuanto tenía oportunidad. La tristeza de lo sucedido en el clan Sinclair, parecía un recuerdo lejano, una pesadilla que se estaba convirtiendo en sueño. Sin embargo, en su corazón la sensación de venganza no la abandonaba. Blair pagaría caro su traición y por el asesinato de Angus. Aquello la obligaba a soportar a esa arpía a la que estaba sirviendo el desayuno en ese momento.

—Eres una incompetente —gritó Frances mientras probaba las gachas que Rose había traído a la mesa —. Esto está frío, endurecido y horrible, ve a la cocina y tráeme otro cuenco y esta vez no te equivoques o haré que te envíen con los cerdos, que es allí donde deberías estar.

Rose clavó sus grises ojos en la pelirroja. Deseaba con todo su ser ponerle el cuenco de cabeza, sin embargo, se contuvo en cuanto Sophie se detuvo junto a ella.

—Lo siento miLady, le diré a la cocinera que prepare otro —Su hermana se adelantó, sabiendo la intención de Rose, entonces agregó —. Acompáñame Rosie, de seguro Edith te necesita en la cocina.

La muchacha apretó los puños, le hubiese encantado poner a esa tal Frances en su lugar, pero sabía que debía controlarse. Asintió forzando una sonrisa a regañadientes.

Conforme avanzaban, no podía quitarse a la pelirroja de la cabeza. Esa desgraciada no hacía más que gritarle y maltratarla desde que habían puesto un pie en el clan. No entendía como la toleraban. Por lo que comentaban los criados, era una forastera que vivía en la fortaleza gracias a que su abuelo era parte del consejo de ancianos. Sin embargo, era traicionera y peligrosa. Cuando el laird MacLeod se

encontraba en el castillo, la pelirroja actuaba con dulzura, pero en cuanto se marchaba, volvía a ser la arpía de siempre.

Sin embargo, no estaba allí para hacer amigos, por lo que intentaba tolerarla a pesar de querer asesinarla con sus propias manos.

Además, el día apenas comenzaba, aún le quedaba mucho por hacer. Solo deseaba no volverse a cruzar con el laird MacLeod. Desde que había comenzado a trabajar allí, intentaba evitar estar en su presencia. Aquellos intensos ojos verdes parecían querer atravesar su interior cada vez que sus miradas se cruzaban.

Para cuando llegó a la cocina, su malhumor explotó. Edith la observaba con cara de pocos amigos, culpándola por demorarse al servir las gachas de Lady Amstrong.

—¿Muchacha, estás segura de haber trabajado en la cocina de los Sinclair? No puedo creer que no sepas preparar unas simples gachas. Ten —Edith le entregó un cuchillo —, pela esos rábanos que están sobre la mesada, los necesito para preparar la cena de esta noche — La muchacha asintió a desgano.

Cuando estaba por la mitad de su tarea, el grito de la cocinera la espabiló de pronto. La mujer le arrebató el cuchillo como si quemara.

—¿Qué? —inquirió furiosa Rose mientras apretaba su mandril.

—¿Sabes lo que es un rábano, niña? —La muchacha se encogió de hombros observando el tubérculo que aún sostenía en su mano —. Esos son nabos —concluyó la cocinera sin poder creerlo.

No solo había confundido un rábano con un nabo, sino que la joven tenía las manos totalmente magulladas y ensangrentadas. Era evidente que le había mentido, era imposible que esa muchacha hubiera trabajado en las cocinas de su clan.

Por fortuna, Sophie regresaba de servir las gachas de Lady Frances cuando escuchó a la cocinera quejarse. No pudo evitar soltar una carcajada, la cara de su hermana lo decía todo, aun así, salió en su defensa o de lo contrario Edith no seguiría con vida.

—Rosie se dedicaba a las habitaciones de la fortaleza, Edith —interrumpió aun sonriendo.

Rose era un desastre a la hora de cocinar algo. Su madre había intentado sin éxito enseñarle. Además, Fiona, la cocinera del clan Sinclair, nunca les permitió entrar en sus dominios.

—¿Y por qué no has dicho nada? ¿Acaso eres muda? Cúrate esas manos y luego ve con Mary, ella te indicará tus nuevas tareas en las habitaciones —Rose odiaba que la trataran como si fuera estúpida. Había intentado internarse en la cocina para evitar al laird MacLeod, pero nada salía como esperaba.

Se detuvo unos instantes antes de ir en busca de la mujer más cascarrabias del clan. Rodó los ojos, Mary la odiaba, de eso estaba segura. Edith la había enviado a enfrentarse con el mismísimo demonio. Cuando por fin la tuvo frente a frente, la mujer clavó con desprecio sus ojos sobre ella. Rose suspiró, definitivamente el universo estaba en su contra.

—Me ha enviado Edith para que se me asigne un trabajo en las habitaciones —Mary la observó en silencio por unos breves instantes.

Aquella mirada despectiva provocó que Rose se incomodara. Había algo en esa mujer que le daba escalofríos. Sus tétricos ojos negros parecían ser salidos del mismo infierno.

—¿Así que Edith te ha echado de su cocina? No me extraña…

—¿Qué quieres decir? —inquirió Rose mientras apretaba los puños.

No obstante, Mary ignoró su pregunta, solo regresó a vociferar órdenes a la pobre doncella que estaba limpiando los juncos.

—Comienza por la habitación del laird, luego iré a supervisar tu trabajo —Al escuchar la palabra laird, Rose quedó paralizada, solo de pensar en que podía encontrarlo allí, su corazón se desbocaba —. ¿A qué estás esperando?, ve de una vez —soltó la mujer logrando que la joven reaccionara.

La muchacha caminó a paso lento hasta llegar escaleras arriba, conforme avanzaba propinaba toda clase de insultos silenciosos. Mordió su labio cuando por fin la puerta de la habitación de Malcolm MacLeod apareció frente a ella. Había hecho lo imposible por librarse de aquellos ojos verdes y ahora corría el riesgo de enfrentarlos. Tomó una profunda bocanada y rezó un silencioso ruego antes de poner la mano en el frío pomo de hierro.

“Que no se encuentre aquí.”

“¿Sería mucho pedir Dios?”

Capítulo 9

El laird y la nueva criada



El sol apenas despuntaba sobre la isla de Skye mientras la brisa del mar inundaba el patio de armas donde los guerreros del clan se preparaban para sus prácticas. El ejército de los MacLeod era uno de los más poderosos de las Highlands gracias a sus intensos ejercicios, no tenía rival.

Aquella mañana el imponente laird decidió entrenar junto a ellos para huir de la intensa pelirroja. Lady Frances lo perseguía en cuanto tenía oportunidad, insinuándose y dedicándole miradas llenas de deseo. Había logrado evitar el desayuno por segunda vez esa semana. No deseaba problemas con Ian, el anciano le cortaría las bolas si algo sucedía entre ellos.

A su lado, Alistair, desenfundaba su espada con una sonrisa pícara. Era un hombre descomunal, tal y como su amigo y señor. Un bribón de mirada astuta. Sus ojos azules y su largo cabello del color del sol destacaban entre los otros miembros del clan. Adoraba echar bromas a su amigo, especialmente cuando lo veía con el semblante serio que tenía esa mañana.

—Ah, Malcolm —comentó el *tannistear* mientras giraba para prepararse a luchar —. ¿No te parece extraño como han cambiado las cosas? Antes solo tenías que preocuparte por convertirnos en los mejores guerreros y evitar saqueos de nuestros vecinos, pero ahora parece que debes ocuparte de problemas de muchachas casaderas.

Malcolm frunció el ceño. Alzó su espada y se preparó para el entrenamiento, ignorando el comentario, o al menos fingiendo que lo hacía.

—Vamos, laird — insistió su amigo sonriendo mientras lanzaba un golpe hacia Malcolm, que este bloqueó con facilidad —No puedes negar que con la llegada de ciertas muchachas te sientes incómodo.

El laird entornó sus ojos con la intención de hacerlo callar. No le gustaba hacia donde lo intentaba llevar. Sin embargo, Alistair no se dejó intimidar.

—Primero está Frances — continuó Alistair a tiempo que esquivaba un contraataque —. Bonita, arrogante y muy insistente. No me sorprendería que intentara llevarte al altar. Y luego está la otra… — Alistair dejó su frase inconclusa, dándole tiempo a su señor para reaccionar.

—¿La otra? —gruñó Malcolm, lanzando un golpe lateral.

—Sí —respondió el *tannistear*, a tiempo que lo miraba divertido —La doncella que llegó con tu tío Hamish, Rose, ¿es su nombre, no es así? He visto cómo la miran los hombres. Es hermosa, no se puede negar —Alistair murmuró —. ¿Tú la has notado? Debes reconocer que es muy bella. Quizá hasta más que Lady Amstrong.

Malcolm ocultó su expresión. No podía permitirse tentaciones y aquella muchacha no se le había quitado de la cabeza desde que Hamish le pidió cobijo para ella y su hermana.

—Deberías centrarte en tus golpes y no actuar como las viejas chismosas — replicó Malcolm, lanzando una estocada rápida hacia Alistair, quien retrocedió, soltando un insulto.

—Eso te lo dejo a ti. Yo solo hago lo que puedo para mantenerte en pie — bromeó su amigo, aguantando el embate.

Ambos continuaron entrenando, sus espadas chocaban y resonaban en la mañana. Sin embargo, Alistair parecía decidido a prolongar la conversación. Se inclinó hacia Malcolm con una sonrisa de satisfacción, a tiempo que detenía la práctica apoyándose en su espada.

—Creo que después del entrenamiento iré en busca de tu nueva doncella, estoy seguro de que caerá rendida a mis pies —bromeó sabiendo que aquello haría cabrear a su laird.

Malcolm no respondió, o de lo contrario su amigo terminaría malherido. Clavó la espada en el suelo y lo dejó carcajeando

conforme se alejaba. Necesitaba un buen baño y así quitarse de encima el cabreo.

"Como si me interesara lo que hace o deja de hacer esa muchacha"

Para cuando llegó a la fortaleza, su malhumor empeoró. Al entrar en el salón principal se encontró a una insistente Frances que parecía no entender su negativa.

"¿Desde cuándo un guerrero sale de *paseo*?"

—Oh, pero es un día tan bello…, además mi abuelo me ha dicho que debería ser usted, milord, quien se encargue de enseñarme la isla —La pelirroja se acercó lo suficiente como para que Malcolm apreciara sus níveos pechos.

El laird no pudo evitar mirarlos. Sin embargo, ni siquiera aquello lograba apaciguar su enojo. Unos ojos grises del color de la tormenta aparecieron de pronto en su mente.

—Lo siento miLady, será en otra ocasión, debo terminar unos documentos —La muchacha asintió con una falsa sonrisa a pesar de la furia que sentía en su interior.

MacLeod no era como esos petimetres ingleses a los que manejaba a su antojo. Debía irse con cautela.

Lo que Malcolm no esperaba al entrar en su habitación era encontrarse con la razón de su cabreo. Aquel ángel de plata que le robaba el aliento solo con mirarla. De no haber sido porque era la protegida de su tío Hamish, ya la hubiera llevado a la cama. Estaba seguro de que una vez probara de ese tentador cuerpo, la olvidaría como siempre le sucedía.

Observó la manera en que la muchacha se tensaba conforme avanzaba hacia ella.

—Milord —Rose saludó con una reverencia, evitando mirarlo a los ojos —. Terminaré más tarde.

—¿Desde cuándo trabajas como criada en las habitaciones? Creía que ayudabas en las cocinas —inquirió Malcolm levantándole el mentón con suavidad. Por Dios que deseaba perderse en aquellos ojos grises que la muchacha ocultaba.

—Edith decidió que lo mejor sería ayudar a Mary —respondió a tiempo que se alejaba hacia la puerta.

—Un momento —ordenó Malcolm antes de que pudiera escapar —. He pedido que suban una tina y unos cubos con agua, necesitaré que alguien me asista.

Malcolm no pudo evitar sonreír al ver como la muchacha abría desmesuradamente sus ojos. Una mezcla de asombro y desafío los envolvió.

—No puedo —Rose apretó los puños en el mismo instante en que aquellas palabras salieron de su boca. Se suponía que era una criada, ya no era Rose Sinclair, la heredera de su clan. Mordió su labio intentando reparar su error —. No puedo…, porque Mary me ordenó terminar con las otras habitaciones y…

—Y yo te recuerdo que el señor del clan es quien toma las decisiones aquí, por lo que he decidido que seas tú quien me ayude con el baño —interrumpió Malcolm divertido al ver como la muchacha se tensaba.

Era evidente que cada palabra de su boca era una mentira, el laird estaba acostumbrado a los interrogatorios de sus días en que trabajaba para el rey David, por lo que aquella preciosidad frente a él no era la excepción.

Se divertiría un poco con ella, eso no significaba nada, no se metería en problemas con su tío, por ello, ¿o sí?

La muchacha no era consciente de lo que despertaba en los hombres. Sus ojos eran únicos, fascinantes, de un color tan intenso como una tempestad marina. Una mezcla entre el desafío y fragilidad que lo atraían sin remedio. Su cabello, del color de las estrellas, caía en suaves ondas hasta su diminuta cintura. Y aquellas pecas en sus mejillas, por San Andrés, que deseaba dedicarse a besar una a una. Todo en esa joven era una tentación, cada movimiento, cada pequeña sonrisa que compartía con su hermana a escondidas de las miradas curiosas, era imposible quitarle los ojos de encima.

Sin embargo, debía recordarse que no podía bajar la guardia, no solo por Hamish, sin por él mismo. Lo sucedido con Deidre, no volvería a ocurrir.

Cuando los criados terminaron de llenar la tina, la joven necesitó de todas sus fuerzas para no escapar como una cobarde.

El muy canalla se desnudó sin importarle si estaba solo o no. Su *plaid* y su camisa cayeron al suelo con total despreocupación ante los asombrados ojos de la muchacha. Rose no pudo evitar observar maravillada aquel cuerpo descomunal en todo su esplendor. Por fortuna, el laird se encontraba de espaldas a ella, de lo contrario se hubiera divertido al verla en aquel estado de estupor.

Estaba petrificada, no podía ni deseaba moverse. Nunca había visto a un hombre como Malcolm MacLeod. Por Dios que era el mismísimo Zeus encarnado. Exhumaba poder y masculinidad en cada músculo de su impresionante espalda. Todo en él era firme. Estaba tentada de acariciar una a una las cicatrices que la recorrían como si se tratara de un mapa.

—Alcánzame el jabón —La voz del MacLeod sonó sugerente y viril mientras se sumergía en la tina, logrando que a Rose le recorrieran miles de escalofríos.

¿Cómo era posible que ese hombre la confundiera de aquel modo?

La muchacha abría y cerraba la boca sin poder reaccionar, a tiempo que sus pies parecían no querer obedecerla, como si tuvieran vida propia. Su mente le decía "escapa" pero su cuerpo se sentía irremediablemente atraído por hombre de la tina. Una pelea interior que le estaba costando más de la cuenta. Por fin la razón ganó la contienda.

Con manos temblorosas y sin querer acercarse demasiado, Rose dejó el jabón en la mesa auxiliar junto a la artesa. Rogando al cielo que el laird estuviese lo suficientemente relajado. Sin perder tiempo, pero con sumo sigilo se dirigió hacia la puerta.

—No te he dicho que te retires —La joven apretó los puños, deseando gritarle que aquello no era correcto; sin embargo, se recordó que las criadas no tenían derecho a replicar. Cerró los ojos intentando calmar la tormenta que se gestaba en su interior. Ese hombre la seguía provocando y su paciencia en el límite—. Toma un paño y ayúdame con mi espalda.

—¡¿Qué?!

Aquello había llegado demasiado lejos, no solo no era correcto, sino que no era normal. Ese hombre estaba loco si esperaba que ella haría algo semejante.

Rose no podía verlo, pero Malcolm contenía una profunda carcajada, estaba seguro de que la muchacha estaría furiosa. Había visto ese brillo tormentoso cuando se la provocaba y debía reconocer que le encantaba. Sabía que jugaba con fuego, aunque en aquellos momentos poco le importaba.

—¿Acaso eres sorda? Tienes que ayudarme con mi espalda, así que mueve ese bonito trasero —La muchacha resopló sin importarle si aquel hombre la escuchaba o no. El MacLeod se las pagaría, aún no sabía como, pero no lo dejaría pasar.

A regañadientes se acercó al hombre. La luz de la mañana bañaba la piel bronceada del laird, pequeñas gotas de agua caían con suavidad por sus poderosos hombros. Se le hizo un nudo en la garganta.

Malcolm giró la cabeza en cuanto la muchacha se acercó a él. Los ojos de él conectaron con los de ella. Era imposible dejar de mirarlos, una mezcla perfecta de coraje y pasión. Era la criatura más bella que alguna vez había visto. Sin embargo, la atracción entre ambos terminó de pronto cuando Rose bajó la mirada, rompiendo aquel hechizo en el que habían caído.

Siguiendo cada sensual movimiento de la joven, no pudo evitar notar las heridas en sus marfilinas manos.

—¿Cómo te has hecho esto? —inquirió al mismo tiempo que las acercaba hacia él. La joven intentó retirarlas, pero Malcolm se lo impidió.

—No es nada…

—Alcánzame mi *plaid* —ordenó furioso. La muchacha temió que exiliaran del clan por incompetente. Apretó los puños.

"Sabía que esto pasaría…"

Para cuando el MacLeod terminó de vestirse, y sin decir una palabra, la tomó de la mano, obligándola a sentarse en su cama. La muchacha lo miraba desconcertada mientras observaba como el laird tomaba un pequeño cuenco de un cofre. Volvió hacia ella y a pesar de sus callosas y hoscas manos, Malcolm comenzó a esparcir aquel oloroso ungüento sobre sus heridas con extrema suavidad.

Rose no daba crédito. La ternura de aquellas caricias la dejó sin aliento. Una mezcla de calor y frío envolvía sus sentidos al mismo tiempo que deseaba que nunca terminara. Un torbellino de preguntas se agolparon en su mente. ¿Qué le estaba sucediendo?

¿Quién era ese hombre frente a ella? ¿Dónde estaba el ogro al que todos temían?

—No volverás a trabajar hasta que compruebe que tus heridas hayan sanado —murmuró Malcolm mientras levantaba la barbilla de la muchacha a tiempo que se perdía en sus grises ojos —. Y no te acercarás a la cocina en toda tu vida.

No entendía bien por qué, pero no permitiría que nada malo le sucediera a la muchacha. Sabía que su reacción no había sido normal, al fin y al cabo era solo una criada, ¿o no?

Rose asintió mientras sostenía la mirada en aquellos ojos verdes que tanto le atraían.

¿Había notado un dejo de ternura en ellos? Imposible…

Capítulo 10

Los primeros celos



Dos días después de aquel acalorado encuentro, Malcolm se había asegurado que Rose estuviese bajo el cuidado de Edith, la mujer no solo era cocinera, sino que se encargaba de actuar de curandera cuando se la necesitaba.

Sabía que Mary había decidido ignorar sus heridas y dispuso que la muchacha volviese a sus tareas. Por lo que personalmente se encargó de advertir a la cascarrabias mujer que las órdenes las daba el laird y no ella. Poco le importaba cuanto tiempo hubiese vivido en el clan ni que fuera la esposa del viejo Ian. No entendía por qué Mary las había tomado con Rose, ni le importaba.

Malcolm, sentado a la mesa junto con sus hombres, no dejaba de mirar hacia la escalera con la esperanza de volverla a ver. Sabía que estaba actuando como un crío adolescente, sin embargo, no podía evitarlo. Se había acostumbrado a su presencia.

Alistair, quien advirtió como se comportaba, no pudo dejarlo estar.

—¿Estás buscando algo? —inquirió intentando sonar formal.

—Solo me aseguraba de que todo esté en orden para esta tarde —respondió el laird tratando sin éxito de sonar despreocupado.

—Ya, ¿y hay algo en la escalera que te preocupa?

Justo en ese mismo instante, una atareada Rose descendía llevando una bandeja. Sin perder tiempo, John, uno de sus guerreros, corrió en su ayuda. Malcolm no fue consciente de cuanto le afectaba aquello, su amigo, por otro lado, sonrió para sus adentros.

—¿Cuándo piensas reconocer lo innegable?—preguntó al mismo tiempo que disfrutaba de sus gachas.

Alistair lo había sorprendido observando como Rose le sonreía a John.

Malcolm maldijo, era imposible de disimular.

—¿Desde cuándo te dedicas a perseguirme?—escupió molesto por su error.

—Cuando reconozcas que esa criada te gusta, amigo mío—Se burló su *tannistear*.

—Puedo degradarte a los establos si continúas así Alistair… —amenazó sin efecto alguno.

—Solo digo que si quieres disfrutar de ese cuerpo deberías hacerlo de una vez… Yo que tú no perdería tiempo, recuerda que en pocos días tu hermano estará aquí y ya sabes quién es más guapo…

—Será mejor que te dediques a terminar esas gachas si no deseas que acaben sobre tu cabeza —Su amigo no pudo evitar carcajear a tiempo que se dedicaba a terminar el desayuno.

Malcolm apretó los puños intentando quitarse las palabras de Alistair de su cabeza. No obstante, el recuerdo de las conquistas de su hermano Roderick pareció hacer mella en él. Debía reconocer que aquella muchacha de ojos de tormenta sería una tentación para él. Una nueva ola de celos lo embargó.

No podía perder tiempo con sentimentalismos, él era un guerrero y se debía a su clan. Lo mejor sería continuar tal y como estaban las cosas. Una mujer no podía alterar sus planes. Ya bastante tenía con los robos y las presiones del consejo, como para caer en las redes de aquel ángel plateado. No, lo que debía que hacer era alejarse de allí, la tentación era demasiado grande.

Justo cuando se disponía a marcharse, una explosión de murmullos, como una tormenta repentina, lo alcanzó. Se volvió, incapaz de ignorarlos. Rose, era rodeada por un grupo de sus mejores hombres que peleaban por ayudarla.

Sin pensarlo, se dirigió a sus guerreros a pasos agigantados, tenía toda la intención de borrar aquellas sonrisas de sus rostros.

—Señores, ya han perdido demasiado tiempo desayunando, es hora de comenzar el entrenamiento —ordenó furioso mientras clavaba sus ojos en la desafiante muchacha. Una vez sus hombres se dispersaron se acercó a ella —. Veo que tus manos ya están mejor, aunque no del todo —comentó mientras tomando la mano derecha de Rose con suavidad.

—Sí, solo quedan unos pocos rasguños —respondió la joven intentando calmar aquel escalofrío que el laird le provocaba con su mera presencia.

Un silencio ensordecedor los hechizó de pronto. Incapaces de moverse o hablar. Solo sus miradas parecían comunicarse en una mezcla entre verdes y grises, que se seducían y se atraían sin remedio.

De no haber sido porque su tío los interrumpió, Malcolm la habría besado frente a todos los presentes.

—Sobrino… —La voz de Hamish sonó firme a tras él.

—Tío, espero que hoy puedas acompañarnos en el entrenamiento —respondió Malcolm mientras se volteaba, rompiendo aquel hechizo en donde habían caído.

Rose saludó a ambos con una reverencia y huyó como una cobarde. La mirada de advertencia que le dedicó el tío del laird había sido demasiado evidente.

Para cuando llegó a la cocina, el corazón de la muchacha era un torbellino de emociones. Gotas de sudor frío caían por su cuerpo, mientras que por dentro parecía estar en llamas.

—¿Dónde te habías metido? Edith ha estado preguntando por ti —inquirió Sophie al verla de aquel modo.

—Estaba retirando una bandeja de la habitación de la arpía ¿Tienes idea de lo que quiere Edith? —Sophie se encogió de hombros.

—Quién sabe, solo sé que el laird vino hace un rato a la cocina y que desde ese momento la cocinera no ha dejado de preguntar por ti, ¿qué has hecho Rosie? No podemos arriesgarnos a que nos destierren —inquirió Sophie sabiendo lo orgullosa que era su hermana mayor.

—Nada, he soportado cada orden sin decir una palabra a pesar de lo que siento. Sabes que si no fuera por ti, ya hubiera mandado al demonio a Lady Frances y a esa Mary, que resulta ser la abuela de la estirada esa.

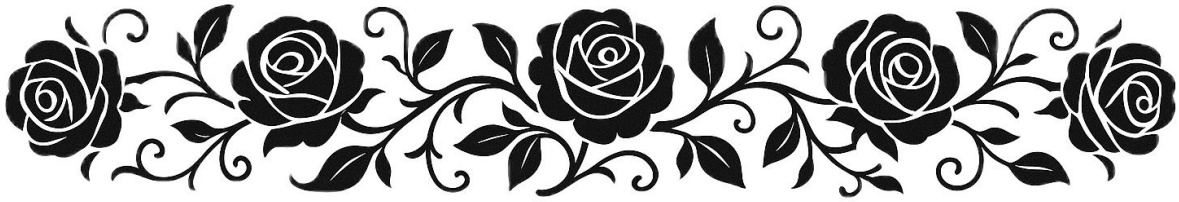
—No me extraña entonces que esa mujer se haya ensañado contigo, debe creer que le has hecho algo a su nieta, todos en el clan le temen a excepción de Edith. Por lo que he escuchado, ni siquiera la madre del laird soporta a Mary.

—No sé por cuanto tiempo podré tolerar esta mentira. Quizá lo mejor sea que me marche. Puedo intentar escabullirme en nuestro clan y asesinar a Blair —susurró la mayor de las hermanas asegurándose que nadie pudiese escucharla.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo que te haría si te atrapa? Lo mejor será esperar y hablar con Hamish, él es quien puede ayudarnos. Mientras tanto te ruego que tengas paciencia, hazlo por mí. No soportaría perderte a ti también —sollozó Sophie. Rose no pudo evitar abrazarla al mismo tiempo que asentía.

—Al fin apareces —comentó la cocinera interrumpiendo aquel momento —. El laird ha dado órdenes de que sigas recuperándote — Rose quiso replicar, pero Edith se lo impidió—. Y no aceptaré un no por respuesta.

A regañadientes la muchacha asintió, odiaba que la protegieran de esa forma. Ella no necesitaba más problemas de los que ya tenía.



“Maldita entrometida…”

Frances apretó la mandíbula mientras iba en busca de su abuela. Estaba furiosa. Había envenenado a la mujer, para que se deshiciera de esa criada. Pero nada parecía salir como esperaba.

Esa misma mañana, justo cuando bajaba las escaleras, los encontró juntos. Malcolm sostenía las manos de esa criada en las de él. ¿Cómo era que sucedía algo así? Por fortuna, Hamish los había interrumpido. Necesitaba averiguar el porqué esa bastarda no estaba trabajando como Mary se lo había ordenado.

Desde que esa Rose llegó al clan junto a su hermana y el tío del laird, Malcolm solo tenía ojos para ella. El muy idiota no podía evitar seguirla con la mirada. La pelirroja no era tonta. Podía apostar que entre esos dos pronto sucedería algo. Sin embargo, estaba dispuesta

a todo con tal de impedírselos. Conforme subía la eterna escalera en busca de Mary, su mente ideaba la manera de separarlos. Si su abuela no podía lograrlo, debía encontrar la manera de seducir a Malcolm cuanto antes.

Mientras tanto, enviaría a Margaret a espiar a esas dos. Necesitaba saber cuáles eran sus movimientos, en especial los de esa muchacha Rose.

Nadie se metía con ella, esa criada se había convertido en su enemiga y si seguía seduciendo al laird tendría que tomar medidas más drásticas. Ella era la más hermosa y Malcolm debía notarlo, no podía permitir que una simple campesina ganara su atención.

Capítulo 11

El beso de la rosa

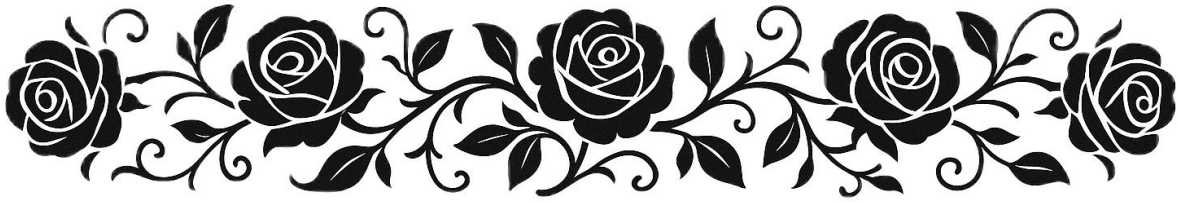


El día había amanecido encapotado. Las pocas luces que se asomaban desde la costa, eran acompañadas por una bruma espesa y oscura. El amanecer se encontraba tan abrumado como su corazón. Rose despertó en medio de la noche y desde ese momento, no volvió a conciliar el sueño. El recuerdo de su familia y de su clan, la perseguían hasta cuando descansaba. Su mente se negaba a abandonar lo único que la conectaba con su pasado.

Por costumbre, llevó la mano a su pecho en busca de su amado collar, a tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas. Había olvidado que ya no lo llevaba con ella. Se incorporó de la cama que compartía con su hermana, cuidando no molestar a Sophie, quien estaba ajena a lo que le sucedía. No deseaba alimentar la tristeza que la envolvía. En especial cuando por fin había dejado de llorar.

Rebuscó entre las pocas pertenencias que tenía hasta encontrar su colgante. No pudo evitar que un nudo se atorara en su garganta. El bello dije tallado en forma de rosa. Le recordaba los días en los que las preocupaciones eran algo lejano e imposible. Cuando sus padres y su tío aún estaban vivos y ella aún creía en encontrar el amor. Lo llevó su cuello, necesitaba sentirlo y llevarlo junto a su corazón. ¿Qué mal podía tener usarlo al menos por un día? A fin de cuentas pasaba el día entero en la cocina, por lo que nadie, excepto Edith, lo notarían. Ya se las arreglaría para engatusar a la cocinera si preguntaba por él. Además, contaba con que el *arisaid* lo escondería sin problema. Sintiéndose aliviada, esbozó una pequeña sonrisa.

Pronto, el sonido inconfundible de los criados, le anunció que ya era hora de comenzar el día.



Esa mañana, en particular, la cocina se había convertido en un campo de batalla. La cocinera parecía poseída por un demonio, nadie, excepto Rose y Sophie, tenía permitido entrar en sus dominios.

—Rose, necesito que ayudes a tu hermana a recoger los platos del desayuno. Hoy todo debe estar reluciente para la llegada de nuestra señora y los invitados, no hay suficientes criadas —La muchacha aceptó la orden con una sonrisa, además sus manos se habían recuperado desde hacía días.

Tan absorta estaba en sus pensamientos, que no fue consciente de que un par de intensos ojos verdes se fijaron en ella en cuanto puso un pie en el salón principal. No se había percatado de la presencia del laird y su *tannistear,* y mucho menos que Malcolm MacLeod se acercaría por sorpresa. Cuando su nombre resonó a sus espaldas, no

pudo evitar dar un respingo, logrando que los cuencos que llevaba en sus manos temblaran como todo su cuerpo.

—Milord —dijo por fin volteándose hacia él mientras una serie de improperios silenciosos se ahogaban en sus labios.

Lo que menos deseaba, era encontrarse con él. Ese hombre la trastocaba.

—Parece que tus manos están recuperadas —comentó con voz grave pero a la vez irresistible.

"Contrólate Rose, no permitas que te afecte"

—Así es milord —respondió bajando la mirada.

—Muy bien, entonces necesitaré que te encargues de mi estudio. Yo mismo supervisaré tu tarea.

La muchacha apretó los cuencos que continuaban entre sus manos a la vez que maldecía.

"Otra vez, no…" "No puedo quedarme a solas con él"

—Edith me necesita —soltó enfurecida.

—Y yo digo que la cocinera puede arreglárselas sin ti. Además, tengo entendido que no se te da muy bien la cocina —ironizó Malcolm.

El laird se estaba divirtiendo como un niño al ver la reacción de la muchacha en cuanto lo había escuchado decir su nombre. Esa joven era demasiado transparente, y le era imposible ocultar sus emociones.

"Maldito, arrogante y bufón" —pensó Rose.

No solo la obligaba a encerrarse con él en el estudio, sino que también se burlaba de ella. Como odiaba ese endemoniado disfraz.

Una vez en el despacho, su corazón no tenía ninguna intención en apaciguarse. La presencia de ese hombre la ponía de los nervios.

Al cabo de lo que pareció una eternidad de soportar como aquellos ojos la perseguían con cada movimiento, Rose no pudo tolerarlo más. Desde que puso un pie en ese lugar, su cabreo había ido en aumento.

—¿Es que piensa observarme mucho tiempo? —Malcolm clavó sus ojos en ella, sin ningún atisbo de enojo, por el contrario, la muchacha podía jurar que se estaba divirtiendo.

—¿Siempre eres tan malhumorada? —inquirió el laird distraído por la luz que se filtraba desde la ventana, arrancando destellos plateados en el largo cabello de la muchacha.

Se cruzó de brazos, apoyó la cadera contra la mesa y enarcó una ceja en una expresión burlona.

—No confundas malhumor con incomodidad milord, quizá sea un poco impetuosa…

—¿Solo un poco? —Rose le dedicó una sonrisa tan encantadora que un deseo arrebatador de besarla lo invadió de pronto.

El tono burlón en la voz del laird consiguió que Rose echara a reír. Hacía tanto tiempo que no se divertía, que había olvidado como sonaba su propia risa. Se sentía confundida y le atribuía aquello a sus nervios. Decidió entonces continuar con su trabajo y olvidarse de su presencia, algo imposible de lograr.

Malcolm, por su parte, estaba absorto en aquella risa musical y el brillo magnífico de sus ojos. La muchacha era un ángel plateado que había llegado al clan como una tormenta marina, devorando todo a su paso. No obstante, sabía que debía contenerse, así se lo había prometido a Hamish. No podía aprovecharse de ella, no por mucho que lo tentara. Aun así vaciló, repitiendo en silencio todas las razones

para no abalanzársele como un animal salvaje y sediento. Rose no era consciente de lo que provocaba en él.

Cuando la tarea de Rose llegó a su fin, Malcolm no estaba preparado para dejarla marchar. Buscó cualquier excusa para así retenerla al menos unos minutos.

—¿Deseas algo más, milord? —inquirió la muchacha a tiempo que se volteaba.

Rose sintió el suelo temblar bajo sus pies. Allí estaba nuevamente, aquel escrutinio, esos increíbles ojos verdes que la atraían sin remedio. Necesitaba escapar del estudio antes de que fuera demasiado tarde. Se obligó a pensar en Blair solo para distraer su traicionera mente. Pero obviamente no lo logró.

—A decir verdad, creo que te mereces un descanso. No deseo que esas manos trabajen más de la cuenta… —respondió Malcolm con voz firme pero seductora.

A pesar de que había jurado no propasarse con ella, nada le impedía retenerla allí con él. Tomó de encima del escritorio una jarra con *cruim* mientras se acercaba a Rose. Llenó dos copas y le tendió una a la aterrorizada joven.

Rose no podía moverse. El instinto la advertía que escapara, sin embargo, su cuerpo se negaba a obedecer. Se debatía entre hacer lo correcto o aceptar aquella copa que tanto le serviría para calmar el intenso fuego que la consumía desde que entró en esa habitación. La razón nunca había sido su más fiel compañera, por lo que aceptó el ofrecimiento.

Un calor abrazador la invadió mientras bebía con ansias de aquel delicioso *cruim*. Sabía tan bien aquel líquido en su garganta que por un momento se sintió en su hogar. Cerró los ojos dejándose invadir por los recuerdos de su familia y de toda la gente que vivía y trabajaba en la fortaleza. Sin ser consciente de lo que hacía, se quitó

el caluroso *arisaid* que la abrigaba, dejando al descubierto su delicado cuello y junto con él, su colgante.

—¿De dónde has sacado esto? —inquirió Malcolm, atraído por el precioso dije en forma de rosa a tiempo que se acercaba a la muchacha.

—Mi padre lo mandó a hacer para mí poco antes de que muriera, lo llamó "El beso de la rosa" —Rose tomó el collar entre sus manos en cuanto fue consciente de su error. Había olvidado por completo que lo llevaba.

—¿Tu padre? —preguntó Malcolm confundido.

—Sí…, el herrero del clan Sinclair. Sabía cuanto me gustaba el colgante que llevaba la hija de nuestro laird, por lo que talló uno igual para mí —mintió, aunque sabía que lo había hecho fatal.

El colgante no era una joya ni mucho menos, por lo que no sería nada extraño que un simple herrero pudiese hacerlo.

El laird la observó con detenimiento, la muchacha mentía. Primero había dicho que su padre mandó a hacer el colgante y luego que lo había tallado con sus propias manos. Algo en él se removió por dentro. Recordó la conversación con Hamish cuando le preguntó por la joven. Sin embargo, su tío pareció esquivo, solo insistió una y mil veces que no se atreviera a propasarse con ella. ¿Quién era realmente esa joven? ¿Acaso el colgante era un regalo de su tío? No obstante, desechó es idea por completo, Hamish era demasiado viejo para una joven como ella. No obstante, no cesaría hasta averiguar más de ella.

Rose, por su parte, rogó porque aquello pasara desapercibido. Había cometido un error, pero ya no podía enmendarlo. La mirada del laird le aseguraba que dudaba de sus palabras. El escrutinio de esos ojos fijos en ella lo delataban. No obstante, y aun sabiendo que debía huir, no podía hacerlo.

Embriagada y extasiada por el hechizo que el laird MacLeod ejercía en ella, no era capaz de apartar la mirada de esos maravillosos ojos verdes. Ese hombre era extraordinariamente atractivo. Su porte arrogante y los duros contornos de su mandíbula y de su barbilla, parecían haber sido tallados por un artista. Todo en él era viril y elegante. La había embrujado en cuerpo y alma. ¿Sería Malcolm MacLeod su guerrero de leyenda? Cualquier mujer en edad casadera estaría encantada de ser su esposa y ella no era la excepción.

—¿Por qué no te has casado milord? —preguntó incapaz de creer que aquellas palabras salieran de sus labios, pero a la vez ansiosa de escuchar su respuesta.

"¿Qué demonios te sucede Rose? ¿Cómo es posible que te arriesgues de esta manera? Maldito *cruim*…"

Aquella pregunta lo sorprendió; sin embargo, estuvo tentado por descubrir hacia donde se dirigiría esa conversación.

—¿Por qué quieres saberlo? —La joven enmudeció.

¿Qué debía responderle? ¿Que ella estaría encantada de convertirse en su esposa? ¿Acaso lo deseaba? No obstante, mintió con descaro.

—Curiosidad, un hombre de su edad…, ¿no desea engendrar herederos?

"¿No sabes cuando callar, Rose?, por San Andrés que eres estúpida"

—¿Crees que debería hacerlo? —inquirió Malcolm deseando conocer su respuesta.

—No es un asunto para discutirlo con una simple criada milord. Pero si desea saberlo, sí, creo que debería —respondió con descaro.

"¿Estás coqueteando Rose? ¿Qué te sucede?"

Malcolm, por su parte, sonrió, no deseaba que aquella conversación terminara.

—¿Y tú? ¿Por qué no estás casada aún? Una muchacha tan bella como tú, de seguro tiene más de un pretendiente —El laird dio un paso hacia ella, aun así, Rose no se amedrentó.

Por el contrario, tal era el hechizo que Malcolm ejercía, que elevó su mirada fijando sus grises ojos en los de él.

—Porque aún no ha llegado el hombre que merezca mi amor.

—¿Quieres decir que esperas casarte enamorada?

—Por supuesto, de lo contrario prefiero permanecer soltera.

—¿Lo estás? ¿Estás enamorada de alguien?—preguntó ansioso porque le respondiera que no.

No deseaba que el corazón de la muchacha perteneciese a otro. De pronto una oleada de celos lo invadió.

No obstante, Rose no pudo responder. Alistair los interrumpió, rompiendo la magia.

—Malcolm, los ancianos te reclaman —comentó el *tannistear* observando la cercanía entre la muchacha y su señor.

—Será mejor que me marche, milord —señaló Rose aliviada, aprovechando la interrupción.

Malcolm la observó alejarse, maldiciendo su suerte. Aun así, se prometió no descansar hasta averiguarlo y descubrir quién era realmente ese ángel plateado.

Capítulo 12

Nuevas intrigas



Los ancianos habían vuelto a convocarlo. Continuaban insistiendo con ese endemoniado matrimonio y la necesidad de un heredero. Apretó los puños sintiendo su cabeza a punto de explotar.

Hasta el viejo Ian había propuesto a su nieta como candidata. Por fortuna, los otros ancianos se negaron por completo. Alegando que lo que Malcolm necesitaba era una buena alianza con alguno de los clanes del norte. Hablaban como si él no estuviese presente y la decisión ya hubiese sido tomada.

—Creo recordarles que en lo concerniente a dicha unión, debo dar mi visto bueno. Hasta que eso no suceda, no veo el porqué es tan importante discutirlo —replicó por enésima vez a los ancianos que parecían ignorar cada una de sus palabras.

—El tiempo pasa Malcolm, y ya hemos recibido varias propuestas que creemos deberías considerar —explicó Calan, el más influyente del grupo —. Tu padre siempre tomaba en cuenta nuestros consejos.

—Como bien sabrás Calan, no me parezco a Tormod MacLeod ni acato decisiones de otros —contestó con firmeza, aunque sabía que necesitaba contentarlos, por lo que añadió —. Lo pensaré y les daré mi respuesta en unos días.

Malcolm esperaba con aquellas palabras apaciguar al insistente consejo. No le extrañaba, desde que había tomado el liderazgo, muchos de los ancianos siempre estaban en contra de sus decisiones, como si desearan destituirlo. Aun así, no les daría la oportunidad de cuestionarlo.

Sin darles tiempo a réplica, se retiró antes de que los ancianos se enfrascaran en otra pelea sin fin.

De pronto, la imagen de Rose uniéndose a él en matrimonio apareció frente a sus ojos.

¿Desde cuándo él pensaba en esa clase de cosas? Sacudió su cabeza en un intento por borrar esas imágenes de su mente.

Sabía que tenía que quitarse a esa muchacha de la mente o de lo contrario pronto, todos lo notarían. La mirada de advertencia que le había dedicado Hamish y las constantes bromas de Alistair, se convertirían en algo más complicado si no lo detenía a tiempo. Si aquello sucedía, el consejo tendría su excusa. Necesitaba olvidarse de ella y si para hacerlo, tenía que acercarse a Frances, no lo dudaría. Aunque de pensar en que Ian podía obligarlo a casarse con la pelirroja, lo paralizaba. A pesar de que era preciosa, nada podía superar a su ángel plateado. La muchacha que había llegado al clan para hacer tambalear sus convicciones.

"Qué fácil sería si ella no fuera más que una simple criada…"

El sonido del portón de la fortaleza, lo obligó a recomponerse de aquellos extraños y peligrosos pensamientos. El laird William Douglas, su aliado y uno de sus mejores amigos, llegaba junto a su familia.

—Pensaba que el futuro novio se había arrepentido y que tú habías huido con él —bromeó el laird MacLeod mientras abrazaba a su amigo.

—¿Y perderme la oportunidad de ser parte de tu familia? Lo hubiera traído a rastras de ser necesario —Douglas se volteó señalando con orgullo a su hermano Alexander —. Además, tu madre me mataría si concertamos el compromiso sin que ella esté presente —declaró a tiempo que ayudaba a su esposa a descender de la carreta.

El embarazo de su mujer, la había obligado a descansar en el carromato, aun así era evidente que estaba ansiosa por salir de allí.

—Laird MacLeod, es un placer conocerlo al fin —saludó Clara Douglas, con expectación.

La joven mujer estaba hecha una pila de nervios al encontrarse cara a cara con el famoso demonio de la guerra, como lo llamaban en las Highlands.

—Llámame Malcolm, pronto seremos familia —William agradeció el recibimiento de su amigo para con su esposa.

Desde que habían partido de sus tierras no había hecho otra cosa que preguntar si sería bien recibida por los MacLeod. Y para empeorar la situación, su abultado vientre le preocupaba. Esperaba que al fin Clara pudiera descansar.

Alexander, quien, estaba aún con la comitiva, se adelantó para saludar también.

—Malcolm —declaró el muchacho con solemnidad, mientras que el laird MacLeod asentía a tiempo que palmeaba el hombro de Alexander.

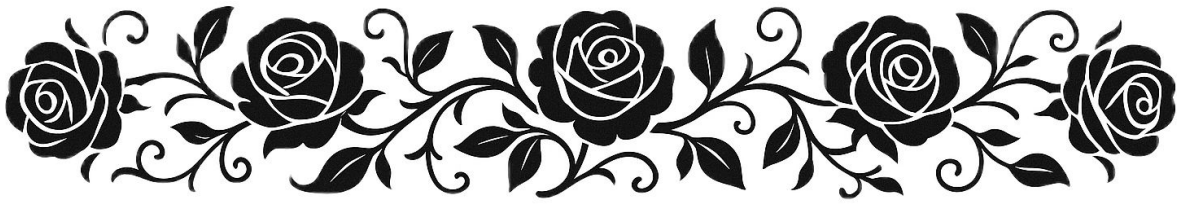
—Creo que has crecido al menos diez centímetros desde la última vez que te vi —bromeó Malcolm complacido al ver al muchacho convertido en todo un hombre.

Los MacLeod y los Douglas habían sido amigos y aliados desde que Tormod MacLeod y James "Black" Douglas habían luchado junto a Robert de Bruce en la rebelión por la independencia de Escocia. Sus hijos Malcolm y William continuaron con aquella amistad.

La llegada de los Douglas no era solo una visita de cortesía, sino para concertar la unión entre Penny, la hermana de Malcolm, y Alexander Douglas, el hermano menor de William.

—Al parecer, hemos llegado antes que tu familia —aseveró William.

—Estoy seguro de que pronto estarán aquí. Solo espero que mi hermana no haya huido al enterarse de que sería parte de la tuya —bromeó Malcolm mientras los guiaba hacia la fortaleza.



Todo era un gran caos. No solo por la llegada de los invitados, sino porque pronto, la señora del clan regresaría junto a los hermanos del laird. Las criadas corrían de un lado a otro ultimando detalles, felices de tener a la señora del clan de regreso.

Mary, la esposa del consejero, por su parte, estaba furiosa. Con la llegada de Catherine MacLeod, volvería a ocupar su lugar como esposa de uno de los consejeros del clan y aquello le producía coraje. No solo porque adoraba el papel de señora, sino que sus planes para unir a su nieta con el laird, serían frustrados en cuanto la madre de Malcolm pusiera un pie en Skye. Bien era sabido que Catherine odiaba a los *lowlanders*, por lo que Frances, sería descartada de inmediato como candidata.

Había odiado a Catherine desde que Tormod MacLeod la había desposado. Mary siempre había estado enamorada de Tormod, pero él la había rechazado para casarse con esa intrusa que lo enamoró.

Ella debería haber sido la verdadera señora del clan y no conformarse con las migajas que Catherine le dejaba cuando viajaba a la isla de Lewis, donde Roderick, el hermano de Malcolm, vivía.

—Al fin te encuentro —soltó Frances irrumpiendo en su habitación —¿Cómo es posible que esa zorra no esté alejada del laird? Lo prometiste, dijiste que te encargarías de mantenerla ocupada.

—No he podido hacer nada. Fue el mismo señor quien ordenó que esa muchacha no cumpla con sus obligaciones —escupió Mary apretando su falda con furia.

No solo perdería su poder, sino que su nieta lo pagaría con ella.

—Muy bien, entonces desde ahora harás lo que yo te diga. Necesito que me ayudes a acercarme a Malcolm como sea. Si es necesario convence a mi abuelo, pero debo hablar con el consejo. Si mi plan tiene éxito, esas mujerzuelas se encontrarán fuera de la fortaleza en poco tiempo.

Mary deseó explicarle que los ancianos no verían con buenos ojos que una muchacha se les acercara. Sin embargo, no sabía como decírselo. Ahora que por fin tenía una parte de su Rob, no podía perderla.

—Por supuesto que te ayudaré. Sabes que haría cualquier cosa por ti —Mary se acercó a su nieta en un intento de abrazarla, sin embargo, Frances no lo permitió.

La mujer se sintió desconcertada. Por momentos, aquella muchacha parecía distante y fría.

—Muy bien, ya estoy harta de esa furcia. Los ancianos serán quienes la destierren una vez que les haga llegar unas cuantas mentiras, que tú, por supuesto, apoyarás.

—¿Piensas mentir al consejo? ¿Sabes lo que sucederá si se enteraran de la verdad?—inquirió Mary, horrorizada. No estaba segura de poder hacerlo, ni siquiera por su nieta.

—Por supuesto, mi intención es ganar su favor, imagínate, no solo me desharé de esas bastardas, sino que me convertiré en una aliada para el clan —exclamó Frances mientras caminaba de un lado a otro de la habitación.

—Pero confías en que te escucharán, ¿qué pasará si no puedes lograr llegar a ellos? —La muchacha sopesó las palabras de Mary.

La mujer tenía razón, sería muy difícil hablar ante los ancianos, ni siquiera podía hacer uso de su belleza. Esos viejos decrépitos no le prestaban atención. Sin embargo, sí escucharían a Ian.

—Muy simple, será mi abuelo quien lo haga por mí. Sabes que haría todo lo que le pidiese, aunque preferiría encargarme yo misma, sé que puedo convencerlo. El tiempo apremia y si deseo convertirme en la prometida de Malcolm, esa desgraciada tiene que desaparecer —Frances sonrió con malicia mientras acariciaba su larga trenza pelirroja.

—Te olvidas de que Hamish las protege —sugirió en un murmullo la anciana a tiempo que su nieta fijaba sus hermosos y vacíos ojos en ella.

—Ni siquiera él tiene tanta influencia en el consejo, no me preocupa. Tú solo encárgate de que mi abuelo nos escuche, el resto déjamelo a mí.

Mary asintió, aunque no confiaba lo mismo que la muchacha. Era un riesgo demasiado grande si llegaban a indagar. Solo esperaba que desterraran a las hermanas antes de que averiguaran de que había sido su nieta el ardid de aquellas mentiras.

Capítulo 13

¿Dónde están las hermanas?



La noche había caído sobre las Tierras Altas, cubriendo los campos con una niebla espesa que bañaba las solitarias colinas. Blair Sinclair observaba el horizonte desde lo alto de su caballo. A su lado, sus hombres aguardaban en silencio, tensos y ocultos en la oscuridad. Ninguno osaba interrumpir sus pensamientos, todos conocían la furia que albergaba en su interior, desde la desaparición de sus primas.

La búsqueda de Rose y Sophie había comenzado hacía semanas, y cada día sin encontrarlas solo avivaba su sed de venganza. Las traidoras escaparon de la fortaleza Sinclair justo antes de que Blair pudiera acabar con las condenadas. Hamish, el maldito *tannistear* de su padre Angus, las había ayudado. Pero no por mucho tiempo. Blair estaba decidido a encontrarlas. Sabía que se escondían como ratas en algún lugar, y él sería quien las atrapara por fin.

El viento gélido azotaba con fuerza cuando hizo una señal a sus hombres. Descendieron hacia el pequeño pueblo de Glenshire, donde los rumores decían que un grupo de Sinclair fue advertido hacía unos días. Hasta ahora, ninguno de los poblados que habían visitado, parecían conocer su paradero o quizá las ocultaban. Pero Blair sabía qué hacer para que hablaran. La fuerza y el miedo eran sus aliados más fieles.

Al llegar, todo parecía estar en calma. Nada ni nadie se movía. Puede que los rumores de su presencia hubieran llegado antes que él. La gente le temía, y con razón. De seguro estaban enterados de lo sucedido en los últimos pueblos que Blair había visitado. Nadie sobrevivía cuando él no obtenía lo que buscaba.

Blair desmontó lentamente a tiempo que sus botas se hundieron en el lodo. El silencio era denso, interrumpido solo por los pesados pasos de sus hombres, quienes empezaron a golpear las puertas de las casas.

—Pueblo de Glenshire —rugió Blair mientras se acercaba a la única taberna del lugar —. Estoy buscando un grupo de traidores.

La puerta de la posada se abrió, de pronto, un anciano salió de allí, con la cabeza baja. Su cuerpo encorvado y frágil temblaba al acercarse a Blair.

—Señor…, no hemos visto a nadie extraño —balbuceó el hombre, sin atreverse a levantar los ojos—. Somos gente de paz, solo tratamos de vivir con lo que la tierra nos da.

Blair lo miró con desprecio. Sonrió, disfrutaba de la intimidación que causaba. Dio un paso hacia el posadero, y el viejo retrocedió, casi cayendo al suelo.

—No quiero excusas —escupió Blair—. Estoy buscando a dos mujeres. Una de ellas es alta, de cabello del color de la plata y mirada desafiante, la otra, su hermana, más joven, con el cabello rubio. Viajaban con un guerrero, Hamish. Se rumorea que pasaron por aquí.

El anciano negó con la cabeza, la desesperación era evidente en su rostro.

—No, milord…, no hemos visto a nadie así. Se lo juro por mi vida...

Blair carcajeó. Puede que el viejo estuviese diciendo la verdad, sin embargo, disfrutaría torturándolo. En su rostro se dibujó una sonrisa fría y cruel. Colocó su mano en la empuñadura de su espada, solo para que aquel hombre la viera. El anciano tembló al ver lo que sucedía. Los guerreros del Sinclair, que lo rodeaban, también se prepararon, listos para ejecutar la voluntad de su señor.

—Por tu vida, ¿eh? —murmuró Blair, inclinándose hacia el anciano—. Entonces, veremos si lo que dices es verdad.

Antes de que el hombre pudiera reaccionar, Blair hundió su espada en el pecho del viejo mientras le arrancaba un grito ahogado. La sangre brotó cayendo sobre el suelo, a tiempo que el cuerpo del anciano se desplomaba sin vida a los pies de Blair.

—Busquen en todas las casas —ordenó, volviéndose hacia sus hombres—. Si alguien ha visto a esas malditas y no lo dice, destruyan todo. Que este pueblo sea un ejemplo de lo que ocurre cuando Blair Sinclair no recibe lo que quiere.

Los hombres se dispersaron, derribando puertas a tiempo que arrancaban gritos de terror de las familias que se escondían en sus hogares. Las llamas comenzaron a arder en los techos de las cabañas, iluminando el cielo oscuro con su poderoso resplandor. Los gritos de dolor y miedo llenaron el aire, pero a Blair no le importaba. Su mente estaba concentrada en un solo pensamiento, encontrar a Rose y Sophie.

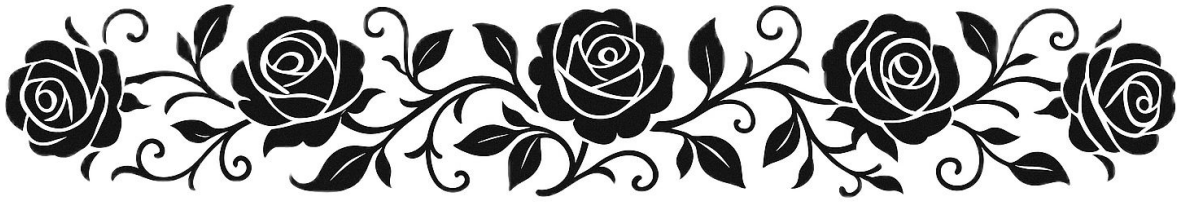
Mientras las llamas se alzaban, una mujer salió corriendo de una de las casas, con un niño pequeño en brazos, suplicando misericordia. Blair la observó un momento, sin ninguna emoción. Luego, simplemente apartó la vista y se dirigió de nuevo a su caballo.

—Vamos, continuaremos hacia Gairloch, allí nos reuniremos con O´Callahan —exclamó con voz firme—. Esas zorras no pueden esconderse para siempre. Las encontraré, aunque tenga que reducir cada pueblo a cenizas.

Montó su caballo y sus hombres lo siguieron, dejando atrás una aldea en ruinas, consumido por el fuego y el miedo. Para Blair, era solo un paso más en su camino de destrucción.

Pero sabía que las hermanas Sinclair no estarían lejos. Y cuando las encontrara, su traición sería castigada con la muerte, sin importar cuántos pueblos tuviera que arrasar para lograrlo.

Alguien en algún lugar las protegía y tarde o temprano hablarían.



Dos días después, Blair estaba sentado en una de las mesas de la taberna del puerto de Gairloch, al noroeste de las Highlands, frente a él, O´Callahan sonreía con malicia.

—¿Qué noticias me traes? —inquirió el Sinclair mientras bebía de su cerveza. Pequeñas gotas del líquido caían sobre su rubia barba.

—Mis hombres han averiguado que un *birlinn* atracó hace tres semanas por provisiones. Solo han visto un hombre, pero parece ser el que buscas. Aunque no pudieron descubrir los colores de su *plaid* —aseguró el rastreador.

—¿Y las muchachas? ¿Alguien las ha visto? —O´Callahan negó

—Quizá se ocultaron en el barco. Si viajan con Hamish, sabes que no las expondría.

—¿Crees que las ha llevado a su clan? Si es así, no podemos arriesgarnos con los MacLeod. No solo nos triplican en hombres, sino que sería un suicidio—escupió Blair con rabia.

—Primero tenemos que asegurarnos que se encuentran allí o en algún otro clan. Sabes que Hamish también cuenta con el apoyo de otros pueblos de las islas. Puede que las oculte en cualquiera de ellos, recuerda que terminó en conflictos con su familia. Los abandonó. Después de un tiempo se unió a los Sinclair, quizá no se encuentren en tierras MacLeod.

—Tienes razón. De todos modos, no será fácil colarse en los clanes. Para estas alturas cada maldito norteño debe saber del asesinato de mi padre—espetó el Sinclair a tiempo que pedía a una criada que llenara su jarra.

—Ya me he encargado de eso, nadie sabe que has sido tú. En cuanto a las muchachas, he enviado a mi primo con un mercader que visita las ferias de los clanes, el hombre necesitaba un ayudante, por lo que me ha resultado fácil convencerlo. Si tus primas están en alguno de ellos, me lo hará saber —Le aseguró el rastreador.

—Bien hecho —Blair levantó su jarra a modo de brindis a tiempo que una sonrisa maliciosa se dibujaba en sus labios.

—Pronto tendrás lo que buscas, amigo mío.

—Y tú por fin podrás disfrutar de mi querida prima mayor antes de que el filo de mi espada acabe con su vida —aseveró el Sinclair imaginando todo el sufrimiento que les infligiría a esas bastardas.

Las odiaba, en especial a Rose. No solo era la verdadera heredera del clan, sino que hasta su propio padre la prefería. Desde niños, la muy zorra lo había dejado en ridículo cuando lo superaba en los entrenamientos que su tío Eirik, el padre de su prima, impartía.

Blair nunca había entendido el porqué esa desgraciada practicaba junto a los guerreros del clan. Ella era una simple mujer que solo servía para aprender a coser y bordar como lo hacía su tía. Sin embargo, su padre y su tío estaban convencidos de que Rose podría llegar a ser una buena líder algún día.

El Sinclair acarició la cicatriz de su cuello al recordar aquel entrenamiento en el que su prima se había burlado de él frente a todos. Cerró los ojos, parecía como si hubiese sucedido ayer.

El eco del choque de metales, resonaba entre los guerreros del clan. Blair, de apenas doce años, empuñaba su espada con determinación. Frente a él, Rose, tres años menor, era mucho más hábil, movía su espada dejando boquiabiertos a los soldados que los observaban.

—Vamos, Blair —gritó uno de los hombres—. No permitas que una chica gane la contienda.

El rostro de Blair se enrojeció, odiaba que su prima lo superara. Rose, avanzaba con pasos seguros, manteniendo una postura correcta, tal y como su padre le había enseñado, y con la espada firme en su mano. No le hacía falta fuerza. Su agilidad y destreza eran suficientes contra su primo.

—Concéntrate —le susurró ella, con una sonrisa de aliento.

Blair, furioso, se lanzó hacia adelante sin control. Al verlo, Rose, se movió girando sobre sus talones. En pocos segundos, desarmó a Blair mientras su espada caía sobre el suelo. Fue entonces cuando su primo, furioso al ver que había cometido un error, corrió hacia Rose para descargar toda su frustración en ella.

—No te atrevas a humillarme —gritó enfurecido.

Rose trató de esquivarlo, pero esta vez su primo fue demasiado rápido. En un abrir y cerrar de ojos, su espada rozó el cuello de Blair mientras él se detenía de pronto, llevándose la mano hacia la herida.

Una fina línea roja comenzó a aparecer. La niña dejó caer su espada, horrorizada.

—Lo siento, Blair —exclamó mientras intentaba ayudarlo —. No quise...

—Me cortaste —Su primo la interrumpió a tiempo que retrocedía con su mano sobre la herida.

—Fuiste tú el que cometió el error —aseguró la niña.

—Fue tu culpa. Siempre haces trampa.

Rose lo miró, sin comprender por qué su primo había dicho que ella era una tramposa. Solo había seguido el entrenamiento, nunca deseó herirlo.

Sin embargo, desde aquel día, ninguno de los dos volvió a los ejercicios. Blair juró que algún día se vengaría por todas las humillaciones. Y ese día se acercaba. Pronto su prima pagaría con sangre el haber hecho de su vida un infierno.

Capítulo 14

La reunión de los traidores



La iluminada habitación parecía querer aplastarlo, como si las paredes de piedra que la constituían estuvieran a punto de enterrarlo. El aire estaba enviciado de palabras y lamentos, que al anciano le impedían concentrarse.

Ian cerró los ojos, como si al hacerlo pudiera desaparecer. Su esposa y su nieta no paraban de parlotear. Desde hacía más de una hora que la verborragia de Mary y Frances lo estaban enloqueciendo. No entendía aquel odio encarnizado para con esas pobres muchachas, sin embargo, si lo que decían era cierto, no podía dejarlo pasar. Comprendía las razones por las que Malcolm permitía que las criadas trabajaran en la fortaleza, su tío Hamish había solicitado asilo para Rose y Sophie Sinclair y el laird no pudo negársele.

Era evidente que desde que esas muchachas habían llegado al clan, todo había cambiado. Malcolm actuaba de manera irracional al permitir que la mayor de las hermanas no se ocupara de sus labores. Para peor, había ordenado que Edith se encargara de curarle las heridas de sus manos como si fuera un miembro de la familia. Los rumores de que el laird estaba interesado en la criada ya habían llegado a oídos del consejo. Aquello no podía suceder.

Deseaba que su nieta fuera considerada para ocupar el lugar de señora de los MacLeod, pero si Malcolm insistía en ignorarla, todos sus anhelos se esfumarían como agua entre sus dedos. A pesar de que el consejo se había negado en un principio, confiaba en poder convencerlos. Sin embargo, era evidente que esa muchacha se interponía en su camino.

—Como lo oyes abuelo, esa mujerzuela está constantemente persiguiendo al laird. Mi doncella Margaret las ha escuchado en las cocinas cuando esa tal Rose lo comentaba con su hermana, su intención es quedar encinta. Quizá hasta ha sido el mismo Hamish

quien ha insistido con la idea —bramó Frances angustiada mientras su abuela asentía.

—Opino igual, me resulta muy extraño su manera de protegerlas. Puede que busque unir a esa muchacha con Malcolm, y de esa forma todos nuestros esfuerzos por desposar a Frances con el laird serían en vano. Estoy segura de que el consejo escuchará lo que nuestra nieta tenga que decir —aseguró con firmeza Mary.

—Sabes bien que eso es imposible, los ancianos nunca permitirán que se presente ante ellos. Por otro lado, no podemos poner a Hamish en contra de su sobrino. Sin contar con que estamos arriesgándonos a que Malcolm tome represalias con nosotros —replicó Ian intentando convencerlas. Aquello era una locura.

—Muy bien, entonces serás tú quien lo haga. Tú eres miembro, a ti sí te escucharán —instó Frances a tiempo que sus ojos se nublaban de falsas lágrimas. Sabía que su abuelo no se negaría si la veía sufrir —. Me he enamorado del laird y no soportaría perderlo…

—Esa muchacha es una amenaza, si queda encinta, Malcolm deberá casarse con ella. Hamish no lo dejará estar. Imagina lo que le sucederá entonces, el consejo lo destituirá de inmediato. Además, los ancianos buscan una buena alianza, ¿qué puede aportar una simple criada?

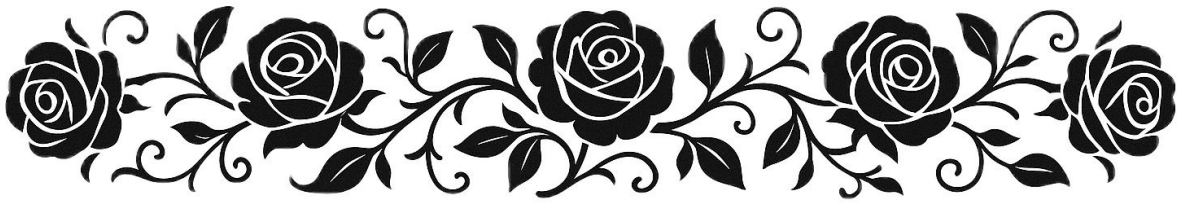
Ian asintió. Mary tenía razón, si aquello ocurría, Malcolm perdería todo y ni siquiera él podría interceder en su favor. Los ancianos lo destruirían de inmediato. Debía arriesgarse, aunque con ello se expondría a que Malcolm y Hamish lo consideraran un traidor y eso no le convenía si esperaba seguir como hasta ahora.

—¿Abuelo, realmente deseas que me convierta en la esposa del laird?

El viejo Ian asintió. No soportaba ver a su nieta sufrir de aquel modo. Pero aún dudaba en su decisión. Se debatía entre hablarlo con Malcolm o llevar aquellas noticias al consejo.

—Muy bien, me encargaré del asunto. Ahora, por favor, déjenme solo, necesito pensar la manera en que lo comunicaré —Ian intentaba ganar tiempo para resolver la situación a su modo como también contentar de esa forma a su nieta y a su esposa.

Prestaría atención a Malcolm y a Hamish. No sería buena idea crear problemas, precisamente ahora que el compromiso entre los MacLeod y los Douglas estaba por concretarse. Debería ir con cautela. Lo mejor sería consultarlo con Calan.



Ian había buscado una posada alejada de todo. No deseaba arriesgarse a ser visto con el consejero. Las paredes de la fortaleza estaban llenas de intrigas y traición, por lo que no confiaba en nadie más. Los nervios lo traicionaban. No podía precisar por cuanto tiempo había esperado, pero Calan ya debería estar allí. Sus dedos repiqueteaban sobre la desvencijada mesa a la que estaba sentado mientras bebía de su jarra. Por fin, y después de haber bebido más

de la cuenta, su viejo amigo, llegó. En cuanto estuvieron cara a cara, Ian sonrió.

—Será mejor que te sientes, lo que estoy a punto de contarte, nos concierne a ambos —El consejero lo miró intrigado.

Calan escuchó con atención cada palabra que salía de la boca de Ian. Aquella información que le proporcionaba era justo lo que estaban buscando para obligar a Malcolm a desposarse de inmediato. Necesitaban controlarlo y de esa manera continuar como siempre lo habían hecho. No solo ganarían una buena alianza, sino que aquella información les serviría para que Hamish no siguiera metiendo las narices. Sabía que el laird estaba considerando deshacer el consejo desde hacía ya un tiempo, lo mismo que lo había intentado hacer su padre Tormod.

—Has hecho bien en contármelo, nadie puede saber de esto, si Hamish y esa joven tratan de embaucar a nuestro laird, debemos evitarlo a toda costa. Imagínate si el consejo llegara a enterarse, sería la ruina de Malcolm y la nuestra. Todo debe continuar como siempre —soltó el consejero a tiempo que Ian asentía.

—Lo sé, es por eso que te he buscado, puede que entre los dos logremos convencerlo para que busque la manera de alejar a las muchachas de aquí.

—Bien sabes que eso no sucederá mientras Hamish siga protegiendo a esas jóvenes, sin contar con que nuestro laird es demasiado honorable.

—¿Qué sugieres entonces? —inquirió Ian a tiempo que bebía de su jarra de *cruim*.

—Creo que lo mejor será llevarlo al consejo —Ian lo observó asombrado, no esperaba escuchar aquello —. No me mires así, si alguien se entera de que callamos esa información podría ser nuestro fin.

—Pero eso sería traicionar la confianza de Malcolm y no es conveniente, justamente ahora que hay tanto oro en juego—articuló Ian furioso.

—¿Y qué pasa con Hamish? ¿Acaso no traiciona a su sobrino al haber ideado todo esto? Imagina que ese hombre realmente esté buscando quedarse con el clan al involucrar a esas muchachas. Recuerda que él fue quien apoyó a Tormod cuando intentó deshacer el consejo. Logrando manipular a Malcolm a su antojo, terminará liderando el clan. Si esa muchacha es tan poderosa como para hacer perder la cabeza a nuestro laird, no pasará mucho tiempo antes que acabemos desterrados. No, todo debe seguir como hasta ahora, hay demasiados cabos sueltos si eso llegara a ocurrir.

Ian sopesó aquellas palabras, Calan tenía razón, a pesar de que era un riesgo demasiado peligroso. Para muchos, sería la excusa ideal para tomar en sus manos la elección de una esposa.

—Hay algo más qué deseo discutir —exigió Ian.

—Te escucho —concedió Calan intrigado.

—Mi nieta, necesito que me apoyes cuando sea el momento de sugerir una esposa para Malcolm —Calan negó con la mirada.

—Sabes que eso es imposible, la muchacha pertenece a un clan del sur, el consejo busca una alianza con los del norte, ya han propuesto varias candidatas.

—Lo sé, pero su tío ha tomado el control del clan y como compensación por haberse deshecho de ella, ha enviado una buena suma para la dote, más de lo que cualquier clan del norte pueda aportar. Sabes bien que mi hijo fue un buen laird y que los Amstrong son los más poderosos de las *lowlands* —insistió Ian con firmeza.

Calan sopesó las palabras de Ian, si aquella suma era tan abultada como decía, podría ser usada a favor de su poder. Después de todo,

Malcolm no tenía que enterarse a cuanto alcanzaba la dote. Hacía años que era él quien llevaba las cuentas y administraba las compras del clan, por lo que nunca nadie había notado su estafa. Ian solo participaba de los robos a los barcos, pero en lo concerniente a las cuentas del clan, nadie sabía de lo que ocurría y no pensaba compartirlo.

—Está bien, intentaremos que vuelva a ser tomada en cuenta, prometo que te apoyaré llegado el momento. Quizá la abultada dote pueda obrar a su favor. Tu hijo era el laird de los Amstrong y a pesar de pertenecer al sur, era un *highlander* ante todo —aseguró Calan mientras apuraba su cerveza.

El viejo Ian sonrió, orgulloso de haber resuelto el problema. No solo no se arriesgaba a ser descubierto, sino que su nieta tendría una posibilidad gracias a la ayuda de Calan.

—¿Cuándo hablaremos con el consejo?

—En cuanto llegue la comitiva con la familia de nuestro laird. No sería conveniente causar tal revuelo ahora. Ni Hamish ni esa muchacha lograrán hacer mucho mientras Malcolm esté ocupado con otros asuntos. El inminente compromiso con Alexander Douglas y su hermana será la excusa perfecta para mantenerlo alejado de la criada. Una vez estén todos aquí, lo comunicaremos al consejo.

—Muy bien, mientras tanto vigilaré de que nada ocurra —Calan asintió complacido.

Había sido sencillo manipular a Ian a su antojo como siempre lo hacía El muy idiota confiaba en él ciegamente, sin sospechar que era precisamente Calan quien se estaba haciendo con parte de las arcas del clan. Nada ni nadie actuaba sin su permiso. Y si esa muchachita se entrometía en sus planes, no le temblaría el pulso para deshacerse de ella.

—Será lo mejor, y no dudes en venir a mí si hay alguna novedad, recuerda que debemos cuidar de nuestras espaldas.

Capítulo 15

La familia del laird



La niebla del mar se levantaba lentamente sobre la isla de Skye. El sol, casi extinto, recibía con su tenue luz la comitiva que se acercaba a la fortaleza. El sonido de los cascos de los caballos resonaba sobre la tierra, mientras Catherine MacLeod montaba su corcel con la elegancia que la caracterizaba. Detrás de ella, Roderick, laird de la isla de Lewis, observaba el castillo con orgullo. A su lado, Penny, la

menor de los MacLeod, sujetaba las riendas con nerviosismo. Sus brillantes y azules ojos estaban expectantes y llenos de inquietud.

Desde que abandonaron la isla de Lewis, Penny había estado ansiosa por llegar a Skye. Su corazón latía desbocado con cada paso que la acercaba a su prometido. No lo veía desde que eran unos niños

"¿Cómo se verá ahora?"

Se preguntaba con una mezcla de emoción y nerviosismo. ¿Habría cambiado lo mismo que ella?

A medida que la comitiva se acercaba, todo se convirtió en un caos. Los hombres y mujeres del clan corrieron para darles la bienvenida, inclinando la cabeza. Las jóvenes casaderas cuchicheaban, impresionadas por el imponente Roderick, que robaba suspiros por donde fuera. Era uno de los lairds más codiciados junto con su hermano.

Malcolm, que había esperado en medio del patio principal, se adelantó al verlos llegar. Puede que su porte de guerrero reacio amenazara solo con una mirada, sin embargo, cuando se trataba de su familia, sus ojos revelaban el amor que sentía por ellos. Catherine desmontó de su caballo con la ayuda de uno de los hombres de Malcolm, como si fuera una reina, se acercó a su hijo, sin dejar de mirar a aquellos ojos verdes que tanto adoraba. No hubo necesidad de palabras; ambos se fundieron en un intenso abrazo.

—Madre, veo que la isla de Lewis te ha tratado bien —sonrió al observar a Catherine MacLeod.

—Malcolm —respondió a tiempo que colocaba su mano con suavidad en la mejilla de su hijo, como lo hacía cuando él era niño.

Roderick, con una sonrisa canalla, se acercó y le dio una palmada en el hombro a su hermano.

—Parece que Skye sigue igual de salvaje que tú —bromeó feliz de reencontrarse con su hermano mayor.

—Y Lewis sigue igual de aburrido, me imagino —replicó Malcolm, con una sonrisa canalla —Me alegra que hayas venido, hermano.

Penny, quien había estado ansiosa buscando con la mirada a su prometido, corrió hacia los brazos de su hermano.

—Te he extrañado —Se abrazó a él mientras que Malcolm la envolvió con un brazo dedicándole una enorme sonrisa.

Tras el señor de la fortaleza, los Douglas observaban la escena en silencio. Alexander, sonreía complacido al ver que su futura esposa se había convertido en toda una belleza. Su oscuro cabello contrastaba con sus curiosos ojos azules. No pudo evitar acercarse y ser el primero en besar su mano.

Después de varios minutos de intensos abrazos y cálidos saludos, los Douglas y los MacLeod se dirigieron a la fortaleza.

Para sorpresa de Catherine, su hermano Hamish se encontraba entre los guerreros de su hijo, junto a Alistair y dos jóvenes muchachas.

La mujer frunció el ceño en cuanto lo vio. El muy cobarde había evitado ir a su encuentro por temor a que su hermana lo rechazara. No obstante, en cuanto Catherine posó sus ojos sobre él, su cobardía desapareció en ese instante. Una cálida y brillante sonrisa se dibujó en el precioso rostro de la señora del clan, a tiempo que se olvidaba de todo protocolo para correr hacia sus brazos.

—Temía que me rechazaras —confesó el enorme guerrero mientras besaba la frente de su hermana.

Catherine estaba tan emocionada que sus lágrimas hablaron por ella, no podía creer que su hermano estuviese allí.

—¿Pero cómo? —inquirió asombrada.

—El clan Sinclair ha sido atacado, Angus Sinclair no sobrevivió. Su propio hijo lo asesinó —Catherine lo observaba horrorizada mientras escuchaba con atención cada palabra —. Solo unos pocos hemos podido escapar. De hecho, quiero que conozcas a las sobrinas de Birna. Dejarlas a manos de ese bastardo hubiera sido su sentencia de muerte.

En cuanto la señora del clan posó sus profundos ojos en las muchachas, el estupor la embargó de pronto.

—MiLady —saludó Rose con una reverencia adelantándose a su hermana.

La muchacha sabía que Malcolm estaba tras su madre; sin embargo, logró controlar sus emociones. Evitó levantar la mirada, no era momento para demostrar cuanto le afectaban aquellos intensos ojos verdes. Su sola presencia lograba que cada fibra de su cuerpo reaccionara. La imagen desnuda del laird estaba clavada en su mente. Un recordatorio constante de la perfección de ese hombre.

Sophie, por su parte, estaba paralizada, con su mirada perdida en Alistair, por el que bebía los vientos desde que había puesto sus ojos en él. La muchacha estaba suspendida en una nube, luego de que el *tannistear* le había sonreído. Su hermana mayor, al notar lo que sucedía, rodó los ojos. Por fortuna, el enérgico pisotón que le propinó, bastó para que reaccionara.

—Es un placer, miLady —Por fin saludó la menor, no sin antes dedicarle una mirada de furia a Rose.

No obstante, Catherine MacLeod parecía tan obnubilada como Sophie. Aquellas muchachas eran la viva imagen de su amiga, Eleanor Sinclair. En el pasado, Eleanor y Catherine habían sido doncellas de la reina y sabía que la esposa del rey David era madrina de la mayor de las hijas de Eleanor. Lo que no comprendía era porque estaban vestidas como simples criadas. Podía asegurar que

sus ojos no la engañaban. Eran las hijas de su amiga y Eirik Sinclair, no cabía otra explicación.

Se volteó hacia su hermano en busca de respuestas. La cálida mirada silenciosa que le devolvió Hamish fue suficiente para que comprendiera lo que estaba sucediendo. Desde niños se comunicaban todo con una simple mirada. Su hermano había buscado refugio tras los muros de los MacLeod porque las estaba protegiendo.

—El placer es mío, muchachas —respondió emocionada, intentando que nadie notara sus lágrimas —. Ahora, si me disculpan, he de hablar con mi hermano, pero más tarde deseo verlas en mi habitación.

Malcolm observó la incomodidad en el rostro de Rose antes de retirarse acompañada su hermana y Hamish. Conforme se alejaban no pudo evitar perderse en el movimiento del vaivén de sus tentadoras y redondeadas caderas. Con disimulo, intentó que nadie notara lo que esa muchacha le producía. No entendía por qué, aquel ángel plateado lograba abstraerlo de aquella manera. Como si ellos dos fueran los únicos en el mundo cuando estaba en su presencia. Carraspeó, en un intento vano, por distraerse del hechizo de esos ojos tormentosos. Sin embargo, no se percató de que su madre había observado cada uno de sus movimientos.

Lady Catherine sonrió complacida. Era la primera vez en años que notaba ese brillo especial en la mirada de su hijo. Si sus sospechas eran correctas, Rose Sinclair sería la candidata perfecta para devolverle la vida a su primogénito. Se le daba bien ser casamentera. Lo había logrado con Penny, y aunque Malcolm era un hueso duro de roer, nada le impediría que interviniera.

Justo antes de que Catherine y Penny se dirigieran a sus habitaciones, acompañadas por Malcolm, fueron interrumpidas por Ian, Mary y Frances. La señora del clan y su hija, los saludaron con

cortesía, mientras que un emocionado Ian, presentaba a su nieta con orgullo.

—Milady, le presento a mi nieta Frances, gracias al laird y su generosidad, ha venido a vivir con nosotros después de que mi Rob y su esposa fueran asesinados —indicó a tiempo que la muchacha hacía una reverencia.

A la señora del clan no le fue indiferente la mirada lasciva que la nieta de Ian le dedicó a su hijo. Una punzada extraña se instaló en sus entrañas. Su instinto de madre rara vez fallaba y esa muchacha se le antojó peligrosa.

—Estaba ansiosa por conocerlas. Es un placer, mi señora —saludó Frances con deferencia mientras se dirigía a la sorprendida hermana del laird—. Espero que lleguemos a ser grandes amigas, Lady Penny.

Lady Catherine dio un respingo al escuchar aquel acento del sur.

Estaba furiosa con Malcolm por haber permitido que Ian y su esposa siguieran viviendo en la fortaleza y para peor, ahora se sumaba su nieta.

Sabía de la historia de Rob y sus padres, y de como se había alejado de los MacLeod para casarse con una *lowlander*. Pero nunca imaginó que tuviese una hija. A pesar de que era realmente hermosa, había algo en los ojos de esa joven que no le gustaba nada. Puede que la enjuiciara sin conocerla, sin embargo, rara vez se equivocaba al juzgar a las personas. La mirada de Frances era distante y fría, como si estuviese calculando sus palabras. Era evidente que se parecía a su abuela Mary. Debería irse con cuidado.

Lady Catherine apretó los puños. De no haber sido porque Ian era un buen hombre, hacía tiempo que Mary estaría viviendo donde le correspondía. Su esposo Tormod había mandado a construir una preciosa cabaña cercana a la fortaleza solo para el consejero y su mujer. Pero la insistente Mary aseguraba que vivir allí no la protegería

del salvaje clima del norte, por lo que su esposo había cedido una de las habitaciones, para que su Ian y Mary viviesen en la fortaleza. Sin embargo, ya era hora de cambiar eso. Se prometió hablar con Malcolm.

—Ahora, si nos disculpan, necesitamos asearnos después de haber viajado por días, además, por supuesto, de querer unos momentos a solas con mi hijo —enfatizó Catherine MacLeod a tiempo que se dirigía al laird—. ¿Vienes Malcolm?

—Laird MacLeod —interrumpió Frances, sin importar las palabras de la señora del clan —. ¿Podría robarle unos minutos? —Catherine la observó anonadada.

Malcolm se disculpó con su madre con la mirada, había evitado a la insistente muchacha; sin embargo, no podía negarse. No frente a Ian que lo observaba expectante.

—Tú dirás Frances, ¿qué puedo hacer por ti?

—Había pensado que, ya que en unos días es el *ceilidh* por el compromiso entre su hermana y Alexander Douglas, podría enseñarme a bailar —Malcolm la observó extrañado —. Es que no conozco a nadie que pueda ayudarme. No desearía ser el hazmerreír frente a todo el clan —declaró a tiempo que se acercaba lo suficiente como para que su pronunciado escote quedara expuesto frente al laird.

Frances confiaba en sus encantos. Ella también había sido testigo de como Malcolm siguió con la mirada a esa zorra mientras se alejaba. Necesitaba cautivarlo antes de que fuese demasiado tarde.

Sin embargo, no contaba con que su abuelo escucharía toda la conversación.

—Oh, Frances, el laird no tiene tiempo para esas nimiedades. Estoy seguro de que nadie notará si cometes algún error. Pero, si lo deseas,

te enseñaré. A pesar de mi edad, puedo moverme como todo un joven —Malcolm agradeció la intervención.

Frances, por su parte, fijó su fría mirada sobre Ian.

—Nada de eso, Frances necesita alguien joven y no un viejo decrépito como tú —Lo reprimió Mary mientras se dirigía al señor del clan—. ¿Quizás el laird pueda dedicarle unos minutos a nuestra nieta? —La esposa de Ian lo observó expectante a tiempo que sonreía a la joven.

—Lo siento Mary, pero Ian tiene razón. Sin embargo, puedo hablar con alguno de mis guerreros. Estoy seguro de que estarán encantados de enseñar a Lady Frances. Ahora, si me disculpan, mi madre me está esperando —Sin dar tiempo a réplica, el laird se retiró antes de que la pelirroja y su abuela tuvieran la oportunidad de volver a insistir.

Capítulo 16

El mercader



Llegar a la isla de Skye siempre era una alegría para el mercader, sus coloridas telas eran bienvenidas y codiciadas por las mujeres del clan. Y en aquella ocasión, el compromiso de la hermana del laird, le traería más ventas de lo que había vendido en todo un año.

En cuanto su carreta se detuvo en el patio principal del clan MacLeod, criadas, doncellas y damas corrieron a su encuentro a tiempo que su ayudante observaba anonadado a la multitud que los rodeaba. El vendedor sonrió triunfante, parecía como si lo hubieran estado esperando.

—Bienvenido Jan —saludó con elegancia la señora del clan al mercader flamenco, mientras que su hija Penny y Clara, la esposa del laird Douglas, la seguían.

—Siempre es un honor regresar milady —El hombre hizo una exagerada reverencia.

—Veo que al fin has escuchado mi consejo y te has conseguido un ayudante. ¿Él también proviene de Flandes? —inquirió Catherine mientras clavaba sus azules ojos en aquel hombre. Había algo en él que le daba escalofríos.

—Oh, no, lo contraté en Gairloch, camino aquí. Mi cuerpo no es el de antes y los cofres demasiado pesados. De no haberlo hecho, dudo que hubiese podido llegar a tiempo para el compromiso —declaró el flamenco.

—Te aseguro que si no lo conseguías, mi hija te habría perseguido por toda Escocia —bromeó la mujer.

—¿Dónde coloco los cofres?—interrumpió el ayudante a tiempo que cargaba en su hombro uno de los baúles y la miraba con desprecio.

—Puede dejarlos en mi cámara privada, allí nadie los molestará. En cuanto esté todo preparado iremos a echar un vistazo a esas

maravillosas telas —Lady Catherine se dirigió a Jan ignorando al ayudante. Ese joven le daba escalofríos.

Una hora más tarde, la sala repleta de cofres había reunido a una pequeña multitud, no solo Catherine MacLeod, Penny y Clara se encontraban disfrutando del despliegue de telas que Jan había traído, sino también las esposas de los ancianos del clan, entre ellas Mary y por supuesto, su nieta Frances. Las mujeres estaban maravilladas decidiendo cuáles elegir para la gran fiesta de compromiso que en pocos días se realizaría.

Cameron, el hombre que O´Callahan había enviado como ayudante del mercader flamenco, observaba con detenimiento a las mujeres. Su misión por encontrar a las jóvenes Sinclair se tornaba más complicado con el correr de los días. Habían visitado al menos cinco clanes de las Highlands sin éxito, por lo que se estaba impacientando. Estaba harto de aparentar ser un simple ayudante, él era un mercenario como todos sus parientes.

Al cabo de dos horas su tolerancia se había agotado, por fortuna aquel grupo de molestas mujeres tenían lo suficiente como para vestir por un año entero.

—Bueno Jan, parece que hemos elegido todo lo necesario, por lo que creo que se merecen un justo descanso —comentó Lady Catherine mientras entregaba una pila de telas a una criada—. ¿Por qué no pasan por la cocina antes de partir? Estoy segura de que Edith ha preparado unas provisiones para el camino.

El mercader sonrió satisfecho, no solo había ganado una buena suma con su venta, sino que ansiaba disfrutar de aquellos manjares que la cocinera de los MacLeod preparaba cuando visitaba el clan. Agradeció con una reverencia.

—Es usted muy generosa Lady Catherine, para ser sincero, no hay paladar que se resista a su cocinera —respondió el flamenco a tempo que ordenaba a su ayudante a recoger todo.

Minutos más tarde ambos hombres se dirigieron a las cocinas, Cameron aprovechó el camino para observar con disimulo cada una de las mujeres con las que se cruzaba, hasta las mismas criadas. No deseaba enfrentar a O´Callahan con las manos vacías.

Para cuando por fin llegaron, parecía que la cocinera ya los estaba esperando con un perfumado paquete repleto de provisiones.

—Oh, Edith, siempre es un placer disfrutar de tus manjares —comentó el vendedor mientras acercaba su nariz a la vianda—. Ten, esto es para ti, ¿no creerás que me he olvidado de ti?

La cocinera carcajeó al desplegar una colorida tela con ojos maravillados. Agradeció con una enorme sonrisa al mercader mientras guardaba con delicadeza el regalo en un bolsillo de su mandril.

Fue justo en aquel momento en que Rose y Sophie llegaron con una cesta llena de hortalizas. Ambos hombres las observaron con interés.

—Jan, te presento a Rose y su hermana Sophie, las nuevas criadas del clan —declaró Edith orgullosa.

—Un placer conocerlas muchachas —El flamenco soltó sin dejar de mirarlas con sorpresa—. Si no fuera porque trabajan aquí, cualquiera las confundiría con las hijas de Eleonor Sinclair, en especial tú, Sophie, eres idéntica a ella. Solía vestir a la señora de los Sinclair hasta que fue asesinada —Cameron abrió los ojos con interés a tiempo que las hermanas se tensaron al escuchar el nombre de su madre en boca del mercader.

Rose cerró los ojos por un instante, parecía que la mala suerte las había encontrado nuevamente. Apretó la mano Sophie, necesitaba que su hermana se calmara, la conocía, estaría hecha un manojo de nervios.

“Maldición, ¿cómo es posible que el mercader conociera a madre? Esto no puede ser cierto. Si ese hombre llega a hablar con alguien de nuestro parecido con ella, estaremos perdidas…”

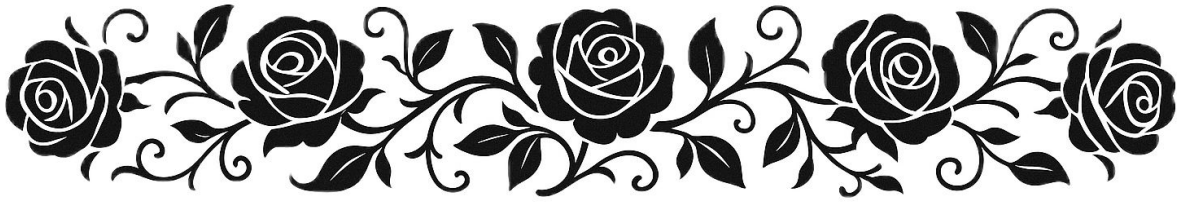
De pronto, un incómodo silencio envolvió la cocina, nada parecía moverse, ni siquiera el espeso humo que salía del especiado guiso. Todo se tornó denso, como si el tiempo se hubiera detenido. Un intenso cruce de miradas se gestó entre el mercader y las muchachas. Hasta la misma Edith las observó asombrada mientras el ayudante del flamenco clavaba sus oscuros ojos en ellas. Por fin, y después de lo que pareció una eternidad, la mayor de las Sinclair se armó de valor, necesitaba ser convincente, por lo que respondió con seguridad.

—Le aseguro mi señor, que nunca había escuchado ese nombre. Nuestra madre no era más que una simple criada —sonrió, rogando que aquella mentira se convirtiera en realidad.

Un helado escalofrío recorría su espalda; sin embargo, no bajó su gris mirada, por el contrario, se mantuvo firme. Aun así, las hermanas sabían que el apellido y todo lo que afirmaba Jan, no le había sido indiferente.

—¿Estas muchachas hijas de Eleanor Stewart? ¿Y crees que estarían trabajando en las cocinas? Eres muy imaginativo mi querido Jan —intervino la cocinera palmeando el hombro del flamenco. Sus intensas carcajadas relajaron el denso ambiente—. ¿Sabes que creo?, que te estás poniendo viejo.

—Lo que pienso es que estoy hambriento, será mejor que nos marchemos antes de que la niebla caiga en la isla —bromeó el mercader a tiempo que hacía una exagerada reverencia y tomaba el paquete entre sus manos.



El atardecer estaba cayendo cuando Jan y su ayudante partieron con rumbo al clan Mackinnon, el mercader esperaba poder pasar la noche allí. Sin embargo, sus planes fueron truncados cuando su reservado ayudante interrumpió el silencio en el que estaba enfrascado.

—Nunca había visto jóvenes tan bonitas, es una pena que nos hayamos tenido que marchar tan pronto —comentó Cameron, llamando la atención de Jan.

—Así es muchacho…, muy hermosas —soltó el mercader pensativo.

Cameron, quien sabía que el hombre no estaba convencido con la respuesta que la muchacha le había respondido, continuó indagando.

—¿Piensas que esa joven te ha mentido?

—No lo sé, aunque puedo afirmar que el parecido es asombroso. Además, creo haber notado algo extraño en la más pequeña cuando mencioné el nombre de Eleanor Stewart —respondió el flamenco pensativo.

—¿Algo como qué? —preguntó mientras arriaba con firmeza las riendas.

—Se la veía nerviosa, como si esperara que su hermana respondiera por ella —Jan se quedó en silencio de pronto. Parecía estar sopesando algo más.

—¿En qué piensas? —inquirió Cameron intentando sonar tranquilo. Sabía que se estaba acercando a la verdad.

—En que si tuviera que apostar, respondería que sí, esas muchachas son las herederas del clan Sinclair, los rumores dicen que han escapado después del asesinato del laird. Es demasiada coincidencia, ¿no crees?

Cameron no necesitó más que aquella confirmación. Ya tenía lo que había ido a buscar. Detuvo la carreta cerca de un alejado y solitario bosque que se encontraba en tierras MacLeod.

—¿Por qué nos detenemos? —inquirió el Jan enfurecido—. La noche nos alcanzará antes de llegar, sabes que la niebla no nos permitirá ver nuestra ruta.

—Porque es momento de que nuestros caminos se separen flamenco, ya he soportado demasiado tu compañía —respondió su ayudante con una perversa sonrisa dibujada en sus labios. Con frialdad y sin piedad, Cameron clavó su daga en el corazón del vendedor sin ningún tipo de advertencia.

Sin perder tiempo y para evitar sospechas, el traidor dejó caer el cuerpo inerte del mercader en el interior de la carreta, desenganchó el arnés separándolo de la lanza y liberó al caballo que le serviría

para escapar. Luego, empujó el carromato hacia una zona oscura del bosque y ocultó todo bajo unas ramas que encontró. Sin demora, partió hacia Gairloch, donde lo esperaba una abultada recompensa por aquella valiosa información.

Cuatro días más tarde, Cameron llegaba a la posada donde lo estaban esperando.

—He encontrado a las muchachas —soltó a tiempo que O´Callahan sonreía complacido.

Capítulo 17

La tentación del laird MacLeod

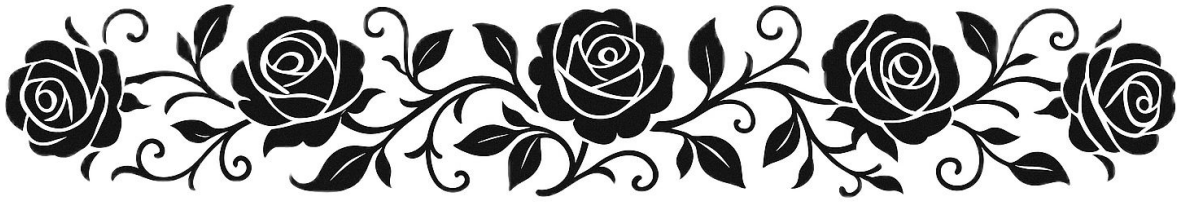


La duda lo carcomía por dentro, desde aquella conversación que había tenido con Rose en su estudio, no tuvo oportunidad de estar a solas con la muchacha. Su madre parecía empeñada en mantener a las hermanas alejadas de todos, en especial al ángel.

Malcolm se paseaba por su habitación. Parecía un animal enjaulado. Sabía que como señor de las tierras McLeod, podía ordenar que lo atendiera o incluso que lo ayudara con su baño. Aún recordaba aquellos delicados dedos que rozaron su espalda cuando la obligó a lavarla. A pesar del paño que había utilizado, el calor que emanaron las suaves manos de la joven, lograron excitar cada fibra de su cuerpo.

Por San Andrés que era una preciosidad. De haber sido una criada como Lorna, ya se hubiera desfogado hasta el hartazgo, pero Rose era diferente. No solo se contenía por Hamish, sino por ella. A pesar de toda la bravuconería de la muchacha, su inocencia la delataba. Y él, no podía quitarle su virtud como si fuera un salvaje.

Sin embargo, su deseo por verla, premiaba sobre su razón en aquellos momentos. Decidió que ya era hora de continuar con esa conversación pendiente. Sin demora, ordenó a uno de sus guerreros que fuera en busca de Rose. Poco le importaba que su madre se opusiera, él era el laird después de todo.



Rose se encontraba junto a Lady Catherine cuando la orden del laird la sorprendió de repente. La madre del señor de aquellas tierras abandonó de inmediato su bordado tan asombrada como estaba la muchacha.

Era evidente que no le agradaba aquella orden y mucho menos que su hijo tratara a Rose como si fuera de su propiedad.

—Dile a mi hijo que la doncella se encuentra ocupada —ordenó la mujer interponiéndose entre el soldado y la aterrorizada joven.

Desde que Lady Catherine había llegado al clan, la muchacha no tuvo que volver a ver a Malcolm y lo agradecía. Ese hombre la trastocaba sobremanera y ella no podía dejarse embaucar por su atractivo o su seductora voz. Tenía una misión y nada ni nadie le impediría cumplirla.

—Lo siento milady, pero el laird ordenó que no acatara más que mandato. Enfatizó que ni siquiera usted tiene la autoridad para mandar sobre sus decisiones —El guerrero bajó la mirada, nadie, solo sus hijos se enfrentaban a ella.

—¿Cómo se atreve? Ese... —respondió Lady Catherine enfurecida.

—Está bien, milady —interrumpió Rose abandonando su bordado—. Si el laird requiere mi presencia, no sería adecuado provocarlo.

La mujer asintió, no sin antes, dedicarle una mirada furiosa al guerrero de su hijo y prometiéndose que tendría una desagradable conversación con Malcolm.

Cada peldaño que la llevaba hacia la torre de homenaje parecía hacer mermar todo su valor. ¿Qué querría de ella ahora? ¿Es que otra vez la haría pasar por aquella tortura de asistirlo en su baño?

Después de esa última conversación en el estudio, rogaba al cielo no tener que volver a verlo. Por lo que cuando Lady Catherine mandó a llamar por ella para que la asistiera, agradeció aliviada.

Los nervios la traicionaron, cuando por fin, la gran puerta de la habitación del laird la recibió como si estuviera ante la entrada del averno.

—¿Deseaba verme, milord? —soltó sin siquiera mirarlo. No se atrevía, sabía que actuaba como una cobarde, pero toda su voluntad se reduciría a cenizas si él clavaba sus ojos en ella.

—Así es, te he hecho llamar porque necesito que me ayudes con mis botas —indicó mientras se sentaba en un banco a modo provocador.

Rose apretó los puños, ¿ese desgraciado pensaba que ella era su lacayo personal? No solo la trastocaba, sino que la enfurecía cada vez que abría la boca. No pudo controlarse a pesar de todos sus esfuerzos.

—¿Está bromeando, milord? —soltó a tiempo que un rubor intenso teñía sus mejillas—. Estoy segura de que puede arreglárselas muy bien solo.

Rose se encaminó hacia la puerta.

—No te he dado permiso para que te retires —exigió en tono burlón, provocando que la muchacha se volteara a enfrentarlo.

—Si milord es un inútil no es mi problema, además puede pedirle a cualquiera de sus hombres que lo haga. No logro entender como es que lo apodan el demonio de la guerra —Se quejó la muchacha mientras caminaba de un lado a otro de la habitación. Sin siquiera ser consciente de las carcajadas de Malcolm.

—Está bien, solo estaba bromeando—aseguró en tanto se acercaba a ella.

Rose clavó sus ojos en él, maldiciéndose por haber caído como una tonta en su juego.

—Pues no debería hacerlo —soltó esbozando una pequeña sonrisa que a Malcolm le resultó encantadora.

—Eres adorable cuando te enfadas, ¿lo sabías?

—Y tú, mi señor, eres insufrible —respondió la muchacha intentando mantener distancia. Ese endemoniado hombre tenía demasiado influjo sobre su dominio—. ¿Para qué me ha mandado a llamar entonces?

—Necesito de tu consejo.

—¿Y qué le hace pensar que yo puedo ayudarlo? —inquirió intrigada.

—En nuestra última conversación, preguntaste por qué no me había desposado—Rose asintió—. Verás, he pasado la mayor parte de mi vida, luchando, al menos hasta que me convertí en laird.

—Aun así, por lo que cuentan, el rey lo tiene en alta estima, estoy segura de que no le resultaría difícil conseguirse una esposa —Rose imaginó que las mujeres caerían rendidas a sus pies.

A pesar de no haber pisado nunca el palacio real, los rumores de lo que sucedía allí no escapaban a sus oídos.

—Opino lo contrario. Digamos que las mujeres de la corte no serían muy felices viviendo en tierras tan salvajes.

"Yo lo haría encantada" respondió para sus adentros.

—Puede que sí, ¿pero qué me dice de las mujeres de los clanes del norte? O quizá su deseo sea permanecer soltero —inquirió deseosa por saber si había alguna joven en edad de casarse que le interesaba.

—¿Y tú?, ¿deseas permanecer soltera? —El laird dio un paso hacia ella y la muchacha no pudo evitar sentirse como una presa a punto de ser atacada.

No obstante, pasó de Rose y se acercó a la mesa donde descansaba una jarra con *cruim*.

Le tendió una copa, pero esta vez la joven la rechazó. Necesitaba de todos sus sentidos y así no caer en los encantos de aquel endemoniado hombre.

—Lo cierto es que sí, no creo que el amor sea para mí. Por lo visto, ambos estamos destinados a ser unos solterones.

—Pero tú lo haces por elección. En mi caso creo que es por mi incapacidad de encontrar a la indicada.

Sumida, en un pensativo silencio, contempló al hombre frente a ella.

—Me imagino que la dama en cuestión debe de tener que ser hermosa, ¿no es así? —Malcolm asintió reprimiendo una carcajada,

deseando saber que ocurrente idea pasaba por la mente de Rose.

—En efecto, pero solo al principio, ¿entonces que debería hacer a continuación, suponiendo que ya he encontrado a "la elegida"?

—Las damas…, quieren ser tratadas de manera caballerosa, pero hay algo más que solo eso—añadió con una expresión de vehemencia y pasión en sus preciosos ojos grises—. Una dama desea pensar que cuando su pretendiente entra en un salón lleno de gente, solo tiene ojos para ella. Le gusta pensar que él es romántico por naturaleza.

Malcolm cayó en cuenta que la muchacha estaba hablando de sus propios deseos.

—¿Y qué más?

—Lealtad, devoción y palabras de amor, de admiración. Escuchar de sus labios que él la ama.

—¿Todas las mujeres sueñan con algo así? —inquirió Malcolm, atónito.

—Hasta la más fea.

"Tú no eres fea…"

Aquel pensamiento lo hizo sonreír. Si la muchacha supiera del poder que tenía sobre él, que se sentía perdido bajo el influjo de aquellos ojos grises, estaba seguro de que se rendiría allí mismo. Rose no era consciente de que no solo su belleza había calado hondo en él, sino, su ingenio y su fortaleza.

Maldijo una y mil veces su obligación de casarse con una heredera. Ninguna otra mujer, lograría provocar en él lo que esa doncella. Un deseo arrebatador lo llevó a acercarse más a ella. Pronto, sus rostros estaban tan cerca, que con un solo movimiento, el laird podría aprovecharse de esos carnosos labios que tanto deseaba. La respiración entrecortada de la joven provocaba en él una excitación

incontrolable. Era apetitosa, maravillosa, un ángel plateado capaz de someterlo solo con su sonrisa.

Rose retrocedió por instinto. A pesar de que su corazón deseaba con locura probar una única vez, lo que se sentiría besar a ese maravilloso hombre, su mente la obligaba a contenerse. Un cosquilleo extraño y placentero tomó vida en su interior. La profunda mirada verde del laird la provocaba y seducía. Atraída y perdida en ese hombre, su mente era un torbellino de pensamientos. Un debate interno entre escapar de allí como una cobarde o dejarse llevar por su instinto, confundía sus temblorosas piernas. Nunca había sido muy equilibrada, no al menos como Sophie, ella se dejaba llevar, guiada por su impulso. Sin embargo, debía recordarse que solo estaba allí de paso. Blair era su única motivación. Sus deseos no formaban parte de su vida, ya no. Los príncipes azules pertenecían a las fábulas que cantaban los bardos.

—Creo que será mejor que me marche.

Corrió hacia la puerta, haciendo caso omiso al laird y sus palabras, no las escuchó, su corazón latía con demasiada intensidad como para entender lo que decían.

Cuando se encontró en las escaleras, cerró los ojos solo por un instante, mientras que su mente repetía una y otra vez la palabra cobarde.

Capítulo 18

La heroína Sinclair



Mientras servía el desayuno, Sophie no pudo evitar sonrojarse cuando la mano de Alistair rozó la suya. Por primera vez desde que había llegado al clan, se encontraban a solas en el inmenso salón de la fortaleza y su inocente corazón latía descontrolado. Era imposible no sentirse atraída por aquel guerrero que, a sus ojos, nada tenía que envidiarle a Malcolm y Roderick MacLeod.

—Estás muy bonita hoy, Sophie, deberías siempre dejar libre tu cabello, es precioso —comentó Alistair con aquella sonrisa que la obnubilaba.

Por instinto, la menor de las Sinclair llevó la mano a su cabello en un intento de adecentarlo. El rubor en sus mejillas parecía quemarla.

—Gracias…, he olvidado mi cofia en la cocina—respondió avergonzada la muchacha mientras colocaba un cuenco sobre la mesa. — No es banquete, pero alimenta.

El *tannistear* carcajeó, Sophie no era consciente de cuanto le gustaba.

— Si tú la has preparado, debe ser un manjar —El guerrero sonrió de lado.

—¿Eres así de galante con todas las mujeres que traen tu comida?— La muchacha sabía que debía regresar a la cocina, sin embargo, no deseaba que aquello terminara.

—No —contestó Alistair con adulación—. Pero podría intentarlo por ti.

—Pensaba que todos los guerreros hablaban más con sus espadas que con sus labios.

—Tú haces que quiera hablar —Sophie no pudo evitar dejar salir de sus adentros un leve suspiro.

Curiosa por seguir escuchándolo, preguntó:

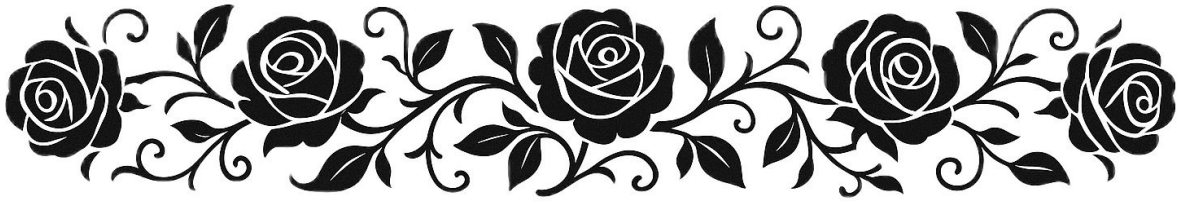
—¿Y qué me dirías?—Alistair sonrió de lado, esa joven era toda una tentación con su inocencia.

—Diría que, desde que te vi, he pensado más en tu sonrisa que en mis obligaciones. Me gustaría saber… si aceptarías ser mi pareja en el *ceilidh* —inquirió el tannistear de los MacLeod, deseoso porque la muchacha contestara que sí.

Sophie bajó la mirada, a tiempo que en sus labios se dibujaba una enorme sonrisa. Era la primera vez que alguien la invitaba a un baile y no pudo evitar sonrojarse.
—Creo que me encantaría, señor guerrero.

Alistair se debatía entre saltar de alegría o besarla. Desde que Sophie puso un pie en el clan, no había hecho otra cosa que pasar tiempo con ella. A pesar de la prohibición de Hamish. Esa joven valía cada enfrentamiento con el tío de su laird.

Conforme Sophie se alejaba llevando entre sus manos la bandeja con los trastos del desayuno, el corazón del *tannistear* comenzó a latir desbocado como el de un adolescente en su primera cita. Los días se harían eternos hasta el baile.



El próximo *ceilidh* había traído consigo no solo a los clanes cercanos, sino más criados de los que Edith, la cocinera, pudiese controlar. Al menos cinco personas se encargaban de preparar los diferentes platos para agasajar a los novios y a los invitados.

Rose y Sophie se miraron divertidas al ver como la cocinera mantenía una acalorada conversación con una de las mujeres del clan que había llegado para ayudar. Las muchachas no dejaban de sonreír, en especial Sophie, quien parecía encantada desde que Alistair la había invitado al baile.

—¿Te lo imaginas Rosie? Tú, casada con el laird y yo con su mano derecha —suspiró su hermana mientras mordía una zanahoria.

—Estás loca, ¿qué te hace pensar en que yo podría casarme con el MacLeod? —murmuró. No le gustaba nada hacia donde iba esa conversación—. Lo mejor será que te concentres, de lo contrario te cortarás tú también.

—No intentes engañarme. He visto como lo miras cuando crees que nadie puede verte. Además, creo que le gustas —Rose rodó los ojos.

—Pienso que has escuchado demasiadas fábulas. Entre el laird y yo no puede suceder nada, recuerda que para él soy solo una criada, lo mismo que tú —replicó a tiempo que tomaba un cuchillo para ayudar a su hermana menor.

—Pero tarde o temprano se enterarán, ¿qué piensas que sucederá cuando la verdad salga a la luz?

—No estaré aquí para comprobarlo. En cuanto tenga oportunidad, me escaparé de la vigilancia de Hamish e iré en busca de nuestro querido primo. Las gentes del clan me necesitan.

—¿Piensas abandonarme? ¿Abandonar a "tu laird"?—inquirió Sophie asustada.

—Por supuesto que no, en cuanto todo termine vendré por ti. Y no es "mi laird" ni nunca lo será —aseguró intentando sonar segura.

Sin embargo, solo de pensar que ya no volvería a ver a Malcolm, le producía una extraña sensación en el corazón. No podía quitárselo de la cabeza, no desde su última conversación. Ese hombre era una distracción y ella tenía un plan que cumplir. No sabía cuando sucedería, pero a pesar de lo que estaba comenzando a sentir por el laird, tenía que olvidarse de él o de lo contrario temía que su corazón no lo resistiría.

—Creo que deberíamos contárselo. Quizá con su ejército pueda acabar con Blair de una vez y para siempre —declaró Sophie con lágrimas en los ojos. No deseaba que nada malo le sucediera a Rose y solo de pensar en perderla la entristecía.

—¿Y por qué crees que se involucraría en una lucha que no es suya? No, lo mejor será mantenerlo en secreto —replicó Rose mientras sentía que el corazón se le encogía.

Temía por la vida de Malcolm. No deseaba ser la causa de que Blair pudiese siquiera herirlo. Su primo era salvaje y despiadado, y no descansaría hasta asesinar a las personas que le importaban. No, nunca permitiría que alguien se enterara de lo que sentía por Malcolm MacLeod, ni siquiera Sophie.

—Promete que lo pensarás al menos.

—Lo prometo, además aún no he hallado la manera de huir. Este lugar es un maldito laberinto, solo espero encontrar una salida antes de llegar a anciana —bromeó logrando hacer sonreír a Sophie.

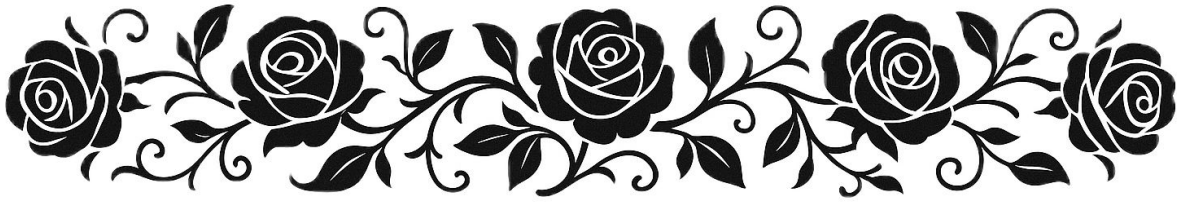
Rose observó a su hermana unos instantes, amaba verla feliz. Nunca nadie apagaría aquella luz que irradiaba. La protegería con su vida si era necesario.

—Muchacha, si el laird llega a verte en la cocina me meterás en problemas —Se quejó Edith al ver a Rose con un cuchillo. La mujer temía que la torpe muchacha volviese a hacerse daño.

—Algo tengo que hacer, además Lady Catherine me ha dado la mañana libre.

—Entonces ve al puerto, mi esposo estará al llegar trayendo la pesca fresca de hoy. Puedes cerciorarte de que traiga peces suficientes, para alimentar a todas esas personas necesitaremos mil cubos repletos.

Rose asintió feliz, deseaba una excusa para acercarse al mar y Edith se la había brindado. Desde su llegada al clan, no había tenido oportunidad de verlo. Extrañaba perder su mirada en el azul intenso del océano. Ni siquiera prestó atención a la zanahoria que llevaba en sus manos, corrió hacia la salida ilusionada. Sin ser consciente de que a medio camino su alegría se vería interrumpida, gracias al encuentro con el mismísimo laird y sus guerreros.



Toda clase de improperios salían de su boca conforme se alejaba del señor de aquellas tierras y sus soldados. El muy desgraciado se había atrevido a reclamarle por haber interrumpido el entrenamiento. Sacudió la cabeza, ese hombre era insufrible.

—¿Quién se cree que es? —soltó sin importarle que un grupo de mujeres la observara con asombro.

La muchacha hablaba en voz alta mientras caminaba.

No, no permitiría que le arruinara su salida. Sin embargo, el recuerdo de Malcolm MacLeod seguía afectándola. Ese hombre se le aparecía por sorpresa y lograba desestabilizarla por completo. Era imposible evitarlo. El muy canalla parecía adivinar cada uno de sus movimientos. Tenía que dejar de encontrárselo.

Para cuando llegó al despeñadero, todos sus problemas y pensamientos desaparecieron en el momento exacto en que el mar

apareció a los lejos.

El acantilado, que se extendía bajo sus pies, parecía llamarla, seducirla como un amante. Siempre había amado admirar la grandeza de las olas al chocar contra el gigante que las detenía. Sus pies se movieron sin pensarlo hacia el precipicio. No pudo evitar maravillarse de la inmensidad que se desplegó ante sus ojos. Una sensación de paz la embargó de pronto, donde la muerte y los problemas, se convertían en un eco lejano en su mente. De sus labios brotó una sonora carcajada al sentirse libre, tan libre como hacía tiempo no le ocurría. Abrió los brazos y se dejó acariciar por la suave brisa que provenía de las olas en la lejanía.

El viento azotaba con furia el acantilado, pero a Rose no le importaba, se aferró a su capa, sin dejar de admirar el mar embravecido. Su corazón dio un vuelco cuando divisó a lo lejos un pequeño *birlinn*. La embarcación se movía sin control debido al salvaje oleaje. El mástil se sacudía gracias a las intensas ráfagas que producía el viento, mientras que la vela, desgarrada en su totalidad, ondeaba inservible. Las imponentes olas lo arrastraban sin piedad.

La muchacha estaba segura de que de seguir así, el pequeño barco sería destrozado gracias a las piedras que custodiaban parte de la costa.

Sin pensarlo dos veces, soltó la capa y se detuvo en el borde del salto. Desde allí, el agua parecía un demonio deseando engullirla, no obstante, aquello, le importaba. A pesar del riesgo, no podía permitir que ocurriera una desgracia.

Se preguntó si el hombre en la embarcación sería el esposo de Edith. Fuera quien fuera, estaba en peligro, y eso bastaba.

Tomó una profunda bocanada y se lanzó al vacío. El frío de las aguas, brutal y salvaje, impactó en su piel. Una de las rocas que custodiaban el acantilado, golpeó contra sus costillas a tiempo que su aliento desaparecía. Rose creyó morir, tal había sido el impacto, que se

obligó a detenerse, intentando recuperar el aire que se negaba a entrar en sus pulmones. Pronto un hilo de sangre comenzó a brotar de la herida; sin embargo, la muchacha no prestó atención al dolor. Debía seguir o de lo contrario moriría allí sin remedio.

Las olas la sacudían, hundiéndola y elevándola a la superficie como si no fuera más que una hoja en medio de una tormenta. Los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos, a la vez que el rugido del océano la ensordecía. Cada brazada era una lucha contra la marea, que intentaba arrastrarla hacia las profundidades. Pero, Rose, estaba determinada a resistir. La herida en su costado ardía como mil demonios, aun así, se obligó a continuar.

—Vamos *Manannán mac Lir,* no puedes llevarme ahora, permíteme salvar a ese buen hombre… —declaró mientras intentaba sortear las olas.

Aquel rezo al Dios celta del mar pareció darle las fuerzas necesarias para nadar contra corriente. A pesar del cansancio, sus brazos resistían a los embates del mar. De tanto en tanto, el dolor que la embargaba la obligaba a cerrar los ojos.

Finalmente, sus manos alcanzaron el resbaloso casco del *birlinn*. Intentó aferrarse, pero parecía que el mar estaba empecinado en hacerla fallar, por segunda vez la arrastró hacia abajo, y por segunda vez, Rose no se rindió. Sus entumecidos dedos resbalaron varias veces antes de conseguir sujetarse con fuerza. Unos segundos que se le antojaron eternos. A pesar de que su cuerpo estaba exhausto, logró impulsarse hacia arriba. Intentó trepar por el costado del barco, pero varias veces fue expulsada por la furia del mar, hasta que por fin y después de infinidad de intentos lo consiguió. Con un grito de triunfo, se desplomó en la cubierta.

El barco se sacudía con intensidad como si quisiera librarse de ella. Rose se levantó a pesar de que su cuerpo peligraba con volver a caer, desesperada, buscó al pescador. Lo encontró junto a la espadilla, la muchacha sonrió satisfecha a pesar de la situación. El hombre estaba

inmóvil con su rostro tan blanco como la espuma, sin embargo, parecía estar vivo. Rogó porque no estuviera equivocada. El mando se movía descontrolado sobre él, por lo que debía actuar de inmediato.

Rose corrió hacia la espadilla, aferrándola con ambas manos. La intensidad de las olas, golpeaban el *birlinn*, aun así, logró mantener el control. El asta rechinaba y se movía a tal punto que la muchacha temía que se quebrara en dos. A lo lejos, Rose podía ver las rocas que parecían a la espera de destrozar el pequeño barco. Una punzada de dolor la obligó a detenerse. Sentía sus costillas a punto de romperse en mil pedazos, mientras que la sangre que brotaba de su costado la debilitaba a cada paso. Tomó una profunda bocanada llenando su dolorido cuerpo.

Con seguridad, Rose, ajustó las destrozadas velas. Su padre y tío, le habían enseñado como hacerlo y ella no pensaba defraudarlos.

—Vamos Rose, tú puedes —murmuró, intentando enderezar el rumbo.

Su vestido se pegaba como una segunda piel a su cansado cuerpo, debilitándola a la vez que el frío helado del mar parecía empecinado en enlentecer sus movimientos. Sus dientes rechinaban, mientras que toda ella era un manojo de espasmos incansables debido a su lacerante herida. Aun así, continuó, sin prestar atención a los estragos que todo aquello le estaba causando.

Poco a poco, como si el barco comprendiera las palabras de la joven, se dejó dominar. Las olas no cesaban, no obstante, Rose logró mantener el curso, evitando las rocas amenazantes. A lo lejos, la costa aparecía, brindándole por fin un respiro. Con una débil sonrisa, navegó con seguridad, olvidándose de la sangre que continuaba brotando. El viento, azotaba su rostro, bañándolo de salitre, sin embargo, Rose se sentía libre, como no lo había hecho en mucho tiempo. Se volteó hacia el pescador y rogó nuevamente porque solo

estuviera desmayado. Cuando por fin llegó a la orilla, respiró aliviada.

Exhausta y empapada, la muchacha, caminó con lentitud, tomándose con manos temblorosas sus costillas y se arrodilló junto al hombre, que parecía estar despertando. Se debatía entre ayudarlo a incorporarse o correr en busca de ayuda. Pero su dolorido cuerpo ya comenzaba a sentir la debilidad que se colaba a través de su herida. Estaba demasiado cansada como para pensar. Solo quería desplomarse junto al pescador y acurrucarse.

Se dijo que solo descansaría unos momentos, necesitaba pensar y recuperarse. Cerró los ojos a tiempo que intentaba olvidarse del dolor y del intenso frío que la embargaba. Aquello logró que ella también cayera en un pesado sueño.

Soñó con el laird MacLeod y sus poderosos brazos que la arropaban a tiempo que le susurraba palabras lejanas al oído. Se sintió segura, feliz, hasta amada por aquel maravilloso hombre que había despertado en ella sentimientos que desconocía.

Capítulo 19

Un ángel herido



Un rugido desesperado salió de los adentros del laird al ver que la muchacha desaparecía al saltar del acantilado. A pesar de la distancia que los separaba, no podía ser otra que ella.

La había seguido con la mirada cuando la despreocupada muchacha se detuvo para observar la práctica de sus guerreros. Sus hombres, al verla, hicieron lo mismo que él. El entrenamiento dejó de tener sentido, cuando el incandescente brillo de su cabello de plata los hechizó. Una punzada de celos se extendió por su cuerpo al verlos.

Sin pensarlo, exasperado y furioso, se acercó a Rose a pasos agigantados, olvidando la conversación con su hermano Roderick, el laird Douglas y Alistair que al ver su extraña reacción callaron anonadados.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —espetó intentando intimidarla.

La muchacha se volteó sin comprender muy bien que sucedía, no obstante, al ver al laird frente a ella, clavó sus grises ojos en él.

"Maldición, ¿por qué es tan hermosa?"

—Edith me envió a ayudar a su esposo, pero me detuve para observar el entrenamiento, no veo cuál es el problema —declaró mientras en su mirada podía leerse el desafío.

—Y de seguro no te has dado cuenta de lo que has causado —Malcolm se debatía si besarla hasta el hartazgo o enfurecerse más. El laird señaló a sus guerreros al ver que la muchacha lo observaba sin comprender.

—Ah, eso… No es mi culpa que se hayan detenido. Yo no les he ordenado que lo hicieran —Le sonrió a tiempo que encogía sus hombros.

"Dios, dame fuerzas, no puede afectarme tanto…, es solo una criada…"

Malcolm rodó sus ojos al mismo tiempo que apretaba los puños.

—Vete, o te aseguro que te encierro en las mazmorras —ordenó intentando sonar convincente mientras se perdía en aquellos ojos grises.

"¿Qué demonios me está sucediendo? Parezco un bardo."

Rose asintió a pesar de que podía verse el descontento reflejado en su precioso rostro. Para cuando la muchacha estuvo lo suficientemente lejos, se acercó a sus guerreros, que no quitaban los ojos del sensual contoneo de las caderas de Rose mientras se perdía de vista.

Ni siquiera fue consciente de lo que salió de su boca. Solo que en cuanto terminó con sus amenazas, los guerreros bajaron sus cabezas como niños avergonzados por haber cometido alguna travesura.

Apretó los puños al ser consciente de su error, en especial al ver las miradas burlonas de sus mejores amigos y de su hermano. A pesar de sus intentos por ocultarlo, había fallado. Todos los que lo rodeaban fueron testigos de como el duro laird de los MacLeod perdió los estribos. Y lo peor era que la razón se alejaba ajena a las miradas sin ser consciente de lo que había causado. El ángel de plata había embrujado al señor de Skye.

Furioso y deseoso por evitar los murmullos, se alejó en dirección a la playa. Sin percatarse de que Rose había tomado el mismo camino.

Ajeno a las miradas de los pobladores que lo saludaban al pasar, Malcolm no podía quitarse el malhumor en el que había caído. Odiaba perder el control y aquella muchacha parecía llevarlo hasta el límite. Ninguna mujer había logrado lo que ese ángel de plata. Se repetía una y mil veces que era una simple criada, sin embargo, poco le importaba su cuna. Desde su llegada al clan, había puesto toda su determinación y seguridad patas arriba.

Deseoso por quitarse esa sensación, solo quería encontrarla y prohibirle que se paseara frente a sus hombres. Con aquella idea en mente, se prometió que cuando diera con ella, tendría una intensa charla. No podía permitir y permitirse más distracciones.

En el momento en que alcanzó el acantilado, sus desesperados ojos, buscaron entre las olas. Las endemoniadas se sacudían sin control evitando que pudiese hallarla. Maldijo una y mil veces mientras se esforzaba por divisarla. El tiempo se ralentizaba, como si aquella pesadilla disfrutara de su angustia y de su cabreo.

"¿En qué demonios estabas pensando? ¿Qué te ha hecho saltar al vacío?"

Su mente preguntaba una y mil veces a tiempo que continuaba con su alocada búsqueda. Por fin, y después de lo que le pareció una eternidad, divisó aquel cabello de plata que brillaba aún más en la inmensidad del mar. Fue entonces en que cayó en cuenta lo que sucedía. La, muy inconsciente, se había lanzado al océano para nadar hacia el barco de Nial. El *birlinn* del pescador, se movía descontrolado gracias a la magnitud de las olas que golpeaban con su poderosa fuerza la destrozada embarcación.

Sin pensarlo, corrió hacia la costa, debía llegar a los barcos que se hallaban en el puerto. Conforme avanzaba, no podía quitarse de la cabeza aquella sonrisa que le dedicaba a su hermana o Hamish, o hasta la misma Edith. Era una criatura preciosa, tanto como las hadas que pertenecían a su familia. Ahora comprendía a sus antepasados. Un ángel había llegado a su fortaleza y todo lo que creía que eran fábulas, se hicieron realidad en Rose Gunn. Rogó a Dios por llegar a tiempo, los minutos pasaban y temía perderla. Como si una daga lo hubiese atravesado, su corazón pareció partirse en pedazos solo de pensar en que algo podría sucederle.

Sin embargo, para cuando llegó a pequeño puerto, toda esperanza por salvarla, se esfumó de pronto. Maldijo y se maldijo al recordar que todos los *birlinn* habían partido esa misma mañana por

provisiones para la fiesta de compromiso. El único barco que podría haberlo ayudado, se encontraba a la deriva con Rose y Nial a bordo.

Deseó morir, se dejó caer de rodillas sobre la húmeda arena a tiempo que se tomaba la cabeza entre las manos. Una sensación de desasosiego lo inundó de pronto. No podía hacer nada por ella, excepto rogar que las olas la llevaran hacia él.

"Debería haberla detenido…"

Fijó sus ojos en el horizonte, sin quitar la vista del *birlinn* que, a pesar de todos sus temores, parecía dirigirse hacia la costa. Una sensación de alivio lo embargó, pero, no se sentiría seguro hasta que Rose estuviese a salvo. Conforme el barco se acercaba, observó anonadado como la muchacha manejaba con soltura la embarcación. Como si hubiese nacido para ello.

Cuando por fin atracó en la orilla, la distancia que lo separaba se le hizo interminable, no supo cuanto tiempo pasó con seguridad, solo que la espera logró desesperarlo mientras corría hacia la embarcación. .

Sin perder tiempo, trepó al barco con rapidez. La escena que encontró lo paralizó por unos instantes, Rose se hallaba junto a Nial, quien lo observaba en una mezcla de desazón y confusión. Era evidente que el pobre hombre no entendía bien como había llegado sano y salvo a la costa y mucho menos con una muchacha inconsciente a su lado.

—Mi señor… —logró articular el pescador a tiempo que trataba incorporarse—. El asta…, golpeó mi cabeza y… —Nial intentó continuar, pero Malcolm se lo impidió.

El pescador llevó una mano hacia su nuca y pudo comprobar que aún salía algo de sangre.

—¿Puedes incorporarte? —inquirió mientras no le quitaba el ojo a Rose, que parecía estar dormida.

No obstante, en cuanto se acercó a ella, notó la sangre que brotaba de su costado. Aquello causó que un rugido desesperado saliera de sus adentros.

—¿Quién es ella? —inquirió el pescador a tiempo que se incorporaba con dificultad sosteniéndose de la espadilla.

—La joven que te ha salvado la vida —respondió con una mezcla de orgullo y agobio, en tanto intentaba tomarla entre sus brazos, evitando hacerle más daño.

—Mi señor, permítame ayudarlo.

—No. Yo lo haré— indicó con recelo.

No podía permitir que nadie pusiera sus manos sobre ella. Sería él quien velaría por la muchacha hasta que estuviera recuperada. Nial comprendió que nada de lo que dijera haría cambiar a su laird.

Con extremo cuidado, tomó a la muchacha entre sus brazos, el impacto que sintió al sentirla tan frágil lo embargó. Nunca había experimentado lo que Rose Gunn le hacía sentir, ni siquiera Deidre. Una ola de sensaciones atravesó su cuerpo conforme avanzaba hasta la fortaleza.

Una intensa lluvia había comenzado a caer, cuando Malcolm irrumpió en el clan. En su rostro podía verse una mezcla de desesperación y dolor. Quienes lo conocían, podrían afirmar que nunca habían visto a su señor de aquel modo. Rose, pálida y desmejorada, estaba inconsciente entre sus brazos. Tenía la cabeza apoyada en el pecho del laird con su cabello enredado y empapado, mientras que una enorme mancha de sangre aparecía en su costado, impregnando su vestido y el brazo de MacLeod.

—Que alguien llame a Edith —gritó el laird a tiempo que los guerreros, sus amigos y su hermano se agrupaban a su lado observando incrédulos la escena.

Sin embargo, no se detuvo, los sorteó con grandes zancadas hasta llegar a la fortaleza. El gran salón pronto se convirtió en un caos, gracias a los gritos del señor del clan.

Catherine, quien se encontraba junto al hogar teniendo una agradable conversación con su hermano Hamish, su hija Penny y Alexander Douglas, corrieron hasta Malcolm al escuchar el escándalo que se formaba, todos quedaron atónitos al ver al laird con Rose en sus brazos. Frances y su abuela, sentadas lejos de la familia de Malcolm, intentaban atisbar algo desde su lugar. La joven nieta de Ian sonrió evitando que nadie pudiera verla, parecía feliz al ver a la muchacha moribunda.

—Llévala a mi habitación —espetó la madre de Malcolm, mientras estiraba las manos hacia Rose. Sin embargo, Malcolm dio un paso atrás, a tiempo que se negaba.

—No —gruñó, apartándose —. Yo me ocuparé de ella.

Catherine frunció el ceño, sorprendida. Sabía bien que su hijo rara vez se mostraba vulnerable, y menos aún por una mujer. Por primera vez en su vida, pudo ver miedo en los ojos de Malcolm. Era evidente que Rose había calado muy profundo en su hijo. A pesar de la situación, una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Hijo, déjala ayudarte, tu madre puede cuidarla —interrumpió Hamish preocupado al ver la sangre en el vestido de Rose.

—No la dejaré —respondió el laird en un susurro.

En ese momento, Nial llegó deteniéndose detrás del laird. Todos los presentes lo observaron asombrados, él también parecía herido. Era evidente que el pescador estaba involucrado en el accidente.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, Penny sin quitarle los ojos de encima a Rose y al pescador.

—Fue un accidente —respondió Malcolm, mientras se dirigía a su habitación—. Rose lo salvó, pero algo golpeó su costado. Avisen a su hermana y a la cocinera —ordenó sin apartar la mirada de Rose.

Frances, que había estado observando todo, y sin importarle las advertencias de su abuela, corrió tras el laird aprovechando la oportunidad de entrometerse.

—Deberías dejar a la muchacha a cargo de alguien más, mi señor —declaró con una sonrisa maliciosa—. Yo podría ocuparme de ella hasta que llegue la cocinera, conozco de hierbas—sugirió ocultando sus intenciones bajo una voz dulce y compasiva.

No obstante, Malcolm ni siquiera se detuvo, la ignoró, dejándola sola a los pies de la escalera.

La pelirroja apretó los puños; sin embargo, su rostro no demostró cuanto le había enfurecido que el laird ignorara su sugerencia. Maldijo, esa entrometida seguía interponiéndose en su camino. Esperaba que su abuelo se ocupara del asunto pronto, de lo contrario lo haría con sus propias manos.

Capítulo 20

Rose Sinclair es una asesina



Tierras Sinclair

El viento de las Highlands soplaba salvaje sobre la colina, mientras Blair Sinclair observaba el horizonte desde la fortaleza que ahora le pertenecía. Los cientos de velas que iluminaban el gran salón, no eran suficientes como para ocultar la oscuridad que embargaba aquellas paredes. No siquiera la jarra de cerveza vacía que descansaba sobre la mesa había hecho efecto en su interior.

La noticia de que sus primas se refugiaban en el clan MacLeod cambiaba todos sus planes. Blair maldijo a tiempo que apretaba los puños con furia, esas malnacidas no podían seguir con vida, en especial Rose. La amenaza que representaban tenía que terminar.

Se volteó buscando con su fría mirada azul a O'Callahan, su hombre más leal y al mismo tiempo su consejero más receloso. El irlandés estaba de pie, algo más alejado, observándolo en silencio mientras afilaba una daga. Desde la noticia, su consejero había preferido callar.

—Así que mis amadas primas se encuentran escondidas tras los muros de Dunvegan —murmuró el Sinclair de manera errática. O'Callahan levantó la vista con calma, olvidando su cuchilla.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó intrigado al ver que el nuevo laird de los Sinclair contenía su furia. Blair lo observó unos instantes con una sonrisa maliciosa.

—Lo que debería haber hecho, desde un principio, sacarlas de su refugio y terminar con sus asquerosas sus vidas de una vez.

O'Callahan se acercó despacio. Blair Sinclair era un necio. A pesar de que había estado trabajando para él desde hacía tiempo, estaba cansado de que actuara como un niño malcriado. Era de esperar su respuesta, sin embargo, no deseaba seguir arriesgando el pellejo por un líder despiadado que poco le importaban sus soldados o sus seguidores. De no haber sido por él, el ataque al clan Sinclair hubiera fallado antes de comenzar. Blair era un cobarde que se escudaba tras

el miedo para lograr su cometido. Carecía de honor o estrategia. Había conocido a muchos hombres durante toda su vida, pero nunca una rata tan rastrera como el muchacho frente a él. Sin embargo, la abultada suma que le pagaba era suficiente para mantener la boca cerrada.

Tarde o temprano alguien lo asesinaría. Nadie podía perdurar como líder, obligando a su propio ejército a vivir como animales. O si su señor disfruta de su poder, amedrentándolos y castigándolos. El muchacho era débil y si continuaba de aquel modo, lo arrastraría junto con él.

—Atacar el clan MacLeod sería lo mismo que firmar nuestra sentencia de muerte. Su laird es más poderoso de lo que imaginas, y su fortaleza es impenetrable.

—¿Tienes miedo, O'Callahan? —siseó Blair entre dientes a tiempo que lo miraba amenazante.

El irlandés negó con la cabeza, era evidente que Blair no había escuchado nada acerca de MacLeod o su ejército. Tan ciego estaba por encontrar a sus primas que no consideraba la posibilidad de perder. Había escuchado historias del laird de la isla de Skye, se decía que sus soldados y su líder eran implacables. Los rumores de que MacLeod llevaba en su sangre la herencia de su tatarabuelo Olaf el negro, el rey nórdico más despiadado de todas las islas del norte, lograban amedrentar a quien se atreviese a enfrentarlo. Nadie deseaba tenerlo de enemigo y si el Sinclair era inteligente lo dejaría estar.

—No es miedo, muchacho. Es sentido común. Atacar a MacLeod en su propio territorio sería un suicidio, y no tengo deseos de perder la vida por una causa que está condenada al fracaso.

La rabia de Blair crecía con cada palabra que salía de la boca de su consejero.

¿Cómo era posible que O'Callahan, quien lo había acompañado en tantas batallas, dudara ahora de su capacidad para enfrentar al laird?

—Si tú no quieres ayudarme, lo haré solo —gruñó Blair, dando media vuelta, sin embargo, O'Callahan lo sujetó del brazo impidiéndole alejarse.
—Escúchame bien. No se trata de lo que desee o no. Si quieres que nadie cuestione tu liderazgo, debes actuar con inteligencia, no con impulsos infantiles. Entrar al castillo y enfrentarte directamente a MacLeod es una locura. No necesitas matarlas tú mismo para eliminarlas como amenaza—Blair frunció el ceño, analizando a O'Callahan con sospecha.
—¿Qué estás sugiriendo?—O'Callahan sonrió de manera enigmática.

—Los rumores se esparcen rápido. ¿Y si se corre la voz de que tus primas ha sido en realidad las asesinas de tu padre? Quizá insinuar que el laird MacLeod las está ayudando junto con el traidor de su tío. La desconfianza entre clanes podría hacer lo que tus hombres no pueden. En cuanto esas habladurías se conviertan en verdad, tú podrás acusarlas frente al rey.

Blair lo observó en silencio. Puede que aquel plan resultara. De ser así, no solo se desharía de sus primas, sino que hasta podría engañar a todos, haciéndoles creer que él era inocente, y que buscaba vengar a su padre. A fin de cuentas, los traidores Sinclair estaban muertos, por lo que nadie dudaría de su palabra.

—MacLeod es el favorito David… —pronunció Blair a tiempo que una sonrisa perversa se dibujaba en su rostro.

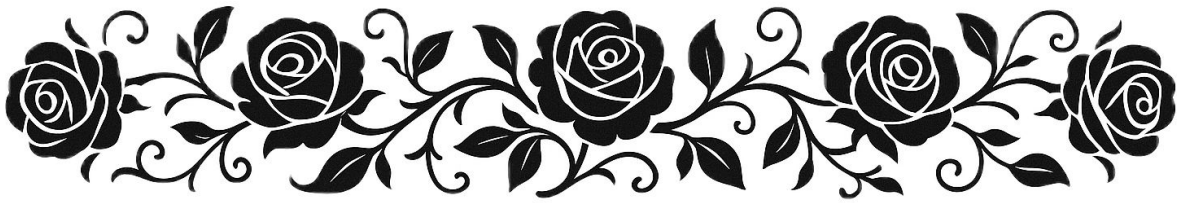
—Así es —afirmó O'Callahan —. Si los aliados correctos escuchan que el laird ha estado cobijando a dos traidoras, no hará falta mucho para que llegue a oídos del rey y entonces tendrás tu oportunidad.

Blair sintió cómo pronto toda su rabia se convertía en satisfacción. Su consejero tenía razón ¿Por qué arriesgar su vida intentando infiltrarse

en la fortaleza de los MacLeod, cuando podía convertir una mentira en un arma contra sus primas?

—Entonces, esparciremos el rumor —declaró el Sinclair a viva voz. Se sentía vencedor como el mundo estuviese a sus pies —. Que todos crean que Rose y Sophie han asesinado a mi padre con la ayuda de Hamish MacLeod.

Ambos hombres compartieron una mirada de triunfo mientras brindaban por el éxito.



Sembrar la semilla de la mentira había resultado demasiado fácil. Los rumores pronto se convirtieron en verdades, sin necesidad de pruebas para comprobarlo.

La noticia de la muerte de Angus Sinclair viajaba rápido, pero no tan rápido como Blair habría deseado.

Necesitaba que los rumores de la culpabilidad de Rose y Sophie se extendieran, lo suficiente para que el clan MacLeod las considerara traidoras, incluso asesinas.

En la posada de la pequeña aldea de Ardluss, Blair hizo indicó a O´Callahan, que entrara. La madera de la puerta crujió a tiempo que el consejero de Blair entraba, y el olor a carne asada y pan recién horneado invadía la estancia. Las voces de los viajeros y los aldeanos dejaron de escucharse al ver al hombre de Blair entrar, recelosos de su tamaño y aspecto.

El irlandés se adelantó hasta donde estaba el posadero que trabajaba tras barra, mientras observaba a los presentes.

— Buenas noches —saludó—. He oído que tienes la mejor cerveza de toda la región. Tal vez podría probarla mientras descanso de mi viaje.

El hombre asintió, no sin cierta reticencia. No le gustaban los forasteros, en especial si no eran escoceses. No obstante, no quería problemas, y algo le decía que aquel hombre era peligroso.

— Claro, señor.

Mientras el posadero se alejaba, el irlandés se acercó a los aldeanos que se encontraban en la barra junto a él.

—No sé si saben que hace poco hubo un terrible suceso. Un trágico asesinato —dijo O´Callahan captando la atención de los presentes—. El laird Angus Sinclair, fue asesinado en su propia fortaleza. Y hay quienes aseguran que las culpables son nada menos que las hijas de su hermano, Eirik Sinclair. Mi señor las está buscando para clamar venganza, nos han informado que se ocultan en el clan MacLeod.

Las palabras flotaron en el aire de pronto, los incrédulos y asombrados rostros en la posada se giraron hacia el irlandés.

— ¿Qué dices? —preguntó uno de los hombres a tiempo que olvidaba su jarra de cerveza sobre la mesa —. ¿Las hijas de Eirik Sinclair, las responsables de la muerte de su hermano Angus?

O´Callahan asintió con seguridad.

— Así es. Rose y Sophie Sinclair estaban viviendo en la fortaleza cuando sucedió. Nadie sabe con certeza qué ocurrió; sin embargo, ellas tenían motivos. El viejo Angus deseaba enviarlas a un convento, y nombrar a su hijo Blair como su heredero. Las hermanas no querían perder su poder en el clan, por lo que sabemos, Hamish MacLeod, las ha ayudado. Lo asesinaron a sangre fría. Todos los indicios apuntan hacia ellas.

Blair, quien había entrado minutos atrás, sonreía con satisfacción, al ver cómo la duda comenzaba a surgir en los rostros de los aldeanos. La semilla estaba plantada, no importaba si era o no mentira. Las mentes de aquellos pobladores habían sido fáciles de manipular.

En cuestión de minutos, la noticia se esparció por toda la posada. Los murmullos comenzaron a llenar el aire, algunos incrédulos, otros preocupados.

— No es posible… ¿Las hijas de Eirik Sinclair, las responsables? — susurró una mujer rolliza, observando a los viajeros con desconfianza.

— Nadie está a salvo de la codicia —respondió un hombre delgado y joven —. Si ellas lo hicieron, ¿cómo es posible que el laird MacLeod no sepa que está ocultando a unas asesinas?

Blair se levantó de su asiento y se acercó a la barra donde el posadero escuchaba asombrado la noticia.

—El clan MacLeod debería de temer —soltó volteándose a los pobladores—. ¿Cómo creen que reaccionará el rey cuando descubra que el laird MacLeod las está ayudando? Él no perdonará la traición.

Blair y el irlandés abandonaron la posada, dejando atrás la incertidumbre que habían sembrado. Sonrieron con malicia. El plan avanzaba con perfección.

Capítulo 21

Revelaciones



Isla de Skye, Castillo Dunvegan

Hamish se paseaba de un lado a otro de la habitación intentando calmar sin éxito su preocupación. Sentía la pesada carga del fracaso. Nunca debería haber permitido que aquello se escapara de sus manos. Quizá lo mejor hubiera sido ir con la verdad y no ocultar a las muchachas bajo aquel disfraz de criadas. Su hermana, que se encontraba asistiendo a Clara, quien por fortuna era curandera, llegó con la peor de las noticias. Rose estaba muy grave y la fiebre comenzaba a hacer estragos. La pérdida de sangre, sumada al frío del mar, había deteriorado aún más su estado. Su sobrino Roderick y Penny habían intentado en vano aliviar su preocupación y mucho menos la desesperación de Sophie, que no paraba de llorar.

—¿Cuándo podré ver a mi hermana? Debería ser yo la que esté a su lado, Rosie me necesita —espetó la menor de los Sinclair mientras apretaba los puños intentando serenarse.

—Lo que necesitas es tranquilizarte, de nada sirve que desesperes. Además, pronto podrás ir a verla. Te lo prometo —Catherine la miró con cariño a tiempo que tomaba su mano.

—¿Por qué no vamos a la capilla? Rezaremos por Rose—sugirió Penny deteniéndose junto a la joven Sinclair en un intento por ayudar

Su madre sonrió complacida al ver que Sophie asentía ante la intervención de su hija. A pesar de la situación, era evidente que la menor de los Sinclair y Penny habían hecho buenas migas. Desde que tomó la decisión de convertirla en doncella de su hija para alejarla de las cocinas, ambas compartían una bonita amistad.

—¿Crees que se recuperará? —inquirió Roderick que hasta el momento no había intervenido mientras la mujer clavaba sus azules y llorosos ojos en su hijo.

El hermano del laird observó a su madre, algo no estaba bien. Le extrañaba aquella actitud para con Rose, comprendía que su

hermano estuviese tan prendado de la joven. Debía reconocer que, hasta ese momento, no había conocido tal belleza. Sin embargo, parecía que todos sabían más de lo que decían. A fin de cuentas, ambas muchachas eran unas simples criadas. No obstante, los rostros de su madre y su tío dejaban ver mucho más. Estaba dispuesto a averiguar qué sucedía.

—¿Por qué tanto alboroto por una muchacha que no es más que una criada? ¿Qué están ocultando? Y no crean que me pueden tomar por tonto. Los conozco a ambos, sé que algo callan —siseó entre observando como su madre y su tío se tensaban.

Hamish y Catherine asintieron a tiempo que no dejaban de observarse. Como si estuvieran poniéndose de acuerdo en una especie de lenguaje que solo ellos conocían.

—Creo que debería comenzar por el principio —expuso su madre mientras alisaba los pliegues de su falda como si al hacerlo pudiera elegir las palabras adecuadas. Tomó una profunda bocanada y continuó—. Rose y Sophie no son simples criadas, ni siquiera son las sobrinas de la esposa de tu tío. Son las hijas y herederas del laird Eirik Sinclair y Eleonor Stewart y se encuentran aquí porque Blair, su primo, las está buscando para asesinarlas. Hamish no podía arriesgarse a que las reconocieran y es por eso que visten y actúan como doncellas —La mujer hizo una pausa sopesando sus palabras—. Hay algo más, Rose resulta ser la ahijada de la reina Joan. Como verás, la muchacha no es una simple heredera, está emparentada con la casa real.

—¿Malcolm lo sabe? —Hamish dio un paso a su sobrino y apoyó una mano en su hombro a tiempo que negaba.

—Imagínate si alguien que desea hacerle daño a tu hermano llega a enterarse, no solo lo estaríamos perjudicando, sino que Rose correría aún más peligro del que se encuentra. Sin contar las consecuencias para con el clan si algo llegara a sucederle. La reina no lo dejaría estar —insinuó Hamish.

—Es por esa razón que es tan importante que sobreviva…—respondió el hermano del laird pensativo.

—No solo eso —intervino Catherine—. Es evidente que a Malcolm le suceden cosas con la muchacha y nada me gustaría más que la convirtiera en la señora de este clan; sin embargo, debemos ir con cautela, los consejeros ya tienen sus candidatas y no permitirán que tu hermano eche todo a perder. Sabes cuan influyentes son.

—Pero debería ser Malcolm quien lo decida, es hora de plantar cara a esos ancianos —declaró Roderick a tiempo que caminaba hacia el hogar furioso. Sus azules ojos estaban clavados en el fuego que brindaban los leños.

—Yo también lo creo—instó Hamish recordando al padre de Malcolm y sus discusiones con el consejo—. Calan y los suyos ya han intervenido demasiados años.

—Entonces debemos intentar mediar con ellos, no solo por mi hermano, sino por el clan. Mientras tanto, podría llevar a Rose a la isla de Lewis, de esa manera los protegeremos a ambos, no podemos arriesgarnos a que alguien se entere de su verdadera identidad, no confío en el consejo—señaló Roderick al pensar en Calan, nunca le había gustado el hombre.

Catherine y su hermano Hamish sopesaron sus palabras, a pesar de que era un riesgo exponer a las muchachas nuevamente. Nadie sabía en realidad si Blair Sinclair estaba al acecho.

—Es una alternativa. Aun así, lo pensaré, los buitres de Blair deben estar rondando por las tabernas de cada puerto. No me gusta nada volverlas a exponer —caviló Hamish.

—Esperemos a que Rose se recupere, luego decidiremos qué hacer. Quizá sea hora de revelar quienes son realmente las muchachas, aun a riesgo de que Malcolm se enfurezca. Conozco a mi hijo y no dejará

estar que le hayan estado mintiendo todo este tiempo—señaló Catherine a tiempo que ambos hombres asentían.

Por fortuna, ni Sophie ni Penny escucharon aquella conversación. Las muchachas regresaron justo en el preciso momento. Lady Catherine sonrió al ver el rostro de la hermana de Rose. Ni siquiera el apoyo de su hija había logrado aliviar su preocupación.

—Sophie, ven conmigo —comentó—. Puede que Clara haya terminado las curaciones de tu hermana.

La pequeña de los Sinclair pareció regresar a la vida y tomó la mano de la mujer con cariño.

Lady Catherine, acompañada por Penny y Sophie, abandonó la habitación en donde había estado reunida junto a su hijo y su hermano. Una horrible sensación la embargó mientras se dirigía hacia la habitación de Malcolm. Se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Era evidente que deseaba la felicidad de su hijo mayor, pero ¿a qué costo?

Capítulo 22

El casco del diablo



El atardecer se colaba por las ventanas de la fortaleza. Un nuevo día estaba a punto de finalizar y con él, la esperanza se renovaba. La muchacha parecía estar recuperándose gracias a los cuidados y conocimientos de Clara, de la esposa del laird Douglas. Edith nada hubiera podido hacer por Rose en aquel estado.

A pesar de que seguía inconsciente debido a la gran pérdida de sangre, los brebajes de la curandera habían surtido efecto. La mujer confiaba en que en pocos días la herida y la muchacha estuviesen en perfecto estado. El laird y su madre seguían con atenta mirada cada movimiento de la sanadora.

—Rose es joven y fuerte, estoy segura de que pronto podrá regresar a sus quehaceres —aseguró Clara a tiempo que limpiaba la herida —. Parece ser que la infección está mejorando.

—¿Lo ves? No hay nada que temer hijo —comentó Lady Catherine a mientras le apretaba la mano.

—¿Estás segura, Clara? —inquirió el laird sin apartar la vista de Rose.

—Lo estoy, a pesar de que no ha abierto los ojos, pronto lo hará — Catherine agradeció con la mirada, en tanto la mujer se retiraba—. Volveré más tarde para ver como se encuentra.

—Malcolm, hijo, debes descansar. No puedes quedarte aquí todo el día sin probar bocado —La mujer enfatizó con dulzura.

—Madre, ya te he dicho que estoy bien —Malcolm no apartó la mirada de Rose mientras respondía—. Roderick y Hamish están ocupándose de todo. Además, no estoy desatendiendo mis obligaciones, esta muchacha es parte del clan ahora

—Solo serán unos minutos —replicó su Catherine —Si no es por ti, hazlo por el clan. Necesitan de su laird y los ancianos han comenzado

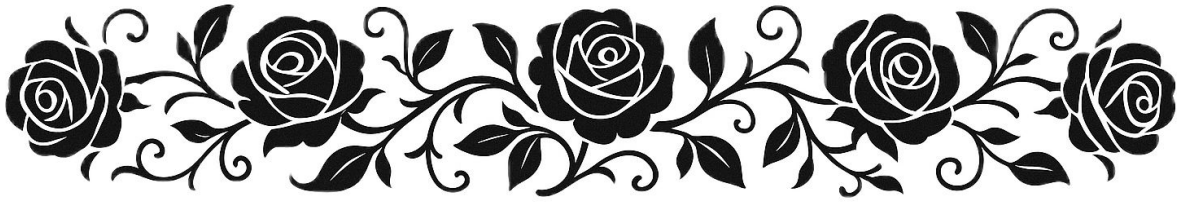
a expandir rumores. Ya sabes que están buscando excusas para destituirte, no les des una oportunidad. Sé que Rose es importante, pero también lo es tu gente. Yo misma enviaré a Sophie para que acompañe a su hermana hasta que regreses. Además, no puedes evitar que esa muchacha cuide de Rose.

Catherine MacLeod odiaba ser quien separara a su hijo de la muchacha Sinclair, sin embargo, no permitiría que nada malo le sucediera a Malcolm y el consejo estaba cada vez más insistente, en especial Calan.

Malcolm apretó los puños, el cansancio y la preocupación de aquellos días estaban haciendo meya en él. No solo eso, sino que su madre tenía razón, a pesar de que Roderick, su hermano, su tío y Alistair estaban ocupándose del clan, los rumores de su ausencia se expandían. Si los ancianos se ponían en su contra, podría perder el liderazgo, además de tener que explicar por qué se ocupaba de una criada. Quizá lo mejor sería dejar que otros se encargaran de Rose.

—Está bien, madre. Pero prométeme que si algo cambia, me harás llamar de inmediato —Catherine asintió complacida.

—Te lo prometo, Malcolm. Ahora, ve. Regresaré en un momento y me aseguraré de que Sophie me acompañe.



Entre las sombras, y oculta en la oscuridad del pasillo que daba a las habitaciones principales, Frances escuchó con atención toda la conversación. Había esperado por días la ocasión perfecta para poder llevar a cabo su plan. Esa entrometida tenía que desaparecer antes de que Malcolm se enamorara de ella.

Desde que esa criada había arriesgado su vida para salvar a Nial, todos en el clan la admiraban, hasta algunos de los ancianos estaban considerándola como algo más que una simple sirvienta. Aquello era una complicación con la que no contaba.

Por fortuna, su difunta nana conocía de plantas y hierbas y ella siguió sus pasos. Había ordenado a Margaret, su doncella, que las consiguiera. La muy idiota creyó que las utilizaría para calmar sus nervios, nada más lejos de la realidad, *el casco del diablo*, era una de las plantas más venenosas que conocía. Aun así, se aseguró de que su criada no pudiera contárselo a nadie, el miedo que le tenía la mujer, obraba siempre a su favor. A pesar de que era una inservible y

que ni siquiera sabía como peinarla, al menos le servía para espiar a las hermanas y enterarse de todo lo que sucedía en el clan.

Sonrió con malicia, una vez lograra su cometido, no descansaría hasta desposarse con el laird. Su abuelo y el viejo Calan se habían puesto de acuerdo y su nombre se sugeriría ante el consejo. La muchacha estaba segura de que sería la elegida. Ella merecía convertirse en la señora del clan.

El poder era un sentimiento traicionero, y aquello parecía alimentar su deseo de eliminar a esa intrusa que había llegado para arrebatarle su lugar. Apretó con seguridad el ramillete que descansaba entre sus manos mientras escuchaba como las voces del laird y su madre se alejaban. Frances sonrió, sabiendo que ese instante era la oportunidad que había estado esperando.

Con sumo cuidado y asegurándose que nadie pudiese verla, se detuvo frente a la puerta entreabierta. Debía actuar con celeridad, la entrometida de Sophie podía llegar en cualquier momento. Observó con desprecio a Rose, sus ojos recorrieron el rostro apenas rosado de la muchacha que descansaba ajena a su presencia. Su respiración era levemente perceptible, mientras que unas gotas de sudor humedecían su frente. Aun en ese estado, la belleza de sus perfectos rasgos parecía celestial.

Sin perder tiempo, vertió agua en una jarra que descansaba sobre una mesa pequeña e introdujo unas cuantas hojas. De inmediato, el líquido se tornó de un intenso color verde.

—Nadie me quita lo que es mío —murmuró a la vez que una sonrisa perversa se dibujaba en su rostro.

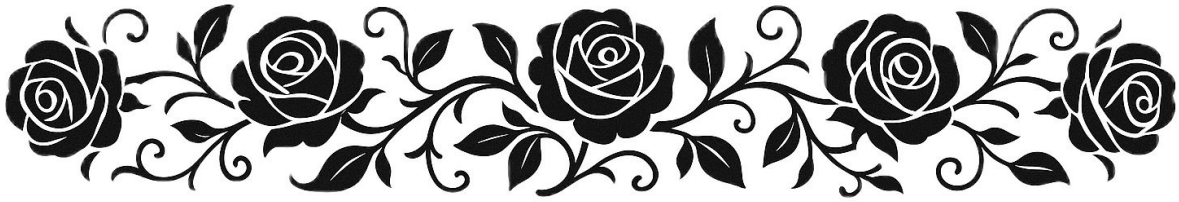
Con rapidez, deslizó su brazo por debajo de los hombros de Rose y la levantó a tiempo que acercaba la jarra a sus labios. Al ver que la muchacha no abría la boca, apretó con fuerza para forzar que el contenido la obligara a hacerlo.

—Vamos, toma un poco. Solo un sorbo, es todo lo que necesito — Frances apretó los dientes de Rose, sujetándola con más firmeza.

La tisana finalmente cayó en la boca de la joven, que, aún inconsciente, bebió al separar los labios.

La pelirroja esbozó una sonrisa de triunfo. No se necesitaba mucho, solo un par de sorbos para que el *casco del diablo* hiciera su efecto. Fue en ese momento en que notó un brillo especial que asomaba a través de la tela del camisón de Rose. Rebuscó sin miramientos hasta encontrarlo. Un hermoso dije en forma de rosa adornaba el cuello de la salvaje norteña. Era demasiado bello como para que una simple doncella lo llevara. De un solo y rápido movimiento, lo arrebató con malicia, provocando una delgada pero visible herida en la delicada y pálida piel de Rose.

En ese instante, a lo lejos, unos pasos resonaron en el pasillo. Frances sabía que era momento de escapar. Soltó el cuerpo de Rose con un brusco movimiento, dejándola caer sin importarle si con aquello levantaba sospechas. Se tomó un momento para respirar, arregló los pliegues de su falda y se dirigió hacia la puerta sin prestar atención a los restos del ramillete, que habían caído al suelo junto a la mesa.



Sophie entró a la habitación feliz al fin de poder cuidar de su hermana. Había deseado velar por ella, pero Hamish le aseguró que el laird se estaba encargando de que a Rose no le faltara nada. Se acercó a la cama, observando a su hermana, cuyo rostro había recuperado algo de color, un rosado suave bañaba sus mejillas. Se sentó a su lado mientras tomaba con delicadeza la mano de Rose.

—Todos en el clan hablan de lo valiente que eres, Rosie — susurró acercándose a su oído—. Saltaste al agua sin dudarlo, arriesgándolo todo por el esposo de Edith. Incluso el laird MacLeod no ha dejado esta habitación, apenas come o descansa —Hizo una pausa, esperando que abriera los ojos—. Sabía que no me equivocaba, ese hombre está interesado en ti. Criada o no, le importas.

Sophie le acarició su largo cabello, a pesar de que estaba enredado, no había perdido su suavidad.

—Prometo que conseguiré un peine, sé que te enfurece tenerlo así. Pronto podrás tomar un largo baño de esos que te gustan. Estoy segura de que Lady Catherine te lo permitirá. Ha ordenado que seamos las doncellas personales de Penny. Por lo que cuando te recuperes disfrutaremos de mucho tiempo juntas.

La muchacha sonrió acercándose para observar el cuello de su hermana. Le extrañó aquella herida que parecía haber sangrado recientemente, sin embargo, le restó importancia. Si Rose llevaba su amado colgante cuando se arrojó al mar, puede que lo hubiera perdido con la intensa marejada. Hablaría con Clara, la sanadora, más tarde para que buscara algún tipo de ungüento.

Las horas transcurrieron lentas, y el silencio solo era interrumpido por el crepitar de los leños que se estaban extinguiendo. Fue entonces cuando Rose emitió un quejido ahogado, como si un dolor punzante la afligiera de pronto.

—¿Rose?—inquirió Sophie al notar la palidez en el rostro de su hermana, mientras que sus labios abandonaban su color.

Sintió que el miedo se apoderaba de su cuerpo. Rose estaba mejorando, la fiebre había cedido, pero ahora, parecía un cadáver.

Sin perder un instante, Sophie salió corriendo de la habitación, buscando a la sanadora con desesperación, en su camino se cruzó a Penny MacLeod; sin embargo, no se detuvo por más de que la joven la observó desconcertada. Cuando encontró a Clara, le explicó lo que sucedía. La mujer asintió con el rostro preocupado y la siguió rápidamente hasta la habitación del laird.

Al llegar, la esposa del laird Douglas se acercó al lecho y observó el rostro de Rose, el intenso sudor, la palidez extrema y aquella respiración entrecortada y débil, eran síntomas propios de envenenamiento. Aproximó entonces su nariz casi rozando la de la joven. Asintió para sus adentros al percibir un olor inusual que

emanaba de la boca de su paciente, un aroma avinagrado que nada tenía que ver con los remedios que le había proporcionado.

Frunciendo el ceño, Clara inspeccionó la mesa junto a la cama, fue en ese momento en que sus ojos se posaron en un pequeño ramillete de hierbas que se encontraba en el suelo. Lo recogió acercándolo a su nariz.

—Por San Andrés… —susurró, a tiempo que posaba sus ojos en Sophie —. Alguien ha envenenado a Rose.

La muchacha se llevó las manos a la boca, horrorizada, sin poder creer aún lo que la sanadora decía.

—Pero estaba mejorando, ¿Quién podría…?—No pudo continuar.

La esposa del laird Douglas no respondió. Estaba demasiado ocupada, mezclando a toda prisa hierbas que podían servir de antídoto, consciente de que cada segundo contaba. Sin siquiera girarse hacia Sophie, ordenó.

—No hay tiempo para preguntas ahora, muchacha. Que alguien avise al laird.

Los gritos de Sophie retumbaban en toda la fortaleza conforme avanzaba buscando quien pudiera ayudar a su hermana. En sus oídos resonaban una y otra vez aquellas malditas palabras. No era consciente de hacia donde se dirigía, solo que un dolor lacerante invadía su corazón.

—No, Rosie, ella no —Se repetía mientras continuaba buscando.

Fue el mismo Alistair quien estaba junto al laird Douglas y Malcolm el que la detuvo al ver el estado de la muchacha.

—Sophie, detente —El *tannistear* se interpuso en su camino impidiéndole continuar —. ¿Qué te sucede?

Malcolm y William Douglas se acercaron intrigados, en especial el laird MacLeod, quien le extrañaba ver a la hermana de Rose allí cuando se suponía que estaba cuidándola.

—Ro…, Rosie…, ha sido envenenada —respondió echándose a llorar desconsolada mientras Alistair solo podía abrazarla.

El mundo del laird se detuvo en aquel instante, ni siquiera escuchó lo que había sucedido. Su corazón y su cuerpo quedaron suspendidos en una nube invisible. Sus pies eran lo único que se movían en él a tiempo que corría escaleras arriba. A medida que avanzaba a pasos agigantados, rogó a Dios que lo despertara de aquella pesadilla.

Capítulo 23

El acecho de la parca



Las luces de las antorchas parecían tan amenazantes como la muerte que rondaba la habitación. Desde hacía días que el silencio se apoderaba de las paredes que abrazaban la preocupación de quienes estaban junto a Rose.

Malcolm se encontraba de pie, en el umbral, su mirada verde, había perdido su fuerza, mientras que el desasosiego los envolvía. No podía dejar de observar a la muchacha que se debatía entre la vida y la muerte, frágil, inmóvil y tan pálida como la luz de la luna.

Solo el sonido suave de los movimientos de Clara, rompía con la calma. La cataplasma que preparaba a base de arcilla y hierbas, parecía ser lo único que mantuviese viva a la joven.

Sophie, no apartaba la vista del rostro de su hermana, tan descolorido y apagado que parecía un cadáver, solo las imperceptibles gotas de sudor en su frente, le aseguraban que aún resistía y se negaba a abandonarla. Llevaban días así, con la muerte, atacando sin descanso. Rose apenas había recuperado la conciencia. Balbuceaba palabras incoherentes y lejanas.

La más joven de las hermanas cerró los ojos intentando controlar las pocas lágrimas que aún le quedaban, se estaban agotando como la vida de su hermana. Maldijo, a quien se había atrevido a envenenarla. ¿Quién en su sano juicio podría llegar a odiarla de aquel modo? No tenía sentido. Por el contrario, todos en el clan admiraban su valentía. Había saltado al mar sin pensarlo, enfrentándose a las afiladas rocas, salvando a uno de los suyos, ¿y era así como se lo pagaban?

La esposa del laird Douglas se acercó y, colocó la cataplasma en la frente de la muchacha. El olor a vinagre y menta se extendió en el aire, sin embargo, nada parecía apaciguar la incertidumbre que se había apoderado del pecho del laird. Algo que no podía expresar. Solo

sabía que daría todo lo que tenía porque el ángel plateado volviera a sonreír.

Catherine, su madre, se detuvo a su lado y le sonrió con ternura tomándole la mano. De no haber sido por ella, hubiera perdido el juicio cuando Clara descubrió que alguien había intentado envenenar a Rose. Todavía sentía escalofríos al recordar el momento en que vio a su ángel.

—¿Crees que mejorará? —preguntó Sophie mientras tomaba la mano de su hermana. Como si aquello pudiese darle las fuerzas para resistir.

Clara abandonó su tarea y observó a la joven. No deseaba hacerse falsas esperanzas ni se atrevía a dárselas, sin embargo, tal era la ansiedad de los presentes que se atrevió a responder intentando que el desaliento no ocupara su respuesta.

—Si los dioses lo permiten, no obstante, es una lucha difícil, aunque tu hermana es joven y fuerte. Solo nos queda rezar y ser pacientes. Han pasado tres días y su cuerpo aún está luchando contra el veneno.

El laird MacLeod apartó la vista mientras apretaba sus puños en un sentimiento de impotencia. Nunca se había sentido como en aquellos momentos. Nada podía hacer por ella ahora. Solo dedicarse a encontrar al culpable y rogar en silencio. Abandonó la habitación como un reo al que se le concede su libertad, no podía continuar sin hacer algo que aliviara su furia.

Para cuando llegó al salón, fue su amigo William quien lo detuvo.

—Será mejor que cambies esa cara, o de lo contrario todos confirmarán los rumores —enfatizó el laird Douglas mientras lo apartaba en un rincón donde nadie podía escucharlos.

—No sé de qué me hablas —respondió lanzando una mirada furiosa hacia los curiosos que no dejaban de cuchichear al verlo a tiempo que el laird Douglas rodaba sus ojos.

—La muchacha Gunn, los ancianos se están preguntando qué te sucede. No solo tu liderazgo pende de un hilo, sino que no comprenden cómo te has olvidado del clan por una simple criada. Algunos hasta han insistido con la idea de que ella y Hamish deseaban hacerse con las tierras y que tú eras su víctima.

—Solo estoy ocupándome de la persona que ha salvado a uno de los nuestros y a la que alguien del clan ha intentado asesinar —replicó furioso mientras clavaba sus verdes ojos en su amigo.

—Tú y yo sabemos que no es solo una simple criada para ti. Esa muchacha te importa más de lo que quieras admitir —Malcolm apretó los dientes, odiaba lo que estaba sugiriendo William —. Lo comprendo, amigo mío, esa joven es una tentación; sin embargo, te estás arriesgando a perder todo por lo que has luchado. Ahora mismo el consejo está reunido con Roderick y con tu tío Hamish. No quiero imaginarme lo que debe está sucediendo. Te aconsejo que te presentes y los calmes antes de que sea demasiado tarde.

El laird MacLeod asintió a regañadientes, sabía que William tenía razón, hacía al menos una semana que había olvidado sus obligaciones por Rose. Y aquello no podía seguir ocurriendo. Si la muchacha se salvaba, debería tomar una decisión que puede que no le gustara. No obstante, era lo mejor para su clan.

Conforme avanzaba hacia la reunión, prometió alejarse de Rose, aunque le costara la vida. Esos viejos entrometidos no hacían otra cosa que ponerle obstáculos y compararlo con la sombra de su padre Tormod. Como si él nunca hubiese sido digno de ocupar su lugar. Solo unos pocos parecían estar de su lado y aquello lo enfurecía. Ni siquiera estuvieron conformes cuando el propio rey lo consideró uno de los líderes más poderosos de las Highlands. Esos ancianos pendencieros querían más y ya se estaba hartando de tener que lidiar

con sus ideas de antaño. Sabía que, una vez más, lo pondrían entre la espada y la pared.

Cuando entró en el salón, todas las miradas se voltearon hacia él. Sin embargo, aquello no lo amedrentó, por el contrario, renovó su deseo de enfrentarlos. Con seguridad y sin bajar la mirada, confrontó a los ancianos.

—No estaba al tanto de que las reuniones se celebraban sin mi presencia —escupió llevado por la ira que sentía a tiempo que se detenía entre Roderick, su hermano y Hamish. Sus ojos verdes refulgían.

—Malcolm, no es que no contáramos con tu presencia, es que no nos has dejado otra alternativa. Además, tenemos entendido que tu hermano es quien se ha encargado de las decisiones en "tu ausencia" —remarcó Calan mientras se incorporaba de su asiento a tiempo que buscaba consenso de los otros.

Malcolm observó como más de la mitad de los ancianos asentía en conformidad a las palabras del viejo.

—Nada justifica esta traición—soltó el laird apretando los puños.

—¿Traición dices? ¿Cuándo te has olvidado de tus obligaciones por una simple "criada"? ¿Y si esa joven busca algo más que solo refugio? ¿Has pensado las consecuencias si ella quedara encinta? Te conozco muchacho, nadie es más honorable que tú.

—Te recuerdo que no soy un muchacho, y por lo que a ustedes respecta, lo que haga o deje de hacer con una criada es asunto mío, ¿o es que acaso deseas ser tú quien se convierta en laird? Si tan interesado estás en el liderazgo, podemos resolverlo hoy y ahora —amenazó Malcolm mientras apoyaba su mano en la empuñadura de su *claymore*.

Calan y los otros se tensaron, no esperaban esa reacción de su laird, el anciano era astuto, nunca se atrevería a enfrentarse a él, por lo que negó con la cabeza temeroso. Hasta el propio Ian temió por su vida, Malcolm no se dejaría amedrentar tan fácilmente, tal y como su padre lo había hecho en el pasado. Quizá los rumores que Frances escuchó, fueran solo eso.

Hamish, por otro lado. Deseaba apretar el cuello de Calan hasta dejarlo sin aliento. Sin embargo, se contuvo. Había sido interrogado por esos ancianos que no le permitieron explicarse ni defender a Rose acusándola de tratar de embaucar al laird con un hijo. Lo peor es que el mismo Ian, que siempre había sido un aliado de Malcolm, estaba del lado de Calan. Maldijo para sus adentros, si aquellos viejos entrometidos supieran quienes eran en realidad las muchachas a las que atacaban, se arrepentirían. Roderick, quien observó con detenimiento a Hamish y a Malcolm, intentó calmar la tormenta.

—Esa criada, como bien lo dices Calan, ha sido más valiente que cualquiera de todos ustedes, que nunca, siquiera, han empuñado un arma. Solo se han limitado a aconsejar desde sus asientos. Y si mi hermano ha decidido cuidar de ella, ha sido porque uno de los nuestros ha intentado acabar con su vida, ¿prefieren un traidor entre nosotros? ¿Acaso alguno de ustedes lo es? —intervino Roderick para evitar que su tío arriesgara todo.

No podían poner en peligro a Rose y a Sophie. Ni siquiera Malcolm debía saberlo, o de lo contrario marcharía contra Blair Sinclair en ese mismo momento. Ganándose la oposición del consejo.

Malcolm apoyó su mano en el hombro de Roderick agradeciendo su intervención. A pesar de estar furioso por la acusación contra Rose, no deseaba más conflictos, en especial porque el compromiso de Penny y Alexander se celebraría en unos días y nada ni nadie interrumpiría con aquella armonía. Dio un paso adelante, para enfrentarse a los ancianos.

—Sé que muchos de ustedes aún dudan de mi palabra, por lo que, a pesar de lo que Calan ha dicho, he decidido seguir con sus consejos. Me desposaré —Los murmullos pronto se hicieron escuchar. Malcolm cerró los ojos y tomó una profunda bocanada antes de seguir—. Elegiré una esposa. La reunión de compromiso de mi hermana será la ocasión perfecta, por lo que esa misma noche escogeré una de las candidatas propuestas. Mientras tanto, acatarán mis decisiones y dejarán a Rose Gunn fuera de esto —clamó el laird a la vez que apretaba los puños con fuerza.

Odiaba haber tomado aquella decisión; sin embargo, haría lo que fuera para acallar a los ancianos. Aunque con aquello debía obligarse a olvidar a su ángel plateado.

—¿Estás seguro? —inquirió Roderick sabiendo que Malcolm estaba enamorado de Rose aun sin saberlo.

Conocía del sacrificio que estaba haría por complacer al consejo. Sin embargo, lo comprendía mejor que nadie. Malcolm siempre había sido el más responsable de los dos. No era fácil liderar un clan en donde las resoluciones debían ser consensuadas por un grupo de ancianos. Tarde o temprano su hermano tendría que disolverlo o de lo contrario seguiría siempre a la sombra de su padre.

—¿Te soy sincero? —preguntó mientras se alejaban del salón junto a Hamish que caminaba en silencio —. No, no lo estoy, puede que nunca lo esté. Pero si con eso, logro que finalmente estén de acuerdo conmigo, lo haré.

—¿A pesar de lo que sientes por la muchacha? —interrumpió Hamish a tiempo que se adelantaba a los hermanos. Malcolm no respondió —. Sabes que te apoyaré en lo que decidas, pero quizá ya sea hora de disolver el consejo.

El laird observó a su tío en silencio.

—¿Y cómo demonios crees que puedo hacerlo? —Lo había sopesado miles de veces, sin embargo, las tradiciones no eran fáciles de romper.

—No lo sé, pero he encontrado incongruencias en las cuentas del clan. Es extraño el recelo que tienen Calan y sus seguidores cuando se les cuestiona por las compras o los ingresos a las tierras. Sé que no soy un experto, no obstante, creo que deberías revisarlas. Es evidente que hay unos cuantos que no se sienten felices con mi regreso. Y mucho menos con que me interese por las arcas del clan.

—¿Piensas que nos están robando? —Roderick preguntó ansioso por obtener respuestas.

—No puedo asegurarlo, como ya he dicho, no sé con exactitud el manejo del clan, pero cuando revisé los papeles, hubo algunos que llamaron mi atención.

—No solo eso es sospechoso, ¿cómo es que la nieta de Ian es considerada la candidata más conveniente para desposarse con Malcolm? Todos sabemos que la primera vez que el viejo la sugirió, los ancianos se negaron —soltó Roderick pensativo.

—Revisaré las cuentas—respondió Malcolm, preocupado—, y en cuanto a la elección de una futura esposa seré yo quien tenga la última palabra. Poco me importan las supuestas candidatas. Ahora solo deseo encontrar al responsable de lo sucedido con Rose, ¿han podido averiguar algo?

Ambos, Roderick y Hamish, negaron al mismo tiempo. Malcolm asintió a desgano, no descansaría hasta encontrar al culpable, mientras tanto, se encargaría de que la habitación de la muchacha estuviese custodiada, nadie entraría o saldría de allí sin su aprobación.

Capítulo 24

Despertares



Rose parpadeó lentamente, sentía sus ojos cansados, pesados, como si alguien los estuviera oprimiendo. Confusa, intentó concentrarse en su alrededor, sombras, formas borrosas que poco a poco comenzaron a tomar sentido. No podía precisar si era de día o de noche; sin embargo, una suave luz iluminaba la habitación en donde se encontraba. A lo lejos, el crepitar del fuego se confundía con el murmullo de voces difusas. Intentó hablar, pero su boca estaba seca, como si las palabras se hubieran atorado en su garganta. Sentía su cuerpo entumecido, no podía moverse, ni siquiera tenía fuerzas para hacerlo. Sus músculos dolían, lo mismo que su costado. Poco a poco, consiguió concentrarse, entender qué sucedía con ella. Entonces lo recordó. El mar, las rocas, la sangre, el pescador. Todo vino a su mente, como en ráfagas que la obligaron a cerrar los ojos por un instante. Intentó serenarse. Lo último que recordaba era haberse desplomado junto al pescador, desde ese momento todo era la nada misma.

Alcanzó a mover la cabeza, y fue en ese instante en que notó a alguien a su lado.

—Bienvenida de vuelta, muchacha —susurró Clara, mientras acariciaba su frente—. Has peleado con la muerte y has vencido.

Rose intentó hablar, pero solo pudo emitir un suspiro, Clara le sonrió a tiempo que el rostro de su hermana aparecía junto al de la sanadora.

—Creíamos que nunca despertarías Rosie —declaró Sophie con ojos llorosos de felicidad—.¿Cómo te encuentras?

—No intentes hablar aún —comentó la esposa del laird Douglas al ver el esfuerzo que hacía la joven porque sus palabras se escucharan—. Bebe un poco antes, pero no te apresures —Clara ayudó a la muchacha a incorporarse lentamente para luego verter un poco de agua fresca en sus labios. A pesar del esfuerzo, aquel líquido alivió la molestia. Por fin y al cabo de unos minutos logró articular las palabras.

—Siento como si estuviera debajo de una roca, me pesa todo el cuerpo —Rose abrió los ojos al ser consciente en donde se encontraba. Recordaba bien esa habitación.

"¿Qué demonios estoy haciendo aquí?"

Temió preguntar, al menos no lo haría delante de la sanadora, esperaría a estar a solas con Sophie.

—Eso es normal, has estado en esta cama por más de una semana. Ahora déjame ver esa herida —comentó Clara mientras le indicaba a Sophie que colocara varios cojines tras la espalda de Rose.

—¿Tienes hambre?—inquirió su hermana—. Oh, pero qué tonta soy al preguntarte eso, claro que debes estar hambrienta. Iré a decirle a Edith que te prepare un caldo mientras Clara se ocupa de curarte. Todos estarán felices con la noticia Rosie, has tenido al clan en vilo —declaró Sophie con esa alegría contagiosa que la caracterizaba. Rose no pudo evitar carcajear en silencio.

—¿Tan enferma he estado? No puedo recordar nada —Clara asintió. No deseaba ser ella la que le dijera toda la verdad. Lo mejor sería que alguien de su familia se lo contara

—Has estado inconsciente desde que el laird te trajo, de hecho ha estado aquí velando por ti

—¿El laird me encontró? Pero…

Fue en ese momento en que la puerta de su habitación se abrió de pronto. Catherine MacLeod, su hija Penny y su tío Hamish entraron hechos una tromba.

—Vendré más tarde para ver como sigues —comentó la esposa del laird Douglas mientras saludaba y se dirigía a la puerta.

Rose quiso detenerla, pero la mujer desapareció, llevándose las respuestas con ella. Las necesitaba, no obstante, parecía que nadie

deseaba dárselas. Esperaría por Sophie, de seguro, su hermana las tendría.

—Gracias a Dios que estás bien —comentó la señora del clan mientras se detenía junto a la cama y le acariciaba el rostro.

Rose la observó desconcertada, no entendía como la madre del laird del clan se alegraba tanto por una simple criada. ¿Qué había sucedido durante el tiempo que estuvo inconsciente? Clavó sus grises ojos en Hamish intentando descubrir el porqué. Sin embargo, no era momento ni lugar. No al menos frente a Lady Catherine y Penny.

—Cuando ya estés recuperada, me ayudarás a preparar todo para el compromiso, tú y tu hermana se convertirán en mis doncellas personales. Estoy segura de que seremos muy amigas, Sophie me ha hablado mucho de ti mientras estuviste inconsciente, siento que ya nos conocemos —Penny se adelantó junto a su madre sonriendo.

La mayor de las hermanas Sinclair se quedó sin palabras, era evidente que algo extraño sucedía allí. No deseaba involucrarse con la familia del laird, ella tenía un plan y no podía alterarlo. Cuanto más desapercibida pasara, mejor le resultaría escapar. Convertirse en doncella de Penny MacLeod la obligaría a estar presente y compartir tiempo con la familia MacLeod y lo peor, con el laird. Aquello no podía ocurrir.

—Pero… —Rose quiso negarse, no obstante, Hamish la interrumpió.

—Nada de peros, el laird así lo ha decidido muchacha —La joven asintió a regañadientes. Era evidente que no era el momento de refutar—. Ahora te dejaremos descansar.

Cuando por fin se quedó a solas, Rose suspiró y se dejó caer sobre los mullidos cojines. Odiaba sentirse una inútil. Desde su llegada al clan MacLeod, no solo había cometido error tras error, sino que todos sus intentos por ser invisible habían fallado. Si lo dicho por la

sanadora era verdad, el clan entero lo sabría. Cerró los ojos a tiempo que negaba con la cabeza.

¿El laird me ha encontrado? ¿Ha velado por mí? Imposible…

Sin embargo, y a pesar de su cabreo, no pudo evitar que aquellos ojos verdes aparecieran de pronto en su mente. Sonrió al recordarlo, unos deseos irrefrenables por volver a verlo la embargaron.

"¿Y si es cierto lo que ha dicho Sophie? ¿Y si Malcolm MacLeod está interesado en mí?"

"Pero si realmente ha estado tan preocupado, ¿por qué aún no ha venido a visitarme como lo ha hecho su familia?"

"Deja de soñar Rose, debes concentrarte en Blair y no en imposibles…"

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos, que por instinto, llevó su mano a su cuello en busca de su amado colgante. No obstante, había desaparecido. Buscó con desesperación entre las sábanas y las almohadas sin éxito. Maldijo. Su impulso la había llevado a arrojarse al mar sin prestar atención a su collar, puede que en algún momento la marejada se hubiera encargado de arrebatárselo. Sus ojos se empañaron con tristeza, el único recuerdo de su padre, había desaparecido en su amado mar, una ofrenda al dios *Manannán mac Lir.* Apretó los puños, ¿qué más podía sucederle ya?

Fue su hermana quien la sacó de sus pensamientos cuando irrumpió como un huracán en su habitación. Se la notaba feliz por su recuperación, por lo que decidió ocultar que había perdido su más preciado bien. Sophie sabía cuanto amaba su colgante.

—¿Otra vez frunciendo el ceño? ¿Qué sucede ahora? ¿Por qué esa cara? —inquirió Sophie a tiempo que dejaba la bandeja sobre la mesa junto a la cama.

—¿Preguntas por qué? Porque todos actúan diferente conmigo, Hamish, Lady Catherine…, hasta la hermana del laird. Me ha dicho que seremos sus doncellas ¿Puedes creerlo? Quiero saber todo lo que ha sucedido desde que perdí el conocimiento —ordenó Rose intentando sentarse en la cama a pesar de su estado.

—Oh…, eso… —Sophie mordió su labio.

La menor de las muchachas no estaba segura de como tomaría su hermana el intento de asesinato. Después de haberlo hablado con Hamish, ambos estaban seguros de que Blair se hallaba detrás de todo lo sucedido con el envenenamiento. Sin embargo, temía que su hermana intentara escapar del clan al enterarse de lo ocurrido. Había esperado tener más tiempo. Ni siquiera Hamish sabía de aquella locura que a Rose tenía en mente.

—¿Qué sucede? ¿Qué estás ocultando?

La menor de las hermanas suspiró, esperaba que al contarle acerca de lo que el laird había hecho por ella, cambiara de idea con respecto a su venganza, a fin de cuentas, ella sí deseaba quedarse en el clan MacLeod, en especial por Alistair. No obstante, su hermana no lo dejaría estar, la conocía, era testaruda y obstinada como pocas.

Suspiró, imaginando lo que vendría. Comenzó a relatarle todo desde el principio. Conforme avanzaba, el rostro de Rose pasaba del asombro al enojo. No comprendía como el laird del clan la había tratado como si fuese parte de su familia. Por lo que Sophie contaba, parecía que Malcolm MacLeod se interesaba por ella. Algo que la desconcertaba y le gustaba por partes iguales. Sin embargo, desde que había recobrado el conocimiento, no se había preocupado por saber de ella. Y, aunque no entendía del todo el motivo, eso la entristecía.

—Yo creo que está fascinado contigo, nadie actúa como lo ha hecho a no ser que le sucedan cosas… —afirmó Sophie.

—No sigas con eso, puede que estuviese agradecido por haber ayudado al esposo de Edith —espetó Rose sin quitarle los ojos de encima a su hermana—. Sin embargo, creo que eso no es todo, hay algo más, lo veo en tus ojos, sabes que no puedes mentirme —Sophie asintió a tiempo que se le formaba un nudo en la garganta.

—Mientras te estabas recuperando, alguien…, alguien ha intentado asesinarte. Te envenenaron, pero por fortuna Clara te salvó a tiempo —soltó con la esperanza de que su hermana no reaccionara.

Un silencio atronador envolvió de pronto la habitación. Rose clavó sus grises y tormentosos ojos en su hermana. Era evidente que había llegado a la misma conclusión que Hamish y Sophie.

—Blair —escupió con rabia mientras apretaba las sábanas que la cubrían.

Su hermana observó horrorizada el rostro de Rose. Temió lo peor.

—Por favor Rosie, solo te lo he dicho para que tengas cuidado, si lo han intentado una vez…

—¿Es que no te das cuenta? No soy únicamente yo quien está en peligro. No permitiré que nada te suceda, eres mi hermana pequeña y se supone que debo protegerte, no puedo quedarme de brazos cruzados. En cuanto salga de esta cama buscaré la manera de escapar.

—Ni el laird ni Hamish lo permitirán, han apostado dos guardias en tu puerta. Ni siquiera yo puedo moverme como antes por la fortaleza, Penny me acompaña siempre. Prométeme que no lo intentarás —rogó Sophie con ojos llorosos.

Rose asintió a desgano, no obstante, debía romper su promesa, tarde o temprano encontraría la manera de escabullirse de la fortaleza. No solo por su hermana, sino por el clan MacLeod, en especial por su laird.

Capítulo 25

El ceilidh



Dos semanas después, cientos de velas iluminaban el gran salón principal, mientras que la música resonaba en cada rincón. Las gaitas alegraban la tensión de los días anteriores, entretanto los bardos comenzaban a recitar sus mejores historias al compás de la música. Catherine MacLeod levantó su jarra e invitó a todos a unirse al *ceilidh* que estaba por comenzar.

Rose observaba el festejo desde un rincón del salón. Escondida, tratando de pasar desapercibida. No deseaba que nadie notara su estado. Los nervios la consumían, mientras que su corazón estaba empecinado en latir desbocado. La razón de su malestar se hallaba al otro lado del salón, rodeado por un grupo de mujeres que se desvivían por llamar su atención. Entre ellas, esa pelirroja que no hacía más que atosigarla. Tras su recuperación, la habían obligado a compartir la mesa de los señores del clan, razón suficiente para que Frances la tratara con desprecio, como si ella fuera su enemiga. Era evidente que haberse convertido en la doncella de Penny MacLeod no había sido de su agrado. Ella y su abuela no hacían otra cosa que hostigarla en cuanto tenían oportunidad. Frances destilaba odio por cada poro, parecía ser la única asombrada de su recuperación, ella y un grupo de ancianos que la miraban siempre con desprecio.

Apretó los puños al ver como la pelirroja se acercaba a su presa. La muy desgraciada mostraba su pronunciado escote logrando que la mirada del laird se desviara hacia sus pechos que parecían deseosos por complacerlo. Chasqueó la lengua mientras miles de insultos silenciosos asaltaron su mente. Se había equivocado, ese hombre era igual que Brandon Murray, no el laird interesado en ella que su hermana imaginaba. Deseó gritar.

Por fortuna, Sophie interrumpió aquel cabreo cuando apareció frente a ella con una gran sonrisa.

—¿Cómo se supone que alguien te invite a bailar si sigues allí escondida? —inquirió Sophie tirando de su brazo.

—Aquí estoy bien, cualquiera puede verme, no necesito pasearme por el salón como si fuese ganado a la venta—escupió al recordar a Frances y sus llamativos pechos—. Sabes bien que no estamos aquí para divertirnos—. Inspiró profundamente, no solo de furia, sino porque lo necesitaba.

El corsé que Penny le había obligado a llevar la asfixiaba. Maldijo. Aquel elemento de tortura, no solo le incordiaba, sino que se ajustaba a su cuerpo, logrando que sus pechos sobresalieran gracias a su pronunciado escote. Tal y como los de la pelirroja. Rose sonrió con ironía.

Quizá había sido una mala idea.

Aun así, intentó serenarse mientras observaba como su pequeña hermana sonreía a Alistair que minutos antes la había invitado a bailar. Sophie llevaba el coqueteo en la sangre.

—Tu hermana tiene razón, una joven tan bonita como tú no debería estar escondida en un rincón —Rose se sobresaltó cuando Roderick MacLeod se detuvo frente a ella mientras insinuaba una sonrisa canalla. La mayor de las Sinclair no pudo evitar ruborizarse.

Era asombroso su parecido con el laird, a excepción de sus ojos azules y que su rostro carecía de cicatrices, los hermanos eran idénticos.

—No estoy escondida, solo que no me apetece bailar, aún no me encuentro recuperada —respondió ocultando la mirada.

—Prometo detenerme en cuanto sientas que ya no puedes continuar —Roderick le tendió la mano a tiempo que clavaba sus azules ojos en ella. Era evidente que no pensaba claudicar.

Su mirada se desvió hacia el centro del salón, donde los invitados bailaban, despreocupados y felices, al compás de la música. Fue entonces en que vio como el laird conversaba complacido con aquella

arpía de Lady Frances. La mujer parecía encantada de robar las miradas de todos los hombres, en especial la de Malcolm MacLeod. Una punzada de celos se instaló en su vientre.

—Acepto —declaró con seguridad mientras tendía su mano a Roderick quien sonreía satisfecho.

De pronto todas las miradas se posaron en la pareja que se detenía en medio de la sala. Sin embargo, Rose no se amedrentó, disfrutaría de la fiesta, a fin de cuentas, poco faltaba para que abandonara la fortaleza. Se olvidaría a Malcolm MacLeod. Al menos así lo esperaba.

Conforme el baile se desarrollaba, la muchacha intentaba no fijarse en cómo Frances, permanecía cerca de Malcolm, sonriendo satisfecha al captar toda la atención del laird. La muy desgraciada aprovechaba cada ocasión para susurrarle palabras al oído, como si entre ellos dos hubiera algo más. No pudo evitar tensarse a pesar de todos los intentos de Roderick por distraerla.

"No debería afectarte, compórtate Rose. Ignóralos…, si tan solo pudiera demostrarle que soy una verdadera dama, esa *lowlander* moriría de envidia"

Las miradas entre Malcolm y Frances lograba que su estómago se revolviera. Los celos parecían atacarla con cada sonrisa que el laird le dedicaba a la pelirroja. La mujer se acercaba al laird, como si le perteneciera, y lo peor de todo era que Malcolm no hacía nada por detenerla. Rose sentía que su corazón se encogía cada vez que veía a Frances tomándose del brazo del laird.

—¿Sucede algo Rose? —inquirió el hermano del laird con una sonrisa seductora.

La joven frente a él era demasiado transparente. Los celos que le producían ver a Malcolm con la pelirroja se reflejaban en sus ojos. Le gustaba para su hermano. Rose Sinclair era perfecta. Era valiente y

decidida, además de ser la muchacha más preciosa que jamás había visto.

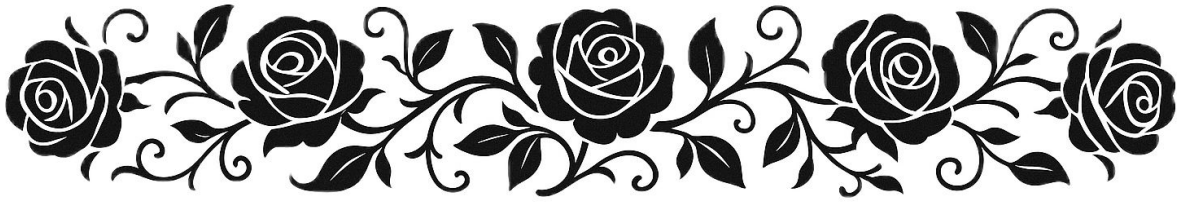
—¿Por qué lo preguntas? —espetó intentando disimular su cabreo.

—Porque te noto tensa, ¿te sientes bien? ¿Estás fatigada?

—Oh, es solo que el corsé que Penny me ha hecho llevar es un poco incómodo. Nada de lo que alarmarse. Me siento perfectamente —respondió con rapidez, no deseaba que Roderick se preocupara por ella. De ser así temía que la obligaran a volver a la cama. Aquello arruinaría sus planes de escapar.

Rose intentó olvidarse de Malcolm MacLeod, continuó bailando. A pesar de sus celos, se sintió extrañamente cómoda con Roderick, quien la hacía reír y olvidar por un momento la incertidumbre que la rodeaba. Sin embargo, cuando giraban al ritmo de la música, sus ojos volvían sin poder evitarlo hacia Malcolm y los celos volvían a arder en su pecho. Maldijo para sus adentros.

"¿Qué demonios te pasa?, ¿qué hay de la promesa que has hecho? Olvídate de él."



Malcolm descansaba su cuerpo contra una de las columnas de la habitación. A pesar de simular tranquilidad, su mirada estaba fija en medio del salón. A su lado, Frances Amstrong reía divertida mientras posaba con disimulo su mano en el brazo del laird, acercándose más de lo necesario. La pelirroja era bonita, sin embargo, su belleza era eclipsada por el ángel plateado que bailaba despreocupada con su hermano. Estaba resplandeciente con aquel sensual vestido que destacaba cada una de sus curvas. No solo él parecía notarlo, sino que todos en el salón observaban admirados a la joven. Una ola de celos lo embargó.

La risa de Rose llenaba el aire, ligera, como si en ese momento hubiera olvidado las penurias que la habían acechado. Su falda se movía con gracia mentiras que el reflejo de los cientos de velas iluminaba sus ojos grises, haciéndola parecer más deslumbrante que nunca.

Se obligó a apartar la vista, endureciendo la expresión. ¿Por qué le importaba? Rose era solo una criada, tenía que aceptar que tarde o temprano debía cumplir con lo pactado. Había jurado olvidarla y así lo haría. Lady Frances, por otro lado, aunque no fuese del todo de su agrado, sería la elección correcta. Era innegable que su dote ayudaría en buena parte al clan; sin embargo, aún no se decidía. La noche recién comenzaba y todavía faltaban varias candidatas. Al menos así podría ponerle fin a las insistencias de los ancianos. Aunque fuese una unión por conveniencia. Era evidente que el amor que se habían tenido sus padres no era para él. Debía olvidarse de la criada de ojos de tormenta.

Sin embargo, la manera en que Roderick le sonreía al ángel a tiempo que se inclinaba hacia ella, le revolvía el estómago. Era la primera vez que deseaba borrar esa sonrisa seductora del rostro de su hermano.

—¿Te diviertes, milord? —preguntó Frances, acercándose aún más mientras pasaba el brazo por su antebrazo con una sonrisa coqueta.

—Ah, sí…, claro —respondió distraído, sin siquiera mirar a Frances.

En aquel momento, Roderick giró a Rose con gracia a tiempo que ella se aferraba a su brazo. Era evidente que aquello la divertía, su sonrisa eclipsaba como el mismo sol. Malcolm no pudo evitar sentir un calor amargo subirle por la garganta. Cada carcajada de Rose, cada movimiento de su cabello ondeando mientras giraba, avivaba los celos en su pecho.

—Es indignante —murmuró Lady Frances, mirando en la misma dirección que él—, que una simple doncella pueda convertirse en alguien tan importante. No entiendo como Lady Catherine la protege tanto.

Frances apretó los puños hasta que sus largos dedos se tornaron blancos. Esa desgraciada de Rose Gunn captaba miradas de admiración en todos los presentes, como si fuese una dama a la que venerar. La odiaba aún más con cada parte de su cuerpo, tras lo

sucedido con el veneno, todos estaban pendientes de ella. No obstante, aquello no era lo peor. La habían designado doncella de la hermana del laird, por lo que complicaba sus planes de acabar con su vida.

La sonrisa de Frances se volvió tensa, pero Malcolm apenas lo notó. Su mano apretó el borde de una silla frente a él, conteniendo el impulso de cruzar la sala para arrancar a la muchacha de los brazos de Roderick. No entendía por qué la idea de Rose riendo con otro lo inquietaba tanto, pero la sensación era insoportable.

—Agradecimiento, supongo. Ha arriesgado su vida por uno de los nuestros y mi madre les ha tomado cariño a las muchachas. Además, son las protegidas de mi tío —Mintió. Algo dentro de él se quebraba mientras pronunciaba esas palabras. Era evidente que los celos hablaban por él.

—Parece que todos están encantados con ella —susurró Frances con malicia, necesitaba que Malcolm viese, lo zorra que esa criada era —. Apuesto a que más de uno estaría dispuesto a llevarla a la cama. Pero por supuesto que ella es quien los provoca. Mírala, parece que disfruta de toda la atención…, puede que hasta trate de seducir a tu hermano.

Malcolm, incapaz de soportarlo más, dejó su jarra sobre la mesa con un golpe sordo y se encaminó hacia ellos, olvidando a la pelirroja que observaba asombrada como el laird se alejaba de ella. El señor de los MacLeod, cruzó el salón con pasos decididos mientras sus profundos ojos verdes estaban fijos en Rose y Roderick, que, ajenos a lo que se avecinaba, seguían girando al ritmo de la música.

Capítulo 26

El hermano del laird



Rose debía reconocer que Roderick MacLeod era guapísimo, además de poseer una sonrisa canalla que iluminaba su rostro, sus ojos azules hechizaban a quien los mirara.

No podía evitar comparar a los hermanos, tan diferentes y a la vez tan parecidos. Malcolm era inflexible y obstinado, desde que lo había conocido trataba a todos con firmeza y rectitud. A pesar de que nadie parecía temerle, era evidente que era respetado dentro y fuera del clan, mientras que Roderick daba la impresión de ser un laird alegre y despreocupado. Un rompecorazones que conocía el arte de la seducción a la perfección. Si no fuera por Malcolm, más de la mitad de las jóvenes que habían asistido a la fiesta, hubieran caído rendidas a sus pies.

Las mujeres del clan se desvivían por captar su atención, y no era para menos, aquel hombre llevaba la tentación en las venas. Sin embargo, nada de eso le importaba a la muchacha. Nadie podía eclipsar al laird de los MacLeod de Skye. No obstante, se sentía furiosa y en aquellos momentos estaba dispuesta a olvidarlo.

Se hallaba tan absorta en sus pensamientos que no fue consciente de que el laird MacLeod se acercaba como un cazador a su presa. Para cuando lo tuvo a su lado, su corazón dio un vuelco que la dejó sin aliento.

—Es suficiente —susurró furioso—. Hermano, me temo que este baile ha llegado a su fin.

Roderick sonrió con desafío, a pesar de que disfrutaba ver a su hermano siendo guiado por los celos, la fría y dura mirada de Malcolm lo obligó ceder. Inclinándose ante Rose antes de retirarse, besó con suavidad la mano de la muchacha.

—Parece que mi hermano no aprueba que te diviertas, miLady — susurró Roderick, con voz suave y cargada de insinuación, antes de desaparecer entre la multitud.

Rose apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando Malcolm la tomó del brazo, llevándola hacia un rincón apartado. El calor de su mano sobre ella la hizo temblar.

—¿Qué crees que estás haciendo? —murmuró él, a tiempo que clavaba sus ojos en su asombrado rostro.

—Solo bailaba, como todos los demás —replicó Rose. Su voz sonaba más firme de lo que se sentía.

—No con él —espetó Malcolm. Sus frías palabras estaban cargadas de celos—. No con Roderick, *mo leannan*.

—¿Y por qué no? —preguntó Rose, desafiante—. Además, yo no soy ni nunca seré *su amor*.

Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera detenerse. Por un instante, el laird pareció sorprendido y herido. El silencio que siguió fue intenso, y por un breve momento, los ojos de Malcolm brillaron con algo que Rose no pudo descifrar. Sin embargo, antes de que él pudiera responder, Penny los interrumpió.

—Hermano, esperaba que me invitaras a bailar —comentó haciendo un mohín al mismo tiempo que guiñaba un ojo a su reciente doncella.

Rose agradeció en silencio con una leve sonrisa. Le gustaba esa muchacha, si no fuese porque pronto se marcharía, estaba segura de que podrían llegar a ser grandes amigas.

—Más tarde Penny, necesito hablar a solas con tu criada —respondió Malcolm, al mismo tiempo que tomaba la mano de Rose y la llevaba hasta la escalera sin siquiera prestar atención a que ella intentaba por todos los medios liberarse.

Para cuando llegaron a la habitación del laird la muchacha estaba sin aliento. Ese hombre era un bruto y un insensible. Furiosa como se sentía, no fue consciente de las palabras que salieron por su boca.

—¿Qué es eso tan urgente que no podía esperar? ¿Acaso pretende disculparse por como me ha tratado delante de su hermano y de todo el clan? ¿Le divierte laird MacLeod?—espetó con sarcasmo, a tiempo que se libraba del agarre del laird. Ya nada le importaba, se marcharía esa misma noche de ser necesario.

Antes de que pudiera reaccionar, Malcolm la tomó con firmeza por la cintura y la empujó con suavidad contra la pared, bloqueando cualquier intento de escape. Había furia en sus ojos, pero también una chispa de deseo incontrolable. La imagen de Rose sonriéndole a su hermano durante el baile seguía repitiéndose en su mente. Esos gestos, esas sonrisas, deberían haber sido para él. Cuanto más cerca la tenía, más intenso era el impulso de besarla hasta saciarse.

—¿De verdad, *mo leannan*? Y yo que pensaba que la culpa era solo tuya —respondió con reproche.

Rose ignoró el comentario, negándose a caer en su juego.

—Ya se lo he dicho, no me llame, de ese modo —replicó con firmeza, mientras Malcolm dejaba escapar una sonrisa canalla.

—Pedirlo, no te hará conseguir lo que buscas —continuó él—, a menos que me digas exactamente lo que quiero escuchar.

Rose lo miró en silencio. ¿Qué es lo que pretendía ese hombre? Era un enigma, primero la ignoraba después de haberla salvado y ahora la llamaba su amor.

—¿Y qué es exactamente lo que quiere oír? Mi señor… —preguntó, con una mezcla de desafío y cansancio.

—De tu boca…, tal vez un "por favor" —respondió Malcolm, a tiempo que se acercaba más a la muchacha. Rose arqueó una ceja, incrédula.

—¿Rebajarme solo porque no es capaz de entender que nunca seré su amor? Ni en sueños, milord...

—Nunca niegues lo que es posible, *mo cridhe* —respondió él, enfatizando cada palabra con intención.

Rose rodó los ojos. Malcolm era exasperante, y odiaba que se burlara de ella de esa manera, pero decidió mantener la calma, a pesar de la provocación.

—¿Será posible que regrese a la fiesta entonces? —preguntó ella, tratando de desviar la conversación.

—Es posible —dijo—, pero en este caso, lo que deseo entra en conflicto con lo que podrías hacer.

—¿A qué se refiere? —inquirió Rose, sin captar la advertencia.

Malcolm sonrió de forma peligrosa, una sonrisa cargada de sensualidad que, aunque debía haberla alertado, no lo hizo.

—Solo que aún no te he besado como quisiera, *mo cridhe*, y me muero por hacerlo.

—Ni en sus sueños laird MacLeod... —respondió Rose, desafiante.

Eso fue todo lo que pudo decir antes de que Malcolm inclinara la cabeza y capturara sus labios en un beso inesperado. Rose nunca habría creído que algo así fuera posible, pero en ese momento los labios del laird se apoderaron de ella, como si estuviera explorando su interior. Al principio, fue un contacto suave y vacilante, pero pronto esa indecisión se desvaneció, y el beso se profundizó con una intensidad que la tomó por sorpresa.

Rose estaba atónita. No podía moverse, apenas respiraba, o pensaba. Solo se dejaba llevar, permitiendo que las placenteras sensaciones del beso la envolvieran por completo. Cuando la lengua de Malcolm

exploró su boca, el placer superó al asombro inicial, y cualquier intento de resistirse se desvaneció.

Cuando él por fin se separó de ella, Rose estaba por completo aturdida. Si en ese momento la hubiera dejado sola, ni siquiera lo habría notado. Pero Malcolm no se marchó. Sus ojos la observaban con una intensidad que la desarmaba. Y cuando por fin sus pensamientos empezaron a reorganizarse, una oleada de emociones contradictorias la invadió. El sentimiento más poderoso era el insulto, que se entrelazaba con el ardiente deseo de que la volviera a besar. Dos emociones irreconciliables chocaban dentro de ella.

A pesar de que en el pasado había recibido un beso robado de uno de los guerreros de su clan, no había sentido nada en particular. Pero el beso del laird había sido diferente, despertó algo profundo en ella. Rose no entendía por qué Malcolm lo había hecho, pero estaba decidida a averiguarlo.

—¿Por qué me ha besado…? —preguntó finalmente, buscando una esperanzada explicación.

Por un instante, Malcolm pareció tan confundido como ella.

—No lo sé —respondió, aunque sabía perfectamente que aquel ángel lo volvía loco de pasión. Sin embargo, no estaba dispuesto a admitirlo, así que mintió con deliberación—. Tal vez bebí más de lo que debería.

La frialdad de su respuesta la desilusionó, aunque no tenía motivos para sentirse así. ¿Qué esperaba? ¿Que él le confesara que no había podido resistirse? ¿Qué la había besado porque la deseaba? Sintió una punzada de vergüenza por sus propios pensamientos, queriendo reírse de sí misma.

—Será mejor que me retire. Y no se moleste en acompañarme, conozco muy bien el camino —dijo con firmeza, alejándose de él para dirigirse a la puerta—. Creo que ahora sí me debe una disculpa.

Pero antes de que pudiera escapar, Malcolm la detuvo.

—Nunca me disculpo por besar a una mujer, y tú no vas a ser la excepción —sentenció con determinación.

Sin decir más, Rose abrió la puerta y corrió escaleras abajo, sus lágrimas parecían incontrolables conforme descendía. Odió a Malcolm MacLeod con todas sus fuerzas, Sophie estaba equivocada, ese hombre nunca sería para ella.

Capítulo 27

Nuevos celos



Conforme Malcolm entraba en el salón, maldijo una y mil veces. Se había comportado como una bestia. Aquella muchacha lo llevó a la locura desde el instante en que le sonrió a Roderick. El desafío en esos ojos grises lo había tentado de manera irracional cuando se enfrentó a él como una fiera. Sin embargo, no se arrepentía de haber besado sus labios. Ni siquiera Deidre había logrado lo que ese ángel.

El recuerdo de su boca parecía perseguirlo a pesar de haber bebido más de la cuenta, intentando ahogar el sabor de esos labios que se negaba a abandonarlo.

Mientras la noche avanzaba, las intensas miradas de los ancianos se posaban en él, algunos lo observaban con reproche, otros, con desilusión, no obstante, ninguna de ellas le importaba. Si buscaban una respuesta la tendrían. Solo que no aún. El tormento que lo embargaba era demasiado intenso como para prestar atención a su alrededor. Por un lado, la fiesta llegaría a su fin y aún no había tomado una decisión con respecto a quién se convertiría en su futura esposa, luego estaba aquel sentimiento que confundía todas sus convicciones. Esa muchacha había convertido sus cimientos en cenizas. Apretó los puños en un intento estéril por calmarse.

Por fortuna su mejor amigo pareció comprender de su tormento y se acercó a él en cuanto su esposa lo libró de aquel intenso baile aprovechando que la música había cesado.

—¿Dónde te habías metido?, todos los lairds han preguntado por ti. Tu madre, tu hermano y yo hemos tenido que inventar que estabas reunido por unos asuntos del clan.

—Mejor no preguntes —respondió furioso. Necesitaba calmar su cabreo o de lo contrario se delataría. Se concentró en su amigo que parecía estar agotado —. ¿Y a ti qué te sucede?

William rio a carcajadas a tiempo que se sentaba en un banco.

—He tenido que escapar de mi esposa o te aseguro que aún estaría bailando este maldito *ceilidh.* Desde que se ha convertido en la sanadora de Rose, está más mandona que nunca —Se quejó. Malcolm no pudo evitar carcajear.

—¿Tú huyendo de tu mujer? Creía que estabas encantado de estar casado —El laird Douglas se encogió de hombros a tiempo que bebía de su jarra.

—No, todo es perfecto, amo a Clara; sin embargo, la danza no es para mí. ¿Y tú? No me digas que has tenido que bailar con alguna de las candidatas. ¿Ya te has comprometido? —Se burló el laird.

Malcolm lo observó por unos instantes; sin embargo, parecía no estar allí. Su mente volví una y otra vez a ese perfecto y tormentoso beso.

—Aún no lo he decidido —respondió con seriedad mientras su amigo dirigía su mirada al salón.

— Míralos están esperando la oportunidad de acercarse a ti —comentó el laird Douglas al ver como los lairds vecinos los observaban—. Debes reconocer que hay muchachas muy bonitas.

—¿Por qué no te largas con tu esposa? Estoy seguro de que querrá continuar el baile —escupió Malcolm sin siquiera mirarlo.

—Porque disfruto viendo cómo te incomodas. Sé que no será fácil, pero quizá sea hora de dar el paso —respondió William a tiempo que palmeaba el hombro de Malcolm, quien estaba cada vez más tenso.

—Maldito consejo —murmuró mientras seguía bebiendo de su *cruim*.

Odiaba sentirse observado. Desde la tarima podía ver las sonrisas de las jóvenes casamenteras que intentaban llamar su atención, deseosas, expectantes, lo mismo que los ancianos. Solo deseaba emborracharse lo suficiente como para alejar a los buitres. Al menos borracho, no prestaría atención a sus discursos de cuán beneficiosas

serían las alianzas. No podía comprender como los lairds invitados vendían a sus hijas de ese modo.

La noche siguió su curso, pronto Roderick y Alistair se les unieron, disfrutando del *cruim* que no paraba de llegar. La conversación con su hermano y sus amigos le ayudó a relajarse. A pesar de que en más de una ocasión se vio atrapado en alguna incómoda charla de las que había temido. Los lairds se le acercaban en cuanto tenían oportunidad presentándole a sus hijas, tal y como había esperado. Sin embargo, lograba salido ileso.

A excepción del laird Grant quien parecía ser tan obstinado como él.

—Sería un buen matrimonio sin contar con que la dote de mi hija es más de lo que cualquiera puede esperar. Imagínate MacLeod, es una unión provechosa de la cual estoy seguro obtendrías más de un heredero, ¿has visto las caderas de mi hija? —comentó el laird Gordon a tiempo que obligaba a la muchacha a detenerse junto a él —. Es una joven hermosa y fuerte como un toro—Malcolm no podía despreciar más a aquel hombre. Comparaba a su hija con un animal. Vendida por la avidez de su padre.

No pudo evitar mirar a la silenciosa muchacha. Se la notaba asustada en su presencia. Estaba seguro de que la pobre aborrecía aquello del mismo modo en que él lo hacía. Sin contar con que su tamaño la amedrentaba aún más.

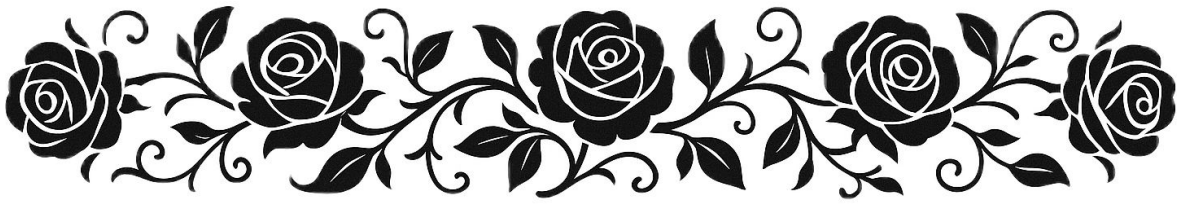
William y Alistair, quienes escuchaban toda la insistente conversación, intentaban ocultar sus burlas a tiempo que Malcolm apretaba los puños para calmar su mal humor.

—Sin duda es una muchacha hermosa —respondió tratando de suavizar sus palabras —. Sin embargo, Gordon, no es momento ni lugar para esta conversación. Por si no lo has notado, la fiesta es en honor a mi hermana y su prometido —respondió con firmeza mientras observaba la cara de alivio de la muchacha Gordon.

El laird asintió ofendido, no obstante sabía que Malcolm tenía razón. A desgano, se alejó seguido por su atemorizada hija. Malcolm respiró por fin.

—Ni una sola palabra —escupió mirando al grupo que lo acompañaba, su humor no podía ser peor.

Enfurecido, se alejó de ellos con la intención de serenarse. Poco le importó que todas las miradas estuviesen puestas en él. Salió del salón y se dirigió hacia el patio exterior, no sin antes arrebatarle una jarra de cerveza a la criada que les había servido toda la noche. Una vez allí, se dedicó a beber hasta el hartazgo no solo para quitarse el cabreo, sino para olvidar a ese ángel plateado que no cesaba de atormentarlo.



Frances sonrió en cuanto observó como el laird se alejaba hacia el patio, era su oportunidad. Poder estar con Malcolm MacLeod a solas.

Se acercó a él con sigilo, como si el laird fuera su presa.

La luz de la luna bañaba con suavidad su cabello oscuro que se confundía con el cielo de la noche, envolviéndolo en su negrura lóbrega. Todo en él era masculino y viril, la forma de su descomunal espalda se fundía a la perfección con la camisa que acompañaba a su *plaid*. Era imposible no admirarlo. No obstante, se lo notaba ofuscado, furioso, por lo que cuidó de que sus palabras sonaran tranquilas mientras se acercaba.

—¿Te encuentras bien milord? Te noto inquieto —Malcolm se volteó al escuchar la voz de Lady Frances. No deseaba responder, pero a pesar de su enojo, no podía tomarlas con la joven.

—Solo pensaba —respondió mientras la pelirroja se detenía a su lado dedicándole una encantadora sonrisa.

Se sentía aturdido y mareado gracias a las interminables jarras de *cruim* que había bebido, aun así era imposible no notar el descaro en los ojos de la muchacha.

—Sin embargo, aquí estás, lejos de todos, ¿es que acaso no disfrutas de la fiesta? —Frances se inclinó ligeramente hacia él.

—Un laird no puede divertirse.

—Hay muchas maneras de hacerlo —La muchacha se acercó aún más al laird rozando sus pechos contra el brazo desnudo del hombre —. Lo importante es disfrutar de una buena compañía…

Malcolm asintió, a pesar de intentar resistirse. Quizá esa descarada joven era lo que necesitaba para olvidar, erradicar por siempre los labios de su ángel. Ya nada le importaba, a fin de cuentas debía elegir una esposa, ¿por qué no contentar a Calan y a Ian y desposarse con Frances? Era hermosa, sin duda. No obstante, no era Rose. Nunca habría una mujer como ella. Pero, era un imposible y

debía olvidarla. Se preguntó si los labios de Frances serían suficiente para embriagar sus sentidos.

Estaba seguro de que la muchacha deseaba algo más de él, era evidente, aun así, no podía sobrepasarse con ella.

—No sé a qué te refieres, Frances —respondió, intentando sonar convincente. Un fuerte mareo le sobrevino. Maldijo, su embriaguez le jugaba una mala pasada.

Ella sonrió a tiempo que sus dedos rozaron ligeramente el rostro del laird y acortando la distancia. El calor que emanaba la muchacha lo nublaba mucho más que el *cruim* que había bebido.

—Creo que lo sabes, milord … —Sus palabras sonaron en un susurro, como si de un hechizo se tratara.

Frances se inclinó hacia su rostro, sus labios estaban tan cerca de los suyos que podía escuchar el sonido de su entrecortada respiración.

—Lady Frances… —murmuró, intentando mantenerse firme—. No hagas algo de lo que…

Ella esbozó una sonrisa mientras un brillo descarado surgía de pronto en sus ojos.

—¿Me temes, laird MacLeod?

Un intenso momento de tensión emergió entre ellos. Malcolm luchando contra el recuerdo de Rose y Frances cegada por obtener lo que deseaba.

De pronto, la voz de Catherine MacLeod resonó a lo lejos, rompiendo aquel hechizo en el que se encontraban. La pelirroja maldijo en silencio, de no haber sido por la madre del laird, hubiera logrado seducirlo y llevarlo a la cama. Con una sonrisa fingida, Frances apretó los puños mientras se volteaba hacia la mujer que se acercaba a ellos.

—¿Malcolm?—inquirió con desagrado su madre a tiempo que interrumpía la intención de la pelirroja—¿Y tú, muchacha? ¿Qué estás haciendo a solas con mi hijo?—preguntó desafiante—. Será mejor que regreses a la fiesta, tu abuelo está buscándote.

Lady Catherine esperó hasta que Frances se había marchado para dirigirle una mirada furiosa a su hijo. No hubo necesidad de palabras.

Capítulo 28

Cobarde e ilusa



Algo en su interior le gritaba que huyera. Sin embargo, no podía moverse, sus pies se negaban a obedecer. Rose no podía entender como después de aquel beso, el endemoniado laird MacLeod iba en busca de otra. Y para colmo con la pelirroja. Apretó los puños recordando lo sucedido en la habitación de Malcolm.

Tras haber salido a trompicones de allí, necesitó tomar aire. Corrió al patio principal, olvidándose de todo y de todos. Tenía que aclarar aquella confusión en la que había caído. Ese perfecto y único beso había trastocado toda convicción e idea de escapar del clan. Aun así, debía reconocer que no esperaba esas respuestas por parte del laird, "No lo sé" "Tal vez bebí más de la cuenta", resonaban en su mente una y otra vez. Sin embargo, el sabor de los labios de ese hombre persistía en ella como si la hubiera marcado, recordándole cuanto lo había disfrutado.

Inspiró profundamente, el endemoniado corsé, le apretaba con tanta intensidad que sentía ser aplastada por una manada de *hairy coo*. Tenía que serenarse o de lo contrario se delataría. Se encontraba oculta tras una de las carretas del clan, aun así, no estaba segura de que alguien pudiese advertir su presencia. Descargó una tonelada de improperios al escuchar cada palabra de la pelirroja. Necesitaba alejarse, huir de Malcolm MacLeod, que parecía estar más que a gusto con esa *lowlander*. Se escabulló con sigilo, rogando a todos los dioses que conocía, por fortuna, esos dos estaban demasiado entusiasmados como para notarla. Deseó voltearse, gritarle todo lo que pensaba a ese laird mujeriego; sin embargo, se contuvo. En su camino, se cruzó con Lady Catherine, que parecía tan molesta como ella. La mujer, al verla de aquel modo, se detuvo. No obstante, a Rose no le importó, tan enfurecida estaba que ni siquiera se volteó.

Maldijo una y mil veces conforme atravesaba el salón de baile. Ese corsé del demonio parecía empecinado en robarle el aliento. Desesperada, buscó a su hermana con la mirada. Pero estaba

demasiado entusiasmada como para poder escucharla. Alistair y Sophie solo tenían ojos para ellos, olvidándose del *ceilidh* que los rodeaba. El *tannistear* de los MacLeod le sonreía como si su hermana fuese la mujer más hermosa del mundo y Sophie le dedicaba aquella sonrisa seductora que tan bien conocía. A pesar de que intentó llamar su atención, de sus labios salió un insignificante grito ahogado. Suspiró con dificultad. No importaba, se las arreglaría por su cuenta.

Mientras intentaba alejarse, un grupo de bailarines comenzó a rodearla, felices y embriagados, nadie podía adivinar lo que ella sentía. Agobiada, sabía que si no se alejaba pronto quedaría en medio del círculo que se estaba formando a su alrededor.

Murmuró toda clase de improperios, aquello no podía sucederle en ese preciso instante. Cuando parecía que todo estaba perdido, divisó un pequeño hueco por el que pasar. Pero, como si el destino se hubiese empecinado en empeorar su situación, una insoportable e intensa punzada le sobrevino. Su herida le advertía que aún no estaba recuperada por completo. El dolor era tan agudo que pronto se esparció por su cuerpo. Sin pensarlo, su mano se apretó contra la herida, tratando de contenerlo y aliviarlo. Gotas de sudor comenzaron a arremolinarse en su frente a tiempo que ya no le quedaban fuerzas para estar de pie. Una sensación de debilidad la envolvió de pronto, necesitaba escapar de ese endemoniado lugar.

Sin pensarlo, y haciendo acopio de sus últimas fuerzas, levantó sus faldas y dio un paso hacia el grupo, logrando atravesarlo antes de que la encerraran.

Libre, y sabiendo que las escaleras que la llevaban a su habitación estaban cerca, intentó ir hacia ellas. Sin embargo, cada paso se hacía más lento como si en vez de pies tuviera pesadas rocas a las que mover.

Fue en ese preciso momento en que Edith, que salía de la cocina, se topó con la desesperada joven.

—Muchacha, ¿te encuentras bien?—preguntó al mismo tiempo que la ayudaba a recomponerse.

Rose se encontraba realmente pálida y la cocinera se preocupó. Se había encariñado con las hermanas Gunn a tal punto que las quería como si fueran sus hijas.

—Edith, estoy bien—mintió, no deseaba alertar a nadie de su estado —. Solo necesito llegar a mi habitación y quitarme esta ropa —A pesar de su malestar, dirigió una mirada hacia el pasillo que daba a la fiesta, temiendo que alguien le advirtiera a Malcolm o a Lady Catherine de su estado.

—Pues a mí no me lo parece—comentó la cocinera sin darle tiempo a negarse—. Ven muchacha, te ayudaré a subir —Rose asintió a regañadientes mientras Edith rodeaba su cintura.

Para cuando llegaron al pasillo que daba a su habitación, Clara, la esposa del laird Douglas, las obligó a detenerse. Era evidente que las había seguido.

—¿Qué te sucede? —inquirió la mujer acercándose a la joven con preocupación.

—Estoy bien, solo es un malestar pasajero —respondió la muchacha al borde de las lágrimas. Odiaba parecer débil frente todos. No solo eso, si pensaba escapar esa misma noche, no podía permitirse aquella debilidad—. Es este endemoniado corsé, nunca debí aceptar usarlo.

—No, no se encuentra bien Lady Clara, está pálida como la luna, lo mejor será que la revise —sugirió la cocinera continuando hacia la habitación.

Una vez dentro, y sin perder tiempo, Edith se apresuró a desanudar aquel horrible corsé, aflojando la tensión que le impedía respirar. Clara, por su parte, la ayudaba a recostarse. En cuanto ambas

mujeres terminaron, la muchacha agradeció con lágrimas en los ojos. De no haber sido por la cocinera, de seguro se hubiera desmayado antes de llegar a la escalera, a pesar de que no deseaba reconocerlo.

—Cobarde...— murmuró al recordar como había huido cuando en realidad ella no había hecho nada malo.

El laird, por otro lado, la tenía. Esa pelirroja y Malcolm MacLeod se merecían.

"Ilusa"

Había imaginado que ese beso significaba algo. Nada más lejos de la realidad. Ese hombre era como lord Murray, al menos el *brownie* no lo había ocultado.

—Ahora Rose, permíteme ver esa herida —La muchacha asintió a desgano.

—No es nada, Lady Clara, estoy un poco agitada, solo eso. Nunca debería haberme dejado convencer por mi hermana. No entiendo como las mujeres utilizan esa tortura —respondió señalando el corsé que ahora descansaba sobre una silla. Clara sonrió a tiempo que observaba con detenimiento la herida.

—Creo que tu hermana ajustó demasiado las cintas. No debería ser una incomodidad. De todas formas no encuentro nada, por lo que alarmarse—comentó mientras revisaba la herida—, sin embargo, te prepararé una infusión con hierbas que te ayudarán a descansar.

—No, no es necesario, ya me siento mucho mejor —soltó de pronto incorporándose en la cama.

—Tranquila Lady Clara —indicó Edith mientras la obligaba a recostarse nuevamente, cubriéndola con unas pieles—. Yo misma me encargaré de que la beba.

Rose maldijo en silencio a tiempo que le dirigía una mirada furiosa a la cocinera. Esa mujer era tan tozuda como ella. No deseaba descansar, deseaba huir. Se despediría de Sophie y escaparía esa misma noche. No podía perder tiempo con tisanas.

Cerró los ojos, intentando ocultar lo que su corazón sentía. No solo estaba furiosa por haberse metido en esa situación, sino que la imagen del laird parecía empecinada en no abandonar su mente. Así le sucedía desde que lo había visto por primera vez. ¿Cómo era posible que Malcolm MacLeod ocupara todos sus pensamientos cuando era un libertino que se burlaba de ella? Sin embargo, era imposible negar que era un guerrero magnífico.

El rostro de ese poderoso hombre parecía haber sido cincelado por un artista. Irreal. Puede que sus facciones no fueran delicadas, no obstante, aquello no importaba. Todo en él exudaba poder, desde sus enormes ojos verdes bajo unas cejas oscuras y pobladas, o su nariz recta, sus pómulos marcados y altos que descendían hasta una mandíbula fuerte y cuadrada, o sus labios curvados en una leve sonrisa. Aquella combinación era la perfecta imagen de la masculinidad. Sin embargo, la culminación de la perfección era la larga cicatriz que cruzaba su mejilla derecha. Era un hombre majestuoso en todo su esplendor, un gigante de las Highlands tan salvaje e indómito como sus tierras.

Clara interrumpió sus pensamientos en cuanto entró en la habitación.

—Muchacha, bebe esto y te aseguro que para mañana estarás como nueva—comentó la esposa del laird Douglas mientras la cocinera tomaba el cazo con la infusión.

—Lady Clara, regrese con su esposo, debe estar buscándola —señaló Edith al ver que la sanadora se debatía entre quedarse o volver al *ceilidh*—. Yo cuidaré de ella.

La mujer asintió con una sonrisa.

—Vendré en cuanto despunte el alba para ver como te encuentras.

La muchacha no respondió, estaba demasiado furiosa. Le dirigió una fría mirada a la cocinera. En aquellos momentos la odiaba.

—Ya me has escuchado, no me iré de aquí hasta que bebas todo el contenido del cazo —ordenó Edith. Rose no tuvo más remedio que aceptar su destino.

La infusión no tardó en hacer efecto. A pesar de todos sus intentos por mantenerse despierta, no pudo luchar contra aquellas hierbas. Pronto, el sueño venció toda su fortaleza y cayó en brazos de Morfeo sin presentar resistencia. Fue entonces en que soñó. Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro cuando, de entre las sombras de su mente, un valiente Malcolm emergió ante ella.

La muchacha soñó con su laird, imaginando que él la tomaba entre sus brazos a tiempo que se apoderaba de sus labios. El beso era poderoso tal y como el guerrero que la poseía. El mismo beso que le había robado horas antes. Sin embargo, allí, en su sueño, la entrega era completa y el amor ocupaba todo lugar, en su mente, en su corazón y en su cuerpo.

Capítulo 29

La borrachera



La noche estaba por llegar a su fin. Los invitados al *ceilidh* comenzaron a retirarse poco a poco. Solo algunos guerreros y su hermano Roderick permanecían en el gran salón. Había sido una buena noche. Penny y Alexander estaban exhaustos cuando se retiraron a sus habitaciones, nada podía opacar la felicidad que sentían. Era evidente que la hermana del laird y su futuro esposo se amaban con locura. Todos los presentes lo habían notado y celebrado. Todos, excepto Malcolm, que no había dejado de beber y de quejarse desde su encuentro con Rose Sinclair.

Ese ángel plateado que se negaba a abandonar sus pensamientos.

Maldijo una y mil veces, ni su mente ni su entrepierna estaban en calma. Ese inolvidable beso, había trastocado cada fibra de su cuerpo y ni siquiera el alcohol parecía surtir efecto. Apretó su jarra en el momento en que el recuerdo de aquellos carnosos labios lo embargaron. Se obligó a cerrar los ojos, como si al hacerlo pudiese borrar su dulce sabor. Nada. Todo intento por olvidarla era inútil. Rose Gunn era una hechicera.

Y para peor, había dado su palabra al consejo, por lo que al día siguiente debería anunciar su inminente boda. Tomó una profunda bocanada como dándose ánimos, observando a los pocos jefes de clan que se resistían a abandonar la fiesta, aquellos ávidos lairds y su persistente insistencia de siempre. La palabra matrimonio había sido nombrada al menos diez veces durante todo el tiempo que duró la celebración.

Volvió a dar otro sorbo a su *cruim*, buscando olvidarse de todo y de todos. Maldijo, estaba cansado de ser una marioneta a la que manejar. Hasta su madre había intervenido cuando la insinuante pelirroja estuvo a punto de besarlo. Deseaba mandar al diablo a cada uno de ellos. De no haber sido por los consejeros, él se hallaría a bordo de su barco rumbo a la isla de Lewis, escapando como un reo hacia el clan de su hermano. Al menos allí no habría nadie a quien contentar, ni mujeres que quisieran cazarlo como a un animal y mucho menos ángeles plateados que lo hechizaran.

Se esforzó por alejarse en cuanto vio a su hermano caminando hacia él; no estaba de humor para sus bromas. Sin embargo, un mareo intenso le sobrevino, obligándolo a continuar en el estrado.

—¿Es que alguien ha muerto?—inquirió con sorna Roderick mientras Malcolm lo observaba furioso—. No me mires así, si te vieras hermano, parece que estás presenciando un entierro. Aún no comprendo por qué tienes que casarte si no lo deseas. Sé que es eso lo que te atormenta. En mi opinión, deberías elegir a la protegida del tío, ella sí te haría feliz. Solo hay que ver como la miras para saber cuanto te importa.

Malcolm clavó sus verdes y penetrantes ojos en su hermano por unos instantes, deseaba intimidarlo, no obstante, nada era más alejado de la realidad. Su mente giraba en círculos gracias a la pesada borrachera en la que se encontraba. Imágenes de la joven lo embargaron. Miles de preguntas le siguieron, intentando darles sentido a su caos.

¿La muchacha realmente le importaba? ¿Es que todos se daban cuenta de cuanto le afectaba Rose Gunn? ¿Qué demonios estaba haciendo?

—¿Casarme con la doncella de Penny? ¿Y eso en que beneficiaría al clan?—balbuceó Malcolm llevado por el tormento que sentía mientras su mente era alienada por aquellos maravillosos ojos que lo enloquecían.

—Al clan no lo sé, a tu entrepierna, por otro lado…

—¿Cuándo te comportarás como un hombre? Quizá seas tú quien debería sentar cabeza—soltó Malcolm enfurecido intentando recomponerse.

—Entonces dime hermano, ¿te molestaría que la lleve conmigo a Lewis? Es una muchacha hermosa, estoy seguro de que sería una buena esposa, sin contar con las noches que…

Malcolm no pudo tolerarlo más, aquella provocación, el baile entre Rose y su hermano, la sonrisa de la muchacha hacia Roderick fueron suficientes como para que se abalanzara contra él. No obstante, Malcolm había olvidado su embriaguez, por lo que a su hermano no le costó nada esquivarlo.

—Debería haberte borrado esa sonrisa burlona hace tiempo —Espetó el laird.

Roderick carcajeó, ayudándolo a sentarse nuevamente.

—Y tú deberías irte a la cama antes de que alguien note tu borrachera, además reconócelo, soy más guapo y eso te molesta.

Malcolm gruñó palabras incomprensibles mientras observaba como su hermano se alejaba. Deseaba estar solo y seguir bebiendo.

No supo cuanto tiempo pasó hasta que el sonido del crepitar de los últimos leños que aún ardían en el enorme hogar del salón lo despertó de su ensueño. Nadie quedaba ya. Nadie para juzgarlo.

A trompicones y demasiado mareado se dirigió hacia las escaleras. En su camino se cruzó con Lorna, una criada viuda con la que había tenido más de un encuentro en el pasado. Quizá aquello era lo que necesitaba para olvidar al ángel. El dorado cabello de la mujer caía sobre su espalda como una capa y su mirada azul le recordaban al inhóspito mar que rodeaba a Dunvegan.

—Ha pasado mucho tiempo mi señor—susurró con seducción la mujer, dejándole saber cuanto lo deseaba —. Estaba esperando que por fin me notaras.

—Sería imposible no hacerlo, Lorna —respondió mientras trataba de observar los pechos de la atrevida mujer, sus endemoniados ojos estaban dispuestos a impedírselo.

—Humm…, no lo sé. Desde que ha llegado al clan, la nueva criada pareciera que te has olvidado de mí, laird MacLeod—Malcolm se tensó al escuchar aquel comentario, lo último que necesitaba, era recordar a Rose en esos momentos—. Creo que he dejado de ser tu favorita.

Malcolm carcajeó al escuchar aquellas palabras. Lorna era una buena mujer y puede que fuese una experta amante, pero nunca sería su preferida. Rose Gunn sí que lo era.

—Demonios —musitó sin importarle la presencia de la criada que lo observaba desconcertada. No deseaba pensar en ella. ¿Cómo era que cualquier cosa le recordara al ángel plateado?

—¿He hecho algo malo mi señor?—inquirió la criada mientras se acercaba aún más al laird.

—No, Lorna, tú no has hecho nada que pueda importunarme. ¿Por qué no me esperas en tu habitación? Y te demostraré cuanto te he extrañado—balbuceó gracias al alcohol.

La mujer sonrió triunfante y se alejó con un sutil movimiento de caderas. Malcolm intentó seguirla con la mirada, pero la borrachera que llevaba encima le impedía ver con claridad.

"Maldición…, he bebido más de la cuenta…"

Avanzó con dificultad. Con cada paso, todo daba vueltas a su alrededor. Soltó una docena de improperios conforme sus pesados pies se movían hacia su destino. Estaba seguro de que aquel era el camino correcto. Lo había hecho en el pasado miles de veces, las doncellas dormían en esa ala de la fortaleza, por lo que no debería preocuparse.

Para cuando llegó a la habitación de Lorna le extrañó que todo estuviese en penumbras. El silencio parecía haberse apoderado del lugar. Solo los leños que crepitaban en la estancia iluminaban con

una luz tenue, dibujando sombras en las frías paredes de piedra. Aquella quietud le confirmó que estaba solo, al menos así lo creía, su estado de embriaguez podría estar jugándole una mala pasada.

—¿Lorna? ¿Estás aquí? —balbuceó en un susurro.

Nadie respondió. Era evidente que la mujer no había llegado aún. Se encogió de hombros a tiempo que un fuerte mareo le sobrevino, obligándolo a apoyarse en el umbral.

Decidió entonces que la esperaría en la cama, necesitaba descansar antes de disfrutar de aquel tentador cuerpo que tan bien conocía. Olvidar a Rose Gunn y sus preciosos labios, era su objetivo y por San Andrés que lo lograría.

Se acercó al lecho con dificultad, sus piernas parecían no responderle. Intentando no caer, se quitó las botas. Para cuando llegó el momento de desprenderse de la ropa, sus manos eran un manojo de movimientos incontrolables. A duras penas logró desabrochar el broche de los MacLeod que sostenía su *feileadh mòre.* Luego, llegó el turno de su camisa. Ambas ropas terminaron en el frío suelo junto a sus botas.

Maldijo una vez más, todo estaba borroso, no podía siquiera mantenerse en pie. Sin embargo, esperaba que una vez besara los labios de Lorna todo volviera a su lugar. Trastabilló por segunda vez y sin perder tiempo se metió en la cama.

Esperaría por Lorna, pero solo por unos momentos cerraría los ojos para calmar aquel intenso mareo que lo embargaba.

Pronto el laird de los MacLeod cayó en un profundo sueño. Imágenes de Rose embriagaron su mente, como si ni el *cruim* que corría por su cuerpo, ni aquel pesado sueño, pudiesen borrar su recuerdo. Estaba maldito, esa muchacha no era un ángel, era una *selkie* que lo había hechizado.

Capítulo 30

Un rey engañado



Mar del norte, camino a la isla de Skye

El camarote del barco real en el que viajaba, estaba iluminado por unas pocas antorchas. Blair Sinclair, observaba aquellas penumbras con el rostro endurecido. Sus ojos brillaban conteniendo el rencor que intentaba salir de ellos, mientras que un solo objetivo lo embargaba, desembarcar en la costa de Dunvegan. Tres días faltaban para llegar y por fin tener frente a frente a esas bastardas. Había logrado convencer al rey, gracias a los rumores esparcidos por los diferentes pueblos, cuidándose de que no llegaran a oídos del territorio de las Islas Hébridas. Si la gente de Skye o Lewis se enteraban, todo su plan se desmoronaría. La sorpresa era primordial para atrapar a sus primas.

Sonrió satisfecho al recordar el asombro del soberano al escuchar su relato, en especial al nombrar al laird MacLeod y su tío Hamish. Ese traidor que había ayudado a escapar a sus queridas primas. Con suerte, y no solo se desharía de ellas, sino que también debilitaría a los MacLeod. De esa manera se convertiría en el favorito del rey David y el señor de la isla de Skye perdería la confianza del soberano.

Estaba seguro de que había sembrado la semilla de la duda y que pronto su nombre sería temido y respetado en toda Escocia. Blair Sinclair dominaría las Highlands.

Se acercó a la mesa donde una jarra de cerveza lo esperaba, brindó en soledad rememorando su llegada al palacio de Stirling.

El salón principal de la corte era impresionante. Altas columnas se erguían como enormes monstruos protectores que acompañaban los tapices con el emblema del León Rampante, símbolo de la realeza escocesa y escudo de armas. Era un lugar de riqueza sin dudas. Blair caminó triunfante hacia el soberano en cuanto uno de los vasallos del rey, le informó que podía aproximarse. Sabía que debía ser cauto y humilde, no obstante, su altanería siempre salía a la luz. Los rostros de los clérigos que acompañaban a David II lo escudriñaban como aves rapaces. Sin embargo, a Blair no le importó, esos sacerdotes no

eran más que un grupo de alimañas que se alimentaba de las arcas de Escocia y del soberano.

No obstante, en cuanto estuvo frente al rey, toda su bravuconería desapareció de repente. Sabía que debía ser convincente si deseaba salir de allí con vida. David no toleraría un engaño. De pronto un helado escalofrío recorrió su espalda al enfrentarse al monarca, su mirada inquisidora y desconfiada, pareció hacerle dudar.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante que deseas discutir conmigo, Sinclair? Te has arriesgado demasiado al entrar en el palacio, después de todas tus fechorías —inquirió finalmente el soberano a tiempo que ordenaba a una criada para que le sirviera más *cruim*.

—Mi señor—saludó Blair con una reverencia—. Si me he arriesgado es porque algo más importante nos atañe a ambos. He venido para acusar a mi prima Rose Sinclair, la asesina de mi padre y laird de las tierras Sinclair. Tanto ella como su hermana lo son —David abandonó su jarra desconcertado al escuchar aquel nombre. Su esposa Joan, quien se hallaba junto a él, también se tensó.

Los murmullos no se hicieron esperar, los nobles, las cortesanas hasta el mismo clero que rodeaban al soberano estaban tan asombrados como la pareja real.

—Explícate —ordenó David, aun sin poder creer lo que Blair Sinclair afirmaba con tanta vehemencia.

—Después de que llegara a mis oídos que el pueblo de Dunbeath y su fortaleza habían sido atacados, no perdí el tiempo—Blair hizo una pausa intentando sonar entristecido—. A pesar de las diferencias entre mi padre y yo, no dudé en partir hacia allí. Sin embargo, para cuando llegué, fue demasiado tarde, los hombres de mi padre y mi prima se encargaron de que no quedara nadie vivo. Todos perecieron —El muy bastardo tomó su cabeza entre sus manos fingiendo llorar —. Mi padre…, no pude hacer nada por él.

—¿Y como sabes que fue Rose Sinclair quien ideó ese plan?— inquirió la reina Joan desconfiada.

Conocía bien a Blair, Eleanor, la madre de Rose y Sophie siempre decía que aquel joven solo traía problemas, nadie se extrañó cuando su padre lo desterró después de que su amiga y su esposo murieran. Desde que era un niño ya todos sabían de lo despiadado que podía llegar a ser.

Blair calló maldiciendo por dentro, no se esperaba que la endemoniada reina se inmiscuyera. Estaba seguro de que no le creía, no obstante, no se hubiera atrevido a ir a la corte sin antes asegurarse de que su plan no fallara.

—Mi señora, después de recuperar la fortaleza de Dunbeath, no descansé hasta encontrar sobrevivientes. Tenía la esperanza de que mis primas habían logrado escapar; sin embargo, para mi sorpresa, uno de mis hombres encontró un anciano que presenció todo y le aseguró que había sido mi prima Rose quien atravesó con su propia espada a mi padre.

El rey, que hasta ahora había estado en silencio, preguntó.

—¿Has traído a ese hombre contigo?

—Sí, mi señor, se encuentra esperando fuera del salón.

El anciano contó tal y como había sucedido todo. Conforme avanzaba con su relato, los rostros de los presentes pasaban del estupor a la furia, nadie daba crédito de lo que el anciano decía. No creían que Rose y Sophie Sinclair podían ser tan despiadadas. En especial la pareja real, quienes no daban crédito aun a las palabras de Blair y aquel testigo.

Una vez concluyó, el anciano intentó retirarse, no deseaba que el soberano siguiera haciéndole preguntas. Le habían pagado una

buena suma por mentir, no obstante, la mirada inquisidora de la reina lo ponía nervioso.

—¿Estás seguro de que se ocultan en el clan MacLeod? ¿Cómo lo sabes buen hombre? —intervino la reina Joan, impidiéndole marcharse.

—Mientras me encontraba escondido, intentando que no me asesinaran, logré escuchar a las muchachas que se ocultarían allí. Creo que dijeron que se harían pasar por criadas—El hombre hizo una pausa para ayudar a que su relato fuese convincente—. Sí, eso fue lo que escuché.

—¿Dices que el laird MacLeod es cómplice de las hermanas?—inquirió David sin salir de su asombro. Uno de sus hombres de mayor confianza, no podía ser un traidor.

Fue entonces que Blair intervino, ese anciano no podría responder a esa pregunta.

—Mi señor, no debemos olvidarnos que Hamish MacLeod, era el *tannistear* de mi padre, no sabemos si las ha ayudado…

Ambos, el rey y la reina, se miraron por unos instantes, como decidiendo como proceder.

—Si lo que dice este hombre es cierto, te aseguro Blair Sinclair, que no dudaré en hacer justicia por tu padre—soltó el rey—. Sin embargo, es mi deseo escuchar lo que Rose y Sophie Sinclair tienen que decir en su defensa—Blair se adelantó intentando hablar, no obstante el soberano lo detuvo—. Llegaré al fondo de todo esto, te lo aseguro Sinclair, pero no pienso castigar a alguien inocente. Por lo que a mí respecta, este hombre puede estar mintiendo—bramó David señalando al anciano.

—Pero mi señor…, ha sido mi prima, siempre ha deseado vivir en el clan. Ni siquiera asistía a las misas que el párroco Finlay impartía en

la capilla de las tierras. Ella siempre odió la iglesia —instó Blair a tiempo que se aseguraba de que los párrocos allí reunidos lo escucharan con claridad, bien sabía de la influencia del clero con el rey—. Rose nunca hubiera aceptado ir a un convento, y estoy seguro de que envenenó la mente de su propia hermana para poder escapar de todo eso. Ambas son responsables, no obstante Rose fue quien asesinó a mi padre, ya ha escuchado al anciano.

—Enviaré a mis hombres al clan MacLeod y haré traer a Lady Rose y a Lady Sophie ante mí. Luego decidiré su destino, es mi última palabra—concluyó David a tiempo que se levantaba de su trono seguido por su esposa Joan.

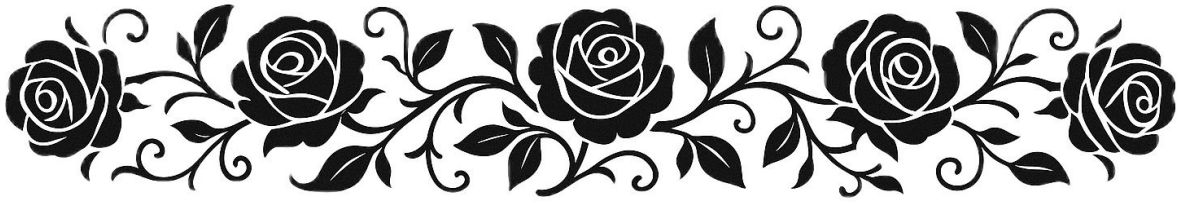
—¿Y los MacLeod?—inquirió Blair impidiéndoles retirarse.

—Eso está por verse Sinclair, ahora lo importante es llegar al fondo de todo este asunto—respondió el rey furioso por la impertinencia de Blair.

—Majestad, una última petición: Solicito se me permita viajar con sus hombres hasta el clan MacLeod. Deseo asegurarme de que son realmente ellas—David apretó los puños a tiempo que le dirigía una mirada de reproche.

—Ve; sin embargo, no intervendrás, serán mis hombres quienes hablen con Malcolm MacLeod.

Blair asintió y se retiró con una reverencia, estaba furioso, su plan no había salido como esperaba. Esas bastardas aún seguirían con vida al regresar a la corte. Al menos las sacaría de su madriguera, luego ya vería que hacer.



Cuando salió de su camarote, el emisario del rey y sus hombres lo miraron de soslayo. No le gustaba nada la orden de David; sin embargo, debía acatarla si deseaba tener éxito. Se encaminó hacia donde O`Callahan lo esperaba, necesitaba planear lo que diría una vez regresaran a la corte, era primordial para de una vez por todas terminar con esas bastardas.

—Parece que no les agradas —comentó el irlandés señalando al emisario.

—Estoy seguro de que la reina ha tenido algo que ver en todo esto. Desde que puse un pie en la corte no hizo otra cosa que poner en duda cada una de mis palabras. Ni siquiera le creyó al anciano. Esa mujer tiene demasiada influencia sobre David, es por eso que necesito algo más que un simple testigo para culpar a mis primas —respondió Blair furioso.

—Lo que deberías hacer, es buscar a alguien más influyente que ese anciano que has llevado como testigo. Se rumorea que David tiene una debilidad en lo que respecta a las mujeres bellas, si pudieras encontrar a la dama en cuestión, creo que por una suma abultada podrías demostrar al rey de que tus primas son culpables. Recuerda que una vez estén en presencia del soberano, ellas también pueden convencerlo. Por eso es importante encontrar a alguien antes de que Rose y Sophie sean interrogadas—O´Callahan hizo una pausa, parecía que estaba pensando en algo—. Conozco una muchacha que, puede convencer a David que tu prima rechazaba por completo el plan de tu padre. Una vez regresemos a la corte, nos detendremos primero a la posada del puerto, con suerte, la hallaremos allí.

Blair sonrió con malicia, el irlandés siempre resolvía sus problemas. Jugaría sus cartas tal y como O´Callahan sugería y por fin se desharía de sus primas.

Capítulo 31

Una noche, mil consecuencias



El primer rayo de luz comenzaba a asomarse sobre la colina, bañando con sus suaves luces los altos muros del castillo de Dunvegan. Era temprano, pero la actividad en los pasillos y patios de la fortaleza ya estaba comenzando. Las tensiones entre los lairds reunidos a la espera de la decisión de Malcolm, eran más que evidentes. Todos se pavoneaban junto a sus hijas, como si las muchachas estuvieran a la venta.

Alistair estaba ansioso por volver a ver a Sophie, desde que esa joven había llegado a Skye, no podía dejar de pensar en ella. La noche anterior, durante la fiesta de compromiso, había confirmado lo que su corazón clamaba, estaba enamorado de Sophie. Por lo que hablar con Hamish le ponía algo nervioso, sin embargo, había decido pedir su mano en cuanto aquellos lairds por fin abandonaran Dunvegan. Le preocupaba que Malcolm aún no hubiera aparecido; sin embargo, estaba seguro de que pronto lo haría. A pesar de su borrachera de la noche anterior, confiaba en que cumpliera con su palabra. No le convencía ni un ápice esa boda. Su amigo merecía casarse por amor.

Sophie, por su parte, se había levantado al alba, deseosa por contarle a Rose de lo ocurrido en el *ceilidh*. Pero en su camino se topó con Edith, quien le relató lo sucedido con su hermana. Aquello le preocupó a pesar de que la cocinera le aseguró que no había sido más que un susto. Decidió que una vez terminara el desayuno, iría en su búsqueda. Pero primero que nada deseaba volver a ver a Alistair y confiaba que lo encontraría allí.

—Tranquila Sophie, yo me encargaré de tu hermana, estoy segura de que aún debe estar descansando.

La cocinera subió la escalera cargando una bandeja con un cuenco de gachas, ansiosa por ver a la joven.

Al llegar a la puerta de la habitación, dudó un momento antes de golpear con suavidad.

—Muchacha, soy Edith —susurró, esperando alguna respuesta.

El silencio era lo único que reinaba en el cuarto de Rose. Con cautela, abrió la puerta. Apenas la luz de la mañana alcanzaba a colarse en la habitación; sin embargo, lo que encontró allí la dejó tan pasmada, que la pobre mujer no se atrevió a moverse. En la cama, no solo estaba Rose aún dormida, sino que, junto a ella, se encontraba el mismísimo laird MacLeod.

La cocinera sintió la bandeja temblar en sus manos. Respiró con dificultad sin saber qué hacer, el miedo se apoderó de ella, dejándola paralizada.

¿Debería contarle a alguien? ¿Tenía que mantener el secreto? Mientras esos pensamientos la abrumaban, las lágrimas comenzaron a asomar en sus ojos. No podía imaginar lo que sucedería si Hamish MacLeod llegaba a enterarse de que su protegida había sido comprometida por el mismísimo laird. Todos en el clan sabían que las muchachas eran como hijas para el tío del laird.

Sin poder soportar más la situación, salió a trompicones de la habitación a tiempo que la bandeja se sacudía en sus temblorosas manos. ¿Qué debía hacer? No podía ignorar lo que había visto, pero tampoco sabía cómo reaccionar. Conforme avanzaba, su mala suerte pareció empeorar, no solo se encontró con Sophie, sino que Lady Catherine y Penny la acompañaban.

—Edith, ¿qué sucede? —preguntó Sophie intentando calmar a la nerviosa mujer.

La cocinera trató de recomponerse, pero las palabras parecían empecinadas en atorarse en su garganta. Pesadas lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas mientras sus manos se aferraban a la bandeja con desesperación.

—Muchacha…, yo... —balbuceó, sin poder contener el llanto—. Es la Rose…, y el laird Malcolm…, estaban juntos…, en la cama...

Catherine MacLeod, quien aún no había intervenido, la miró con incredulidad mientras su rostro se enrojecía.

Por su parte, Penny cubrió su boca, evitando así una profunda carcajada de alegría. Lo sucedido obligaría a su hermano a recapacitar acerca de su futuro matrimonio. Ninguna de las candidatas le gustaban para él, Rose, por otro lado, le encantaba.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Lady Catherine, asombrada, a tiempo que Sophie, se abrazó a Penny para no caerse, aun sin poder creer lo que había escuchado.

La cocinera solo atinaba a asentir entre sollozos.

—Los encontré…, juntos. Dormidos…, juntos —dijo, incapaz de controlarse. Se sentía fatal por haber traicionado a la muchacha, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Catherine la observó por unos instantes, intentando asimilar lo que acababa de escuchar. Si esto salía a la luz, generaría un escándalo en medio de las delicadas negociaciones con los otros lairds. Aunque, por otro lado, debía reconocer que a pesar de que no había sucedido como lo imaginaba, era la oportunidad perfecta para detener la locura que imponían los ancianos. Sin decir más, se encaminó hacia habitación de Rose, dejando atrás a Sophie, Penny y la cocinera.

Mientras la madre del laird se dirigía hacia la habitación de Rose, no era consciente de que la preocupación era evidente en su rostro. En su camino, como si lo hubiera llamado con la mente, se cruzó con Hamish quien era acompañado por Roderick y William Douglas.

—¿Y a ti qué te sucede? Parece que hubieras visto un fantasma— inquirió Hamish mientras la obligaba a detenerse. La mujer suspiró, estaba segura de que tarde o temprano su hermano y toda la fortaleza se enteraría. No podía mentir, era hora de que la verdad saliera a la luz.

—Ven conmigo y lo descubrirás —soltó mientras continuaba su camino hacia la escalera que llevaba a la habitación de Rose Sinclair.

Hamish no dudó en ir tras ella, intrigado y seguro de que algo no estaba bien. Roderick también lo intuyó, por lo que decidió averiguar qué sucedía, a tiempo que un desconcertado, William Douglas, lo siguió de cerca.

Mientras tanto, Alistair, se movía con impaciencia por el patio principal de la fortaleza. El sol ya había despuntado al menos hacía dos horas, y Malcolm no aparecía.

—¿Alguien ha visto al laird? —preguntó por tercera vez a uno de los guardias cercanos.

—No, mi señor. No al menos desde anoche —respondió el hombre encogiéndose de hombros.

La frustración aumentaba. Malcolm nunca se demoraba, por el contrario, era el primero en aparecer. Decidido a encontrarlo, comenzó a recorrer los pasillos de Dunvegan, revisando una a una las habitaciones. Nadie sabía de él.

A tiempo que caminaba hacia el otro lado del corredor, notó un alboroto que llamó su atención. Sophie, Penny y la cocinera discutían en una acalorada conversación. Conforme avanzaba, el nombre de Malcolm retumbó en sus oídos.

—Sophie —dijo preocupado—. ¿Qué ha sucedido?

La muchacha levantó la mirada, con el rostro aún empapado de lágrimas, y lo observó desconcertada.

—Alistair…, el laird MacLeod… —murmuró con la voz entrecortada—. El laird MacLeod se encuentra en la habitación de mi hermana. Lady Catherine…

No pudo continuar, si las descubrían, estaba segura de que las obligarían a abandonar el clan. Ni siquiera Hamish podría contra la furia de Malcolm MacLeod. Habían engañado a uno de los lairds más poderosos de las Highlands.

Las palabras resonaron en la mente de Alistair. ¿Malcolm y Rose juntos? No podía ser cierto. ¿En qué demonios estaba pensando su amigo? A pesar de que sabía que aquella unión era inevitable, si llegaba a oídos de Hamish podría ser devastador. Su tío le había advertido que la muchacha no podía ser tomada como una cualquiera. Hasta Lady Catherine lo prohibía. Alistar nunca entendió el porqué, pero por más extraño que le pareciera, lo respetaba.

—¿Está segura, Sophie? —preguntó aun sin poder creerlo. La muchacha asintió.

—Edith los encontró…, dormidos —respondió entre sollozos.

—¿Cuál es la habitación de tu hermana? —inquirió con seriedad en tanto que Sophie señalaba con mano temblorosa el camino.

Sin decir más, Alistair se dirigió sin perder tiempo hacia la habitación de Rose. El hecho de que Malcolm estuviera allí, y en esas circunstancias, significaba mucho más que una simple indiscreción. Podría generar una crisis no solo para ellos, sino para el clan entero en medio de las ya delicadas circunstancias con el endemoniado consejo. Mientras caminaba, su mente no dejaba de pensar en todas las consecuencias que esto podría traer.

Cuando se encontró a escasos metros de la habitación, se detuvo con cautela. Lady Catherine, Roderick, Hamish y hasta el mismo William Douglas estaban inmersos en una intensa discusión fuera del cuarto de Rose. Le extrañó tal preocupación entre ellos, aquel comportamiento no era normal, y mucho menos por una simple muchacha.

Conforme avanzaba, las palabras, herederas y casamiento se repetían una y otra vez. ¿Qué demonios ocurría? ¿De qué heredera estaban hablando? ¿Sería que Malcolm se había llevado a la cama a una de las hijas de los lairds que se encontraban en Dunvegan?

—Alistair —saludó Roderick con jocosa voz—. Llegas justo a tiempo para detener a mi tío Hamish. Desea matar a mi hermano por llevarse a la cama a Rose—bromeó mientras palmeaba su hombro—. Creo que lo permitiré, de esa manera no solo seré el señor de Lewis, sino también de Skye.

William se obligó a cubrir su boca para evitar una carcajada. Disfrutaba con aquella situación, y mucho más al haberse enterado de la verdadera identidad de Rose. Por fin su amigo se desposaría con una mujer que lo haría feliz. Aunque, aquella verdad aún le resultara imposible.

—Ya basta Roderick, compórtate, no puedes estar hablando en serio —Lo reprendió Lady Catherine—. Nadie va a matar a nadie, lo resolveremos en familia, ¿no es así Hamish? —soltó la mujer dedicándole una mirada de advertencia a su hermano.

—Prometí cuidar de ellas, ¿y qué ha hecho el insensato de tu hijo?, ¿sabes lo que significa esto? Tendrá que casarse con ella, no puedo permitir que su honor se manche por culpa de la borrachera de mi sobrino—replicó Hamish, dejando a Alistair aún más desconcertado.

—Y así lo hará—respondió Lady Catherine satisfecha—. Solo te pido que no seas muy duro con él y mucho menos con Rose, lo que nos faltaría, es que la muchacha salga corriendo de esa habitación. Dejarás que sea yo quien hable—La mujer se volteó hacia su hijo—. Y tú, Roderick, borra esa sonrisa burlona si no quieres que te despose con alguna de las muchachas que pretenden a tu hermano. Ahora déjenme pasar, tenemos un nuevo compromiso que organizar.

Capítulo 32

Sorprendidos



La luz intensa de los rayos del sol se filtraba por el pesado tapiz que cubría la ventana de la habitación. Ya no había rastro de la noche anterior. Ni siquiera el silencioso crepitar del hogar.

Malcolm yacía en la cama. Su desnudo cuerpo se encontraba relajado tras los efectos del *cruim*. La madera del lecho se quejaba en un crujir bajo el peso de sus músculos, un recordatorio de que no se encontraba en su habitación, ni en un campamento al aire libre.

Cuando abrió los ojos, su mente estaba nublada por los recuerdos dispersos de la noche anterior. El sabor del alcohol aún persistía en su boca, dulce y amargo a la vez, como el eco de la voz de Lorna que se colaba en sus recuerdos.

Se giró en la cama, buscando con pereza la mujer que tantas veces había pasado por su lecho. Fue entonces que la vio, a su lado, la doncella, descansaba en la penumbra. No obstante, algo no estaba bien. Aquel cabello, en una mezcla entre el dorado y la plata que caía sobre la almohada, no era el de Lorna. No podía ser de ella. ¿O sí? Puede que su mente le estuviera jugando una mala pasada y que el ángel que tanto deseaba olvidar, persistiera en su recuerdo. Tentado por descubrir si era real, acercó su mano.

Un destello de sorpresa y confusión cruzó por su rostro mientras observaba a la muchacha, aún nublado por su embriaguez, sacudió su cabeza, intentando aclararse. Fue inútil, Rose se hallaba junto a él. ¿Pero cómo? ¿Había pasado la noche con ella? ¿Con el ángel? Entonces, ¿por qué demonios no lo recordaba?

Confundido, no sabía si escapar como un ladrón o enfrentarse a Rose.

¿Debería disculparse?

Si su tío Hamish llegaba a enterarse de lo sucedido, estaba seguro de que no viviría para contarlo. Tomó su rostro entre sus manos en tanto que un sudor frío recorría su cuerpo.

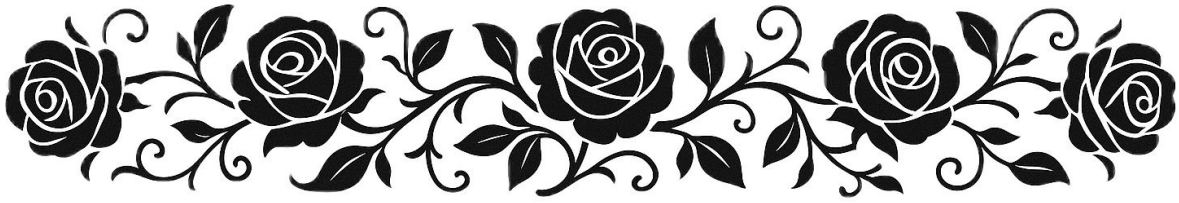
“Piensa Malcolm, piensa” dijo para sí mismo a tiempo que un millar de preguntas le siguieron a su débil orden.

¿Sería conveniente despertarla? No podía. Se la veía tan serena en aquel estado, que temía que se evaporara, porque a pesar de todo, era imposible quitarle los ojos de encima.

Aquella criatura era exquisita. Un ángel plateado de rasgos celestiales con curvas tan delicadas y perfectas que se amoldaban a él a la perfección. Un extraño sentimiento se apoderó de su corazón, deseando hacerla suya para siempre, convertirla en su esposa, elegirla a ella por sobre todas las mujeres.

Se arrimó aún más a la muchacha, logrando que su cuerpo despertara a las emociones que solo Rose le producía. No obstante, temió acercarse demasiado como si el ángel pudiese desaparecer si despertaba y entonces, aquel sentimiento se escondiera para siempre de él.

A pesar del recuerdo de cómo había terminado la noche con Rose le resultaba esquivo, un deseo irrefrenable lo atrapó de repente. Sabía que pronto debería dejarla ir, sin embargo, no aún, no podía. Si había de casarse, al menos descubriría que se sentía al acariciar aquella nívea y perfecta piel. No pudo resistirse. Como si de un niño que estuviera por cometer una travesura, sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción mientras alargaba una mano hacia ella. Con suavidad extrema, sus dedos rozaron la curva de aquel perfecto y níveo hombro desnudo.



Rose despertó con una sensación extraña, sentía un calor intenso, en su espalda, como cuando Sophie dormía junto a ella. Sus pensamientos estaban nublados, pero intuía que algo extraño sucedía. ¿Alguien respiraba tras ella? No, eso no podía ocurrir, ¿o sí?

Fue entonces en que su cuerpo se tensó. Giró con desconcierto la cabeza cuando sintió aquella suave caricia sobre su hombro. Sus enormes ojos grises se congelaron de pronto, ni un mínimo parpadeo.

Como si el cielo se hubiera abierto en aquel preciso instante, Malcolm MacLeod yacía junto a ella y para peor desnudo. Estaba muda, las palabras parecían haberse quedado atravesadas en su garganta. Solo podía observarlo en una mezcla de ensoñación y temor. El muy canalla le sonreía de lado al mismo tiempo que en sus ojos se dibujaban el deseo y la satisfacción.

Era él, pero ¿Cómo demonios había terminado compartiendo su lecho con el mismísimo laird MacLeod? ¿La habría seguido a pesar de todo?

Intentó regresar a la noche anterior, buscando las respuestas que necesitaba. Se había retirado a su habitación escapando como una cobarde tras presenciar la manera en que ese laird casquivano seducía a la pelirroja. Estaba segura de que nadie se percató de su ausencia.

De pronto, deseó morir en aquel instante. Maldijo a la infusión, a Penny y sobre todo a Edith, nunca debió dejarse convencer. El universo entero se había puesto en su contra. Cerró los ojos, su perfecto plan de escape frustrado por un endemoniado corsé.

Una sarta de improperios e insultos silenciosos se agolparon en su mente como un torbellino. Si Hamish llegaba a enterarse de aquello, no solo estaría perdida, sino que corría el riesgo de que se descubriera su identidad y la de su hermana. No le importaba que la desterraran, era lo mejor que le podría ocurrir, pero Sophie debía quedarse allí, necesitaba que estuviera protegida de Blair.

La furia y el pánico comenzaron a apoderarse de ella, su cuerpo se tensó como una cuerda bajo la delgada manta. Deseaba gritar, escapar, sin embargo, las palabras habían huido por completo de su garganta. El imponente laird intentó acercarse a ella, pero su instinto la obligó a alejarse, presa del pánico y el desconcierto.

Antes de que pudiera reaccionar, el pesado sonido de botas resonó en el pasillo exterior, y la puerta de la habitación se abrió de golpe.

La figura imponente de Hamish llenó el umbral acompañado por Lady Catherine, Roderick, Alistair y hasta el mismo laird Douglas. La imagen se le hubiera antojado divertida de no haber sido por lo que aquello significaba. Sus rostros hablaban por sí solos, no obstante, cada uno revelaba un sentimiento diferente.

La madre del laird les sonreía con ternura, mientras que Hamish parecía querer fulminarlos a ambos con la mirada. Roderick, como era de costumbre, demostraba cuanto estaba disfrutando aquello, lo mismo que el amigo del laird. Alistair, por otro lado, se encontraba sin color en el rostro, incluso más que Rose y Malcolm.

La muchacha no necesitó más para saber que su única opción era huir. Con manos temblorosas, arrancó la sábana de la cama y la envolvió con rapidez alrededor de su cuerpo. Su corazón latía con fuerza, casi ahogando los sonidos que la rodeaban. Sin atreverse a mirar a Malcolm MacLeod, se deslizó fuera de la cama y corrió hacia la salida.

—¿Dónde crees que vas Rose Olivia Sinclair?—inquirió furibundo Hamish mientras la tomaba del brazo.

La muchacha se volteó desconcertada y enfurecida por partes iguales. ¿En qué demonios estaba pensando Hamish al revelar su verdadero nombre? En ese momento, odió al *tannistear* de su tío. Todas las miradas se voltearon hacia ella, aun así no se amedrentó, no al menos hasta que sus ojos se posaron en Malcolm, entonces sí que hubiera deseado desaparecer. El poderoso laird de los MacLeod la contemplaba, en una mezcla de asombro y rabia contenida.

"Lo sabe…"

Rose cerró los ojos, maldiciendo a Hamish y a su endemoniada suerte.

—Hamish… —Lady Catherine apoyó la mano en el brazo de su hermano—. Detente…

No obstante, el tío de Malcolm se mostraba enajenado y nada parecía poder detenerlo, ni siquiera su hermana que lo miraba suplicante.

—¿Tienes idea de lo que has hecho, sobrino? —bramó Hamish, dirigiendo su furia hacia el hombre que todavía yacía en la cama.

Rose intentó hablar, sin embargo, aquellos ojos verdes seguían clavados en ella. Podía sentir como la juzgaban. Deseó morir. Sabía lo que sucedería, no era tonta, la obligarían a casarse con el laird y eso significaba que no solo no podría clamar su venganza, y así proteger a Sophie, sino que Blair no descansaría hasta acabar con los MacLeod de una forma u otra. Lo conocía, era una rata rastrera y traicionera. Un asesino. Maldijo. A pesar de la túnica y la sábana que cubrían su cuerpo, se sentía desnuda, expuesta, gracias a esa mirada verde acusadora. En ese momento, no importaban nada su linaje o su herencia, a los ojos de Malcolm MacLeod, ella y su hermana eran unas mentirosas. No entendía por qué, aquello le dolía tanto.

Malcolm, por su parte, sacudió la niebla que parecía no querer abandonar su mente, el apellido Sinclair aún resonaba en sus oídos como una daga filosa y peligrosa. En el preciso momento en que escuchó ese nombre, lo supo. Todo encajaba a la perfección. El porte de la muchacha, su inutilidad a la hora de realizar cualquier tarea, su reticencia a quedarse a solas con él y aquella impecable habilidad para navegar, señales demasiado evidentes. Todo este tiempo la verdad había estado frente a sus ojos. Y aun así, él obró como un bardo enamorado sin prestarles atención.

"Se ha burlado de mí. No es un ángel, es un demonio…, una embustera mentirosa"

Apretó los puños mientras la imagen de Deidre, apareció de pronto. Desde que esa joven lo había engañado no podía perdonar una mentira, y Rose era una farsante, del mismo modo que su ex prometida. Al apartar la vista de la muchacha, encontró los ojos de su *tannistear*, tan confundidos y asombrados como los de él. Se lamentó por su amigo. Alistair se había enamorado de una heredera, una joven con linaje y aquello se volvía en su contra. Ambos estaban atrapados. Él porque había comprometido a la farsante de Rose Sinclair y su amigo por enamorarse de la mujer equivocada. Un endemoniado malentendido que podía costarles mucho más de lo que deseaban. Nadie vería con buenos ojos que las muchachas

hubieran mentido, no importaban sus razones o las de Hamish. En especial porque el consejo se opondría a ir a la guerra por la que pronto se convertiría en su esposa. Mentirosa o no, su honor lo obligaba a desposarla. No obstante, nunca podría perdonarla.

Capítulo 33

La petición



Dos semanas después de que la verdad saliera a la luz, las hermanas Sinclair se encontraban en la habitación de Sophie. No deseaban ser vistas y juzgadas. A pesar de todos sus problemas, Rose no podía soportar ver la tristeza en el rostro de su hermana menor. Sophie no hacía más que llorar desde que Alistair la había mirado en una mezcla entre la derrota y el enojo. Ambas odiaban haber mentido al clan, aunque fuese por una buena causa. Lo peor era saber que para ese momento, la arpía de Frances y su abuela, Mary, ya estarían esparciendo toda clase de habladurías.

De pronto Penny irrumpió en la habitación sin siquiera tocar antes, Rose sonrió con pena, parecía ser que la hermana de su futuro esposo, era una de las pocas aliadas que les quedaban. Clara y Edith, también lo eran y se habían tomado su rol de protectoras con mucha seriedad, sin contar con que, Lady Catherine, las trataba como si fueran sus hijas.

Penny avanzó hacia ellas y se sentó junto a Sophie mientras la abrazaba con cariño.

—No soporto estar en la misma habitación que esa pelirroja. No hace más que escupir su veneno, ¿pueden creerlo? Ha llegado a decir que deberían marcharse antes de que Blair Sinclair se entere de que están bajo la protección de los MacLeod, como si ella fuera la señora del clan, y lo peor es que Malcolm parece escucharla —Rose mantuvo la mirada fija en los leños del hogar mientras que apretaba el *plaid* que la envolvía.

—Nos guste o no, la arpía tiene razón—La mayor de las hermanas se obligó a hacer una pausa, o de lo contrario las lágrimas no le permitirían continuar. La mirada de desprecio de Malcolm, al enterarse de quién era en realidad, estaba clavada en su mente y en su corazón —Quizá lo mejor será marcharnos, mi primo no es tonto,

sabe que nada podrá hacer contra el ejército del laird si decide ir tras él. Intentará asesinarnos antes.

—Mi hermano no lo permitirá, estoy… —Rose levantó una mano para detenerla.

—No, Penny. No puedo consentir que mi hermana o yo, seamos las responsables de una guerra.

—Basta —gritó Sophie a tiempo que limpiaba sus lágrimas y se incorporaba de la cama —. Penny tiene razón, Malcolm nos protegerá, no me iré de aquí, eres tú la que ha deseado marcharse desde que llegamos, si quieres hacerlo, vete —Rose no respondió, solo mantuvo la mirada en su hermana menor.

Comprendía aquellas duras palabras, Sophie tenía el corazón hecho pedazos, ella también, sin embargo, su amor por Malcolm la obligaba a callar. Porque estaba enamorada de él. A pesar de haber luchado contra aquel sentimiento, ese hombre estaba metido bajo la piel. Era por esa razón que tenía que hacer algo si quería proteger a Sophie y al laird de la furia de Blair. Si esa rata rastrera lo había procurado una vez, estaba segura de que lo volvería a intentar.

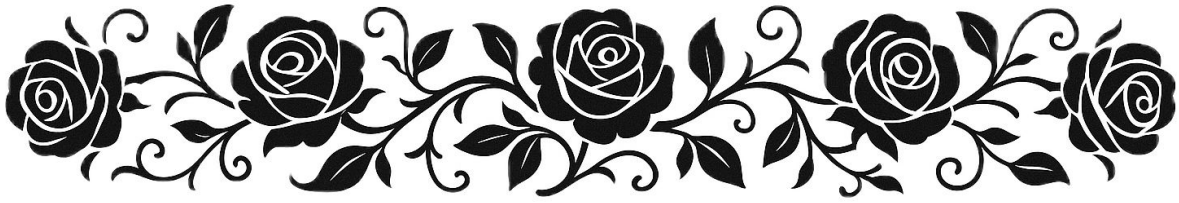
—Penny, ¿podrías quedarte con Sophie? Hay algo que debo hacer.

—¿Te marchas?, por supuesto que te irás, no importa nada de lo que te he dicho, ¿no es así? —inquirió Sophie llevada por el dolor y el rencor a tiempo que Penny intentaba calmarla.

Rose hizo una pausa antes de contestar, observando a Sophie y a Penny por un breve momento. Aquella decisión era la más difícil de toda su corta existencia; sin embargo, no podía flaquear. Daría su vida si con ello protegía a su pequeña hermana y al clan que ahora se había convertido en el suyo, en especial por ese laird testarudo que a pesar de que la odiara no merecía más que su amor.

—Pensaba ir a tomar aire fresco, eso es todo —Mintió una vez más a tiempo que una sonora carcajada salía de sus labios —Eres una tonta, ¿lo sabías?—Corrió hacia su hermana y la abrazó con fuerza, mientras que las pesadas lágrimas que habían amenazado con salir, mojaban su entristecido rostro —. Te amo, aunque estés enojada conmigo, nunca lo olvides.

En cuanto estuvo a solas en el corredor suspiró. Mientras Sophie se encontraba acompañada por Penny, aprovecharía para llevar a cabo su plan de escape y en especial, cruzar unas cuantas palabras con el *tannistear* de los MacLeod. Ese highlander testarudo la escucharía, o no era digna de llamarse Rose Sinclair. Poco le importaba cruzarse con la arpía, su abuela o los ancianos del consejo, ni siquiera con el laird MacLeod, nada ni nadie impediría que Alistair la escuchara.



Un destello plateado pasó como una ráfaga mientras se encontraba revisando las cuentas del clan. Estaba seguro de que se trataba de

ella. Desde que se habían hecho los arreglos de la inminente boda, el ángel de plata desapareció, encerrándose en su habitación. Todavía podía recordar la mirada furiosa que le dedicó cuando su madre y Hamish acordaron que la boda se celebraría la semana entrante. Ella, que le había mentido y engañado con total descaro. La culpaba por haberlo involucrado en un matrimonio forzado, porque eso es lo que era. Ambos, eran obligados gracias al honor. Él no deseaba casarse con una embustera, por más hermosa que fuera, aunque su corazón latía desbocado solo de pensar en Rose Sinclair.

Sacudió su cabeza en un intento inútil por aclarar su razón, no podía concentrarse en nada, y todo por culpa de ese ángel y demonio mentiroso. Apretó los puños estrujando el papel que tenía entre sus manos. Odiaba los números y las cuentas, pero había prometido a Hamish llegar al fondo del asunto y lo haría aunque tuviera que internarse en el estudio.

Retornó al arrugado papel. Nada. Su mente regresaba una y otra vez a ese brillo incandescente que había pasado por la puerta de la habitación. Ofuscado, abandonó su tarea, prometiéndose que regresaría pronto.

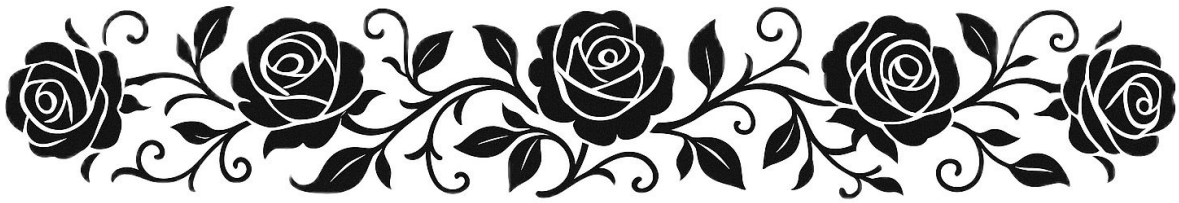
Conforme avanzaba en busca del ángel, maldijo su suerte una y otra vez, sin embargo, necesitaba saber de ella o de lo contrario se volvería loco.

Cuando por fin llegó al patio principal, no estaba allí. No deseaba preguntar por ella a las mujeres que se encontraban alrededor de la fuente de agua, por lo que continúo su camino hacia la zona donde sus hombres entrenaban, quizá Alistair la había visto.

Pronto la descubrió, todo el clan se detenía para observarla mientras regresaba de la playa. La, muy descarada, se paseaba por entre medio de sus hombres, que al verla caían embobados por su hechizo. Parecía no importarles que en pocos días se convertiría en su esposa. Sus guerreros la devoraban con los ojos, lo mismo que él. Apretó los puños, a pesar de su cabreo, la sola presencia de Rose

Sinclair, lograba que todo su cuerpo reaccionara como un adolescente.

Se extrañó cuando se detuvo frente a Alistair y William, obligándolos a detener su entrenamiento. A pesar de su intriga, decidió observar desde donde nadie podía verlo, ya se encargaría luego de averiguar que se traía entre manos aquel demonio mentiroso.



Una vez convenció al esposo de Edith por su ayuda, solo restaba hablar con Alistair. Rose se encaminó hacia donde los hombres de su futuro esposo entrenaban. La nostalgia se apoderó de ella mientras observaba a aquellas personas con las que se cruzaba en su camino. Pronto, no volvería a ver los rostros amigables. Sin embargo, era lo mejor.

Rose esperó a que el *tannistear* de los MacLeod y el laird Douglas terminaran la contienda. Ambos estaban enfrascados entre perfectas fintas y estocadas. Era todo un espectáculo digno de admirar. No

pudo evitar recordar a su padre y a sus soldados, cuando entrenaban en el clan y ella los espiaba con asombro. Aquellos hombres que luchaban en aquel momento, eran dignos y poderosos highlanders, tal y como lo había sido Eirik Sinclair.

En cuanto Alistair notó su presencia, abandonó el entrenamiento de inmediato.

—Lady Sinclair —saludó entretanto hacía una reverencia.

—Rose, ¿sabe Malcolm que estás aquí? —inquirió William Douglas mientras limpiaba el sudor de su frente.

—No, lo desconoce —contestó dirigiéndose al laird Douglas—. Y solo soy Rose, Alistair, no hacen falta los formalismos —El *tannistear* bajó su cabeza asintiendo—. He venido a hablar con Alistair, laird Douglas, pero preferiría hacerlo a solas —William sonrió a pesar de que un dejo de duda se dibujó en su rostro. No obstante, se alejó de ellos.

El primer oficial clavó su espada en la tierra y la invitó a seguirlo.

Una vez en los establos, la fortaleza y la decisión con la que Rose había abandonado la seguridad de su habitación, pareció escurrirse como agua entre sus dedos. Alistair la miraba expectante y con seriedad, a tal punto que deseó escapar de allí. No obstante, no podía dudar ahora, la decisión estaba tomada y no daría marcha atrás. Pero antes debía asegurarse de que Sophie estaría a salvo.

—Primero que nada, necesito que me prometas que esta conversación quedará entre nosotros, sé que te estoy pidiendo demasiado, pero es fundamental que así sea.

No deseaba que su hermana supiera que estaba interviniendo, a pesar de Sophie, que era dulce y comprensiva, también era demasiado orgullosa.

Alistair la miró extrañado, aquella petición era algo inusual.

—Tú dirás miLady —Rose sonrió agradecida.

—Mi hermana Sophie, te ama Alistair, por lo que como heredera de los Sinclair, no veo ningún impedimento en que la cortejes. Eres un hombre honorable y no podría pedir alguien mejor para ella. Tienes mi bendición, en cuanto todo se resuelva, hablaré con el rey a fin de que acepte el matrimonio. Eso es si aún lo deseas.

El *tannistear* de los MacLeod se irguió aún más si fuera posible, podía notarse cuanto habían calado aquellas palabras. Aceptó dejando ver una amplia sonrisa de felicidad.

—¿Estás segura, miLady? —La muchacha rodó los ojos, odiaba aquel título. Alistair pareció darse cuenta, por lo que corrigió su error—. Rose…, ¿estás segura?

—Lo estoy, sé que harás feliz a mi hermana, de lo contrario me encargaré personalmente de…

—Lo haré, lo prometo.

—No, no es solo por eso —Rose hizo una pausa, lo que estaba a punto de decir no les iba a gustar—. Necesito que cuides de Sophie y que por nada del mundo la dejes a solas, temo por su vida —El silencio se apoderó del establo de repente, como si las palabras de Rose se hubieran convertido en una sentencia de muerte.

—¿Crees que Blair Sinclair se atrevería? —inquirió el *tannistear* llevado por el desconcierto y el enojo. Nadie en su sano juicio atacaría a los MacLeod —. Solo un desquiciado osaría realizar un ataque, además él no está enterado que se encuentran en Dunvegan.

—¿Y quién piensas que intentó envenenarme? Claro que sabe que estamos aquí, solo que no desea involucrarse en una guerra imposible de ganar. Sin embargo, si intentara asesinarnos, ¿qué crees que hará tu laird? Le guste o no, deberá proteger a su esposa y ya

sabes lo que opina el consejo —La joven recordó el momento en que su casamiento fue anunciado, los rostros de odio que le dedicaron los ancianos y los líderes de los otros clanes, la perseguían desde entonces —. Necesito que me prometas que nada le sucederá a Sophie ¿Lo harás, la protegerás?

—Puedes estar tranquila, Rose, nadie la tocará —respondió Alistair con seguridad. Aun así, dudaba de que sucediera.

Rose sonrió aliviada. Se iría esa misma noche y aquello le dio la tranquilidad que necesitaba. Una vez acordado con Nial su plan de escape, se sentía aliviada. A pesar de que el pescador se negó en un principio, no le quedó más remedio que aceptar. No después de que la muchacha lo chantajeara con haberlo salvado. El honor de un highlander estaba ante todo y Nial no era la excepción.

Capítulo 34

El engaño de la arpía



Después de la conversación que había tenido con Alistair, Rose se encaminó hacia la fortaleza con renovada esperanza. Confiaba encontrar a Blair en el clan Sinclair, campando a sus anchas y esclavizando a los pocos pobladores que habría dejado con vida para que lo sirvieran como a un rey.

Navegaría hasta la costa de Dunbeath y una vez allí, se escabulliría por los túneles que llevaban al castillo. De chiquillas, Sophie y ella se escapaban por los viejos pasadizos hasta llegar a la playa, donde su padre recibía a los barcos vikingos llenos de mercaderías de diferentes lugares. El comercio, era uno de los principales sustentos de los Sinclair.

Se prometió que ese desgraciado de Blair, pagaría todo el daño que había causado. Desde la muerte de sus padres, nada volvió a ser lo mismo. Podía asegurar que su primo estaba involucrado en el asesinato de Eirik y Eleanor. No era tonta, Blair siempre codició el liderazgo del clan. Los rumores de su participación en el ataque a sus padres, se habían hecho eco en los muros de la fortaleza. Conforme Rose creció, los susurros tomaron fuerza, hasta convertirse en una certeza. Por lo que su primo, no solo pagaría por haber atacado al clan y asesinado a su propio padre, también por destruir a los suyos.

Tan absorta estaba en sus pensamientos, que no fue consciente de que Malcolm seguía de cerca sus pasos. Ni siquiera notó cuando las poderosas manos del laird tomaron su brazo para detenerla.

—¿Qué demonios crees que haces paseándote fuera de la fortaleza? No puedes ir y venir a tu antojo sin una escolta —soltó Malcolm, quien a pesar de estar furioso con ella, aún temía por su vida. Rose no era consciente del peligro que la rondaba, los secuaces de su primo podrían estar en cualquier lado.

La muchacha clavó sus grises ojos en él a tiempo que un calor extraño la envolvía, estaba muda, absorta en la profundidad verde de su mirada, ¿cómo era posible que ese hombre lograra perturbarla de aquel modo? El solo contacto de sus manos, la hacía reaccionar de manera irracional. Aun así, no deseaba demostrarle cuanto le afectaba. Además, debía recordarse que él solo estaba interesado en la pelirroja, al menos así lo había demostrado cuando los vio la noche de la fiesta.

—¿Acaso soy una esclava? ¿Es eso lo que debo esperar? ¿No poder moverme con libertad? —escupió liberándose de su contacto, allí donde él la había tocado parecía arder al igual que leños calientes.

Pero no demostraría ni un ápice de debilidad, no frente a un hombre que la veía como una molestia que se interponía entre él y esa lowlander.

Malcolm rodó los ojos, ese ángel del demonio lo exasperaba y atraía por partes iguales. Una inconsciente que desconocía del peligro. Rose Sinclair no era diferente a todas las damas que había conocido, aunque debía reconocer que era valiente al enfrentarlo. Aquello le gustaba de ella. Sonrió para sus adentros, deseó saber hasta donde era capaz de llegar, esa furia que se dibujaba en sus ojos de tormenta lo atraían como abejas a la miel.

—No tengo por qué darte explicaciones, pero si quieres saberlo, no tienes permitido ir donde te plazca. Como mi esposa, deberás encargarte de los asuntos del clan y eso excluye tus paseos a solas. No irás a ningún lado sin mi permiso y sin una escolta.

Rose esbozó una sonora carcajada mientras la furia se apoderaba de su cuerpo. ¿Qué demonios había visto en ese hombre? Era un déspota sin corazón.

—¿Te parecen graciosas mis palabras, miLady? —inquirió el laird desconcertado.

—Lo cierto es que sí. Te recuerdo, milord, que por fortuna, no soy tu esposa aún, por lo que haré lo que me plazca y en cuanto a lo que suceda después—Hizo una pausa como sopesando sus palabras—. Eso está por verse —concluyó con seguridad, aunque por dentro era un manojo de nervios.

Sin decir más, se alejó con una sonrisa en los labios, disfrutando de su efímero triunfo. A pesar de saber que no se casaría con él, Malcolm MacLeod se enteraría de quién era Rose Sinclair. Ella nunca podría ser como él pretendía, no había nacido para ser sometida a los caprichos de un laird tirano y opresor.

Cabreada de la manera en que estaba, solo deseaba llegar al refugio que le brindaba su habitación. Quería aprovechar el tiempo que le quedaba en el clan MacLeod con Sophie. Lamentaba tener que engañarla de aquel modo, pero sabía que su hermana la delataría si se lo confesaba. Prefería que la odiase por haberla abandonado, a exponerla a la maldad de Blair.

Sin embargo, su tiempo con Sophie se demoraría más de la cuenta. Lo que menos esperaba era encontrarse con Frances y su abuela Mary. En cuanto esas dos la vieron entrar en el salón, todo el odio y el desprecio que sentían por ella, pareció envolverlas de pronto. Sin perder tiempo, ambas mujeres corrieron hacia donde se encontraba, con la intención de destilar el veneno que albergaban desde que se había comunicado la noticia de su boda con el laird. Las muy desgraciadas se interpusieron en su camino a las escaleras, evitando que Rose pudiese sortearlas.

La muchacha apretó los puños a tiempo que rodaba los ojos, deseando borrar aquellas sonrisas socarronas del rostro de la pelirroja y de su abuela.

—Parece que la embustera ha decidido salir de su madriguera —escupió la pelirroja mientras la esposa de Ian asentía—. ¿Pretendes seguir engañando a todo el clan?

—No tengo tiempo para tus sandeces, déjame pasar —soltó Rose conteniéndose y maldiciendo en silencio.

—¿Sandeces dices? ¿Con quién crees que estás hablando? Te recuerdo que mi nieta es la invitada del laird. No sé en qué estaba pensando Malcolm cuando aceptó ese casamiento contigo —Mary la observó de pies a cabeza con desprecio.

—Eso es evidente, abuela. Esta salvaje lo embaucó con engaños para llevarlo a su cama. ¿O acaso crees que de otro modo se hubiera fijado en ella? Mírala, si no es más que una zorra.

—Apártate, te lo advierto… —susurró Rose entre dientes llevada por la furia y el dolor.

Si no fuera porque no quería problemas, precisamente ese día, la hubiera golpeado hasta dejarla inconsciente. Odiaba tener que controlarse. Se sentía impotente ante aquellas palabras hirientes; sin embargo, no deseaba demostrarles cuanto le afectaban. Tomó una profunda bocanada e intentó por segunda vez sortearlas sin éxito.

—¿Me estás amenazando, furcia? —Esta vez, Frances la tomó del brazo, apretando con sus largos dedos la carne de la joven Sinclair.

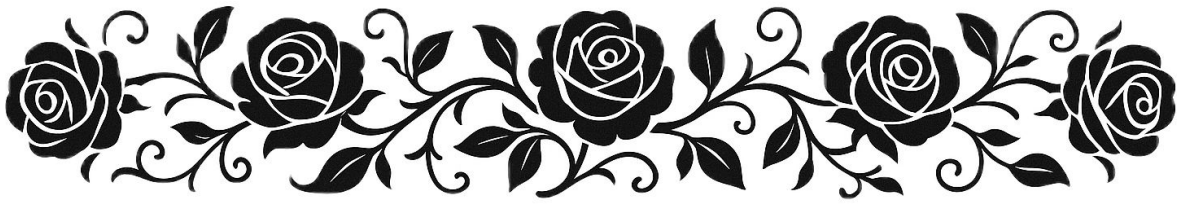
—Tómalo, como quieras —pronunció a tiempo que liberaba su brazo para pasar furiosa entre medio de las mujeres. Estaba harta de ellas.

No obstante, no tuvo la oportunidad de llegar muy lejos, un grito desgarrador la obligó a detener su marcha. Cuando se volteó, Frances se hallaba en el suelo tomándose de su tobillo a tiempo que su abuela la socorría.

—Tú, maldita salvaje, me has empujado —aseguró la pelirroja mientras lloriqueaba falsas lágrimas.

—Mira lo que has hecho, podrías haberla matado—Le acusó Mary abrazando a su nieta.

Rose estaba estupefacta. Era evidente que esas dos desgraciadas habían inventado todo aquello. Ni siquiera las había tocado cuando pasó de ellas. Un tumulto de criados las rodeó de pronto, algunos la miraban con recelo, culpándola de algo que no había hecho, mientras que en los ojos de otros, podía verse cuanto lo lamentaban.



Un eco de voces retumbaba en las paredes del salón de la fortaleza, cuando Malcolm entró con la intención de regresar a las cuentas del clan. Después de la acalorada conversación con Rose, decidió calmar su enojo, involucrándose en la práctica con sus guerreros. Sin embargo, su cabreo no mermó ni un ápice. Esa muchacha, que pronto se convertiría en su esposa, parecía haberlo hechizado en cuerpo y alma.

Al cruzar las puertas del salón, la escena que encontró lo obligó a detenerse. Frances, yacía en el suelo con su cabello desordenado, a tiempo que en su rostro se dibujaba una mueca de dolor. Su abuela,

Mary, inclinada sobre ella, intentaba calmarla. De pie, junto a la escalera, Rose permanecía en silencio, observándolas furiosa.

Cuando el laird se acercó al grupo que las rodeaba, todas las miradas se dirigieron a él. La pelirroja dejó escapar un gemido exagerado al verlo. Mary, por otro lado, aprovechó para culpar a la muchacha Sinclair.

—Laird, gracias al cielo que estás aquí —clamó dirigiendo con mirada acusadora a Rose—. Esa salvaje empujó a mi nieta. La tiró al suelo sin ninguna razón.

La pelirroja asintió mientras acariciaba su tobillo entre falsas lágrimas y quejidos.

—Es verdad, me atacó sin provocación. Yo solo quería felicitarla por la boda… —gimió en un susurro.

Malcolm, desconcertado y aun sin poder creerlo, centró toda su atención en su futura esposa.

—¿Es eso cierto Rose? ¿Has empujado a Lady Amstrong? ¿Qué es lo que sucede contigo?

La muchacha clavó sus ojos en el laird, la mirada acusadora con que la observaba era suficiente para saber que nada de lo que hiciera o dijera cambiaría el veredicto. Malcolm la había encontrado culpable sin siquiera darle la oportunidad de defenderse. Aquello era aún más doloroso que las palabras hirientes de esas dos arpías. Sin embargo, elevó su rostro, no pensaba amedrentarse ni darles la oportunidad de continuar con aquella farsa, dio un paso hacia el laird, mirándolo con desprecio.

—No entiendo como pude ser tan ciega, es evidente que se merecen el uno al otro, Frances sí que sería la esposa perfecta —escupió llevada por el dolor y la desilusión. No había lágrimas en sus ojos, solo una profunda tristeza. A pesar de que se marcharía, su corazón

latía por ese hombre, no obstante, su acusación le había hecho comprender que nunca hubiera sido para ella. Dirigió entonces su mirada a la pelirroja—. Puedes quedártelo si tanto lo deseas.

Sin más, corrió escaleras arriba, a tiempo que aquellas lágrimas que habían pugnado por salir, brotaban descontroladas por sus mejillas. No veía la hora de escapar de allí.

Capítulo 35

Arrepentido



Malcolm se paseaba por el estudio de la fortaleza como un animal salvaje al que habían enjaulado. Después del incidente de aquella tarde y de tener que soportar a una histérica e insistente Frances, lo único que deseaba era estar solo. No quería escuchar las quejas de su madre, su hermana o tío, defendiendo a Rose Sinclair.

Enfurecido y confundido, dejó caer toda su rabia sobre el escritorio, los papeles volaron por el aire a tiempo que sus puños golpearon la dura madera de la mesa. Su mirada verde se posó en las hojas desperdigadas sobre el suelo; sin embargo, poco le importaban, su vida se había complicado demasiado. No podía ni quería concentrarse ahora en aquello.

Apretó los labios intentando calmar la confusión que lo embargaba. Aún le hervía la sangre al recordar la profunda tristeza en los ojos de Rose. Y para empeorar todo, aquellas últimas palabras, antes de desaparecer por las escaleras, lo perseguían como si de una brujería se tratara.

"No entiendo como pude ser tan ciega"

El dolor tras esa frase y la tristeza en sus ojos, revelaban algo más que se le escapaba.

"¿Qué pretendías decir, mi ángel?"

Rendido, se dejó caer en su silla cerrando los ojos, intentando recrear cada palabra que le había dicho, cada mirada; no obstante, era inútil, Rose Sinclair era un enigma. No sabía si lo odiaba o estaba interesada en él. Sonrió, la ironía se dibujó en sus labios.

A pesar de la furia que sentía por haberle mentido con descaro, no podía negar que la idea de desposarla no le resultaba nada desagradable. Por el contrario, ansiaba tenerla entre sus brazos. Su traicionero cuerpo reaccionaba como un crío enamorado solo de recordar aquel perfecto beso robado. Un beso que aún persistía en su memoria. La suavidad de aquellos carnosos labios era como un fuego

que lo quemaba por dentro. Porque contra todo pronóstico, deseaba más de ellos.

Una lucha interna se debatía en él, como si Rose Sinclair, fuese dos mujeres, la embaucadora, la que había golpeado a Frances y el valiente ángel plateado.

"¿Quién eres en realidad?"

Tan absorto estaba, que no fue consciente de que su hermano se encontraba en el umbral de la habitación. Por la expresión de su rostro, era evidente, que no se sentía del mejor humor.

—Al fin te encuentro, ¿dónde rayos te habías metido? —Roderick se detuvo frente a él mientras observaba el desorden desparramado por el suelo de la habitación. El muy cabrón levantó una ceja a modo de satisfacción. Malcolm maldijo, no se le escapaba nada, su hermano lo conocía demasiado bien.

—¿Que es lo que quieres? —escupió a tiempo que se levantaba para servirse cerveza de una jarra que descansaba en una pequeña mesa auxiliar.

—¿Qué, qué quiero? —Roderick se le adelantó y les sirvió a ambos la bebida —. Hacerte entender que estás equivocado.

Malcolm se alejó hacia su asiento. Estaba seguro de que su hermano volvería a lo mismo de siempre.

—Si vienes a interceder por Rose, puedes irte por esa puerta, ya has dicho demasiado. Si no fuera porque le huyes al compromiso, juraría que estás enamorado de mi futura esposa —escupió con rabia al recordar las sonrisas que le dedicaba el ángel cada vez que se encontraba con su hermano menor.

Roderick se contuvo de echarse a reír a carcajadas. Malcolm era terco como una mula, no era consciente de cuanto le interesaba Rose. Era

por ese motivo que no entendía aquella actitud. Debería estar cortejando a la muchacha Sinclair, en vez de encerrarse entre esos húmedos muros.

—¿Cuántas veces debo repetírtelo? Rose, no es Deidre. Si te ha mentido ha sido para protegerse ellas mismas y a nuestro clan. ¿O es que acaso no te has dado cuenta de que no desea nada de ti? ¿Crees que te está usando por tu ejército? Dime que no has escuchado a esa pérfida de Frances Amstrong —Roderick negó con la cabeza al ver que su hermano escondía la mirada—. Eres increíble…—murmuró furioso—. Pero lo creas o no, no he venido por eso.

Malcolm clavó sus ojos en su hermano, mientras que la confusión y la duda volvieron a atacarlo. Las palabras de Roderick siempre causaban aquel efecto en él, obligándolo a reflexionar.

—Entonces, ¿por qué estás aquí molestándome? —A pesar de querer estar a solas, la intriga lo carcomía por dentro.

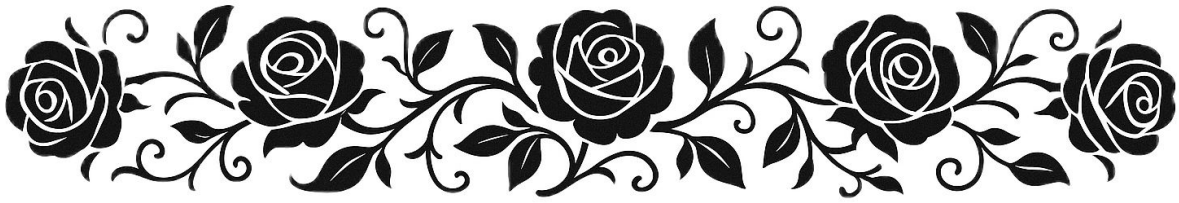
—Rose no ha empujado a Lady Amstrong, como Mary y la pelirroja te han hecho creer. La nieta de Ian se dejó caer intencionalmente, gritando el nombre de Rose para que todos la creyeran culpable. La muchacha Sinclair nunca la tocó —confesó Roderick con la esperanza que lo escuchara.

—Ya, y puedes afirmarlo porque tú estabas allí —ironizó Malcolm—. ¿O es que acaso alguien te ha ido con el cuento? ¿Ha sido Edith? ¿Clara, quizá? ¿O tal vez algunas de las criadas que trabajan en la cocina? Es evidente que esas mujeres harían lo que fuera por Rose —escupió enfurecido.

—Lo que es evidente, hermano, es que eres un necio. No debería siquiera decírtelo, pero si quieres saberlo, ha sido tu antigua amante, Lorna. No creo que defender a Rose sea de su agrado —gritó Roderick mientras se alejaba.

El estruendo que causó su hermano al cerrar la puerta, no fue suficiente como para sacar al laird de su estupor. Tan ciego estaba, que no había sido capaz de ver lo que aquellos ojos grises gritaban a viva voz. El ángel era inocente.

"Por San Andrés, ¿qué he hecho?"



La luz que se filtraba a través de la puerta de la habitación de Lorna, le confirmaba que la mujer aún no se había dormido. Malcolm se paseaba como un poseso por el solitario pasillo, debatiendo consigo mismo, si hablar con la criada aquella noche o esperar a la mañana siguiente. Desde que Roderick le había contado la verdad tras el incidente de la tarde, escucharlo de los labios de Lorna lo estaba consumiendo por dentro. Frances y Mary se habían burlado de él y si pensaba tomar represalias contra ellas, necesitaba la confirmación de su antigua amante.

Apretó los puños al recordar la manera en que defendió a esa pelirroja. Lady Amstrong lo convirtió en el hazmerreír de todo el clan. Sin embargo, debía ser cauto si deseaba que confesara, quería que su abuelo viera con sus propios ojos la clase de mujer que era su nieta. Sobre todo cuando la desterrara junto con su abuela. Esas mujeres no merecían su piedad.

Una vez se ocupara del asunto, se disculparía con Rose. Poco le importaba que le hubiera mentido, su familia tenía razón. Su ángel, en nada, se parecía a Deidre.

Tocó a la puerta de Lorna. Al cabo de unos eternos segundos, el rostro de su criada apareció al otro lado. Con una sonrisa, lo invitó a pasar.

—Te esperaba, milord —dijo la mujer a tiempo que se acomodaba el camisón.

Lorna describió lo sucedido. Dejándole ver lo equivocado había estado. A pesar de que a la criada, la noticia de su boda, parecía no serle de su agrado, y a sabiendas de que perdería los privilegios a los que estaba acostumbrada por ser la amante del laird, Malcolm se sorprendió al escuchar el ahínco con que defendía a Rose.

Cuando el laird le preguntó el porqué lo hacía, la doncella le respondió con sinceridad.

—Esa muchacha ya ha sufrido demasiado. Además, a pesar de su condición de heredera, nunca se ha quejado o nos ha tratado diferente. No como la nieta de Ian —La mujer hizo una pausa al recordar la maldad que envolvía a la pelirroja—. Estoy segura de que Rose Sinclair será una buena esposa para ti, laird.

—Entonces, ¿no te molesta saber que ya no visitaré tu cama? —inquirió Malcolm intrigado.

La mujer sonrió a tiempo que negaba con la cabeza, se la notaba feliz, como si un aura diferente la rodeara. Siempre había sido hermosa, sin embargo, en sus oscuros ojos, podía verse un brillo especial.

—Uno de los guerreros Douglas me ha pedido que lo acompañe a su clan. Ya sabes mi señor, nunca me ha gustado la soledad. Es una buena oportunidad para mí, empezar una nueva vida. Además, el laird Douglas ha dado su consentimiento.

Malcolm respiró aliviado, Lorna era una buena mujer y se merecía que alguien cuidara de ella.

—En ese caso, cuenta también con mi aprobación. Ese guerrero tiene mucha suerte. Me alegro por ti.

Lorna sonrió, agradecida, sin embargo, el brillo en su mirada pareció ocultarse de pronto mientras observaba como el laird se dirigía hacia la puerta de su habitación.

—Hay algo más que deberías saber, milord —Malcolm se detuvo a tiempo que un extraño escalofrío recorría su espalda, no le gustaba nada el tono en la voz de Lorna—. Se trata de Margaret, la doncella de Lady Amstrong.

—¿Qué hay acerca de esa criada?

—Todos hemos notado los cardenales en su rostro y en sus brazos, a pesar de que trata de ocultarlos, es evidente que su señora la maltrata. Puede que no signifique nada, pero, quizá si te acercaras a ella, logres averiguar más de Lady Amstrong.

La intriga detrás de las palabras de Lorna le advertía que su antigua amante quería decirle algo más.

—¿Qué quieres decir exactamente Lorna?, sé que estás ocultando lo que sabes.

—No sé si esto sea o no importante, pero una noche, en donde regresaba a mi cabaña, me pareció ver la sombra de una mujer dirigiéndose al bosque. Me extrañó, en especial, al notar los colores de su capa, no era nadie de la villa, eso era seguro. La curiosidad me llevó a seguirla. Era evidente que el camino que tomó no era otro que el que conduce a la casa de la bruja Morag… —Lorna se detuvo.

La doncella tembló al recordar a esa mala mujer, sus pociones y hierbas, solo hacían el mal. Nadie entendía como Morag seguía viviendo a las afueras del clan. Sin embargo, era la hermana del viejo Calan y mientras no apareciera por el pueblo, Malcolm, había permitido que se quedara.

—Continúa Lorna, ¿Qué sucedió luego?

—Me escondí en cuanto vi como la hechicera y Margaret intercambiaban unas palabras a tiempo que Morag le entregaba un pequeño paquete.

—¿Y eso que tiene que ver con Lady Amstrong? Puede que la bruja le estuviera dando algo inofensivo.

—Lo dudo, todos sabemos qué clase de brujerías practica. Sin embargo, eso no fue lo más extraño, Lo que sucedió al día siguiente sí lo fue. Lady Clara descubrió que Rose fue envenenada con *casco del diablo* y nadie, solo Morag, sabe donde encontrarlo.

—¿Estás sugiriendo que:…? —Malcolm no podía siquiera decirlo en voz alta. Le resultaba imposible que la nieta de Ian pudiera querer envenenar a Rose.

Sin embargo, al día siguiente Margaret y la bruja recibirían una visita, algo le decía que Lorna no estaba equivocada.

Capítulo 36

La huida



La luna apenas se asomaba entre las nubes cuando Rose deslizó la puerta de su habitación con extremo cuidado, necesitaba cerciorarse de que nadie se encontrara ya en los alrededores. Después de la cena que ella y Sophie habían comido a solas en el cuarto de su hermana, no deseaba encontrarse con ninguna criada que pudiera delatarla.

"Es ahora o nunca" se repetía, mientras se volteaba para asegurarse de que Sophie seguía dormida. Le rompía el corazón en mil pedazos el traicionarla de aquella manera, sin embargo, no encontraba otra opción. Blair no descansaría hasta asesinarlas. Si alguna de las dos iba a morir, sería ella. Poco valdría su vida, si la de su hermana se apagaba. Prefería su odio a saberla en peligro.

Se acercó una última vez a la cama, necesitaba llevarse el recuerdo de la imagen de Sophie. Como si, al hacerlo, encontrara las fuerzas necesarias para abandonarla. Rose se arrodilló junto a ella, sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a llenarle los ojos.

—Perdóname, hermana —susurró desgarrándose por dentro—. Te prometo que siempre te protegeré.

Sophie no se movió, no escuchó sus débiles palabras. Por un breve instante, Rose deseó que la detuviera, que le exigiera olvidar aquella pesadilla. Sabía que estaba siendo una cobarde, sin embargo, se obligó a apartarse. Secó las lágrimas que corrían sin control por sus mejillas y se encaminó hacia la puerta.

Para cuando llegó a las escaleras, su corazón era un manojo desbocado de latidos incontrolables. El salón principal estaba en penumbra, solo el crepitar de los leños interrumpía aquel silencio ensordecedor que la envolvía. Rose se escabulló como un ladrón tras las gruesas columnas de piedra que conformaban la sala. Al menos aquellas moles le permitían ocultarse gracias a la sombra que brindaban. Su cabello, cubierto por una oscura capa, hubiera sido lo único que podría delatarla. Por fin, y después de lo que pareció una eternidad, se encontró frente la salida que daba al patio interior.

Sonrió con ironía, el recuerdo de la primera vez que había visto al laird se coló en su mente mientras se dirigía hacia los establos. Un sonido a lo lejos la obligó a detenerse. De inmediato, pegó su cuerpo a la pared, conteniendo la respiración. Agradeció la oscuridad que le brindaba aquel rincón en el que se encontraba. No obstante, aquello no impidió que sus nervios la traicionaran. Su endemoniado corazón parecía salírsele del pecho a tiempo que un sudor helado recorría su espalda al escuchar que unas voces se acercaban. Cerró los ojos y se encomendó a todo Dios que conocía, cuando un grupo de guerreros pasó cerca de ella.

El patio interno estaba en penumbras, pero no desierto. Los soldados apostados en las almenas vigilaban con antorchas que proyectaban sombras danzantes en las paredes de piedra. Por lo que Rose tomó la decisión de ocultarse entre unos fardos de heno para esperar que los soldados se voltearan y así poder escabullirse con rapidez.

Pero la mala suerte parecía acompañarla cuando se topó con una enorme horca que por poco se clava en su pierna. El intenso dolor que la sobrevino la obligó a cubrir su boca, ahogando el grito que pugnaba por salir. Su corazón se detuvo cuando escuchó como unas pisadas se acercaban hacia su escondite. Sin perder tiempo, se cubrió con aquel heno, en un intento de no ser descubierta. Un soldado pasó tan cerca que Rose pudo ver el brillo del acero en su espada. Cuando la luz desapareció, soltó el aliento que no sabía que contenía y escapó, no sin antes asegurarse que el guardia más cercano se volteara. Cruzó el patio con rapidez, sintiendo el aire helado de la noche golpearle el rostro. El frío se mezcló con el sudor que recorría su frente, y sus manos temblaban mientras avanzaba hacia los establos. Nial le había indicado que tras esa construcción se hallaba una bodega donde se almacenaba madera y que daba a una salida que llevaba al bosque que llevaba a la costa.

Al entrar en el establo, los caballos reaccionaron de inmediato a su presencia. Maldijo, debería haber sido más sigilosa, solo deseaba que los animales no hubieran arruinado su escape. Empujó la puerta

trasera con todas sus fuerzas, pero esta se atascó, soltando un chirrido que le heló la sangre. Miró atrás, esperando que el ruido atrajera a alguien, pero por fortuna, la fortaleza seguía en calma. Apretó los dientes y empujó de nuevo, esta vez logró abrirla lo suficiente para deslizarse al otro lado.

La brisa marina golpeó su rostro con fuerza. Rose se apresuró por el sendero que descendía hacia la costa. De tanto en tanto, volteaba su cabeza, a la espera de que alguien la hubiese notado. Finalmente, llegó al borde de la playa, donde el sonido de las olas y el grito lejano de las gaviotas llenaban el aire. Allí estaba Nial, inclinado sobre el *birlinn*, asegurando las cuerdas. Al verla, levantó la cabeza, su rostro lleno de preocupación.

—¿Estás segura Rose? —dijo en voz baja, ayudándola a subir al bote.

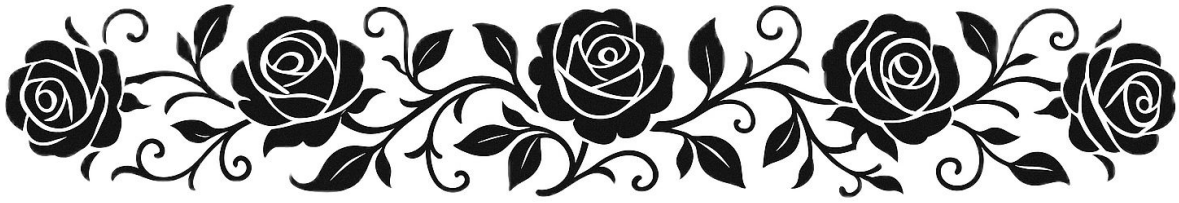
Rose no pudo contestar, un nudo en su garganta le impedía hacerlo. Miró hacia atrás una última vez.

—Gracias, Nial. Por todo —susurró.

El pescador asintió en silencio y empujó la embarcación al agua. La muchacha se sentó en el borde, aferrándose al costado del bote mientras las olas la alejaban de la orilla.

Se despidió de él, de su laird, de su amor no correspondido, a la vez que las lágrimas contenidas brotaron incontrolables. Una punzada de dolor pareció atravesar su corazón. A pesar de que él nunca la amaría, no podía evitar sentirse de aquel modo. Sus sueños por encontrar el amor se habían hecho realidad, solo que nunca creyó que dolerían de aquel modo.

Un tembloroso adiós salió de sus labios mientras la sal del mar se mezclaba con sus lágrimas y un profundo vacío crecía en su pecho. Se convenció de que estaba haciendo lo correcto. Su amor por su hermana y por el laird era lo único que importaba. Los protegería, aunque quizá nunca la perdonarían.



Malcolm no podía dormir. Desde su conversación con Lorna se sentía como un animal enjaulado. Había juzgado a Rose sin siquiera darle la oportunidad a defenderse. Tan cegado estaba por el recuerdo de su antigua prometida, Deidre, que la había lastimado de la peor manera.

¿Cómo pudo haber sido tan necio?, se preguntaba. Sus manos, tan fuertes y acostumbradas a la espada, temblaban mientras apretaban las sábanas, dejando que su frustración se manifestara. El rostro de Rose, su expresión decidida y desafiante, pero a la vez llena de tristeza, no abandonaba de su mente.

Había sido un tonto. Juzgado sin saber. Había visto traición en vez de desesperación. ¿Cómo pudo dudar de ella?

Pensó en su mirada de tormenta, en la dulzura y la pasión que había en aquel beso robado. Sonrió con ironía al recordar como la

muchacha reaccionaba cuando la desafiaba. Era imposible ignorar lo obvio ahora: la amaba. La amaba como nunca creyó poder amar.

La revelación lo golpeó de pronto, dejándolo inmóvil. Parecía que una tormenta hubiera irrumpido en su interior. Siempre había creído que el deber y el honor eran lo único que debía guiarlo, pero con Rose todo aquello no importaba.

¿Cómo no lo había visto antes? Su mente daba vueltas alrededor de todos los momentos junto a ella, de la manera en que su alma había estado tan unida a la de Rose, sin que él siquiera lo notara.

La rabia consigo mismo lo devoraba. ¿Qué derecho tenía para juzgarla, para acusarla de mentirle cuando ella solo estaba intentando proteger a su hermana? Había dejado que el orgullo y la ira cegaran sus sentimientos.

La duda se metió como un polizón en su mente. ¿Y si ya era tarde? El enojo, la incertidumbre y el arrepentimiento lo embargaban, sintió una presión sobre su pecho que le impedía respirar. Había sido cruel, injusto. Se levantó de la cama abruptamente, caminando de un lado a otro, incapaz de quedarse quieto.

Se acercó a la ventana, necesitaba serenarse, que el aire frío de la noche, calmara aquel sentimiento de furia que lo cegaba. Las horas y la espera parecían interminables. La visita a la doncella de Frances era lo único que lo separaba de escabullirse en la habitación de Rose y rogarle que lo perdonara. Si había de convertirse en su esposa, esperaba antes poder descubrir el peligro que la acechaba. Si Lorna estaba en lo cierto, no habría piedad para Frances Amstrong, ni para quien la hubiera ayudado.

De pronto, interrumpiendo aquel sentimiento, sus ojos se centraron en una sombra oscura atravesando el patio interno. Algo se movía con sigilo hacia los establos. Sin perder tiempo, se envolvió en su plaid y tomó su espada, poco le importaban sus botas. Intuía el peligro y no podía demorarse.

Al llegar al establo, miró a su alrededor, esperando encontrar alguna pista, una señal. Los caballos dormían tranquilos, la luz tenue de la luna se filtraba por los tablones de madera, creando sombras silenciosas. Sin embargo, al inspeccionar, no notó nada fuera de lugar. Ningún sonido extraño. Ni siquiera un rastro de movimiento. Todo estaba en orden. No obstante, su instinto seguía advirtiendo lo contrario.

Con el ceño fruncido, MacLeod dio un paso atrás y salió del establo. Se acercó a los hombres apostados en las almenas.

—¿Han notado algo extraño esta noche? —Los soldados se miraron entre sí, negando con la cabeza.

—Nada, milord. —respondió uno de ellos.

Malcolm apretó los dientes, desconfiado. "Todo está tranquilo", pensó, pero sentía en su pecho que no era así. Su mirada recorrió la muralla, analizando cada sombra y rincón. Sin embargo, la respuesta era clara, no había nada fuera de lo normal. Aun así, no podía quitarse esa sensación de inquietud. Frustrado, se dio la vuelta y tomó el camino que llevaba a la costa.

El viento soplaba más fuerte a medida que se acercaba al borde del acantilado. Allí, en la lejanía, vio una figura familiar. Era Nial, el pescador, regresando de la playa.

—Nial, ¿has visto algo cerca de la costa o por los alrededores?

El pobre hombre se tensó al ver a su señor. Su mirada evitó la del laird mientras se limpiaba la frente con la mano. El pescador balbuceó una respuesta.

—No, mi lord. No he visto nada singular.

Malcolm lo observó por unos instantes, a pesar de que la luz de la luna era lo único que los iluminaba, habría jurado que en los ojos de

Nial había miedo.

—¿Nada en absoluto? —insistió el laird.

—Solo…, solo he visto la oscuridad, mi lord... —MacLeod se quedó en silencio, observando al hombre con cautela.

—Nial, si me ocultas algo…

—No, mi señor, solo que me ha extrañado al verlo a estas horas por aquí —mintió el pescador, sintiéndose un traidor.

Pero había dado su palabra y no pudo negarse a la muchacha. Le debía la vida a Rose Sinclair.

Capítulo 37

Confesiones



La mirada de Margaret, la doncella de Frances, hablaba por sí sola. En cuanto Malcolm la había detenido en su camino hacia la cocina, la pobre muchacha, parecía estar aterrorizada. Incapaz de poder controlar los espasmos que la embargaban.

Sus ojos se desviaban constantemente hacia la escalera, como esperando que alguien apareciera. El laird estaba seguro de quién se trataba. La muchacha tenía los brazos llenos de cardenales recientes, producto de los golpes que su señora había descargado sobre ella. El señor de los MacLeod odiaba aquellos maltratos a quienes no podían defenderse. Él era un laird justo y nunca había necesitado de cometer ese tipo de atrocidades sobre ninguno de sus vasallos, por lo que al observar a la muchacha, sintió pena por ella.

—Me gustaría hacerte unas preguntas Margaret, pero no aquí, sino en mi despacho —El laird sabía que nada bueno podría obtener de la doncella, si la muchacha continuaba a la espera de Frances o de Mary —. Solo serán unos minutos.

La joven asintió, no sin antes cerciorarse de que nadie podía ver hacia donde se dirigía.

Una vez en el estudio, Malcolm decidió ir con cautela, era imperioso si quería que se sincerara con él. No podía dejarla ir sin obtener respuestas.

—Margaret, puedes estar tranquila que nada de lo que digas te perjudicará. Pero necesito que seas totalmente sincera, o de lo contrario lo notaré —El laird hizo una pausa, la mirada de la muchacha le indicaba cuan aterrorizada estaba—. Puedes confiar en mí. No obstante, necesito respuestas.

El laird la miró con comprensión, esperando no atemorizarla más ni forzarla a mentir. En especial al notar como retorcía sus manos y un intenso rubor había cubierto de pronto sus mejillas.

—Mi señor, no…, no sé de qué habla. Yo…, solo ayudo a mi señora.

Malcolm entrecerró sus ojos, pero a la vez sabía que debía controlar sus palabras

—Muy bien. Lo cierto es que te vieron salir de la cabaña de Morag hace unos días. Todo el clan sabe muy bien quién es esa mujer. La única que puede tener en su poder hierbas venenosas —La muchacha abrió desmesuradamente sus ojos al escuchar aquello.

Era evidente que desconocía quién era en verdad Morag, por lo que Malcolm debía ser aún más cuidadoso si quería obtener respuestas.

—No sé de qué habla, mi señor, le juro que no sabía…—La paciencia de Malcolm se estaba agotando; sin embargo, se contuvo. No podía forzarla por mucho tiempo más.
—Solo respóndeme ¿Por qué querías esas hierbas? ¿Para quién eran? —Margaret suspiró angustiada.

—Mi señora me pidió que fuera a ver a la bruja Morag, porque ella…, ella necesitaba unas hierbas. MiLady no dijo nada más.

—¿Frances? ¿Fue ella quien te pidió que las trajeras? ¿Qué tipo de plantas necesitaba?

—Esas hierbas… —Margaret hizo una pausa, la intensa mirada del laird la intimidaba; no obstante, sabía que no podía mentirle a pesar de lo que haría Lady Frances si se enteraba—. Son para calmar los nervios, mi señor. Eso dijo Morag.

—¿Recuerdas el nombre de esas plantas, Margaret? —inquirió el laird apretando los puños.

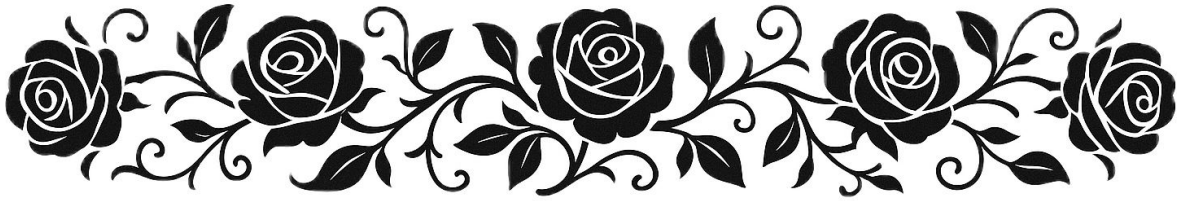
—*Casco del diablo*, mi señor. Pero por favor, no se lo diga a miLady, ella… —No pudo continuar hablando, su voz se quebró a la vez que las lágrimas inundaron sus oscuros ojos.

Malcolm dio un paso hacia ella y con ternura levantó su mentón.

—Tranquila Margaret, tu señora no te hará más daño, lo prometo. A partir de este momento, no volverás a servir a Lady Amstrong, ve y habla con Edith, ella te asignará un lugar en la fortaleza. Ahora déjame solo —Sin perder tiempo y con una gran sonrisa de alivio, Margaret asintió feliz.

Malcolm MacLeod era un buen hombre y la había salvado de aquella mala mujer.

Cuando la doncella abandonó la habitación, por poco y se desmaya, al escuchar el intenso rugido que salió del despacho del laird. No sabía qué había hecho, pero era evidente que había enfurecido al señor de los MacLeod.



Malcolm salió de su despacho hecho una furia, necesitaba calmarse o de lo contrario no respondería de sí. En su camino se encontró con su madre, quien al verlo, supo de inmediato que algo malo sucedía. El

laird relató la confesión de Margaret y le hizo prometer a Lady Catherine que en tanto no tuviera pruebas irrefutables contra la pelirroja, se encargaría personalmente de acoger a la doncella. Necesitaba que Lady Amstrong no se le acercara. Una vez logró convencer a su madre que no haría nada que perjudicara la investigación, se encaminó hacia el patio de armas. Su mente regresaba una y otra vez a la pelirroja. Aún no salía de su asombro, esa maldita mujer se había reído en sus narices. Frances Amstrong pagaría caro por el intento de asesinato de Rose. No habría piedad para con ella y sus cómplices, poco le importaba que Ian fuera parte del consejo. Su nieta era una asesina.

¿Cómo pudo ser tan ciego? Esa mujer los había engañado a todos con su sonrisa y sus buenos modales. Nadie podría sospechar que detrás de ese rostro bonito se encontraba un ser tan despreciable.

Para cuando llegó al patio de armas, no hubo necesidad de palabras, su hermano, William Douglas y Alexander abandonaron el entrenamiento de inmediato.

—¿Qué sucede Malcolm? Parece que estás a punto de asesinar a alguien —inquirió Alexander a tiempo que clavaba su claymore en el suelo.

—¿Has hablado con Lorna? —preguntó Roderick. Después de su discusión del día anterior, estaba seguro de que su hermano lo había escuchado.

—Sí, y por mucho que me cueste reconocerlo, tenías razón.

—¿De qué me he perdido?—cuestionó el laird Douglas desconcertado.

Roderick fue quien le explicó lo sucedido entre Rose, Mary y Frances y de como Lorna había presenciado todo.

—Lamento ser yo quien te lo diga cuñado, pero has cometido un grave error. Rose Sinclair no parece ser la clase de muchacha que perdona con facilidad —soltó Alexander.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay algo más que no nos estás diciendo? —interrumpió Roderick.

El laird MacLeod cerró los ojos a tiempo que exhalaba una profunda respiración.

—He descubierto quién estuvo detrás del intento de asesinato de Rose —Malcolm se detuvo unos instantes a tiempo que la furia volvía a envolver todo su cuerpo. El solo decir el nombre de aquella mujer, lograba que quisiera salir corriendo de allí para ir en su búsqueda—. Ha sido Frances Amstrong.

Un silencio casi sepulcral sorprendió a los presentes. Aquella revelación era algo imposible de pensar o digerir.

—¿Estás seguro Malcolm? Es una acusación muy grave —inquirió el laird Douglas sin poder salir de su asombro mientras su amigo asentía.

—Su doncella lo confirmó cuando la confronté.

—¿Y qué piensas hacer? Es evidente que no puedes dejarlo estar —el laird de los MacLeod clavó sus ojos en su hermano—. Sin embargo, es la palabra de una criada contra la de la nieta de un miembro del consejo.

—Es por eso que haré una visita a Morag, confirmará lo que Margaret me ha dicho. Fue ella quien le entregó las hierbas venenosas a la criada.

—¿Y si se niega a ayudarte? —preguntó Alexander preocupado.

—No lo hará, además ella y su hermano Callan me lo deben. Hace años que tendría que haberla desterrado. Nadie en el clan ve con

buenos ojos a la bruja.

—Iremos contigo.

—No, Roderick. Tú, Alexander y William se encargarán de que ni Frances ni Mary se acerquen a Margaret. Necesito que cuando confronte a Lady amstrong, su doncella no se eche atrás. Deberías ver los cardenales que tiene en sus brazos, es evidente que teme lo que esa pelirroja pueda hacerle. Hablen con mi madre, ella está al tanto de todo. Alistair y yo le haremos una visita a Morag.

Los hombres asintieron a tiempo que Malcolm iba en busca de su *tannistear*, con un solo pensamiento en mente, Rose Sinclair. No la había visto desde lo sucedido con Frances y Mary. Ni siquiera bajó a desayunar esa mañana. No como su hermana Sophie, quien por extraño que pareciera, sonreía y conversaba como siempre. Hasta el mismo Alistair estaba animado. Quizá su amigo había tenido suerte y Sophie y él habían solucionado sus problemas. Solo esperaba que en cuanto resolviera ese asunto con esa desgraciada de Lady Amstrong, él pudiese hacer lo mismo con el ángel plateado.

Capítulo 38

La venganza de Lady Catherine



No había visto a Margaret desde el desayuno y aquello le resultaba extraño. Frances se paseaba de un lado a otro de su habitación esperando que su doncella apareciera. Necesitaba que la ayudara a peinarse, estaba decidida a ir en busca de Lady Catherine para seguir sembrando su inquina contra Rose Sinclair. El día anterior había dado un gran paso al dejarla como una salvaje frente a Malcolm. No obstante, necesitaba convencer al resto de los MacLeod de que aquella unión solo traería problemas al clan, sino al propio laird. Su abuelo, por su parte, estaba haciendo lo mismo con los miembros del consejo que aún apoyaban a Malcolm, por lo que ella se encargaría del resto. Apretó entre sus largos dedos el broche del clan MacLeod. Había elegido llevar el plaid con la intención de mostrarle a la madre del laird su compromiso con el clan. Aún estaba furiosa por todo lo sucedido, no solo no había podido asesinar a esa desgraciada, sino que todo había empeorado desde que esa furcia había revelado quién era en realidad. Sin embargo, poco valía su apellido o su linaje, si conseguía que todos la odiaran.

Decidida a encontrar a su criada, salió de su habitación furiosa, esa idiota pagaría caro el haberla hecho esperar.

Para cuando entró en el salón principal, su corazón dio un vuelco. Lady Catherine, Penny, Lady Clara, la hermana de la salvaje y Margaret estaban sentadas junto al fuego del hogar, bordando y conversando como si fueran grandes amigas. Algo en aquella imagen no estaba bien, ¿desde cuándo su doncella se demoraba en otros asuntos que no fueran los suyos? Se la notaba relajada, hasta se podría decir que disfrutaba de la compañía de la señora del clan y las otras mujeres. No obstante, y a pesar de estar enfurecida con su criada, Frances sonrió con malicia. Puede que aquello no fuese tan malo después de todo. Decidió acercarse y aprovechar la situación. Ya se encargaría de su doncella más tarde.

—Al fin te encuentro Margaret, estaba preocupada —comentó mientras le dedicaba una sonrisa forzada a la joven criada.

Al instante, la doncella se tensó al escuchar la voz de la pelirroja. Lady Catherine, quien había visto como la pobre muchacha palidecía, abandonó su bordado en su regazo y miró con frialdad de pies a cabeza a la recién llegada. La señora del clan estaba al tanto de todo, por lo que no permitiría que esa *lowlander* continuara haciendo más daño. A pesar de que deseaba desenmascararla, había prometido a Malcolm que no se inmiscuiría, pero nada dijo su hijo de no poner a esa asesina en su lugar.

—No debes tomarla con la muchacha, he sido yo misma quien la ha invitado a que nos acompañe. He visto los cardenales en sus brazos y en su rostro —La madre del laird recalcó aquellas palabras con intención. Estaba segura de que la pelirroja reaccionaría al escucharlas—. No sería justo que se encargue de sus labores en ese estado. Nadie, criado o no, merece ser tratado de ese modo.

Un helado escalofrío recorrió el cuerpo de la pelirroja. Lady Catherine la estaba desafiando y poco podía hacer. No si su intención era acercarse a ella. Carraspeó al mismo tiempo que apretaba los puños. Necesitaba serenarse o de lo contrario su furia sería imposible de ocultar.

—Oh, eso —soltó mientras sonreía—. La pobre tropezó hace unos días con una de las alfombras de juncos de mi habitación. Por fortuna no le sucedió nada.

Un silencio incómodo envolvió el enorme salón de pronto, hasta el crepitar del hogar parecía haberse detenido. Ninguna de las mujeres sentadas al fuego se atrevían a hablar o respirar.

—Qué extraño, juraría que los golpes que tiene Margaret en su rostro tiene forma de…, dedos, unos largos y delicados dedos. Casi como los tuyos, Frances —soltó Penny a tiempo que continuaba con su bordado.

—Lady Penny, ¿insinúas que la he golpeado? Díselos Margaret, diles que yo nunca te haría algo así —sollozó, colocándose la mano en su

pecho.

La doncella elevó el mentón y clavó sus oscuros ojos en la pelirroja. No había terror en ellos, por el contrario, un brillo de satisfacción los envolvía.

Por primera vez en su vida, Frances se sentía acorralada y no sabía como actuar.

—Lo mejor será que a partir de este momento sea tu abuela Mary, quien se encargue de tu cuidado, Frances. Yo misma hablaré con ella más tarde—señaló la madre del laird.

—Pero Margaret es mi doncella, ella siempre…

—Margaret es parte del clan MacLeod ahora—interrumpió Lady Catherine con serenidad—. Estoy segura de que Mary estará encantada de atenderte. Además, dudo mucho que la necesites. Ya he dado instrucciones a mis criados que preparen la cabaña que mi esposo mandó a construir para tu abuelo. A partir de mañana los tres se mudarán allí. Como te imaginarás, pronto la nueva señora del clan necesitará también una doncella, por lo que creo que tú podrías ser de utilidad.

—Yo nunca…, no fui educada para servir, soy una dama —respondió Frances, olvidando sus modales, ¿cómo se atrevía esa mujer a siquiera imaginar que ella podría servir a una salvaje?

—Creo que no eres consciente de que tu vida ya no es la que acostumbrabas. Ahora eres un miembro del clan como cualquier poblador. Si deseas obtener tu sustento, debes ganártelo.

—Ha sido el laird quien me ha hospedado en el clan, soy su invitada —soltó la pelirroja enfurecida.

—Te equivocas, mi hijo solo ha permitido que vivas aquí porque tu tío no te deseaba en el clan Amstrong y lo sabes. Fue… ¿Cómo decirlo?

—Lady Catherine llevó a su mano a su mentón pensativa—. Por caridad. Sin embargo, ya es hora de que cumplas con tus obligaciones. Ahora te aconsejo que vayas preparando tus cosas.

La madre del laird le dedicó una sonrisa triunfal, mientras que con total indiferencia tomaba su bordado para continuarlo. Ni Margaret ni las otras mujeres se atrevieron a hablar cuando escucharon como una enfurecida Frances corría hacia las escaleras.

La señora del clan, decidió, entonces, aflojar la tensión que había dejado la pelirroja en el gran salón.

—Sophie, querida, ¿sabes algo de tu hermana? Hoy tampoco ha bajado a desayunar.

—No, lo cierto es que no la veo desde anoche, pero supongo que seguirá en su habitación descansando. Cuando pasé para despertarla, todo estaba en penumbras. Por lo que decidí no molestarla, su genio cambia cuando la despiertan, no sé si me entiende…

—Parece que Malcolm ha encontrado su mitad entonces, Dios nos libre si nos atrevemos a molestar su sueño.

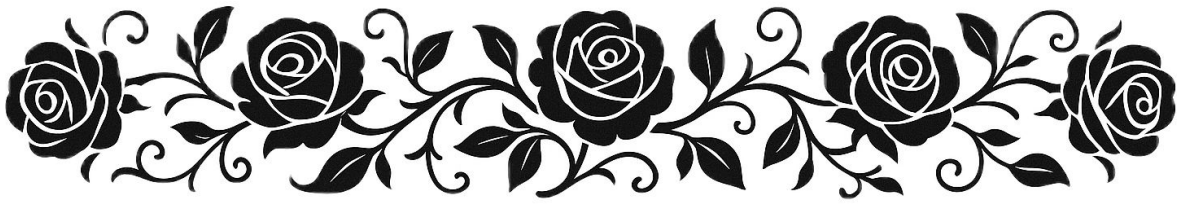
El salón resonó como un eco gracias a las sonoras risas de las mujeres. Lady Catherine lo había logrado, pronto la diversión alivió el mal momento con esa *lowlander*.

Roderick, el laird Douglas y Alexander habían llegado minutos antes, por lo que presenciaron toda la conversación desde un rincón del salón.

—Parece que tu madre no nos necesita —comentó Alexander —. Tendré que irme con cuidado con Penny si quiero conservar mi cabeza —Roderick carcajeó.

—No solo de mi madre, recuerda que mi hermana fue criada de la misma forma. Te aseguro que las dos juntas, podrían ganar una

guerra.



Frances no perdió el tiempo y se dirigió en busca de su abuela. Necesitaba convencerla de que Ian hablara con Malcolm. Lady Catherine la había tratado como a esos isleños salvajes y brutos, y no pensaba dejarlo pasar. Era evidente que la mujer estaba en su contra, lo mismo que Penny, o de lo contrario no se hubieran atrevido a tratarla de aquel modo. Todo era culpa de la Sinclair. Esa desgraciada se había ganado el cariño de la familia del laird. De no haber fallado con el *casco del diablo*, hoy ella sería la prometida de Malcolm. Todos en el clan sabían que el laird la hubiera elegido a ella y no a la salvaje. Y para peor, Frances intuía que algo extraño sucedía. Margaret nunca se hubiera atrevido a ignorarla, no al menos que estuviera siendo protegida.

¿Y si me ha delatado? Aquella duda se estaba convirtiendo en certeza conforme avanzaba por el ala oeste que daba a la habitación de

Mary.

—¿Frances?, ¿qué sucede mi niña? —inquirió su abuela mientras la invitaba a entrar a su habitación.

La pelirroja narró lo sucedido con Lady Catherine y aquellas odiosas insinuaciones. A medida que relataba lo ocurrido minutos antes, el rostro de Mary se desfiguraba. Una vez más, parecía que la esposa de Tormod amenazaba con destruir todo lo que había construido. Pero no pensaba abandonar la fortaleza y mucho menos permitiría que su nieta se convirtiera en la doncella de esa don nadie.

—Tranquila, querida, hablaré con tu abuelo. Estoy segura de que Malcolm lo escuchará —comentó intentando calmar a Frances que no paraba de sollozar.

—¿Es que no lo entiendes? Margaret debe volver a ser mi doncella, no puedo arriesgarme a que hable. Todo es culpa de esa desgraciada Sinclair. Se ha encargado de que Lady Catherine me deteste. Debería haber muerto cuando la obligué a tomar esas hierbas.

Mary se tensó al escuchar aquello de los labios de su nieta.

¿Frances era la culpable? Ni siquiera ella se había atrevido a tanto a pesar de odiar a Catherine MacLeod. Aun así decidió callar. Si alguien se enteraba de lo que había hecho, el laird no la perdonaría. No podía perderla, era su nieta después de todo y haría lo que fuera por ella.

—¿Por qué no te calmas? Quizá aún estemos a tiempo.

—No, no puedo arriesgarme a que Margaret abra la boca, estoy segura de que algo ha dicho ya. Me niego a quedarme de brazos cruzados. ¿Sabes lo que me harían si me descubren? Me ayudarás —De pronto un brillo de maldad se dejó ver en los ojos de Frances—. Sé que el abuelo tiene dinero guardado, como también sé de donde proviene, por lo que me lo entregarás si no quieres que los delate.

En sus tardes de aburrimiento, Frances acostumbraba a espiar también a sus abuelos, así fue como descubrió las joyas y el oro de los MacLeod. Su abuelo Ian y el viejo Callan habían estado robando al clan por años.

—No puedes, no serías capaz —negó Mary aun sin poder creer lo que su nieta decía—. Malcolm nos asesinaría si llegara a enterarse.

—Ese no es mi problema. Ahora, si no quieres que hable, ya sabes lo que tienes que hacer. Y no se te ocurra traicionarme o decir una sola palabra acerca de lo sucedido con Rose Sinclair. Te aseguro que me encargaré de que tú y el abuelo sufran y mucho, si me delatas —amenazó a tiempo que sonreía con malicia.

Para cuando Frances llegó a su habitación, se encontraba más animada. Su abuela le había prometido entre lágrimas que se encargaría de ayudarla a escapar y no dudaba de que lo hiciera.

Observó su imagen en el espejo. Solo un ciego podría comparar a esa salvaje con ella. Era la mujer más bella dentro y fuera de esas tierras. Los hombres caían a sus pies, admirándola, venerándola. Era una pena que Malcolm MacLeod se le hubiera escapado de las manos. Le habría encantado tener más tiempo para que esa desgraciada sufriera lo indecible. Sin embargo, debía escapar de allí en cuanto su querida abuela le entregara lo que le había exigido.

Capítulo 39

La bruja



La cabaña de Morag era pequeña. Una desvencijada y precaria construcción de madera oscura, que había visto mejores días. Rodeada de árboles tan añejos como el hogar de la bruja, contenían finas y secas ramas, imitando garras protectoras. Un humo espeso y amarillento salía por la chimenea, impregnando aquel alejado rincón del bosque de un olor a hierbas quemadas y casi metálico.

El exterior, decorado con extraños objetos, la convertían en algo lóbrego y oscuro. Huesos, plumas negras atadas, y pequeños amuletos tallados en madera eran algunos de ellos. Una hilera de frascos olvidados, se alineaba en el alféizar de la ventana.

Cuando Malcolm, seguido por Alistair, empujó la puerta, un escalofriante crujido anunció su presencia. La habitación que los recibió estaba rodeada de sombras y humedad. Aquel intenso hedor obligó a ambos hombres a cubrir sus bocas con sus *plaids.* Animales disecados y hierbas secas decoraban las frías paredes de la cabaña, completando la tétrica escena. En las esquinas más oscuras, gruesas telarañas se dejaban ver a través de la luz tenue de la única vela que se encontraba en la mesa central, donde la bruja estaba sentada, trabajando con extrema concentración en lo que parecía ser una de sus pociones.

Morag, no se molestó en levantar la mirada. Como si supiera quienes estaban frente a ella.

—¿A qué se debe su visita, laird MacLeod? —soltó mientras continuaba con su trabajo.

—No es por cortesía Morag, te lo aseguro.

—¿Acaso has venido a desterrarme? Sé muy bien que varios de tus pobladores te han ido con el cuento —escupió la mujer guiada por el rencor.

—No si respondes con la verdad.

—Tú dirás, laird…

Malcolm apretó los puños. De no ser porque esa hechicera era la hermana de Callan, ya la hubiese desterrado hace tiempo. Aunque debía reconocer que Morag había cumplido con su promesa y no aparecía nunca por el pueblo o por los alrededores de la fortaleza. Aun así, no le gustaba nada que lo desafiara.

—Hace un tiempo, una doncella ha venido a pedirte unas hierbas para su señora, quiero saber qué clase de plantas le has entregado.

La bruja abandonó su trabajo y clavó sus viejos ojos en el laird. Su mirada era astuta, no obstante, la tensión en su cuerpo era evidente. Aquella frase la había tomado desprevenida.

—Contesta bruja, mi laird te ha hecho una pregunta —ordenó Alistair dando un paso adelante y colocando su mano en la empuñadura de su espada.

—*Casco del diablo* —respondió Morag a desgano. No le gustaba nada aquella pregunta, pero sabía que no tenía opción. No si quería seguir como hasta ahora. Además, no pensaba arriesgarse y proteger a una desconocida—. La doncella me pidió esa hierba en especial, dijo que su señora la había enviado por ella. Supuse que la mujer las necesitaba para deshacerse de alguien. Pero no pensaba preguntar de quién. No es mi problema, solo me dedico a vender lo que me piden.

—¿Quién más en el clan conoce de esas plantas?—inquirió Malcolm, aunque estaba seguro de que Morag era la única que podía tenerlas en su poder.

—Nadie conoce de hierbas y mucho menos las que solo hacen daño. Ya sabes a qué me dedico y nunca me has cuestionado por ello. El trato era no acercarme a tu gente y así lo he hecho. Quienes me visitan lo hacen a sabiendas de lo que hago.

La bruja se aproximó al hogar a tiempo que se abrazaba a su viejo *arisaid*. Estaba cansada de esa gente que se desvivía por acusarla. Mientras observaba el crepitar del fuego, no fue consciente de que los ojos del laird estaban puestos en su cuello. La mujer maldijo al mismo tiempo que en un intento inútil por cubrirse. Lo único que logró fue que Malcolm aumentara su interés en su colgante.

Amaba esa joya, ni siquiera su hermano sabía que la había robado del botín que Callan y Ian ocultaban en su cabaña. Todo intento de disimular fue en vano, en cuestión de segundos, el laird se lo arrebató de un solo movimiento.

—¿De dónde lo has sacado? —Los ojos de la bruja estaban puestos en la brillante joya del colgante, no se atrevía a mirar a Malcolm —. Contesta—gritó furioso.

—Un viajero me lo entregó… —mintió ocultando la mirada.

Sin embargo, su respuesta no había sido convincente. No al menos para su laird quien estaba acostumbrado a interrogar.

—Mientes. Te lo advierto Morag, no colmes mi paciencia. Responde, ¿cómo es que tenías en tu poder una de las joyas que el rey Hakoon envió para la reina Joan? —clamó mientras apretaba el colgante en su enorme mano.

—Habla si no quieres que te muela a golpes —amenazó Alistair tomándola del cuello.

Morag sabía que no tenía escapatoria, la mirada del guerrero MacLeod le aseguraba que su amenaza no era en vano. Al demonio con todo, ella no era culpable de la traición de su hermano junto con Ian. Solo estaba haciendo lo que le decían. No pensaba arriesgar su pellejo por quien la había obligado a vivir de aquel modo, sin siquiera protegerla.

—Mi hermano y Ian…, ellos han ocultado el cargamento en mi bodega, no sabía a quién pertenecían las joyas, lo juro. Yo solo las guardaba para ellos —expuso a tiempo que Alistair la liberaba—. Lo aseguro laird, yo no he robado nada.

Aquello fue el punto de quiebre. El aire se envició de repente, como si la furia que emanaba del laird pudiera contaminar la pequeña habitación de la cabaña de la bruja. Su mirada se tornó oscura, lóbrega, mientras que las venas de su cuello se tensionaron como si estuvieran a punto de explotar.

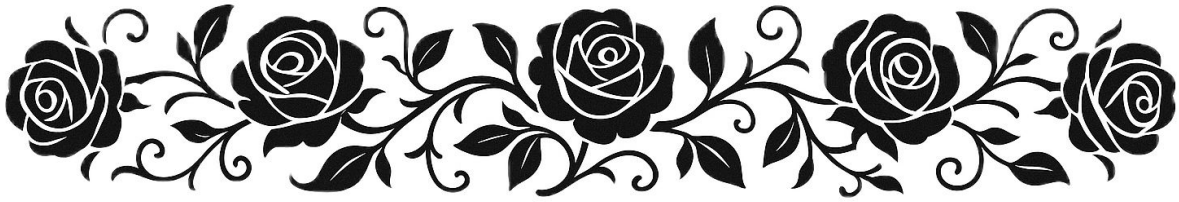
—Recoge tus pertenencias y no vuelvas por mis tierras. Si regresas, no seré tan benevolente —rugió Malcolm llevado por la rabia.

Sin perder tiempo se dirigió a la bodega. La bruja asintió temerosa, al menos había salvado su pellejo, estaba segura de que su hermano no terminaría del mismo modo.

Una vez en la bodega, la respiración del laird se volvió pesada y controlada, como si en su interior se debatiera una lucha por no estallar de furia. Había ido en busca de respuestas para deshacerse de Frances Amstrong y sin siquiera imaginarlo, había resuelto el misterio de los ataques a los barcos. Callan y Ian responderían ante él y no sería tan benévolo como con la bruja.

—Alistair, ve por mi tío y que alguno de los hombres traiga la carreta —ordenó desde la bodega.

Todos los cargamentos que le habían sido robados, se apilaban en sus propios baúles. Esos dos viejos traidores habían actuado con total impunidad y para peor, manipulado a su antojo. No obstante, aquella sería la excusa perfecta. Se desharía de ese maldito consejo al fin. Ahora comprendía por qué las cuentas del clan no cerraban. Esos desgraciados pagarían con creces cada centavo y cada moneda de plata y oro que robaron.



Ian y Calan estaban estupefactos, un grupo de soldados del laird los habían llevado a rastras frente a Malcolm, quien los observaba en total silencio sentado en su estrado. Sus ojos parecían despedir una mezcla entre la furia y el desprecio. A ambos lados del señor de los MacLeod, Roderick y Hamish tenían sus manos puestas sobre las empuñaduras de sus espadas, amenazantes, expectantes, lo mismo que el laird. Ambos ancianos sabían que algo malo sucedía, no obstante no se atrevían a hablar. Como si al hacerlo, temieran que Malcolm los pudiera asesinarlos allí mismo.

—¿Creyeron que no lo descubriría? ¿Qué podían llenar sus bolsillos con el oro de mi clan? ¿Robarme sin que hubiera consecuencias? —La voz del laird resonó en las gruesas paredes de piedra, un eco firme y poderoso, ensordeció a todos los presentes de pronto.

Malcolm había convocado al resto del consejo con la intención de una vez y para siempre acabar con ese grupo de alimañas, y aquella era la oportunidad perfecta. Los ancianos estaban tan abrumados como Ian y Callan que parecían haberse encogido en cuanto escucharon sus palabras. Sin embargo, sabía que intentarían embaucarlo como una serpiente rastrera.

—Muchacho, debe haber algún malentendido… —clamó Calan mientras daba un paso hacia él. Era evidente que deseaba convencerlo de su inocencia.

—¿Malentendido?, ¿ha sido un malentendido los continuos ataques a mis barcos? ¿Ha sido un malentendido que las cuentas del clan hayan sido adulteradas? ¿O que tu hermana llevara en su cuello una de las joyas de la reina Joan? —El consejero abrió los ojos—. Oh, ¿no lo sabías? Morag fue quien los delató.

Calan palideció a tiempo que maldecía a su hermana. Debería haberse deshecho de ella hacía años. Sin embargo, esa desgraciada le servía de tanto en tanto, en especial cuando le preparaba sus pociones para deshacerse de quienes se interponían en su camino. Fue Ian quien interrumpió sus pensamientos.

—Malcolm… —Las palabras se atoraron en la garganta del viejo Ian de pronto, la intensa y furiosa mirada del laird lo intimidaba.

Renegó en silencio. Su avaricia y su deseo de venganza, lo habían llevado a traicionar a su laird. Odiaba a esa familia desde que su esposa lo despreció, comparándolo con Tormod MacLeod, precisamente en su noche de bodas. Y para peor, Malcolm era la viva imagen de su padre, por lo que parecía como si el destino se burlara de él cada día.

No obstante, sabía que nada de lo que dijera podría evitar la furia del laird. A pesar de que no podía siquiera hablar, levantó la mirada, aceptando la derrota. Fue en ese momento en que sus ojos se cruzaron con los de su esposa, Mary. La muy desgraciada se ocultaba

tras una de las columnas del salón. Sin duda creería que saldría impune de aquello, por más que había sido ella misma quien lo había impulsado a aceptar la propuesta de Callan.

—¿Qué quieres ahora, Ian? ¿Crees que porque te consideraba mi amigo no me temblará el pulso? ¿Acaso piensas que tendré piedad contigo? Nada de lo que digas o hagas cambiará las cosas. Tú y tu familia no merecen mi perdón.

Ian abrió sus ojos con sorpresa, no esperaba que el laird la tomara con Frances.

—Laird, mi nieta y mi esposa no deben pagar por mi error… —rogó intentando convencerlo.

No obstante, no había compasión en los ojos de Malcolm, por el contrario, el solo hecho de nombrar a Mary y a la pelirroja, parecieron aumentar su ira.

—Te equivocas, ellas también deben responder ante mí. Es evidente que son tan rastreras como tú, en especial tu adorada Frances.

El laird entonces se volteó hacia el resto del consejo que observaban horrorizados a los traidores.

—Este consejo ha sido una pérdida de tiempo y lealtad. Desde este momento, queda disuelto para siempre. No volveré a sentarme con traidores ni cobardes.

—Pero Malcolm —Uno de los ancianos dio un paso adelante—, el clan siempre ha contado con un consejo. Fue el mismo rey Olaf quien lo creó.

—Y yo he decidido destruirlo. Regresen a sus hogares antes de que me arrepienta y los destierre. Ya he soportado demasiado sus intrigas.

Sin más, el MacLeod se dirigió a su tío para ordenarle que los traidores fueran llevados al calabozo. Merecían la muerte, sin duda. No obstante, no morirían por su mano, el encierro y las alimañas serían mucho más crueles y su mayor venganza. Nunca más volverían a ver la luz.

Mientras tanto, Mary, quien había presenciado todo, corrió escaleras arriba para advertir a su nieta. Nada podía hacer por su esposo y poco le importaba en realidad. Tomaría la fortuna que Ian había ocultado y escaparía de inmediato. Frances tenía que llevarla con ella, o de lo contrario no le entregaría un centavo.

Capítulo 40

La amenaza ha llegado



Blair debía reconocer que la fortaleza MacLeod era aún más imponente de lo que se rumoreaba. Intimidante y oscura, daba la sensación de estar adentrándose en el propio averno. Un gélido escalofrío recorrió su espalda conforme se acercaba hacia la deslumbrante y poderosa entrada que lo recibía junto a la comitiva de David y su mano derecha. O´Callahan también parecía tan asombrado como él, sin embargo, no demostró cuanto le afectaba. Cuando el estandarte real apareció frente a los hombres que custodiaban desde las almenas, las puertas de Dunvegan se abrieron ante ellos.

A pesar de lo que sentía, logró controlarse. No era momento de echarse atrás, no cuando estaba tan cerca de deshacerse de esas bastardas para siempre.

El anuncio de que un grupo de emisarios del rey David se encontraba en el patio principal, pronto llegó a oídos de Malcolm. Le extrañó de sobremanera; sin embargo, sabía que no podía demorarlos. No deseaba tener problemas con el rey.

Apretó los puños, le hubiera gustado apresar a esa traidora y su abuela. Frances y Mary deberían esperar hasta averiguar que se traían entre manos los emisarios.

—Asegúrate que Mary y su nieta no salgan de sus habitaciones — indicó a su hermano. Esperaba que aquella imprevista visita no durara más de la cuenta. Ordenó entonces que hicieran pasar a los hombres de David.

La sorpresa fue aún mayor cuando, junto con la comitiva, se encontró cara a cara con Blair Sinclair.

"¿Qué demonios está haciendo ese malnacido aquí y en compañía de los hombres de David?"

Se preguntó a tiempo que abandonaba con desconfianza su silla para recibir a la comitiva.

—Laird MacLeod, es un placer volver a verte —saludó con una reverencia Jonathan Burrow, uno de los *thane* del rey.

—Jonathan —Malcolm se acercó al hombre sin dejar de mirar a Blair —. ¿A qué se debe esta *visita*? —El laird recalcó aquella última palabra llena de rabia contenida.

¿Cómo demonios David había permitido que aquel asesino estuviera junto a sus hombres? De soslayo, divisó a su tío Hamish, quien no tardó en unírsele.

—El rey desea interrogar a las muchachas Sinclair y a Hamish MacLeod por el asesinato de Angus Sinclair. Sabemos que se encuentran aquí.

El tenso momento pareció acrecentarse, cuando los hombres del rey fueron conscientes de que un grupo de soldados MacLeod, liderados por Alistair y el laird Douglas, se acercaron a ellos. En sus rostros podía verse cuanto les desagradaba esa visita. Malcolm también lo notó, por lo que, con una sola mirada de advertencia, obligó a su hermano y su amigo a no intervenir al mismo tiempo que colocaba su mano en la empuñadura del arma de su tío. Sabía cuanto deseaba su tío rebanarle el cuello a ese desgraciado de Sinclair.

Por otro lado, Blair, confiado que era protegido por los hombres del rey, era consciente que Malcolm nada podía hacer. No, si no quería ser él o su familia quien respondiera ante David.

—Así es, las hijas de Eirik Sinclair están bajo mi protección y mi tío, como habrás notado Burrow, está justamente aquí. Lo que me sorprende es que estés en compañía del asesino de Angus Sinclair —afirmó el laird MacLeod con seguridad.

Una sonora carcajada resonó en el gran salón, logrando que el silencio que se había apoderado del lugar. Blair, con una sonrisa arrogante, clavó sus fríos ojos en Malcolm.

—¿Crees que estaría aquí si el rey creyera que tuve algo que ver con la muerte de mi padre? Es inútil que trates de proteger a mis primas cuando todos saben que han sido ellas quienes lo han asesinado con la ayuda de tu tío.

En ese momento, el laird cayó en cuenta de lo que estaba sucediendo, ese malnacido, de alguna manera, se las había ingeniado para convencer a David de que Rose y Sophie eran las asesinas de Angus Sinclair.

—Mientes, has sido tú y tus hombres quienes atacaron la fortaleza y tú Blair, quien dio muerte a su propio padre —gritó Hamish dando un paso hacia ese desgraciado. De inmediato, los hombres del rey se interpusieron en su camino, a tiempo que los soldados MacLeod rodeaban a la comitiva.

—Laird MacLeod —advirtió Jonathan Burrow con firmeza pero con cautela.

Sabía que si Malcolm lo deseaba, ninguno de ellos saldría vivo de allí. La reputación del laird de la isla de Skye lo precedía y no pretendía provocar su ira o la de sus hombres.

—Suficiente —gruñó Malcolm ante el pedido del *thane*. No podía permitir que ese desgraciado desatara una guerra.

Al cabo de lo que pareció una eternidad, los MacLeod y los Douglas depusieron sus armas, sin embargo, mantuvieron su posición y su atención sobre los visitantes.

—Mis primas MacLeod, no perdamos más tiempo, ¿dónde las tienes? No querrás provocar la ira del rey —clamó Blair ansioso por alejarse

de ese endemoniado lugar. Desde que había puesto un pie en esa fortaleza, un mal presagio lo embargaba.

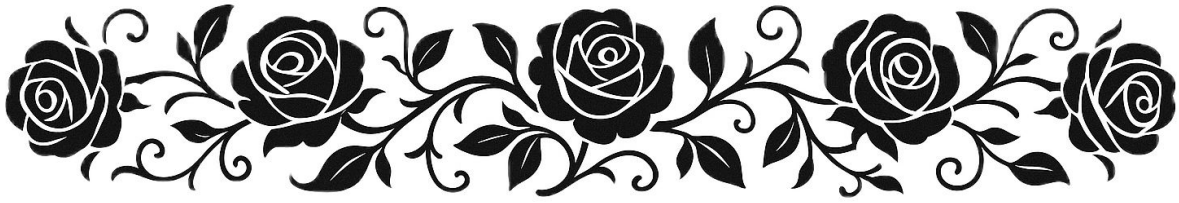
Burrow negó con la cabeza, le había advertido al rey que ese malnacido de Sinclair no debía acompañarlo a él o a la comitiva. Temía que empeorara las cosas, además de que no confiaba en su palabra y mucho menos en las del irlandés que lo secundaba. Pero su soberano no lo había escuchado. Maldijo para sus adentros.

—Mi clan no se doblega ante mentiras ni amenazas, Sinclair, no permitiré que se los acuse sin pruebas —reclamó Malcolm sin apartar la mirada de Blair. Deseaba asesinarlo con sus propias manos y así borrar aquella sonrisa arrogante de su rostro. No podía concebir que David hubiera creído en ese malnacido. Nadie en su sano juicio creería que Rose o Sophie podían ser asesinas.

—Laird, si me permite unas palabras…, lo mejor será discutir todo este asunto en privado —intervino el emisario.

—Burrow, no perdamos más tiempo…—musitó Blair en un intento inútil de interponerse en la decisión de Jonathan.

—Ni una palabra más Sinclair, el rey no te ha dado autorización para que te entrometas —amenazó el *thane* del rey con severidad. Estaba harto de ese malnacido.



Tras una extensa conversación con Burrow, Malcolm se sentía, por primera vez en años, desalentado. Las expectantes miradas de su familia y sus amigos, estaban clavadas en él. Su madre y su hermana se habían unido a la reunión después de que Alexander llegó con la noticia. Nadie se atrevía a hablar con las muchachas, no hasta saber cuál sería la decisión de Malcolm. El laird sentía que todo se desmoronaba a su alrededor. Para empeorar las cosas, la pelirroja había huido junto con Mary. Roderick se lo confirmó cuando lo envió en su búsqueda.

—¿Qué ha dicho Burrow? —inquirió Lady Catherine.

—No hay nada que pueda hacer. Si no permito que se marchen, estaría poniendo en peligro al clan —manifestó el señor de Skye abatido a tiempo que negaba con la cabeza.

El solo hecho de imaginar a Rose frente a David lo llevaba a la locura. Ni siquiera tuvo oportunidad de disculparse o acercarse a ella. ¿Cómo

podía ahora entregarla al malnacido de su primo?

—Encontraremos la manera de probar su inocencia —declaró su madre. No solo le preocupaban aquellas jóvenes, sino su hermano, quien estaba dispuesto a dar su vida por las muchachas—. No permitiremos que nada les suceda.

—No debes inquietarte. Si es necesario, le diré a David que he sido yo quien lo asesinó —propuso Hamish a tiempo que los ojos de Catherine se inundaban en pesadas de lágrimas.

—Malcolm…, sé lo que estás pensando, pero es una locura, no puedes asesinar a Sinclair, aunque se lo merezca —señaló Douglas.

El laird de los MacLeod clavó sus ojos en su amigo. Sabía que William estaba en lo cierto, no obstante, era incapaz de aceptar lo inevitable.

—¿Qué clase de laird permite que un miembro de su familia y dos muchachas inocentes corran peligro de ser colgadas? Estamos hablando de mi futura esposa William, la mujer que amo —soltó llevado por a furia y la impotencia.

A pesar de la situación, aquella declaración, dejó a todos estupefactos. Catherine y Penny no pudieron evitar esbozar una sonrisa.

—Iremos a la corte, intentaremos hablar con David y retrasar el juicio —intervino Roderick —. Tú, encárgate de ir en busca de pruebas. Viaja al clan Sinclair, puede que encuentres algún sobreviviente, o un testigo.

Malcolm asintió, a pesar de la ira y el dolor que sentía. Comprendía que de nada valía ahora lamentarse de la situación. Había sido un necio y un cobarde por no haber aceptado que estaba enamorado de Rose y ahora puede que la perdiera para siempre. Cerró los ojos, no deseaba que su familia y sus amigos vieran lo que sentía. Por primera vez desde la muerte de su padre, el poderoso laird de la isla de Skye,

deseó poder gritar a su antojo mientras derramaba las lágrimas atrapadas en su garganta.

Capítulo 41

¿Dónde está Rose?



La noticia de la desaparición de Rose, tomó a todos por sorpresa. El destino y la mala suerte parecían burlarse una vez más de Blair. Nadie podía explicar como había sucedido. No obstante, Jonathan Burrow era el único que creía en la palabra de Malcolm. De no haber sido por el emisario, el laird de los MacLeod hubiera atravesado con su claymore a ese bastardo de Blair Sinclair y al irlandés que lo acompañaba.

—Mientes, sé que la estás protegiendo MacLeod, ¿qué te ha prometido esa furcia? ¿Acaso te ha entregado su virtud? —clamó una vez más un incontrolable Blair, que caminaba de un lado a otro del salón, a tiempo que O`Callahan clavaba sus ojos en los soldados que secundaban al señor de Skye.

La tensión y el deseo de derramar sangre entre los hombres del clan y los forasteros, pendía de un fino hilo a punto de romperse.

—Eres un desgraciado Blair, ¿cómo te atreves a manchar el nombre de mi hermana? —Sophie dio un paso hacia su primo con la intención de abofetearlo, sin embargo, Alistair la detuvo a pesar de sus deseos por acabar él mismo con la vida de ese bastardo.

—Contrólate prima, pronto, tú y esa malnacida conocerán la justicia. Han asesinado a mi padre y lo pagarán con sangre.

—Será el rey quien decida lo que sucederá a las muchachas Sinclair, eres tú el que debe controlarse —bramó Jonathan, el emisario. Estaba harto de ese hombre y su secuaz.

Conforme avanzaba el tiempo, se convencía más y más de la inocencia de las jóvenes. Nunca había visto a alguien con tantos deseos de venganza como el Sinclair. No obstante, nada podía hacer sin pruebas, solo esperar por la decisión de David.

—Muy bien—respondió entre dientes Blair, maldiciendo para sus adentros, no solo por la orden del emisario, sino porque esa bastarda de Rose, se le había escapado.

Los hombres del rey buscaron por horas sin éxito dentro y fuera de la fortaleza. Era evidente que no se encontraba en el clan. Aun así, no deseaba marcharse sin ella. Era un riesgo demasiado grande si su prima mayor decidía acusarlo, no podía olvidar que era la protegida de la reina.

—Laird MacLeod, regresaré a la corte junto con Lady Sinclair y su tío. Contarán con mi protección y la de mis hombres. Una vez allí enviaré personalmente un grupo de mis mejores soldados en busca de Rose Sinclair, si es que el rey así lo ordena —indicó Jonathan Burrow, a tiempo que un estridente gemido salía de los labios de Sophie, quien tuvo que ser contenida por Catherine MacLeod y Penny. Alistair deseó asesinar a Burrow.

—¿Vamos a marcharnos sin más? Deberíamos salir en su búsqueda nosotros mismos, es evidente que es una fugitiva —soltó el Blair Sinclair furibundo.

Si se marchaban sin Rose, tendría que convencer a David de su culpabilidad. Sin embargo, deseaba zanjar aquello allí mismo y no arriesgarse a ser descubierto. Su mentira pendía de un hilo, aquel falso testigo no había sido muy convincente cuando la reina lo interrogó. Sin Rose, marcharse sería en extremo peligroso. Estaba jugando un juego demasiado arriesgado y ahora debía ser cauteloso.

O`Callahan clavó sus oscuros ojos en él, indicándole que se contuviera. Apretó los puños, su plan de deshacerse de los hombres del rey y de sus primas durante el viaje de regreso a la corte, no podía llevarse a cabo. Tenía que llegar cuanto antes al palacio. Se aseguraría que Sophie y Hamish fueran juzgados y colgados, tal y como era la costumbre del soberano. Estaba seguro de que aquello haría salir a su querida prima mayor de su madriguera.

—Eso no puedes asegurarlo, solo son conjeturas. En lo que a mí respecta, Rose Sinclair está desaparecida. En cuanto a salir en su búsqueda, Sinclair, una vez se lo comunique al rey, será él quien decidirá como proceder —Esta vez, Burrow no dio tiempo a réplica

por parte de aquel desgraciado. Se volteó, dirigiéndose al laird y a su familia.

—Cuento con tu palabra Jonathan, solo pido que mi hermano y mi hombre de confianza puedan acompañarlos en su regreso —Malcolm hizo una pausa a tiempo que Roderick y Alistair asentían—. Yo partiré de inmediato en busca de Rose Sinclair y me encargaré personalmente de llevarla a la corte.

—Mi hermano y yo te acompañaremos—indicó Alexander mientras Penny se detenía a su lado.

—Qué conveniente, primero la protege y luego se compromete a ir en su búsqueda. Es evidente que si la encuentra no tiene intención de entregarla —gritó Blair encolerizado.

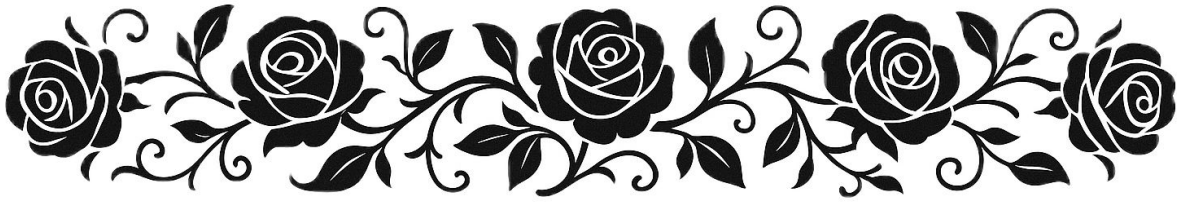
Los hombres del rey lo obligaron a retroceder en cuanto se adelantó hacia el emisario y el laird de la isla de Skye. Era indudable de que nadie confiaba en él y en el irlandés que lo acompañaba.

—Sinclair —bramó Malcolm obligándolo a callar—. Deja de actuar como un niño caprichoso.

Sin embargo, no pudo controlar sus deseos de humillarlo. El laird dio un paso hacia el irlandés, quien, a pesar de todo, parecía ser mucho más inteligente que Blair y soltó con tono burlón.

—Deberías controlar a tu cachorro, es evidente que no sabe cuando cuidar a su lengua.

O`Callahan asintió. Deseaba largarse cuanto antes de aquel clan. La fiereza de los MacLeod lo amedrentaban. Había escuchado historias de aquellos guerreros, pero nada se comparaba con el odio que destilaban en esos momentos.



Las palabras de su abuela resonaban aún en los oídos de Frances mientras se escabullía como un ladrón por el eterno pasadizo que la llevaba a la libertad. Maldiciendo su suerte, contuvo un grito ahogado cuando un grupo de ratas pasó bajo sus pies, rozando sus delicados e incómodos zapatos. No había tenido tiempo de cambiar sus ropas, ni siquiera llevaba consigo algo de abrigo. Aun así estaba determinada a escapar. Poco le importaban los continuos quejidos de la anciana, quien le había rogado, la llevara con ella. En cuanto pudiese, se libraría de su abuela, solo la necesitaba porque la mujer conocía aquella endemoniada fortaleza y sus recovecos.

De pronto, se obligó a detenerse, aquel hediondo lugar y sus alimañas, le producían náuseas, ni siquiera se atrevía a tocar las mohosas paredes que la rodeaban. Todo en ese endemoniado pasillo, le recordaban su precaria situación. Ella era una dama y no merecía aquel destino. Sin embargo, no había tiempo que perder, puede que

para esas alturas, todo el clan estuviera buscándola, por lo que a pesar de su malestar, cubrió su rostro y continuó a tientas por la penumbra que la rodeaba. La única antorcha que llevaban consigo estaba en manos de su abuela.

—Por favor, Frances, no puedo continuar, necesito descansar un poco más —rogó Mary con voz entrecortada.

—Puedes regresar si lo deseas, no te he pedido que me acompañes —escupió llena de rencor.

—¿Por qué eres tan cruel? ¿Es que acaso no te importo? ¿No tienes piedad por tu abuela?

Una estruendosa carcajada resonó entre las hediondas paredes.

—No solo nunca me has importado, sino que te detesto, lo mismo que a ese viejo que llamas esposo. Únicamente servían a mis planes para llegar a Malcolm. Por culpa de su ineptitud, me encuentro ahora huyendo como un animal. Si hubieras actuado mejor, nada de esto sucedería. Así que no pidas piedad. Si no puedes seguirme, entonces púdrete en este asqueroso lugar.

—Frances, pero si has sido tú quien intentó deshacerse de esa muchacha —gritó Mary tomándose del pecho, el dolor que le producían aquellas palabras era indescriptible. Pesadas lágrimas se asomaron por los ojos de la mujer.

—¿Y por qué crees que lo intenté? Era evidente que ni tú ni Ian podían hacer algo. Ahora, no pienso malgastar mi tiempo contigo, ya me has indicado la salida por lo que no te necesito. Puedo continuar sola.

Arrebatando de las manos de Mary, la antorcha, sacó la pequeña daga que llevaba escondida y sin ningún remordimiento, clavó el filo en el estómago de la anciana, observando como se desplomaba frente a sus pies. Abandonó a la mujer sin siquiera mirar atrás.

Sonrió con malicia mientras escuchaba los gritos ahogados de su abuela, quien, estaba segura, moriría desangrada en total oscuridad.

Para cuando llegó a la oxidada reja que se encontraba al final de aquel eterno y sucio pasadizo, la antorcha yacía muerta en su mano. Pronto oscurecería, por lo que debía apresurarse y adentrarse en el puerto sin ser vista. Subiría al primer *birlinn* que encontrara y se escondería allí.

No tardó mucho en divisarlo. Una enorme calesa con el estandarte real se hallaba ante sus ojos. Por fortuna, el plaid de los MacLeod, le había servido para ocultar su rostro y su cabello. Por primera vez en su vida, agradeció la suciedad en su vestido gracias a aquel hediondo pasaje, aquello le había permitido pasar entre los pobladores sin ser advertida.

Sin perder tiempo, se ocultó tras unas carretas que esperaban solitarias por sus dueños. Permanecería allí hasta que el día se ocultara y luego se escabulliría en el barco real. Si la suerte seguía de su lado, en unos días llegaría al palacio del rey y puede que no estuviera todo perdido.

A fin de cuentas, su belleza siempre le había servido para sus propósitos. Ningún caballero se resistiría a una dama en apuros.

Capítulo 42

La fugitiva



Rose estaba exhausta. Después de navegar en aquel viejo *birlinn* durante días, por fin había llegado. A pesar de su cansancio, y de que el helado mar calaba hasta sus huesos, se metió en el agua para ocultar el desvencijado bote tras unas rocas. No podía arriesgarse a que lo encontraran, aunque fuera ya algo inutilizable. El gran hueco que el barco había recibido, gracias a una filosa roca antes de arribar, se lo aseguraba.

El brillo de la arena de la solitaria playa se presentaba frente a sus ojos simulando un oasis en medio del desierto. Nunca había añorado la tierra firme como en aquel momento. Deseaba recostarse allí por siempre y disfrutar de aquella serenidad. Sonrió. Parecía una niña pequeña a la que le regalaban su más preciado presente. Atrás habían quedado las inmensas marejadas y las poderosas tormentas del Mar del Norte.

Aun así, sería un suicidio exponerse a que alguien la viera allí, por lo que decidió adentrarse en el denso bosque que terminaba en el acantilado. Pese a su agotamiento, escaló con cuidado los escarpados y peligrosos riscos con sus salientes. A cada paso, su férrea voluntad, era lo único que la mantenía en pie. Ni siquiera el frío y la humedad que la habían acompañado en su travesía, mermaron su determinación. Necesitaba encontrar la entrada que la llevaría hasta la habitación del laird. Puede que Blair estuviera allí.

Conforme avanzaba, sus extremidades se congelaban y endurecían. Cada escalada se le hacía interminable y más dolorosa de lo que podía tolerar. Maldijo su destino. Todo hubiera sido mucho más simple de haber ascendido por el camino que llevaba al pueblo, pero debería estar demente para arriesgarse a ser reconocida. A pesar de su harapienta vestimenta, el color de su cabello la delataría en cuestión de segundos.

Al cabo de lo que pareció una eternidad, por fin se halló en tierras Sinclair. No obstante, nada la había preparado para lo que se presentó frente a ella. Parecía como si el poblado, que tan bien recordaba, hubiese sido arrasado por un huracán. No quedaba poco

más de una choza en pie. Todo lo que sus ojos observaban desde el refugio del bosque lindante, era destrucción y desolación. La preciosa y próspera villa que la había visto crecer ya no estaba. Ni siquiera podía escucharse el ruidoso canto de las gaviotas que acompañaban siempre desde la costa, como si sus gritos se hubieran extinguido del mismo modo que el pueblo. No pudo evitar el intenso nudo en su garganta ni los poderosos deseos de echarse a llorar desconsolada. Nunca hubiera imaginado tal destrucción.

Sin embargo, aquello solo alimentó su deseo de venganza. Blair pagaría con cada gota de sangre el haber devastado a su gente. Pensó en los niños, en los ancianos, se preguntó que habría sido de ellos, rogó que hubiesen podido huir a tiempo.

Después de esperar por varias horas, a que la luz del día se ocultara, decidió que ya era momento de salir de su escondite. Conforme avanzaba con cautela, todo lo que encontraba eran escombros, ruinas, vestigios de lo que una vez fue una comunidad próspera. La intensa lluvia que había comenzado minutos antes, parecía empeorar la devastación y la soledad que la envolvía.

"Maldito…", murmuró enfurecida, cuando la imagen de Angus cayendo a manos de Blair, vino de pronto a su mente. Una huella imborrable que se alimentaba de aquel silencioso lugar. Apretó los puños, impotente, a tiempo que su corazón se contraía cuando un pequeño caballo de juguete, seguramente tallado para un niño, se dejaba ver como un recordatorio constante del odio desatado por su primo. Blair había arrasado con todo a su paso, asegurándose que ningún Sinclair pudiese sobrevivir.

Siguió avanzando, con cuidado, observando el paisaje destruido, hasta que se topó con un rincón apartado donde una figura se encontraba acurrucada. Un hombre anciano, se escondía como un pequeño ovillo, entre los escombros de lo que alguna vez fue su hogar.

Rose se acercó con cautela, intentando que sus pasos fuesen imperceptibles, cualquier movimiento en falso podría alertar a alguien. El hombre ni siquiera se movió cuando se arrodilló junto a él. Parecía absorto en sus propios pensamientos, sus viejas y callosas manos no dejaban de temblar a tiempo que un gemido imperceptible salía de sus congelados labios.

—¿Seumas? —preguntó insegura, aquel anciano le recordaba al herrero del clan, no obstante la lluvia y la oscuridad que los rodeaba no le permitía ver su rostro con claridad.

El hombre saltó al escucharla, pero al verla, sus ojos se abrieron con sorpresa y alivio. Como si estuviera en presencia de un fantasma que había regresado a salvarlo.

—Lady Rose … —susurró temeroso, como si no pudiera creer lo que veía—. Pensé que…, pensé que el rey te había apresado junto a tu hermana muchacha. Cuanto lo siento…

Rose sintió un nudo en el estómago, ¿qué demonios estaba diciendo el viejo herrero?

—No comprendo —respondió desconcertada—. ¿El rey? ¿Por qué el rey querría apresarnos a mi hermana y a mí?

El anciano parecía estar luchando por encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, se recompuso, aunque su voz era tan temblorosa como sus viejas manos.

—Blair... —dijo entre susurros a la vez que se volteaba y observaba con cautela, como temiendo que alguien lo escuchara—. Él y su secuaz han amenazado a los pocos que no hemos podido huir, si confesamos la verdad, nos matarán. Han esparcido rumores en todos los clanes a la redonda, visitando cada posada y fortaleza. Dijeron que tú y tu hermana... —El viejo herrero hizo una pausa, parecía que las palabras se hubieran quedado suspendidas de repente—, que asesinaron al laird Angus Sinclair.

—¿Qué? —espetó Rose a tiempo que una furia interna parecía apoderarse de su cuerpo.

—Así es. Se marchó a la corte, Lady Rose. Mintió al propio rey diciendo que buscaste venganza contra el laird Angus, después de que llegó a tus oídos que te enviaría a ti y tu hermana en un convento. Y el rey…, el rey lo creyó.

—¿Estás seguro Seumas? —inquirió Rose, aun sin poder creerlo.

—He escuchado a los soldados que patrullan las almenas, después de que tu primo y el irlandés que lo acompaña abandonaran la fortaleza. Pasaron por aquí para llevar un testigo, pero no sé de quién se trata.

—Ese condenado… —murmuró la muchacha mientras se incorporaba después de haber escuchado unas pisadas que se aproximaban.

—No te preocupes, milady. Esos desgraciados no se acercan aquí. Temen que la maldición que les echó la bruja Agnes sea cierta y no se atreven a adentrarse en las ruinas del pueblo.

Rose asintió aliviada mientras sonreía al recordar a la hechicera, una pobre anciana que acostumbraba a engañar a los forasteros con sus falsos poderes.

—¿Agnes ha sobrevivido? ¿Qué hay acerca del resto?, ¿y los niños? —Seumas negó mientras las lágrimas brotaban de sus cansados ojos.

—Solo unos pocos han huido a las montañas y se han refugiado allí, los ancianos y otras familias no hemos podido hacerlo. Los niños… —el viejo herrero hizo una pausa, como si el dolor del recuerdo lo debilitara —. Los más débiles han sido llevados a la fortaleza para servir a los soldados de Blair, mientras que los más aptos entrenan con el ejército.

—Debo ayudarlos…, no puedo permitir que continúen sufriendo la maldad de mi primo —Rose se sentía impotente y furiosa. Sabía que

aquello sería un suicidio, pero no podía abandonarlos así.

—Milady, debe ir a la corte y limpiar su nombre y el de su hermana. El rey la escuchará, estoy seguro. Solo así podrá ayudar a los pequeños, si se enfrenta a los soldados…, son demasiados.

Rose apretó los puños, Seumas tenía razón, ni siquiera contaba con una espada. Además, nunca se había enfrentado a más de un contrincante, sin contar con que el cansancio del viaje la había dejado exhausta.

—Lo sé…—respondió pensativa. Odiaba ese sentimiento de impotencia—. Necesito un caballo, mi bote es inservible —comentó con decisión. Tenía que llegar a la corte y detener aquella locura, solo rogaba porque la reina la escuchara.

—Milady, no puede acercarse a los guerreros de su primo. La descubrirán—imploró el viejo herrero.

Rose sopesó aquella advertencia; sin embargo, estaba decidida a hacerse con una montura. Una remota y endeble idea rondó su mente, puede que fuese un suicido, pero era lo único con lo que contaba. Una distracción y quizá tuviese su oportunidad.

—Llévame con Agnes.

Minutos más tarde, encontró a la vieja hechicera sentada junto a una precaria hoguera. Seumas aún desaprobaba aquella locura, no obstante, la decisión de Rose ya estaba tomada. Contrario a la negativa del viejo herrero, Agnes se sintió encantada de ayudar, parecía como si la anciana bruja hubiese revivido tras el pedido de Lady Rose.

Sin perder tiempo, la mujer se incorporó y se encaminó a los guerreros que protegían la entrada a la fortaleza, arrastrando su largo palo que le servía de bastón. En cuanto los hombres vieron que la anciana se acercaba, el temor se apoderó de ellos.

Inentendibles palabras salieron de los labios de la hechicera, como si de una maldición se tratara. Atemorizados y confundidos, los guerreros amenazaron a la mujer con sus espadas, a pesar de que no deseaban acercarse. Aún sí, en medio de la confusión y los gritos de los hombres por alejar a la vieja bruja, no fueron conscientes de que una diminuta figura, se escabullía en la oscuridad de las sombras que le brindaban los altos muros.

Por fortuna, nadie notó que uno de los caballos de la caballeriza no estaba en su lugar. Rose escapó en total oscuridad y valiéndose de las penumbras que brindaba la noche. El viejo portón trasero que daba al acantilado, le sirvió para desaparecer con el animal. Antes de emprender su viaje a la corte, se aseguró de que Agnes y Seumas ya se hallaran lejos de aquellos hombres.

Conforme se alejaba, una promesa se forjó en su mente, juró regresar y ayudar a su gente, pero antes salvaría a su hermana.

Capítulo 43

La suerte de la arpía



Frances no estaba acostumbrada a la intensidad del mar, y mucho menos viajar en tan precarias condiciones. Aún se sentía furiosa por haber tenido que abandonar la fortaleza de aquel modo. De no haber sido así, ella estaría disfrutando del magnífico laird MacLeod. Debía reconocer que era la primera vez que un hombre le había interesado tanto. No importaba que fuera un isleño del norte, Malcolm MacLeod eclipsaba al mismo sol.

Escondida tras unos barriles, se encontraba en constante alerta. Las ratas y las alimañas del pasillo por donde había escapado, parecían haberla seguido hasta allí. Las escuchaba moverse de un lado a otro de la bodega del barco. Solo esperaba poder tolerar aquello.

De pronto, la tranca de la cámara de carga rechinó. Dos hombres, comenzaron a descender por la angosta escalera de madera que estaba a escasos centímetros de ella. Por fortuna, ninguno de ellos reparó en la sombra oculta. Contuvo el aliento y con una de sus manos cubrió su boca.

Su precaria situación sería inexplicable si la descubrían allí. Rogó en silencio deseando que aquellos hombres se alejaran cuanto antes.

Fue la conversación que los desconocidos tuvieron, lo que logró que olvidara el miedo a ser descubierta.

—¿Crees que llevar a Sophie a la corte será suficiente como para que su hermana aparezca? —inquirió uno de ellos mientras apoyaba su cuerpo contra uno de los barriles cercanos a Frances.

—¿Qué sucede Blair? ¿Temes por tu destino? —El hombre llamado Blair bajó la cabeza pensativo, pero no respondió —. No es momento para dudar, no ahora, recuerda que David no es a quien tienes que convencer, sino la reina. Lo que necesitas es un testigo fiable para que tu mentira se convierta en realidad. Rose aparecerá tarde o temprano en cuanto se esparza la noticia de que han encontrado a su hermana y a Hamish MacLeod, culpables —respondió el otro hombre con acento irlandés a tiempo que su compañero asentía pensativo

—Lo que me preocupa es precisamente encontrar a alguien que esté dispuesto a mentir con convicción. Alguien dispuesto a todo. Poco faltó la última vez para que la reina me descubriera —Aquel comentario captó la atención de Frances por completo.

"¿Acaso están hablando de la bastarda salvaje?"

Fue la pregunta que apareció de repente en la perversa mente de la joven.

—De eso nos encargaremos una vez lleguemos a destino. Por unas pocas monedas estoy seguro de que algún lord lo suficientemente desesperado por oro servirá. Tranquilo, convertiremos a tu prima en una asesina. La taberna del puerto es un buen lugar para encontrarlo.

Por poco y a Frances se le escapa un gemido en cuanto escuchó la palabra asesina, logrando que el extranjero se volteara hacia su posición. La muchacha se pegó a la pared de madera rezando porque ese hombre se alejara de allí. Por fortuna, su compañero lo distrajo.

—Eso espero…, ahora abre ese barril que estoy sediento

—Lo mejor será no volver a hablar del asunto. Ese emisario desgraciado no deja de seguirnos con la mirada, eso sin contar con hermano del laird MacLeod o su *tannistear*—finalizó el irlandés a mientras abría uno de los barriles y llenaba una jarra con *cruim* para entregársela a su compañero.

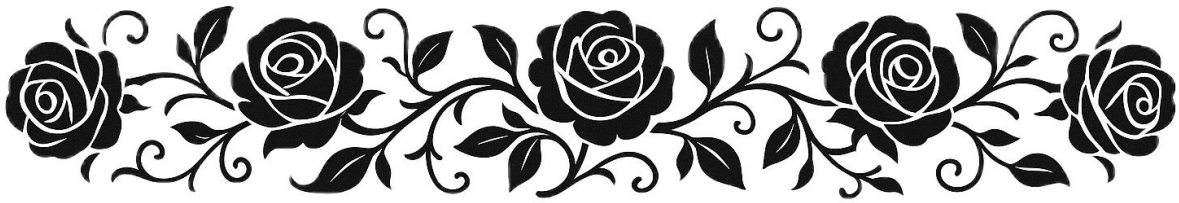
—Lo sé. Malditos MacLeod. De no haber sido por ellos, ya hubiéramos terminado con mi amada prima y con los hombres del rey —Blair hizo una pausa mientras se tomaba un momento para saborear su bebida—. Solo espero llegar a la corte y terminar con todo esto.

—Yo también lo espero. Ahora será mejor que regresemos antes de levantar sospechas —comentó el irlandés a medida que comenzaba a

subir por la escalera, seguido por su compañero.

Cuando la tranca volvió a cerrarse, Frances soltó todo el aire contenido a tiempo que una sonrisa perversa se dibujaba en sus labios. No sabía como, pero el destino le había vuelto a sonreír.

Tenía que encontrar la manera de acercarse a ese tal Blair Sinclair. Él era la clave para deshacerse de esa bastarda y limpiar su nombre de sospechas. Puede que no todo estuviera perdido con Malcolm MacLeod.



Cuando el barco por fin atracó en el muelle del puerto Alloa, toda la tripulación abandonó la nave. Frances esperó pacientemente a que el bullicio se dispersara. Con cautela y asegurándose que nadie se encontrara a bordo, asomó su rostro de entre las sombras mientras se detenía en los últimos peldaños que daban a la salida de la

bodega. Una vez en cubierta, sacudió el polvo de su falda y se envolvió con su capa.

A pesar de que un olor nauseabundo, no pudo esbozar una sonrisa cuando se encontró lejos del barco. El muelle estaba atiborrado de gente, la pelirroja caminó a paso acelerado, esquivando a los cargadores, mercaderes y soldados con los que se cruzaba. Deseaba pasar desapercibida, por lo que mantuvo su cabeza gacha hasta al menos encontrarse alejada del embarcadero.

Necesitaba con desesperación dirigirse a la posada de la que había hablado el irlandés, temiendo que su plan de acercarse a Blair Sinclair se truncara. No obstante, con solo caminar unos pocos metros encontró su objetivo.

El eco ruidoso de voces que provenía de la taberna era inconfundible. Hombres de diferentes clases, se arremolinaban en el diminuto lugar. Bebían y gritaban a toda voz, como si al hacerlo sus compañeros pudiesen entender algo de lo que estaba diciendo. Frances apretó los puños, no deseaba ser confundida con aquellas mujeres de mala vida que servían las mesas y mucho menos como una criada, pero no tenía más remedio que adentrarse en aquel desagradable lugar.

Haciendo acopio de toda su valentía, sorteó con disimulo a quienes se interponían en su camino mientras se dirigía directamente hacia tabernero, rogando no ser notada. Conocía bien a la clase de personas que frecuentaban esos lugares, pero su deseo de venganza la obligaba a continuar a pesar de su rechazo.

Respiró aliviada, cuando por fin logró acercarse al tabernero.

—Buen señor, ¿podría usted ayudarme?—Frances sonrió seductoramente, si deseaba salirse con la suya, necesitaba de toda su belleza para lograrlo.

El tabernero la observó con deseo, a pesar de ser un anciano, no estaba acostumbrado a esa clase de mujeres en su posada, por lo

que aquella joven pelirroja era todo un deleite para sus cansados ojos.

—¿Qué puedo hacer por usted, milady? —inquirió el anciano mientras mostraba una desdentada y olorosa sonrisa. Frances no pudo evitar retroceder unos pasos.

—Estoy buscando a mi primo, verá, viajamos hasta aquí para dirigirnos a la corte, pero me he demorado en bajar del barco y por desgracia, cuando me encontré en el muelle, Blair había desaparecido. ¿Puede que lo haya visto? Siempre está acompañado de su amigo, un corpulento irlandés.

Era evidente que al tabernero lo sorprendió, sobremanera que aquella joven tan bonita estuviese buscando a esos dos hombres, en especial al extranjero, con el que había hecho algunos negocios sucios. Pero no pensaba arriesgarse y si esa muchacha tenía algo que ver con esos dos, lo mejor sería llevarla con ellos.

Frances suspiró aliviada cuando por fin el tabernero la obligó a seguirlo.

El primo de Rose estaba sentado en un rincón, bebiendo de su jarra, a tiempo que el irlandés se encontraba alejado unos pocos metros hablando con lo quien parecía ser un lord. Al menos su ropa no encajaba con aquel lugar de mala muerte. Era evidente que era el hombre que estaban buscando para convencer a la reina de que Rose era una asesina. Por la manera en que lo miraba el irlandés era evidente que aquel incauto aceptaría la propuesta. Sin perder tiempo, Frances se sentó frente a Blair fingiendo despreocupación y seguridad. Era una jugada arriesgada, pero no podía demorarse si quería lograr su objetivo.

—Vaya, vaya…, ¿quién eres tú? —La mirada lasciva y maliciosa con la que la observó el Sinclair, logró que la pelirroja se removiera en su silla. Sin embargo, no permitiría que el temor se apoderara de ella.

—No estoy aquí para entretenerte milord, estoy aquí para hacer negocios. Pero antes dile al irlandés que despida a ese hombre.

—¿Y quién eres tú para darme órdenes? ¿Acaso crees que porque eres hermosa puedes sentarte a mi mesa y decirme que hacer? —Frances sonrió a tiempo que tamborileaba con desdén sus delicados dedos sobre la mesa.

—Soy alguien que puede convencer a la reina de que tu prima es una asesina… —susurró acercándose al oído de un sorprendido Blair —. Además, quizá ni siquiera necesite convencerla. Su esposo tiene…, ¿como decirlo?..., debilidad por las jóvenes hermosas. ¿Qué crees que hará cuando escuche lo que tengo para contarle, milord? —La muchacha se quitó la capa a tiempo que dejaba ver un pronunciado y abultado escote.

A pesar de su sorpresa, Blair sonrió con malicia. A sus oídos también habían llegado los rumores de que David enloquecía cuando de una joven hermosa se trataba. Esa muchacha no era una simple cortesana, era evidente que provenía de buena cuna. No solo era preciosa, sino que estaba dispuesta a mentir por él, ¿la pregunta era por qué?

No obstante, ya habría tiempo de averiguarlo, lo importante era detener a al irlandés. Ya no necesitarían de aquel temeroso y estúpido lord para que mintiera por él. Le ordenó a su compañero que se le uniera a la mesa.

—O`Callahan, te presento a nuestra nueva amiga…, la señorita…

—Amstrong, Lady Frances Amstrong. Y antes de que se pregunten el porqué estoy dispuesta a presentarme ante el rey, la respuesta es muy simple, quiero ver morir a Rose Sinclair.

Capítulo 44

Los testigos



Conforme avanzaba por los escarpados caminos que llevaban a Stirling, exigiendo a su cansado caballo a continuar, Malcolm no podía dejar de pensar en lo que Seumas, el viejo herrero del clan Sinclair, y esa bruja Agnes le habían relatado.

Después de escabullirse junto con William Douglas y su hermano Alexander en el pueblo del clan Sinclair, en busca de pistas o testigos que pudiesen dar con el paradero de Rose, la noticia llegó a sus oídos como un rayo. Las palabras intercambiadas con el viejo herrero y esa bruja, resonaban una y otra vez en su mente, desgarrando, aún más, la desesperación en la que se encontraba.

"Lady Rose se encuentra camino a la corte"

"Ha partido hace un día"

"De seguro la reina la escuchará"

Malcolm sonrió con ironía. Que poco sabía el pobre de Seumas de lo que acontecería si Rose ponía un pie en Stirling.

Blair Sinclair se las había ingeniado para que el rey creyera en sus mentiras. El ángel plateado se dirigía, sin saberlo, a ser apresada y peor aún, si Blair lograba su cometido, sería juzgada por el asesinato de su tío. El tiempo apremiaba, cuando David hallaba culpable a un noble, no importaba si era hombre o mujer, el destino siempre era el mismo, la horca. El laird de los MacLeod, había presenciado más de una vez en su paso por la corte, la justicia impartida por el soberano. Parecía que David disfrutaba de la tortura que profería ver como la vida de alguien se apagaba mientras la gruesa soga se apretaba en su cuello.

—Deberíamos detenernos, por unos minutos. Nuestras monturas no resistirán por mucho más y mucho menos tu herida—sugirió el laird Douglas adelantándose para ponerse a la par de Malcolm, mientras observaba el brazo de su amigo que no dejaba de sangrar.

—No, tenemos que continuar, estoy bien —ordenó MacLeod sin siquiera mirar a su mejor amigo.

—Malcolm, serán solo por poco tiempo. Los caballos necesitan agua y nosotros recuperar el aliento —Esta vez, fue el propio Alexander, quien habló.

—Seguiré solo, ustedes pueden alcanzarme, luego —respondió el laird de los MacLeod furioso.

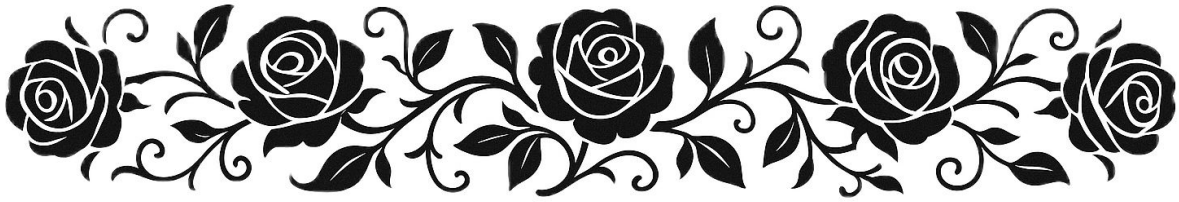
A pesar de que su brazo sangraba demasiado, tal era su desesperación por llegar, que no prestaba atención a su profunda herida. Por el contrario, Malcolm, apretó las riendas, descargando toda su frustración en el pobre animal, que parecía entender lo que su amo le exigía.

William negó con la cabeza. Desde que partieron del clan Sinclair, su mejor amigo parecía poseído. El muy inconsciente, no pensaba con claridad. De no haber sido porque Alexander se percató del peligro, los hombres de Blair lo hubieran asesinado. Tras haber hablado con el viejo herrero, Malcolm se expuso sin prestar atención al peligro. Poco faltó para que no solo él fuera asesinado, sino que Seumas, el herrero, hubiera corrido con su misma suerte.

—Te desangrarás antes de llegar. Hay una posada no muy lejos de aquí, nos detendremos y me ocuparé de tu herida —Malcolm lo observó con furia. Su mirada verde se había teñido por finas líneas de sangre, producto del cansancio y el dolor que sentía en su corazón—. Prometo que solo nos tomará unos minutos. Además, estamos hambrientos y el posadero prepara un estofado único. Puedes comer mientras te atiendo.

Tras un eterno intercambio de miradas, por fin, el laird de los MacLeod asintió a desgano. William, Alexander y los hombres que los acompañaban, lo celebraron. Ninguno de ellos se había atrevido a

hablar hasta ese momento y mucho menos, a contradecir al Señor de la guerra.



Malcolm debía reconocer que William estaba en lo cierto, no solo el estofado era realmente reconfortante, sin que su caballo no hubiera resistido muchas millas más. No obstante, el sentimiento de desazón que lo asaltaba, continuaba clavado en su pecho como un mal presagio. Una advertencia de que algo no estaba bien.

Por fortuna, su mejor amigo se había encargado de detener la sangre, por lo que se encontraba en condiciones para continuar hacia la corte. Apuró su comida, dispuesto a seguir su camino, haciendo caso omiso a las quejas de Alexander y William, quienes deseaban disfrutar solo unos pocos minutos más de aquel manjar que la esposa del posadero había preparado.

Justo cuando se disponía a marcharse, algo lo retuvo en su sitio. Una conversación entre una mujer y un hombre, quien parecía ser el hijo, captó toda su atención en medio de la bulliciosa y atestada posada.

—Aún no puedo entender como crees en los rumores, es imposible que el rey la haya apresado —comentó el hombre removiéndose en su asiento.

—No me extraña, además se lo tiene merecido. Esa salvaje por poco y nos mata. Ojalá David se encargue de hacerle pagar por todos sus pecados —escupió la mujer con desprecio.

—No digas eso, sabes tan bien como yo que es inocente de lo que se le acusa a ella y a su hermana.

—Lo lamento por la otra joven, pero en lo que a mí respecta, la hermana mayor puede ser acusada de lo que el rey desee. Lo importante es que pague por su afrenta contra ti —Se quejó la mujer mientras bebía su cerveza.

—Madre, ¿realmente deseas que el rey la envíe a la horca? Rose Sinclair no es ninguna asesina. Tú y yo vimos claramente a su primo y a sus hombres mientras salíamos de tierras Sinclair, tú misma atacaban al pueblo e incendiaban sus hogares —reclamó su hijo sin poder creer lo que su madre decía.

—Está bien, puede que no sea una asesina, pero nada asegura de que no fuera cómplice de ese hombre —Su hijo negó con la cabeza.

—Creo que deberíamos viajar a la corte y confesar lo que hemos visto…

—¿Estás demente? —interrumpió la mujer—. No pienso presentarme ante el rey, ni mucho menos acusar a su primo. ¿Qué crees que nos harán si decimos la verdad? No, Brandon, no vamos a arriesgarnos para salvar a esa muchacha.

—Pero madre, es inocente —clamó el hombre.

—Brandon, te lo advierto, es mi última palabra. Ahora termina tu comida. Deseo retirarme a descansar. Aún no quedan muchos días

para llegar al clan de tu próxima candidata. No pienso regresar sin haberte encontrado una esposa digna.

Malcolm no podía creer su suerte. Sin desearlo, había encontrado a los testigos. Sin embargo, lo embargaban sentimientos encontrados. La conversación entre ese par, le aseguraba que Rose había sido apresada. La jarra en sus fuertes manos estuvo a punto de romperse. Aun así, no todo estaba perdido si lograba llegar a tiempo. Esos dos, viajarían con él hacia la corte, aunque tuviera que raptarlos. No estaba dispuesto a perder aquella oportunidad.

Ahora, más que nunca, el tiempo apremiaba. Las noticias, en especial las malas, viajaban como el viento sobre las colinas y Rose lo necesitaba.

Sin siquiera advertir a sus amigos, se volteó hacia la pareja mientras se sentaba en su mesa. Puede que fuera su mirada o su imponente aspecto, pero ambos, madre e hijo, lo observaron en una mezcla de terror y asombro. Parecía que estuvieran en presencia del mismo demonio. No obstante, Lady Murray intentó no demostrar su temor.

—Como se atreve a sentarse en nuestra mesa… —escupió tratando de sonar amenazante.

El laird de los MacLeod sonrió sin prestar atención a la asustada mujer. Por el contrario, clavó sus verdes ojos en el hombre, quien estaba tan pálido como la luna más brillante.

—Tú y yo viajaremos a la corte.

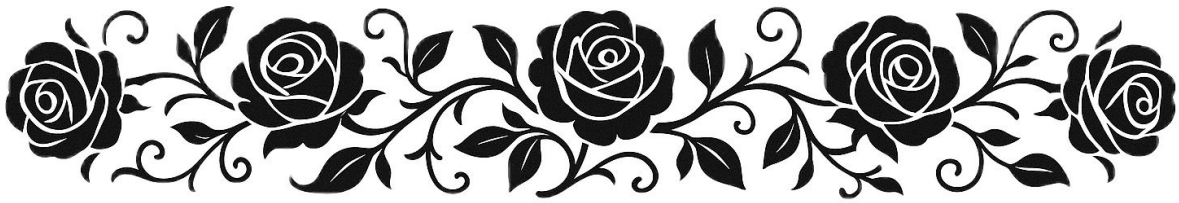
Fueron las únicas palabras que dijo Malcolm mientras tomaba a Brandon Murray por el cuello. Lady Murray aulló desesperada intentando separar a su hijo del firme agarre de aquel salvaje gigante, pero sin éxito.

—Suelte a mi hijo de inmediato, se lo exijo —chilló mientras Brandon parecía haber perdido control de su cuerpo. Se dejó arrastrar por

aquel monstruo de ojos verdes.

—William, —ordenó Malcolm a su asombrado amigo, quien era evidente, no entendía lo que estaba sucediendo—, encárgate de la mujer, hemos encontrado los testigos que buscábamos.

Nadie en la posada intentó detenerlos cuando sacaron a rastras a ese par. Ninguno se atrevería contra el demonio de la guerra y sus hombres. La reputación y el rostro implacable del señor de los MacLeod eran bien reconocidos en todas las tierras de Escocia.



Tierras del clan Sinclair

La vieja bruja caminaba sin descanso hacia las montañas del sur. La angustia insoportable que apretaba el pecho de Agnes, se había transformado en fiereza y determinación. Haría lo que fuera por

ayudar a esas dos niñas. El laird MacLeod le había jurado por su vida que las salvaría; sin embargo, no estaba de más una pequeña ayuda.

Se las ingenió para escapar de los hombres que Blair había dejado en el clan. Ahora solo faltaba encontrar a los hombres que habían huido a las montañas durante el ataque al clan. Confiaba en que estarían dispuestos a ayudar a Rose y a Sophie. Las necesitaban si deseaban que ese desgraciado no se hiciera con el liderazgo. Ahora que sabía donde estaban y que contaban con la ayuda de los MacLeod, debía al menos intentarlo.

Pesadas gotas de sudor recorrían su cansado rostro, sin embargo, la mujer no descansaría hasta convencerlos a todos. Sonrió cuando por fin alcanzó la cima. Las cuevas se encontraban tras unos escarpados riscos, por lo que sabía que estaba cerca.

Tomó una profunda bocanada, ahora solo restaba reunir un ejército Sinclair para apoyar a los MacLeod.

Capítulo 45

Un rey engañado



Sophie se dividía entre la furia y la tristeza. Aún le parecía irreal lo acontecido esa tarde con aquella furcia mentirosa y su primo Blair. Apretó los puños, como si al hacerlo pudiese descargar la frustración que la embargaba.

Todavía resonaba en sus oídos todas las mentiras que la endemoniada Frances Amstrong inventó para ensuciar el nombre de su hermana, a pesar de todos los intentos de la reina por acallarla.

La muchacha cerró los ojos a tiempo que un nudo traicionero inundaba su garganta. No lo deseaba, pero el relato de esa embustera se había grabado a fuego en su memoria.

"—Mi señor, yo misma he escuchado a Rose Sinclair cuando hablaba con su hermana Sophie, no solo ha engañado al laird MacLeod, sino que reconoció ser la asesina de su tío Angus…

La traicionera joven sostuvo la mirada en el rey, fingiendo preocupación a tiempo que David parecía conmovido por esa arpía.

—¿Lo que no comprendo es como es que no se lo has confesado al laird MacLeod, a fin de cuentas eras su protegida?—inquirió la reina con desconfianza.

—Mi señora… —Frances hizo una pausa, era evidente que la soberana la había tomado desprevenida con aquella pregunta—, yo…, yo temía por mi vida. No sabía si el laird MacLeod creería en mi palabra. Además, las muchachas son las protegidas de su tío Hamish. ¿Quién sabe lo que sucedería si…?

—Sin embargo, aquí estás, escondiéndote en la corte después de haber escapado del clan MacLeod —replicó la reina Joan.

—Lo siento mi señora, pero no podía quedarme tras lo sucedido con mis abuelos y con el consejero. Dudo que el laird MacLeod hubiera creído en mi inocencia—Frances cubrió su rostro simulando

preocupación—. No, al menos hasta limpiar mi buen nombre…, es por eso que me dirigí a la corte…, yo, yo solo soy una víctima…

Sophie debía reconocer que la embustera sonaba convincente. Solo había que observar el rostro del soberano para confirmarlo.

—Ya basta Joan, lo importante es que Lady Frances ha viajado hasta aquí arriesgando su propia vida, además de ser crucial su testimonio para revelar quién es en realidad la verdadera asesina del laird Sinclair—interrumpió el rey a tiempo que observaba a la muchacha con veneración.

Pronto, un leve murmullo entre los cortesanos inundó el salón principal de la corte. Nadie se atrevía a hablar, pero en sus rostros se evidenciaba lo que pensaban, el soberano no estaba obrando con claridad. Ni siquiera había escuchado la versión de Sophie Sinclair o de Hamish MacLeod. Los estaba condenando solo por estar deslumbrado con la belleza de la joven Amstrong.

Una pequeña sonrisa triunfante se dibujó en el rostro de Frances. Era evidente que el rey había caído en sus redes. Ni siquiera la reina, con toda su influencia y belleza, lograba opacarla. Aprovechando su triunfo, continuó con su rol de víctima.

—No, milord, la reina está en lo cierto. He sido una cobarde y no actué como se esperaba de mí—La pelirroja bajó la mirada mientras cubría su rostro simulando un engañoso llanto.

—Querida Frances —El rey abandonó el trono para colocarse junto a la deslumbrante joven —No debes arrepentirte de tus actos, has sido muy valiente al presentarte ante mí. Daré órdenes de inmediato para apresar a Rose Sinclair. Se la juzgará por su traición a su clan y de la muerte de su tío.

Sophie, quien estaba presenciando todo, sintió la tierra temblar bajo sus pies. De no haber sido porque Alistair, hubiera caído de rodillas. Hamish, por su parte, no demostró cuanto le afectaba aquello, por el

contrario, dio un paso al frente, a pesar de que Roderick intentó detenerlo.

—Milord —El tío del laird MacLeod se dirigió al rey hincando una rodilla—. Ha sido todo parte de mi plan para quedarme con las tierras Sinclair. Rose y Sophie son inocentes. Las he engañado como a todo el clan MacLeod. Yo mismo asesiné al laird Sinclair.

—¿Acaso pones en duda las palabras de Lady Amstrong? Es evidente que el MacLeod intenta proteger a mi prima— interrumpió Blair iracundo a tiempo que se enfrentaba a Hamish.

No esperaba aquella confesión por parte del *tannistear* de su padre. Si ese desgraciado lograba convencer al rey, todo estaría perdido.

—Que conveniente para ti, ¿no es así? —Roderick se interpuso entre su tío y Blair sin poder contenerse —. Deshacerte de la única amenaza a tu liderazgo, cuando bien sabes que Rose Sinclair y mi tío son inocentes. No sé como has hecho para que esa embustera mienta por ti —escupió a tiempo que clavaba sus ojos en Frances.

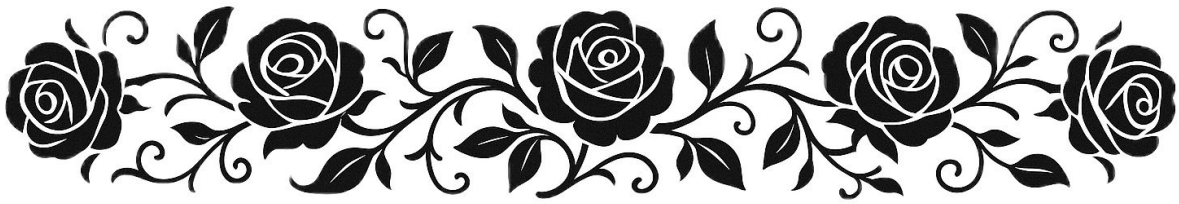
Blair retrocedió temeroso, Roderick MacLeod era tan peligroso como su hermano Malcolm.

—Ya basta—aulló el rey dirigiendo una severa mirada a los hombres, mientras ordenaba que Roderick fuera alejado de allí—. Hamish MacLeod, ¿confiesas haber sido tú quien asesinó al laird Sinclair? —Hamish asintió con vehemencia, ignorando los gritos de protesta de su sobrino Roderick.

—Así es milord —El sollozo de Sophie interrumpió el silencio que se había apoderado del salón.

¿Cómo era posible que las personas a quienes más amaba estuvieran siendo juzgadas por un crimen que no habían cometido?

—Muy bien, MacLeod, serás encerrado en las mazmorras hasta el día de tu ejecución. Mientras tanto, mis hombres se encargarán de encontrar a Rose Sinclair. Tras escuchar el testimonio de Lady Amstrong, considero que ha sido tu cómplice, por lo que también correrá tu misma suerte. En lo que respecta a Sophie Sinclair, aún no he decidido si ha participado o no, me retiraré a meditar su destino.”



De pronto la habitación en la que se encontraba parecía cernirse sobre ella, le faltaba el aire hasta el punto de que su garganta se le había cerrado. Corrió hacia la ventana y la abrió de par en par, dejando que el frío de la noche le devolviera el aliento. Apretó el alfeizar, hasta que sus dedos se tornaron blancos. Aun así, la calma no regresaba a su cuerpo. Se aferró a su *plaid*, el único recuerdo que conservaba de su clan, intentando sentirse reconfortada por él. No obstante, nada parecía surtir efecto. Por primera vez se sintió sola, siempre la habían protegido, hasta su propia hermana, que se había convertido en una fugitiva, por salvarla. Deseó que nunca pudieran

encontrarla, pero los rumores se esparcían como el viento y tarde o temprano los hombres del rey darían con ella.

El sonido de la puerta interrumpió sus pensamientos obligándola a girarse.

—¿Cómo te encuentras? —Alistair le sonrió desde el umbral mientras una criada se adentraba en la habitación llevando una bandeja. La rolliza mujer dejó un humeante cuenco con estofado sobre una mesa a tiempo que le dirigía una mirada de ternura.

Sophie le devolvió el cariñoso saludo; sin embargo, no le apetecía probar bocado. Solo clavó sus ojos en el plato sin demostrar un ápice de emoción.

—Deberías comer algo. Si continúas de este modo, temo que te enfermes—Esta vez, el tannistear de los MacLeod, con solo dos zancadas, se detuvo junto a Sophie.

—No puedo. Además, si enfermo, al menos no sentiré la soga alrededor de mi cuello —Alistair la observó con tristeza.

Oscuras ojeras bajo sus azules ojos parecían haber opacado la tersa piel de la muchacha. Día tras día se había ido consumiendo y él se sentía un inútil frente a su dolor. Tenía un plan si todo salía mal. Poco le importaba convertirse en fugitivo con tal de salvarla. Aun así, debía actuar con cautela.

—No digas eso… —El tannistear se acercó a Sophie, pero ella no le permitió abrazarla.

—¿Por qué no?, ya has escuchado a esa mentirosa, mi hermana es una asesina y yo su cómplice.

—El rey no ha decidido nada sobre tu destino, confiemos en que así sea —Alistair no le dio oportunidad. La tomó entre sus brazos,

permitiendo que la muchacha dejara salir aquellas pesadas lágrimas que inundaban sus preciosos ojos.

—¿Realmente lo crees? ¿Has visto como David observaba a Frances? Parecía querer devorarla con la mirada, todos lo han notado, hasta la reina Joan —El tannistear de los MacLeod sabía que lo que Sophie decía era verdad, aun así no deseaba resignarse.

—Eso no significa nada, estoy seguro de que el rey recapacitara su apresurada decisión.

—No intentes ser condescendiente, no soy una niña pequeña y mucho menos frágil. Puede que no sea tan valiente como Rose, pero sé muy bien de lo que hablo. Cuando esa furcia mintió acerca de mi hermana, dejó ver sus encantos y lo peor es que David solo tenía ojos para su escote. Rosie tiene razón, todos los hombres son iguales.

—¿Lo dices también por mí? —Sophie no pudo evitar sonreír al escuchar como Alistair intentaba bromear con ella. Aquel rostro canalla la había conquistado por completo.

—No, tú no. Siento que tengas que aguantarme, es que estoy furiosa.

—Lo sé, pero debes ser paciente. Malcolm encontrará pruebas y demostrará la inocencia de Rose. No olvides que su tío también ha sido condenado y no descansará hasta salvarlo.

—Así lo espero. De todos modos, sigo preocupada por mi hermana. Si llega a sus oídos lo que está sucediendo en la corte, ¿qué crees que hará? La conozco, arriesgará todo con tal de que nada me ocurra. Siempre ha sido así, desde la muerte de nuestros padres, se ha convertido en mi protectora. Estoy convencida de que todo esto es un ardid de Blair para que Rose se presente ante el rey.

—Confía, no lo permitiré, ni tampoco Malcolm. Tienes mi palabra.

Capítulo 46

Culpable



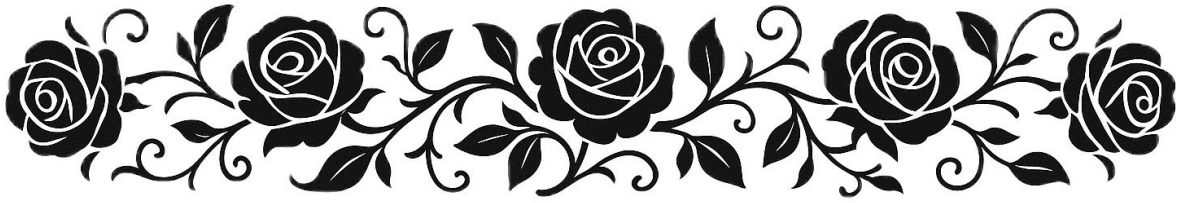
Rose no sabía si estar agradecida o no de aquellas noticias que había escuchado en boca de los forasteros que cruzó en su viaje a la corte.

Era tarde en la noche, cuando la fogata cercana al río, la obligó a detenerse. Desde hacía días que no probaba bocado, y el olor a comida pronto llegó hasta ella, burlándose de su situación.

Con cautela, se aproximó a la caravana. Esperaría hasta que el grupo decidiera abandonar el calor del fuego. Y así se acercaría en busca de algún resto de comida entre las brasas. Sin embargo, lo que menos esperaba, era recibir aquella asombrosa revelación: Sophie y Hamish estaban apresados en la corte y para peor ella era considerada una fugitiva. Alguien la había acusado de asesinar a su tío. Era evidente de que su primo se hallaba detrás de todo, la pregunta era como.

De pronto, su apetito dejó de ser una prioridad. Necesitaba presentarse en la corte y demostrar la inocencia de todos. En especial la de Sophie y la de Hamish. Se lo debía a los MacLeod. No podía permitir ni que su hermana pequeña ni el tío del hombre que amaba, sufrieran a causa de ese desgraciado. Tenía que idear un plan. Su madrina, la reina, la recibiría si llegaba a ella. Necesitaba un buen disfraz, para escabullirse en la corte sin ser reconocida.

Con aquella idea en mente, se dirigió sin detenerse hacia Stirling. Nada ni nadie impediría que salvara a las personas que amaba, ni siquiera a costa de su propia vida.



Ya casi no tenía fuerzas, cuando por fin se encontró a las puertas del palacio. Tras robar unas cuantas prendas en una choza camino a Stirling, confiaba que su disfraz, le ayudara a escabullirse sin problemas. Su largo y plateada melena, se hallaba oculta, bajo una cofia que apenas podía contenerlo. Aun así, no pensaba claudicar, la decisión estaba tomada. Llegar a su madrina era primordial para que su plan fuera un éxito.

Aprovechando que un grupo de campesinos se dirigían hacia el imponente portón, Rose, se mezcló entre ellos. Era la oportunidad que había estado esperando. Con disimulo, sonrió a la que parecía ser la esposa del hombre que llevaba una carreta con provisiones y caminó junto a ella. La mujer le devolvió el saludo sin reparar demasiado en la muchacha. La joven agradeció a San Andrés en silencio. Solo rogaba que todo continuara como hasta ahora.

El constante ajetreo tras los muros del palacio, la obligó a detenerse y observar maravillada aquel imponente esplendor, mientras que sus

nuevos acompañantes continuaron su camino sin ella.

Un murmullo constante de voces, cascos de caballos resonando, y el tintinear del acero adornaban el patio principal. El olor del estiércol fresco se mezclaba con el aroma del pan horneado que salía de las cocinas del ala este. Era, en cierta medida, un caos organizado.

El patio era un espacio amplio, enmarcado por muros de piedra altos y dominantes, vastas almenas completaban la escena, donde los centinelas del palacio mantenían la vigilancia. Banderas escocesas ondeaban, mostrando al león rampante dorado.

Los soldados del rey, llevaban con orgullo la cruz de San Andrés en sus ropas. Algunos, entrenaban en un rincón bajo la dirección del que tenía más rango. La distrajo, un muchacho corría tras una gallina fugitiva, mientras las lavanderas, con las faldas recogidas, conversaban alegres, junto al pozo principal.

Sobre las escaleras del ala sur, se encontraba un grupo de nobles, acompañados por mujeres con preciosos y ostentosos vestidos.

Rose nunca había visto la corte, por lo que parecía una niña pequeña en la celebración de *Yule*. No obstante, no se hallaba allí de visita.

La realidad la golpeó de repente, cuando al voltearse, en el corazón mismo del patio interior, no lejos de la capilla, el cadalso, de madera oscura y pesada, se erigía silencioso y atemorizante. Tenía unos cuatro pies de altura, con una plataforma robusta que mostraba un tinte sanguinolento que ni el sol ni la lluvia lograban borrar. Al pie del cadalso, una escalera corta de tres peldaños conducía hacia la justicia que el rey impartía con rectitud.

De pronto, el constante rumor que había acontecido hacía instantes al patio, se convirtió en un sepulcral silencio. Todos, soldados, nobles y campesinos, abandonaron sus tareas para aglomerarse a las puertas del palacio. Parecía un acontecimiento especial. Un grupo de

niños, acompañados por sus madres, pasaron junto a Rose, cuchicheando imperceptibles, pero claras frases.

— "¿El rey ya ha tomado una decisión?"—inquirió en un murmullo uno de los pequeños mientras su madre lo tomaba de la mano

—"La muchacha Sinclair será hallada culpable" —comentó una mujer a tiempo que su compañera asentía.

—"Yo creo que la encontrará inocente"—interrumpió otra con paso apurado, sorteando a sus amigas.

El corazón de Rose dio un vuelco, estaba segura de que estaban hablando de Sophie. Todo su plan, se había ido al demonio, de nada serviría ya la reina. No tenía opción, necesitaba entrar en el palacio y presentarse ante el rey antes de que fuera demasiado tarde. Poco le importaba que fuese apresada, ya limpiaría su buen nombre. Ahora era imperioso detener aquella locura.

Sin perder tiempo, se escabulló en medio de la multitud para llegar cuanto antes a las puertas del palacio, necesitaba que los soldados impostados en la entrada le permitieran entrar. Sin siquiera importarle, liberó su larga cabellera plateada, símbolo indiscutible del clan al que pertenecía. No había tiempo que perder.

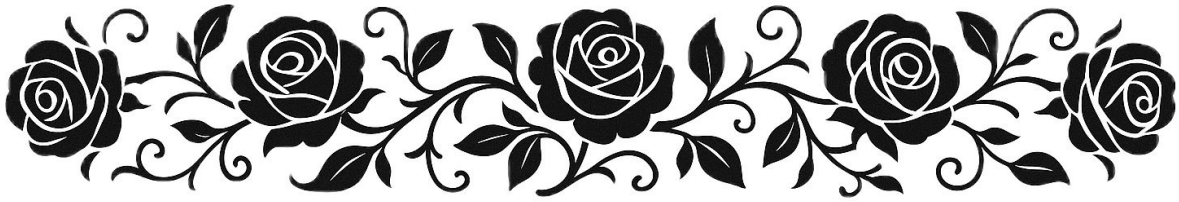
—Soy Rose Sinclair —gritó a viva voz para que los presentes pudiesen escucharla—. Soy yo a la que buscan.

Un silencio ensordecedor acalló los murmullos. Todas las miradas se posaron en la joven que gritaba, con desesperación, el nombre de la asesina del laird Sinclair.

"Asesina" "Culpable" "Deberían colgarla" "Justicia"

De repente, la turba que la rodeaba, comenzó a vociferar toda clase de insultos. Era evidente que ya la habían enjuiciado antes de que pudiese defenderse. A pesar del intenso dolor que la desgarraba al

escuchar aquellas hirientes palabras, se dejó apresar sin resistencia. Lo único que importaba era salvar a su hermana.



Ni siquiera en sus más terribles pesadillas, Rose pudo imaginar la imagen con la que se encontró. Sophie se hallaba de pie frente al trono del rey, en un estado deplorable. Poco quedaba de su brillante cabellera dorada o de sus risueños ojos azules, la tristeza y la desolación se habían apoderado de su hermana menor, que, aunque atemorizada, elevaba su precioso rostro con orgullo. Sin embargo, aquello no era lo peor de esa pesadilla. Blair y Frances Amstrong se hallaban sentados entre los cortesanos, observando con satisfacción la horrorosa escena. No entendía como su primo lo había logrado, pero era evidente que el rey estaba convencido de que ellas eran las asesinas de su tío Angus y no Blair.

Sus elucubraciones fueron interrumpidas de pronto, cuando el rey finalmente habló.

—Después de haberlo pensado y consultado con mis consejeros, he llegado a una conclusión —La voz de David resonó en medio del salón, logrando que todos los presentes se removieran atentos en sus asientos.

Rose, quien aún no había sido guiada ante el soberano, intentaba librarse del agarre de los soldados. Sin embargo, todos sus esfuerzos eran en vano, aquellos hombres no tenían ninguna intención de liberarla.

—Sophie Sinclair —continuó el rey con orgullo—, se te ha encontrado culpable de conspiración para asesinar al laird Sinclair. Por lo tanto, te sentencio a morir en la horca.

La mayor de las muchachas Sinclair no tenía opción alguna de probar su inocencia ni la de su hermana. En especial, después de observar como el rey había asentido a Frances tras la acusación a Sophie. No sabía de qué manera esa arpía lo había logrado, ni como se había unido al engaño de su primo, pero David estaba cegado por ese par de embusteros. Si no hacía algo, ambas serían sentenciadas y todo su esfuerzo por proteger a su hermana habría sido en vano.

Un intenso clamor salió de su garganta, logrando que hasta los gruesos muros del palacio temblaran desde sus cimientos.

—Mi hermana es inocente, soy yo a la que buscan —vociferó mientras observaba los anonadados rostros de todos los presentes, que al escuchar aquella confesión estaban estupefactos.

A pesar de la distancia, la muchacha clavó sus grises ojos en su primo, quien sonreía satisfecho. Era evidente que el muy bastardo había logrado su cometido. No obstante, no le daría el placer de verla rogar piedad. No por ella, al menos, Sophie, por otro lado, bien valía la pena el sacrificio.

Pronto, Rose fue llevada a rastras hacia el rey, quien tras haber escuchado su declaración, dio la orden de que fuera llevada ante su

presencia.

Todos los intentos de la reina por intervenir en su favor fueron en vano. Conforme avanzaba, mantenía su orgullosa postura, ajena a los murmullos y acusaciones. Puede que aceptara ese destino, no obstante lo haría con la cabeza en alto. Aun así, intentaba por todos los medios cerrar sus oídos a los dolorosos ruegos de su hermana, quien, desesperada, procuraba detener aquella locura. No podía siquiera mirarla, su determinación pendería de un hilo si se atrevía a contemplar el rostro de su amada Sophie. Tenía que ser fuerte por ambas.

Una vez frente al rey, lo observó sin temor alguno, aceptando todo con tal de salvar a Sophie y a Hamish a pesar de su inocencia. En aquellos momentos lo único que deseaba era asesinar a su desalmado primo y a esa desgraciada.

—Rose Sinclair —El soberano se detuvo a escasos centímetros de ella —, ¿confiesas haber sido tú quien asesinó al laird Angus Sinclair?

El silencio del gran salón solo era interrumpido por los sollozos incontrolables de su hermana, quien se encontraba ahora a sus espaldas. Sin embargo, no se atrevió a voltearse.

—Sí, mi señor —respondió con firme voz—. He sido yo y solamente yo quien ha asesinado a mi tío. Fue mi espada la que lo atravesó. Hamish MacLeod y mi hermana creyeron que había sido un ataque de mi primo, así se los hice creer. Nadie más que yo sabía lo ocurrido, no fue hasta que nos encontrábamos bajo la protección del laird MacLeod cuando confesé a mi hermana de lo sucedido. La culpa me estaba atormentando —Rose bajó la mirada, necesitaba que el rey la creyese culpable y debía sonar convincente.

—¡Mientes!—vociferó Sophie—. Eres inocente. Fue Blair quien lo asesinó.

—Ya basta hermana, no es necesario que intentes protegerme cuando tú y yo sabemos la verdad…—Ambas se observaron por varios segundos. En sus rostros, podía verse el lenguaje del amor fraternal. Pesadas lágrimas anegaron los ojos de las muchachas.

Blair se removió en su asiento complacido, a pesar de la acusación de Sophie, nadie pareció creer en su palabra. No había esperado aquello, pero no podía evitar sentirse orgulloso de su plan. Con Rose muerta o encarcelada, la más pequeña de los Sinclair, no tendría más remedio que vivir bajo su tutela. La casaría con el mejor postor y sacaría una buena tajada por ella. A fin de cuentas, Sophie era toda una belleza.

—Si lo que dices es cierto —interrumpió David —. ¿Cómo es que tu hermana no dio a conocer la noticia ante el laird MacLeod? Después de todo estaban bajo su protección.

—Porque la obligué a callar, amenazándola con culparla a ella también.

Largos minutos pasaron mientras el rey se abstraía en su trono pensativo. Tras los extraños acontecimientos y la confesión de la muchacha Sinclair, sabía que tenía que tomar una decisión. Así se lo había prometido a Frances Amstrong la noche anterior después de que la fogosa pelirroja lo hubiese visitado en su alcoba. Si deseaba continuar manteniéndola una temporada en la corte, debía tomar en cuenta sus consejos. Una vez hubiese disfrutado de ella, le permitiría casarse con el laird MacLeod, tal y como Frances deseaba.

—Muy bien, Rose Sinclair. Tu hermana y Hamish MacLeod serán puestos en libertad de inmediato. Tú, por otro lado, estás sentenciada a muerte. En un plazo de cinco días, tu destino será la horca —El soberano se dirigió a sus hombres—. Llévensela.

No hubo tiempo de despedidas, solo pesadas lágrimas recorrieron el bello rostro de la falsa asesina del laird Sinclair. A pesar de todo, se

sentía aliviada. Había salvado a quienes amaba, aquella era la única recompensa que realmente valía.

Rose aún conservaba su sonrisa cuando las rejas del oscuro y húmedo calabozo se cerraron para ella.

Capítulo 47

El plan



Había llegado tarde. El rey estaba encaprichado en negarle audiencia. Desde que puso un pie en el palacio, Malcolm intentó por todos los medios en presentarse ante David con sus testigos, pero el monarca siempre encontraba una excusa para concederle una audiencia.

Parecía que el destino se estuviese burlando de él. Ni siquiera le habían dado habitaciones en el palacio como en antaño. Una vez que el rey liberó a Hamish y a Sophie, los echó de inmediato de allí junto a su hermano y a su *tannistear*. Aquello era de lo más extraño. Los MacLeod siempre habían sido bien recibidos en Stirling. Sin embargo, los rumores de que el soberano había dispensado a sus consejeros y encerrado en el ala oeste del palacio, llegaron hasta la posada donde se encontraba. Se decía que solo unos pocos tenían contacto con David, uno de ellos era la preciosa recién llegada a la corte, Frances Amstrong.

Luego de lo sucedido con su abuelo Ian y con Calan, y después de haber descubierto a Mary, asesinada en uno de los oscuros corredores que daban a la salida de Dunvegan, Malcolm no tuvo dudas de que Frances era culpable. Lo que nunca esperó fue encontrarse con la noticia de que se había unido al primo de Rose para acusar a su ángel. Esa maldita mujer seguía destilando su odio y lo peor, tenía al rey comiendo de su mano.

El único nexo o noticias acerca de Rose, era por medio de la reina Joan, quien arriesgaba su posición para informarles de su ahijada. La pobre mujer también sufría las incidencias de su esposo con la pelirroja. Sin embargo, seguía intentando ayudar.

El laird de los MacLeod dio un trago a su cerveza mientras escuchaba de boca de una criada enviada por la soberana, que su rosa escocesa, su ángel plateado, se hallaba en las mazmorras más

alejadas del palacio, un lugar inaccesible ante cualquier intento de rescate.

Tras las negativas del rey, había buscado, de mil maneras, llegar hasta ella, pero ni el soborno ni las amenazas del laird más poderoso de las Highlands surtían efecto en sus carceleros. David había dado la orden de que la asesina de Angus Sinclair, debía ser abandonada a su suerte hasta su que fuera ejecutada. Ni su propia hermana había logrado verla, todos tenían prohibido visitarla.

—La ejecución será en dos días, así lo ha dispuesto el rey —aseguró la doncella mientras acomodaba la capucha que cubría su rostro.

—¿Estás segura mujer? —inquirió Malcolm intentando no sonar desesperado.

—Hay algo más, la reina me ha dicho que le comunique que Burrow está dispuesto a ayudar.

La criada de la soberana asintió temerosa. A pesar de que estaba orgullosa al cumplir con el recado de su señora, aquel enorme guerrero la atemorizaba.

Malcolm esperó pacientemente a tiempo que observaba como la criada se alejaba. Aquella última frase, renovaba sus esperanzas, contar con la ayuda de Jonathan Burrow lo acercaba a su objetivo.

No obstante, no podía evitar sentirse furioso consigo mismo. Su necedad había puesto en peligro la vida de su rosa escocesa, nadie más que él era el culpable, y ahora se quedaba sin tiempo. Se odió. Cerró los ojos un instante, de inmediato, distintas imágenes de Rose anegaron su atormentada mente. Por primera vez sintió miedo, no obstante, no permitiría que se apoderara de él. Si deseaba tener éxito, debía concentrarse en su tarea.

Sin necesidad de llamar a su hermano o a sus amigos, los hombres se acercaron a la mesa.

—¿Qué ha dicho la doncella? —preguntó Hamish sin demora.

—En dos días, Rose será llevada al cadalso. Frances se aseguró de eso. Sedujo al rey, envenenó su mente… y ahora…—El laird de los MacLeod no pudo continuar, se sentía demasiado culpable, aun así sabía que debía actuar—. Tengo que impedirlo.

—¿Y qué harás, Malcolm? ¿Irrumpir en Stirling por la fuerza?— inquirió su hermano dudando si Malcolm estaba enloqueciendo.

—Sí, de ser necesario lo haré. La rescataré aun a riesgo de enfrentarme a David y a sus hombres.

Alistair, quien aún no había intervenido, colocó un mapa del palacio sobre la mesa. Había tenido que sobornar a un guardia para obtenerlo, solo esperaba que el soldado no lo hubiera timado.

—Entonces necesitaremos una distracción dentro del palacio— comentó Roderick observando con detenimiento el plano.

—Según este mapa, el ala norte es un buen lugar para entrar sin ser vistos. Si el Sinclair está allí, sus hombres también —indicó el *tannistear* de los MacLeod mientras su laird asentía con decisión.

Malcolm sopesó las palabras de su primer oficial, aquello le daba la oportunidad de acercarse al rey y con suerte salvar a Rose de una muerte segura. Puede que fuera una locura, pero era su única esperanza.

Con renovada confianza, impartió las órdenes a sus compañeros.

—Roderick, Alistair…, los quiero dentro, lleven un grupo de hombres con ustedes, esperarán pacientemente hasta mi señal. Entrarán por los túneles del ala norte. Sabemos que conectan con las cámaras internas, justo detrás del salón principal. Tal y como dice Alistair: Frances, Blair y su secuaz O`Callahan estarán allí. Esos desgraciados deben estar alienando la cabeza de David.

—Así se hará hermano, tú solo encárgate de llevar los testigos frente al rey —aseguró Roderick a tiempo que se cruzaba de brazos.

—Muy bien, cuento con ello. Yo me ocuparé de contactar con Burrow, es nuestra única oportunidad.

—¿Qué harás si los apresan antes de llegar? ¿Y si el rey da la orden de matar a todos?

El laird MacLeod apretó los puños, aquella posibilidad que Alistair planteaba, era un riesgo que estaba dispuesto a tomar. Si David se negaba a escucharlo con gusto, daría su vida solo por defender a un inocente.

—Entonces se ganará una guerra con el norte. Te aseguro que él perdería mucho más que nuestro clan.

—Nosotros iremos contigo —interrumpió el laird Douglas dirigiéndose a Malcolm a tiempo que su hermano Alexander se detenía a su lado —. No pensarás llevarte toda la diversión.

MacLeod agradeció a su amigo William con la mirada, a pesar de que no le apetecía sonreír, debía reconocer que el Douglas siempre lograba apaciguar sus tormentos.

—Alexander, tú…, mi hermana me cortaría las bolas si algo te sucede…

—¿Qué clase de futuro marido sería si permito que algo le suceda a mi cuñado? ¿Crees que Penny o tu madre no me dejarían estéril? —bromeó Alexander.

El grupo carcajeó al recordar a Catherine MacLeod y a su hija. Ambas irían a la guerra contra el mismo diablo de ser necesario.

—Eso te lo aseguro —bromeó Roderick mientras palmeaba el hombro de su futuro cuñado.

—¿Qué hay acerca de los testigos? —inquirió Hamish que solo se había limitado a escuchar.

—Ellos vendrán con nosotros.

—Lady Murray, no te lo pondrá nada fácil —aseguró su tío.

—Lo hará si pongo una daga al cuello de su hijo, estoy seguro de que no opondrá resistencia —respondió Malcolm con determinación.

Todos asintieron conformes, rogando a San Andrés por buena fortuna.

—Por Rose y los MacLeod —Malcolm levantó su jarra a tiempo que el grupo le seguía.

Desde el último peldaño de la escalera de la posada, una solitaria y triste Sophie, observaba a los valientes hombres que al alba partirían para salvar a Rose. No deseaba interrumpirlos ni transmitirles sus peores temores.

A pesar de que confiaba en ellos, no podía quitarse de la mente todo el dolor que su hermana estaría sufriendo en esos húmedos y mohosos calabozos. No pudo evitar escuchar la conversación entre Malcolm y la doncella de la reina. La mujer le había asegurado que Rose se hallaba en una de las celdas más olvidadas del palacio. No tenía que ser una experta para saber lo que aquello significaba, esos calabozos estaban destinados a los peores criminales. Un lugar olvidado de la mano de Dios, donde las torturas y los mas terribles tratos se impartían.

El desgraciado de su primo y esa maldita arpía de Frances Armstrong se habrían encargado de que así fuera. Tal era el odio que destilaban por su hermana, que no habían tenido piedad por ella.

La imagen de Rose con la soga al cuello atravesó su mente de pronto. Sacudió su cabeza intentando borrar todo vestigio de ese

pensamiento. Un rezo ahogado salió de su garganta a tiempo que sus azules ojos se inundaban de lágrimas.

—Resiste, hermana, solo un poco más…

Sophie no fue consciente de que Alistair la había estado observando todo el rato, ni siquiera se percató cuando el guerrero se acercó a ella.

—¿En qué piensas? —inquirió el *tannistear* a pesar de saber la respuesta.

—No comprendo por qué lo hizo…

—Ella se sacrificó por ti mi amor, pero te juro por lo más sagrado que ni Malcolm ni yo permitiremos que algo malo le suceda —Alistair la tomó entre sus brazos. Se sentía tan frágil y pequeña que rogó a Dios por fortaleza. No sabía como, pero borraría todo el dolor que le causaba a Sophie, necesitaba verla sonreír por siempre.

—¿Lo prometes? ¿Prometes que la salvarás?

El tannistear de los MacLeod asintió con solemnidad. Rose volvería con su hermana aun a expensas de su propia vida.

Capítulo 48

El calabozo



El hedor de los húmedos muros parecía haberse apoderado de su cuerpo. Se sentía sucia, harapienta. Su plateado cabello era ahora un manojo sin vida, sin luz. Profundas ojeras enmarcaban sus ojos.

Helada hasta los huesos, ni siquiera podía cubrirse con una mísera manta. Alguien había ordenado que no recibiera ninguna comodidad. No había sillas o mesas, ni una triste cama en donde descansar. Solo abandonados muros de piedra que le recordaban constantemente el lugar en el que se encontraba.

La escasa luz que de tanto en tanto divisaba a la distancia, no le permitía precisar siquiera la dimensión de su prisión. Los pocos pasos que daba cada día le indicaban su pequeñez. Estaba sola, olvidada en el último rincón de un interminable y lóbrego sótano. Impenetrable, inaccesible. Solo el rumor lejano de las voces de sus carceleros que se acercaban una vez al día era su única compañía. Ellos y las alimañas que compartían su celda. El inconfundible chillido de las ratas le recordaba al menos que estaba viva y no en el infierno.

Nadie la había visitado en su cárcel, nadie con quien hablar o compartir alguna palabra. Su voz era un recuerdo muerto en su garganta. Aun así, su espíritu continuaba inquebrantable. La hija mayor de Eirik Sinclair, descendiente de valerosos vikingos, se resistía a desfallecer. Si había de morir, lo haría con la frente en alto.

No se permitió derramar una sola lágrima desde que el rey impuso su destino. Puede que estuviera basado en injurias, pero con gusto las aceptaba si Sophie seguía con vida. La promesa de Alistair la mantenía fuerte.

Pensó en su laird. Aquel guerrero del norte al que su corazón pertenecía. Agradeció que no pudiese verla en su estado.

El recuerdo de ese beso la acompañaría hasta el más allá. Al menos no se iría de este mundo, sin haber conocido lo que era amar. Un amor no correspondido; sin embargo, con lo que sentía por él le bastaba para que su corazón se sintiera agradecido.

Su traicionera mente la llevó a pensar en Frances. Aún no comprendía como esa desgraciada terminó junto a su primo, ni el porqué se había alejado de Malcolm. Sin embargo, poco importaba ya. Ella moriría en la horca y la pelirroja tendría su oportunidad.

Apretó los puños cuando su último encuentro con Malcolm apareció en su mente. Él la había juzgado tal y como lo hacía el rey ahora, sin poder defenderse, sin ser escuchada. Aún a las puertas de la muerte, el dolor que le había provocado Malcolm, al creer en esa arpía, le dolía más que lo que estaba por suceder.

Cerró los ojos conteniendo pesadas lágrimas. La debilidad le impedía mantenerlos abiertos. Además, de nada servía abrirlos. La oscuridad era ahora parte de sus días. Se recostó contra uno de los muros a pesar del frío que la embargaba. Se resistía a descansar. Temía que al dormirse, aquel sueño recurrente regresara. La muerte de su tío Angus era un recuerdo demasiado doloroso.

No obstante esta vez fue distinto, esta vez la narcosis la llevó a sus tierras, a su clan.

Su padre estaba vivo y navegaba a su lado. En su rostro, que durante años había sido bañado por el sol, se dibujaba una enorme sonrisa. Rose, quien era una niña pequeña, estaba fascinada observando como el gran guerrero manejaba con perfectos y certeros movimientos el *birlinn* a pesar de que una tormenta marina los había alcanzado.

—Rose —gritó Eirik logrando que la muchacha saliera de su ensueño —, ayúdame con el timón.

—Pero padre, no sé como hacerlo, el mar… —respondió la niña a tiempo que la marea removía el barco con bravura.

La poderosa voz de su padre resonó como un trueno confundiéndose con el inclemente clima.

—Nunca, ¿me escuchas?, nunca dudes de ti. Llevas en tu sangre la valentía y el poder de tus ancestros, ellos han surcado estos mares por siglos y tú, mi pequeña *selkie* —dio un paso hacia su hija a tiempo que acariciaba su rostro—, eres tan poderosa como ellos. No debes temer, solo cierra los ojos y busca dentro de ti, confía…

La pequeña asintió mientras le regalaba a su padre una enorme sonrisa a pesar de su temor. Se aproximó con dificultad al enorme timón que giraba descontrolado. Su padre lo había abandonado al acercarse a ella, obligándola a tomar el control.

El poderoso mar, rugía embravecido sacudiendo sus diminutos brazos con cada intento por tomar el mando, no obstante, la mirada transparente y orgullosa de su padre, le infundía la confianza que necesitaba. Al cabo de varios intentos, la pequeña Rose, por fin, logró controlar aquel timón amenazante, como si ella fuera parte de la nave y el mar, un salvaje animal a quien domar.

Eirik observó con orgullo y admiración a su hija, su niña se estaba convirtiendo en una muchachita valiente ante sus ojos.

Para cuando llegaron a la orilla, la tormenta era algo olvidado y pronto, los primeros rayos del sol invadieron sus cansados cuerpos. La pequeña sonreía conforme avanzaba por la playa tomada de la mano de su padre. Lo había logrado, había domado a la bestia.

—Estoy muy orgulloso de ti, mi pequeña *selkie*. Prométeme que nunca te rendirás. Recuerda, solo debes buscar en tu corazón, allí siempre hallarás la fortaleza —comentó Eirik tomándola por los hombros con cariño.

—Lo haré padre, te lo prometo…

Rose no pudo precisar cuanto tiempo estuvo dormida, pero un sonido cercano le indicó que algo sucedía. Con dificultad y haciendo acopio de sus pocas fuerzas, se incorporó. Sus huesos le dolían como si su cuerpo fuera el de una anciana, aun así intentó fijar la vista en ese

sonido tan particular. Alguien se acercaba, el tintinear de las llaves lo anunciaba. Una cegadora luz proveniente de una antorcha iluminó de repente su cárcel, obligándola a retroceder. Parpadeó, sus ojos habían olvidado como era ver. Alzó una mano hacia la frente, protegiéndose de aquella intensa claridad.

—Veo que el encierro te sienta bien, querida prima —La inconfundible voz de Blair hizo que se le erizara la piel, por instinto retrocedió —. ¿Qué sucede? ¿Acaso crees que ya ha llegado tu hora?

—Es evidente que te teme, solo mírala, parece una pordiosera asustada. Este lugar es justo como ella, repugnante…—Se burló la pelirroja, deteniéndose junto a su primo con aquella sonrisa de lado que Rose tan bien recordaba.

La muchacha Sinclair deseaba con todas sus fuerzas borrar esas sonrisas burlonas, pero sabía que aquello era una quimera, su cuerpo no reaccionaba. A pesar de todo el odio que sentía por ambos, la debilidad del encierro no le permitía moverse con rapidez. No obstante, un brillo en especial alrededor del cuello de la arpía pelirroja captó toda su atención.

—Maldita —barbotó. La muy desgraciada llevaba puesto su collar. La malnacida había robado El beso de la rosa.

Casi por instinto, y tomando una profunda bocanada, Rose se abalanzó contra Frances con el propósito de arrancarle su más preciado tesoro. No obstante, su primo, adivinando la intención de la muchacha, detuvo su avance, propinándole una intensa bofetada. Rose, no pudo mantenerse en pie, cayó sin fuerzas sobre el helado suelo, mientras el sabor metálico de la sangre comenzaba a inundar su boca. Frances se detuvo a su lado, la crueldad se había apoderado de su rostro a tiempo que la observaba vencida a sus pies. Sin ningún tipo de reparo, la pelirroja levantó la falda de su vestido y pateó el vientre de Rose una y otra vez. Descargando toda su furia en la débil muchacha, disfrutando con cada golpe. Su primo no tardó

en sumarse a la golpiza. Ambos parecían poseídos mientras reían a carcajadas, regocijándose en el dolor de la muchacha.

Pronto, su cuerpo dejó de sentir, una nube oscura y lóbrega se apoderó de Rose, el sonido de las voces y risas de sus verdugos, era algo lejano y difuso. Aun así, dentro de aquel lugar en donde se hallaba, el recuerdo del rostro de su padre acompañaba su calvario, casi podría jurar que escuchaba su poderosa voz: "No te rindas pequeña *selkie*, busca en tu corazón".

No pudo precisar cuanto tiempo pasó en aquella inconsciencia, solo que al despertar, sintió un regusto a bilis en su boca, la sangre que había brotado, era algo seco y olvidado. Sus verdugos se habían marchado hacía tiempo. No podía incorporarse, no lo deseaba, con suerte, y moriría allí en vez de la horca. Poco le importaba si ya había llegado su hora ni lo que le sucediese. Nada podía ser peor de como se sentía. Volvió a caer en aquella narcosis, al menos allí, el vacío se apoderaba de ella y olvidaba todo nuevamente. No obstante, algo la trajo de regreso, de pronto, sintió su cuerpo arropado y se obligó a abrir los ojos.

—Por San Andrés, ¿qué te han hecho? —La suave voz de la reina se coló como un rayo en su embotada mente. Rose ya no distinguía si aquellas palabras eran reales o producto de su traicionera imaginación.

—¿Madrina…? —inquirió en un murmullo.

—Rápido —ordenó la soberana, mientras acariciaba con delicadeza el dolorido y amoratado rostro de Rose —, traigan un cubo con agua y un paño limpio.

—Estoy bien —susurró. Dejando caer por primera vez en días, pesadas lágrimas que amenazaban por doblegarla.

—Ha sido ese endemoniado hombre, ¿no es así? —La muchacha asintió con debilidad.

—De nada sirve ahora acusarlo, el rey ya me ha condenado. Lo único que importa es Sophie…

La reina sintió desfallecer. Rose había aceptado aquel injusto destino para salvar a su hermana. Solo rogaba que el laird MacLeod llegara a tiempo tal y como lo había prometido.

—Al menos dime que puedo hacer por ti.

—No permitas que mi primo se la lleve…, Alistair MacLeod… —Rose no pudo continuar, la narcosis la estaba llamando, seduciendo nuevamente.

—No debes rendirte, ¿me escuchas…?, Malcolm MacLeod…

No obstante, ya era tarde, Rose ya no podía escucharla.

Capítulo 49

El infranqueable castillo real



El suelo temblaba gracias al intenso galope de los caballos, unos treinta guerreros se acercaban al castillo, liderados por su señor.

El laird MacLeod, espoleaba su montura con rigor por aquel terreno escarpado como alma que lleva el diablo. Su plan consistía en llegar a las puertas de Stirling y engañar a todos para no levantar sospechas sobre Burrow Contaba con que su hermano y sus amigos se introdujeran y esperaran su señal de ser necesario.

Apuró su montura a tiempo que la furia que fluía por sus venas aumentaba. El endemoniado rey tenía que escucharlo o de lo contrario no solo perdería a Rose, sino que su clan se convertiría en enemigo del rey. Conforme se acercaba a Stirling una sombra lo acechaba, como si de un mal presagio se tratara, no obstante, la decisión estaba tomada, nada ni nadie lo haría retroceder. Lo único que importaba era poner a salvo a Rose.

En ese preciso instante, un poderoso vocerío se asomó por encima del atronar de los caballos. Malcolm soltó una maldición, aquellos gritos de júbilo solo significaban una cosa: el pueblo clamaba por la ejecución.

No podía culpar a los pobladores que de seguro comenzaban a arremolinarse en el patio principal para disfrutar del espectáculo. No todos los días se encontraba culpable a alguien de la nobleza. La morbosidad humana era parte de la diversión y nada ni nadie impediría que lo presenciaran.

Negándose a aceptar el destino de Rose, obligó a su montura a avanzar a través del rocoso terreno. Caballo y jinete parecían uno solo, como si el animal entendiese la urgencia de su amo.

Finalmente, se encontró ante las imponentes puertas del palacio real, Malcolm era secundado por sus guerreros, en sus rostros podía verse la fiereza y el coraje. Todos y cada uno defenderían con su vida a su señor y a Rose Sinclair, la muchacha se había ganado su corazón y con gusto morirían por ella.

—¿Quién va? —inquirió un guardia real desde las almenas, aun a sabiendas de quién se trataba. Aquel hombre destacaba entre la multitud de enormes y fieros guerreros que lo secundaban.

—Soy el laird MacLeod y he venido a ver al rey —instó Malcolm con firmeza. No se detendría, la determinación se dibujaba en sus ojos y estaba dispuesto a todo. Solo rogaba que Roderick, Alistair y Hamish ya hubieran llegado a los túneles.

El guardia real dudó unos instantes, a pesar de la seguridad que brindaba su posición, se sintió intimidado y temeroso. Aun así, sabía que permitirle la entrada al líder de los MacLeod era imposible. Tenía órdenes que cumplir, nada ni nadie podía atravesar aquellas puertas. El rey así lo había dispuesto.

—Lo lamento laird MacLeod, pero tengo órdenes de no permitir el paso —declaró el soldado en un intento por sonar convincente y seguro.

—¿Estás dispuesto a morir muchacho? —enfatizó Malcolm mientras los guerreros del laird apuntaban sus flechas hacia el soldado de David —. Órdenes o no, pasaré por esas puertas, tú decides…

El guardia retrocedió unos pasos. La severa mirada de aquel hombre lograba amedrentarlo a pesar de la distancia. Sus compañeros se acercaron a él con curiosidad. Pronto un grupo de al menos diez soldados reales se habían amontonado para observar lo que sucedía. Ninguno se atrevía a moverse o a hablar, nadie en su sano juicio deseaba enfrentarse a esos salvajes. A pesar de estar en ventaja desde su posición, sus arcos temblaban en sus manos como hojas en otoño, las flechas que apuntaban hacia esos guerreros del norte, parecía no poder hacerles daño.

Jonathan Burrow, quien se encontraba en las cercanías, sonrió para sus adentros. Sus hombres confiaban en él, por lo que estaba seguro de que su plan funcionaría. Desde que Blair y sus secuaces se acercaron a David, esos malnacidos se habían convertido en la mano

derecha del soberano. Relegándolos a él y sus soldados a simples tareas. Esos desgraciados, liderados por O`Callahan, habían reforzado cada entrada, impartiendo su voluntad.

Estaba seguro de que Blair temía represalias por parte del laird de la isla de Skye. Era por esa razón que el rey había dado la orden de que las puertas de Stirling estuvieran cerradas para Malcolm o los suyos. Ese desgraciado de Sinclair y la reciente querida del rey se habían encargado de alienar su mente. David estaba siendo manipulado desde el principio y ya no tomaba las decisiones.

Sin perder tiempo, ordenó a uno de sus soldados que abrieran el portón. Necesitaba hablar con Malcolm antes de que los guerreros MacLeod asesinaran a los guardias reales.

—Parece que ya no soy bienvenido —remarcó el laird a tiempo que descabalgaba. Jonathan sonrió de lado conforme se acercaba a él.

—Sabes que no es así, pero debes comprender que atravesar las puertas de Stirling a la fuerza solo creará más problemas. David ha reforzado la guardia, los hombres de Sinclair ahora forman parte del ejército real. Si tú y tus hombres ponen un pie en el palacio, lo único que lograrán es adelantar la ejecución.

Malcolm asintió a tiempo que clavaba su mirada en los soldados que apuntaban con sus flechas hacia ellos.

—¿Qué propones entonces?

—Retira a tus hombres, hazles creer a los guardias que te he convencido —Jonathan hizo una pausa mientras se volteaba a ver hacia las almenas. No solo los soldados reales estaban apuntando a los MacLeod, también los hombres de Blair Sinclair. Ese desgraciado de O`Callahan los secundaba —. ¿Recuerdas la vieja entrada que da al pasadizo secreto? —Malcolm asintió.

—Creí que estaba sellado, la última vez que estuve aquí, recuerdo que David lo había hecho cerrar por temor a los ingleses.

—Me he encargado de abrirlo. Te llevará directo al salón real. Solo recuerda que no debes desviarte, dirígete siempre hacia el norte. Una vez allí, estarás por tu cuenta.

Malcolm maldijo a Blair una vez más, no imaginaba que contara con el beneplácito de David.

—Roderick, Alistair y mi tío Hamish han entrado por los túneles del ala norte, ¿sabes donde se encuentra Sinclair en este momento?

—Sentado en el salón del trono. David y la pelirroja están con él disfrutando de una comida. La reina se niega a participar si esa muchacha encuentra presente—El laird asintió con la mirada disimuladamente, sin dejar de observar las almenas, ese desgraciado irlandés no apartaba los ojos de ellos.

—Entonces debemos actuar cuanto antes, si no puedo llegar a David, estará todo perdido. Entremos por el pasadizo, tú solo asegúrate de que no haya soldados en la entrada.

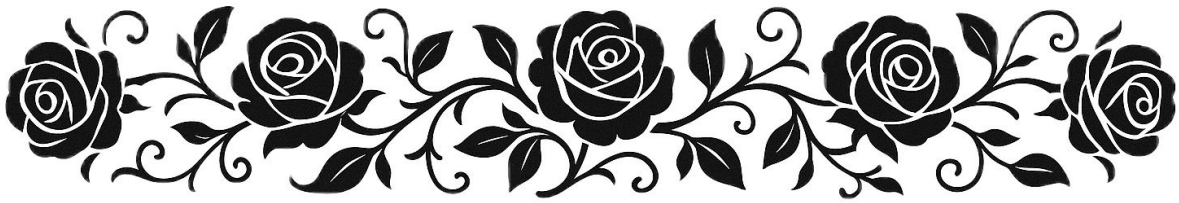
—Así se hará, y Malcolm, una cosa más, mis hombres y yo te apoyaremos desde el exterior, aunque con ello nos juguemos el pellejo.

—Te lo agradezco —instó el laird de los MacLeod con seguridad.

—Detendremos a O`Callahan, descuida, algunos de los soldados ya se encuentran en sus posiciones. Se han disfrazado de campesinos y han ocultado sus armas bajo su ropa, por lo que el irlandés no sospecha nada.

Malcolm sabía que no sería una tarea sencilla, esos desgraciados estarían atentos a cualquier movimiento; sin embargo, contaba con la

ayuda de Jonathan y sus hombres. Ahora tenía que apresurarse, Rose se estaba quedando sin tiempo.



Lady Murray resultó de gran ayuda convenciendo a su hijo. Después de haberse introducido por aquel estrecho y húmedo pasadizo, Brandon Murray se negaba a continuar. En especial, cuando las alimañas encerradas en aquel lugar, comenzaron a agitarse. Las ratas se escondían en los mohosos muros y emitiendo chillidos insoportables.

Brandon retrocedió un paso, sus ojos abiertos por el miedo, y murmuró algo ininteligible. Pero entonces, la voz firme de Lady Murray lo alcanzó como un látigo:

—Brandon, mírame —ordenó, sin alzar la voz, pero con autoridad, logrando que el grupo entero callara. Malcolm no pudo evitar sonreír, esa mujer haría buenas migas con su madre —. No hemos llegado hasta aquí para que te detengas ahora. Esa criatura que escuchas es menos peligrosa que el hombre que te está amenazando.

El Murray tragó saliva, intentando no mirar hacia los rincones oscuros donde las sombras se movían como si tuvieran vida propia. Sus dedos temblaban, pero aun así avanzó con cautela. Lady Murray no lo siguió de inmediato. Se quedó un momento en la entrada, observando con una mezcla de orgullo y enojo. Luego, sin decir una palabra, desapareció tras él, tragada por el pasadizo.

Lo que les esperaba al otro lado no era solo oscuridad ni alimañas. Enfrentarse al rey de Escocia, sería mucho peor.

Tal y como Jonathan les había indicado, el salón real estaba al final de aquel eterno pasadizo. Solo una pequeña puerta oculta tras el trono, separaba al grupo de su destino.

Por primera vez en años, Malcolm sintió temor, no deseaba enfurecer a David; sin embargo, su rey no le había dejado alternativa. Apretó la empuñadura de su *claymore*, dándose ánimos. Se volteó una vez más. La luz de las antorchas, dejaba ver los rostros de sus hombres y de sus testigos. Nadie se atrevía a hablar, solo el cruce de miradas era suficiente para comprender que una vez abrieran esa puerta, no habría marcha atrás. Asintió con seguridad, infundiendo valentía a sus compañeros y se adentró.

Capítulo 50

La duda del rey



Rose había sido convocada ante el rey. Tras la humillación de la endemoniada golpiza, su cuerpo no reaccionaba a ningún estímulo. No había un solo músculo o extremidad que no estuviera lleno de magullones o cardenales. Caminar era un suplicio; sin embargo, la obligaban a hacerlo. Era custodiada por al menos seis de los secuaces de su primo, tan crueles como lo era él. No pudo evitar que una muesca burlona se dibujara en sus doloridos labios. ¿En qué mundo Blair creería que ella podría escapar en aquel estado? Era evidente que, a pesar de todo, le temía. Aquello la reconfortó, si había de enfrentarse a los buitres carroñeros, lo haría con la poca de dignidad que le quedaba.

Conforme avanzaba hacia el salón de trono, los rostros de las personas con las que se cruzaba en su camino, pasaban del horror a la pena. No necesitaba de espejos para saber el estado deplorable en el que se encontraba. No solo su cuerpo le dolía, su rostro se sentía tan grávido como sus piernas. Su ojo izquierdo estaba cerrado por completo, por lo que le costaba enfocar con claridad. Aun así, podía sentir las miradas sobre ella.

Estaba sedienta, no obstante, no rogaría ni una gota.

Por fin, la agonía de aquella eterna caminata llegó a su fin. Las puertas del gran salón del trono se abrieron ante ella. De pronto, la angustia contenida pareció hacer efecto sobre su cuerpo, un dolor más agudo que el que había sentido hasta ahora, la atravesó como un rayo. Allí, frente a ella, sus verdugos la observaban con satisfacción, con el triunfo reflejado en sus rostros.

Uno de los soldados de su primo la empujó con malicia, obligándola a dar los últimos pasos hasta detenerse frente a un atónito rey, era evidente que no se esperaba verla en aquel estado.

Sentado en su trono, David aguarda en solemnidad y absoluto silencio, aun así sus ojos reflejaban un dejo de lástima y arrepentimiento imposible de ocultar.

A su derecha, su primo Blair, soberbio y orgulloso, la observaba con desdén, mientras que al otro lado del soberano, Frances Armstrong, se mantenía de pie, altanera y vanidosa, como si el salón y todo el palacio le pertenecieran.

El ambiente se torna espeso, turbio, aun así Rose levanta el mentón en un intento de verse segura de sí misma, aunque por dentro se siente desfallecer.

Con paso firme, a pesar de saberse una pordiosera, Rose se detiene ante el rey y con dificultad, saluda con una dolorosa reverencia.

—Por San Andrés... ¿Qué han hecho con ella? —inquirió David a tiempo que abandonaba su trono para observarla con detenimiento.

—Se abalanzó sobre mí como un animal salvaje su Majestad. Yo solo deseaba ayudar… cuando me ofrecí a llevarle su comida. Por fortuna Blair intervino a tiempo, no sé qué hubiera pasado si… —Rose carcajeó a pesar del dolor que le producía sonreír.

Esa arpía seguía sembrando su maldad, y lo peor era que David parecía escucharla.

—¿Pones en duda la palabra de Lady Amstrong, Rose Sinclair? —preguntó David, quien ya había comenzado a desconfiar de la pelirroja.

Los rumores de que ella y Blair estaban utilizándolo, comenzaron a hacer mella en él. La corte se había puesto en su contra tras nombrar a Blair Sinclair como su mano derecha, sin contar con que su esposa y parte de su ejército se habían negado a aceptarlo.

—¿Creería si le dijera lo contrario, mi señor? —ironizó Rose clavando su mirada en el soberano.

—¿Acaso osas burlarte de tu majestad y de sus invitados? —declaró David sin convicción.

No sabía por qué, pero algo le decía que detrás de aquellas palabras se encontraba la verdad. Aun así, Frances afirmaba que la había escuchado confesando su crimen, a pesar de que su esposa Joan aseguraba que era inocente.

¿Y si estaba siendo manipulado? ¿Y si se había dejado deslumbrar por la juventud de la joven Amstrong?

—Su alteza —Rose dio un paso hacia el frente sin importarle cuanto le costara moverse—, ya se me ha juzgado y condenado como asesina, ¿Es que hay algo peor que eso?

—Es evidente que está desequilibrada, majestad, lo mejor será que regrese a su celda —intervino Frances al observar la mirada furibunda de Rose. A pesar de la golpiza seguía siendo una salvaje peligrosa.

—Permítame recordarle, mi señor, que estamos hablando de una asesina. Mi padre fue atravesado con una espada. Mi prima debe responder por eso. Es insultante —remarcó Blair, quien hasta ahora no se había entrometido.

Rose alzó la mirada hacia Blair a tiempo que una perversa sonrisa se dibujaba en sus labios. Un silencio atronador los envolvió de pronto. La muchacha mantuvo la vista fija en él, lo suficiente para amedrentarlo. Su primo seguía siendo el cobarde de siempre y Rose sabía como y cuando provocarlo.

—Rose, aún tienes la oportunidad de arrepentirte… —instó David casi en un susurro, ignorando a Frances y Blair quienes continuaban insistiendo.

—Lo que ocurrió, mi señor… es que yo tomé la vida de mi tío.

Sus palabras flotaron en el aire como una sentencia. No había lágrimas en sus ojos, solo cansancio, como si el peso del mundo hubiera caído sobre ella.

—¿Por qué, Rose? ¿Por ambición? ¿Por venganza? —inquirió David intentando que la muchacha se resistiera a su destino. Algo le decía que aquello no estaba bien. Los Sinclair eran conocidos por su obstinación, entonces ¿por qué la muchacha frente a él no luchaba?

—Lo que hice…, lo hice sola. Y lo hice sabiendo lo que implicaba. No pido piedad, solo… que mi hermana Sophie no pague por mi.

Frances se volteó hacia Blair, satisfecha.

—Majestad, has sido más que generoso permitiéndole hablar. Pero su confesión lo asegura. Ni siquiera ahora, en el final, muestra arrepentimiento —intervino Frances deteniéndose junto a David.

El soberano observó con atención el salón del trono. De pronto se sintió extraño. Rodeado de aquellas personas que no eran las que solían compartir sus días. Todo había cambiado desde la llegada del Sinclair y de Lady Frances. El bullicio al que estaba acostumbrado, su propia guardia ya no lo protegía, sus cortesanos no se atrevían a pisar la corte, ni siquiera los bardos parecían felices, por el contrario, en sus rostros se dibujaba un temor oculto. Su música y sus historias eran ahora algo del pasado.

No obstante, y a pesar de la duda que lo envolvía, no podía dar marcha atrás en su decisión, no sin pruebas. Lamentó haber alejado a uno de sus más poderosos aliados del norte. El laird MacLeod había intentado presentarse ante él, pero se dejó influenciar, negándole una audiencia. De seguro, se encontraría a millas de Stirling, o quizá ya se encontraría en su amada isla. Negó con la cabeza, había sido un necio. No contaba siquiera con un ejército suficiente si el Sinclair lo traicionaba. ¿Como reparar su error?

De repente, el aire se tornó denso, espeso. Los pesados e inquebrantables muros parecían más cercanos y acechantes. Todo su cuerpo se comunicaba, como una advertencia.

—Si alguna verdad desea salir de tus labios, este es el momento —insistió el soberano haciendo caso omiso a las maliciosas palabras de la pelirroja.

—Mi señor, no comprendo por qué sigue empeñado, cuando es evidente que mi prima no desea su perdón. Ya ha confesado —bramó Blair, ofuscado al notar la duda en los ojos del soberano.

—Ya basta Sinclair, lo que decida o no con la acusada, solo a mí me atañe. Creo que, después de todo, no le he dado oportunidad de defenderse —declaró David furioso.

Rose sonrió levemente, agradeciendo para sus adentros. El rey había reaccionado al fin. Los rostros de aquellos buitres carroñeros se transformaron. La seguridad y la malicia habían desaparecido para dar paso al horror. Ni Frances con toda su verborragia ni Blair con toda su bravura lograron convencerlo en el final. Sin embargo, ya era tarde, sin pruebas, era su palabra frente la de ellos. Nada le aseguraba que Blair no tomara venganza contra Sophie o Malcolm si ella declaraba. Lo mejor sería callar, su vida a cambio de su amor por los suyos. No había podido salvar a Angus, pero esta vez era distinto. Pronto todo terminaría, su hermana, Hamish y su laird estarían a salvo.

—Majestad…, lo que hecho siempre ha sido por amor y no me arrepiento —declaró con seguridad.

Rose se volvió hacia la salida, los guardias de su primo no necesitaron empujarla, esta vez. A paso lento, pero seguro, se mantuvo erguida y orgullosa conforme se alejaba.

Un estruendo de pisadas retumbó en el salón. Desde detrás de la tarima del trono, emergieron al menos diez guerreros MacLeod. En sus rostros podía verse la determinación y la valentía, y al frente de ellos, Malcolm, ya no era solo un laird, se había convertido en el señor de la guerra. Su mirada era ahora, fría y calculadora.

Tras ellos, mientras descendían los escalones, el laird Douglas y su hermano Alexander arrastraban a Brandon y Lady Murray, sujetándolos por los brazos como si fuesen fugitivos.

—MacLeod, ¿qué significa todo esto? —espetó David aun sin poder creer lo que sucedía.

—Mi señor, Lady Rose es inocente y tengo pruebas de ello —exclamó Malcolm a tiempo que clavaba sus ojos en Rose.

Capítulo 51

El ataque



La desvencijada carreta que la había transportado hacia Stirling ocultaba toda clase de armas. Horquillas, garfios y lanzas para fardo acompañaban a las pocas espadas y *claymores* que Agnes y los hombres del clan Sinclair habían podido reunir. Al menos cincuenta campesinos y soldados se encontraban a las afueras del palacio, esperando el momento de atacar. Solo unos pocos contaban con su *carcaj.* Por fortuna, los mejores arqueros del clan Sinclair habían sobrevivido al ataque de Blair y se encontraban en su sitio.

Agnes sonrió para sus adentros al recordar todo lo sucedido desde la partida del laird MacLeod. Blair había descuidado la fortaleza Girnigoe dejando un reducido grupo de soldados para protegerla. La mayoría de su ejército se encontraba en Stirling. Razón por la cual, no les había costado demasiado hacerse con el castillo del clan Sinclair. Una vez reunido el ejército que, por fortuna, se había ocultado en las montañas, lo habían recuperado para su señora Rose y su hermana Sophie. Aquello la llenaba de orgullo. El viejo Seumas era ahora el encargado de ponerlo en marcha junto con las mujeres del clan que habían sobrevivido. Todo estaba dispuesto para el regreso de las herederas Sinclair.

Uno de sus hombres se acercó a la vieja bruja y asintió. Gracias a sus raras pócimas, había creado una especie de material hecho de tela carbonizada y hongo yesquero, que, al contacto con el fuego, producía un estruendo lo suficientemente poderoso como para producir una explosión. El soldado tomó el cuenco bajo la estricta mirada de la hechicera. Sin perder tiempo, se acercó, con cuidado de no ser visto por los soldados apostados en las almenas del palacio, hasta uno de los muros laterales de la fortaleza. Comenzó entonces la ardua tarea de golpear un *flint* contra un *firesteel* para crear las necesarias chispas. Al cabo de unos minutos, la llamarada se había expandido lo suficiente, brindándole tiempo de escape.

El poderoso estruendo que causó la explosión obligó que las puertas de la fortaleza se abrieran. Tal y como la bruja Agnes lo había calculado, un grupo de soldados de Blair se acercó a investigar. Sin

perder tiempo y a la señal de la hechicera, una partida de guerreros Sinclair atacó sin piedad, mientras que otros, liderados por Agnes, se introdujeron en el patio principal.

—Por las herederas Sinclair—gritó la bruja.

Pronto, una cruenta lucha se desató. Los soldados del rey, tan sorprendidos como los del traidor, al ver lo que sucedía, aprovecharon la distracción que causaban aquellos desconocidos y se involucraron en la pelea. Jonathan Burrow fue el primero en desenvainar su espada, contaba tener frente a frente al irlandés y darle así la oportunidad a MacLeod. Esperaba que el laird de la isla de Skye ya se encontrara en el salón del trono.

O`Callahan apretó los puños. Aquel estruendo debería haberle advertido que algo malo sucedía. A pesar de su advertencia, los soldados del Sinclair abandonaron sus puestos, dejando expuesta la entrada principal. Desde que Blair tomó la decisión de quedarse en el palacio, todo se había complicado. A pesar de la insistencia del irlandés de regresar al clan Sinclair, el muy incoherente, dejó descuidada la fortaleza recuperada a su padre. Por el contrario, casi todos los guerreros proscritos de Blair se encontraban en Stirling.

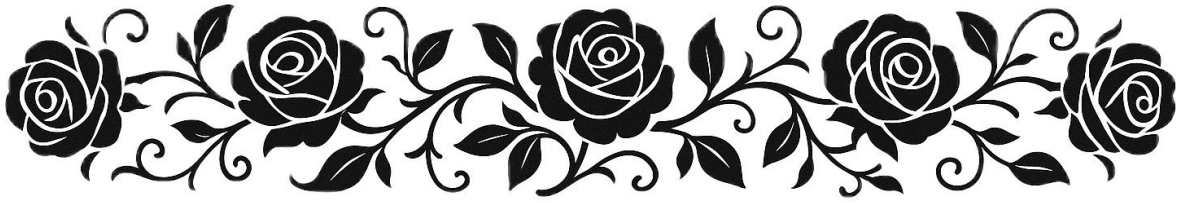
Esos hombres, cuya ley significaba el saqueo y la destrucción, eran ahora los soldados de un rey hábilmente engañado por esa pelirroja traicionera. No le gustaba Frances, a pesar de que había servido a los planes de Blair, el irlandés no confiaba en ella. Ni siquiera estuvo de acuerdo en la golpiza propinada a Rose Sinclair. Sentía pena por la muchacha, a fin de cuentas su único error había sido ser la prima de ese loco. Estaba harto de Blair y toda su gente, ya no le interesaba la abultada suma que recibía, pero un trato era un trato y se quedaría hasta el final. Una vez regresaran al clan Sinclair, se marcharía a Irlanda.

No obstante, aquel ataque lo tomó por sorpresa. Enfrentarse a los soldados del rey y al grupo de Sinclair, desbarató todos sus panes. Maldijo a Blair y a sí mismo. Debería haber hecho caso a su instinto y

desaparecer en cuanto tubo oportunidad. Jonathan Burrow lo estaba buscando, eso era evidente.

Oculto tras una de las enormes columnas del patio principal de Stirling, el irlandés observaba al soldado. La determinación de Burrow era admirable. Desde que lo había visto por primera vez, sabía que le traería problemas. O`Callahan estudió su escape, no le interesaba involucrarse en una lucha perdida. Estaba seguro de que detrás de todo ese asunto, se encontraba Malcolm MacLeod. Tras la extraña conversación entre Burrow y el laird aquella mañana, debería haber dudado. Se había confiado y ahora tenía que escapar como un reo. Se escabulló entre unas carretas de provisiones, rebuscó en busca de algo que lo cubriese. A pesar de su enorme tamaño, encontró una raída capa que ocultaba al menos su larga cabellera pelirroja.

Aprovechando la confusión creada gracias a la intensa lucha, no le costó mucho encontrar una salida, a pesar de que Burrow le seguía de cerca los pasos, el irlandés logró escapar, aunque por poco. Robar un caballo le resultó bastante fácil. Pronto la fortaleza del rey se convirtió en una nube lejana de destrucción y desolación, y con ello había dado por terminado su trato con Blair Sinclair.



Sophie llevaba horas sentada junto a la ventana, a lo lejos, la silueta del imponente castillo de David se divisaba a la distancia. Desde que Alistair, Malcolm y los otros habían partido, un mal presentimiento, la atormentaba. No podía decidirse, necesitaba averiguar lo que estaba sucediendo. Miles de preguntas la acechaban y lo peor, era que ninguna tenía respuesta. Aunque sabía que su lugar no estaba en medio de una lucha, no podía seguir allí, sentada, sin hacer nada.

Se levantó con determinación mientras se envolvía en su capa. No le importaba caminar hasta Stirling, ni el tiempo que le tomara, tenía que llegar a allí. Conforme avanzaba, un eco distante de gritos y de espadas, le recordó la noche en que aquella pesadilla había comenzado. No pudo evitarlo, su corazón se detuvo lo mismo que ella.

—Por San Andrés, ¿qué está sucediendo? —susurró mientras un escalofrío recorría su espalda.

Haciendo acopio de toda su determinación, continuó a paso acelerado. Cuando alcanzó las puertas del castillo, se ocultó tras unas carretas abandonadas, desde allí, el caos se desplegó frente a sus ojos. Los rostros conocidos de los pobladores y guerreros de su propio clan, a quienes creía muertos, se alzaban en una lucha encarnizada junto con los soldados del rey contra los secuaces de su primo. Fue entonces en que la diminuta figura de Agnes apareció entre los soldados Sinclair, a pesar de ser una anciana, aquella vieja bruja los lideraba con valentía y determinación. Sophie no pudo evitar emocionarse.

—¡Sophie! —gritó la hechicera al verla correr hacia ella—. ¡Aquí no estás a salvo!

—¿Cómo es posible?... —inquirió la muchacha mientras evitaba que la lucha la alcanzara.

Agnes alzó una mano, desviando la trayectoria de una flecha con un gesto que parecía más instinto que hechizo.

—Hemos venido a ayudar al laird MacLeod y a terminar de una vez y para siempre con esos desgraciados. Tú y tu hermana son las verdaderas herederas y no toleraremos que otro ocupe el lugar que les corresponde—respondió la hechicera llena de orgullo.

Sophie asintió conforme las lágrimas contenidas corrían sin control por sus mejillas.

—¿Dónde está Rose? ¿Y Hamish?

—No lo sé… —Se lamentó Agnes mientras esquivaba una flecha.

Sophie asintió. Aquella mujer y los valientes hombres de su clan, le habían infundido el valor que necesitaba. Sin dudarlo, tomó una daga del suelo y se encaminó hacia el castillo.

Tenía que encontrar a su hermana. A fin de cuentas, ella también era una Sinclair.

—Sophie, por aquí —escuchó una potente voz.

La imagen de Jonathan Burrow apareció de repente entre aquellos valientes hombres que no se rendían. Sin siquiera dudarlo se acercó al soldado del rey.

—Necesito encontrar a Rose, ¿sabes donde se encuentra? —rogó la muchacha. La daga en su mano temblaba lo mismo que todo su cuerpo.

Burrow asintió. A pesar de que no deseaba abandonar la lucha, su instinto le decía que la rata de O`Callahan ya no se encontraba entre los hombres de Blair. Además, no se lo perdonaría nunca si algo le sucedía a la menor de las hermanas.

—No te separes de mí —respondió mientras la tomaba de la mano —. La encontraremos.

La muchacha rogó para sus adentros, no solo por Rose, sino por los hombres que habían ido en su rescate, en especial por Alistair. Lo amaba demasiado como para perderlo. Negó con la cabeza intentando que el mal presagio abandonara su mente.

—Por favor…, que no sea demasiado tarde…

Capítulo 52

El valiente guerrero de leyenda



Como si se tratara de una aparición, Rose no salía de su asombro. Su laird, su valiente y poderoso guerrero de las tierras altas, estaba allí, ¿O acaso su mente le jugaba una mala pasada? ¿Malcolm había llegado para salvarla? ¿Acaso ella le importaba? Tan pasmada estaba que no fue siquiera consciente de lo que sucedía a su alrededor.

Los hombres de su primo habían desenvainado sus espadas, lo mismo que los soldados MacLeod. La tensión y el deseo de esos guerreros, podía palparse en la enorme habitación. A pesar de que los soldados de Blair, los superaban en número, los MacLeod no retrocedían, por el contrario, parecían estar disfrutando de su desventaja.

Blair se movía y gritaba dando órdenes como poseso. Era evidente que no había imaginado que el laird más poderoso de las Highlands se presentara en el salón del trono, y mucho menos con testigos que probaban la inocencia de Rose. Sin embargo, confiaba con que sus hombres acabaran de una vez y para siempre con los MacLeod. Con un ademán dio la orden a uno de sus soldados de ir en busca de O`Callahan. El irlandés lo ayudaría a deshacerse de ese endemoniado laird, de eso estaba seguro.

A su lado, Frances Armstrong se encontraba pálida, el color que solía adornar sus mejillas se había desvanecido como si la sangre misma la hubiera abandonado. Ni siquiera el rojo de su cabello simulaba el fuego, era algo extinto y sin vida, tal y como su dueña.

—Majestad, no puede creer en la palabra de un traidor, es evidente que intenta protegerse. Recuerde que él ha refugiado a una asesina, quien sabe que le ha prometido mi prima —Blair se acercó al rey a tiempo que el soberano retrocedía. La mirada iracunda del Sinclair no le gustaba nada.

—La única traición ha sido asesinar a tu propio padre y culpar a una inocente —bramó Malcolm apuntándolo con su claymore —. Si crees que eres merecedor de llamarte un guerrero, enfréntate a mí y terminemos con esto aquí y ahora.

En ese preciso momento, las puertas del salón del trono se abrieron. Roderick, Alistair y Hamish se unieron al laird Douglas y a Alexander. Al ver lo que sucedía, Blair palideció. Una veintena de guerreros MacLeod se sumaron a Malcolm y los suyos, la desventaja ahora era abismal. Aquello sería una matanza. No obstante, tal era su sed de terminar con la vida de su prima y la de ese laird entrometido, que arremetió contra el líder de los MacLeod.

Malcolm dio un paso hacia el frente y con un solo movimiento, levantó su claymore, deteniendo el ataque del Sinclair. El rechinar de metales pareció ser la orden que todos estaban esperando.

Una vorágine de fintas y estocadas se desató en el gran salón del trono. Los soldados de Blair luchaban descontrolados y sin ninguna clase de honor, aun así, era evidente que los MacLeod eran superiores. Hamish, se encargó de proteger a los testigos, mientras que Alistair y el mismo Roderick parecían estar disfrutando como niños. Uno de los guerreros de Blair, en un intento por deshacerse del hermano del laird, se precipitó contra él, pero Roderick bloqueó el golpe, girando sobre su pie. El pobre hombre no tuvo tiempo a reaccionar, la daga del hermano de Malcolm se había clavado en su costado.

El rey, al verse sin escapatoria y sin contar con la protección de sus guardias, se ocultó tras el trono. Hacía tiempo que había abandonado sus dotes de gran guerrero y temía involucrarse. Solo rogaba que aquello terminara pronto. Rose al ver lo que sucedía, y a pesar de que sus fuerzas no la acompañaban, se encaminó a paso lento hacia el soberano en un intento por protegerlo.

Mientras tanto, la lucha librada por Malcolm y Blair parecía no tener fin. El muy desgraciado del Sinclair, se ocultaba entre sus propios hombres, utilizándolos de escudo, escapando como la rata traicionera que era. No obstante, Malcolm era paciente, en su desesperación, Blair no era consciente que el laird lo estaba arrinconando.

Con cada paso que retrocedía, MacLeod avanzaba sin piedad. Blair, desesperado, buscaba una salida, pronto no quedaría escudo ni distracción que lo salvara. La distancia entre ambos se reducía rápidamente, y Malcolm sabía que el momento se acercaba. Iba a terminar con aquel cobarde de una vez por todas.

—Parece que has llegado al final del camino Sinclair, todo ha terminado —siseó el laird mientras el traidor lo observaba desconcertado.

No fue hasta que Malcolm se apartó sin dejar de apuntarlo, cuando Blair comprendió lo que MacLeod había dicho entre dientes. Todos sus hombres yacían sin vida en el frío suelo del salón. Ya no quedaba nadie para protegerlo.

La espada en manos del traidor comenzó a temblar lo mismo que su cuerpo. Un sudor frío recorrió su espalda y su frente. Maldijo, había cometido un error, sus arrebatos lo habían traicionado al fin. Debería haber escapado cuando tuvo oportunidad. Ahora ya era tarde. MacLeod no le permitiría salir de allí con vida.

"Maldita Rose…"

Sabiendo que no tenía escapatoria, y en un intento inútil por salvarse, alzó su espada por encima de su cabeza y se lanzó hacia adelante buscando el corazón de Malcolm. No obstante, el laird, adivinando su intención, desvió el golpe con un giro de muñeca y con un movimiento certero, hundió su claymore en el pecho expuesto de Blair.

El Sinclair se quedó inmóvil por un instante, de su boca brotó un hilo fino de sangre a tiempo que se desplomaba lentamente al suelo.

Malcolm negó con la cabeza, ese hombre murió gracias a su sed de ambición. Podría haber sido un gran guerrero, pero eligió la traición. Angus Sinclair había sido vengado.

Cuando por fin creía que todo había terminado, un grito desgarrador cortó de repente el aire.

—¡No! —La voz de Sophie Sinclair resonó en el salón.

Al voltearse, el corazón de Malcolm dio un vuelco. La endemoniada pelirroja tenía apresada a Rose y apuntaba su cuello con una espada, mientras que Sophie era detenida por Burrow. De alguna manera, la menor de las hermanas había llegado hasta allí con la ayuda de Jonathan y se había encontrado con aquella endemoniada escena.

De pronto, el tiempo pareció ralentizarse. ¿Es que la pesadilla no terminaría nunca?

—Arrojen sus armas —ordenó la pelirroja.

Uno a uno y a pesar de su reticencia, los guerreros MacLeod obedecieron.

—Suéltala Frances… —siseó Malcolm entre dientes conforme se acercaba a paso lento mientras observaba como una delgada línea de sangre recorría el cuello de Rose.

—¿La quieres?, ¿quieres que esta bastarda sobreviva? Entonces ríndete a mi Malcolm, gobernaremos juntos el norte —Rose apretó los puños al escuchar a esa desquiciada. Maldijo a su cuerpo por no poder reaccionar. Esa arpía la había apresado cuando se encaminaba para proteger al rey.

El laird de los MacLeod clavó sus verdes ojos en Rose, a pesar de todo el daño que le habían hecho, aún intentaba resistir. Su preciosa mirada gris parecía hablar por ella, obligándolo a detenerse.

—No lo hagas Malcolm, me asesinará de todas formas —espetó Rose sin importarle que la espada se clavara más profunda en su cuello.

—Cállate ramera —gritó Frances apretando aún más el filo del acero —. Tú decides Malcolm, ¿viva o muerta?, ¿cuál prefieres?

—Frances, detente, te lo exijo —intervino el rey.

La pelirroja carcajeó con malicia a tiempo que clavaba sus oscuros ojos en el soberano.

—¿Lo ordenas? ¿Un inútil como tú? ¿Crees que eres el verdadero rey?, todos saben que es Edward de Inglaterra quien debería reinar…

—Ya basta Frances, si me quieres, déjala marchar y te prometo que me tendrás —soltó Malcolm dando un paso adelante.

Un silencio desgarrador envolvió el denso aire del salón. Nadie se atrevía a hablar. Solo el suave sollozo de Sophie se escuchaba en la lejanía. Hasta Lady Bolton estaba muda, durante toda aquella cruenta lucha se había abrazado a Hamish sin separarse del guerrero.

—Ven a mí entonces amado mío —respondió Frances con una sonrisa de triunfo mientras observaba como el laird se acercaba a ella.

Rose ya no lo toleró. Aun a costa de lo que pudiera sucederle, llevó la cabeza hacia atrás, propinándole un certero golpe al rostro de Frances. Aquello le dio la oportunidad que estaba buscando. La pelirroja se desestabilizó liberando así el cuello de la muchacha. De un inesperado salto, Rose tomó la daga del cinturón de Malcolm para luego girarse y clavarla en el hombro de aquella arpía desquiciada, a tiempo que arrebataba su collar del cuello de la mujer. Frances se desplomó de inmediato, aullando de dolor ante la mirada atónita del laird de los MacLeod y todos los presentes.

Rose también hubiera caído de no haber sido por Malcolm. El laird la tomó entre sus brazos antes de que la muchacha se desplomara junto a Frances.

—Parece que siempre debo cargarte mi valiente rosa escocesa —susurró a su oído. No obstante, su ángel plateado ya no lo escuchaba. Se había desmayado.

Sophie corrió hacia Rose. Había esperado demasiado por ella. No podía perderla ahora que todo había terminado.

—Majestad —rogó desesperada—. Mi hermana necesita atenciones pronto.

David indicó a Malcolm que llevara a Rose con la reina mientras se volteaba y observaba a Frances con una mueca de absoluto desprecio.

—Jonathan —El primer oficial del soberano se acercó a él de inmediato, feliz de haber recuperado la confianza de su señor—. Que esta mujer sea atendida, luego llévala a la mazmorra en la que estuvo encerrada Lady Sinclair. Allí esperará hasta su ejecución.

Capítulo 53

La traición del rey



Una semana después, David y la reina Joan se encontraban escuchando el relato de los Murray. El rey no deseaba reconocer que había sido engañado, por lo que agradeció la intervención de la reina. De no ser por la sabia intervención de su esposa, su trono habría tambaleado lo mismo que su vida. Las palabras de Frances Amstrong aún resonaban en su mente y Edward de Inglaterra seguía esperando su momento para destronarlo; sin embargo, Joan había intercedido en su favor aun después de lo sucedido con la pelirroja. Era evidente que quien reinaba era ella. Toda Escocia la veneraba.

Por fortuna, todo había retornado a la normalidad. Sus cortesanos regresaron y el castillo retomó sus actividades. Nadie recordaba ya lo sucedido con aquellos traidores. Frances Amstrong era ahora un despojo olvidado y ninguno de ellos se atrevía siquiera a nombrarla. Así lo había ordenado la reina.

A pesar de las bajas sufridas en el ejército del rey, los hombres se reorganizaron bajo la estricta mirada de Jonathan Burrow, junto con la ayuda de los guerreros Sinclair y los MacLeod.

Tras ganar la batalla, Agnes y los soldados del clan Sinclair se habían convertido en héroes respetados y venerados por la corona. Mientras que el laird MacLeod, había vuelto a demostrar su inclinación al liderazgo de David. No solo había acabado con la tiranía y la traición de Blair Sinclair, sino que había salvado la vida de la ahijada de la reina.

Después escuchar el relato de Brandon Murray y su madre, el rey ya no tenía dudas, Rose Sinclair había sido una víctima lo mismo que lo había sido él.

—Lady Murray —La mujer se irguió al escuchar su nombre en labios de la reina Joan. Podía sentir todas las miradas puestas en ella y en su hijo—. Su confesión ha aclarado lo sucedido en el clan Sinclair, no cabe duda de que Lady Sinclair es inocente —Joan remarcó aquella frase para que todos pudieran escucharla—. No solo ha salvado una vida, sino que la corona estará eternamente agradecida por ello.

—Míralo —indicó Roderick a su tío mientras clavaba su mirada en el rey —. De no haber sido por los clanes del norte, puede que ni siquiera estaría sentado en ese trono. Todos en esta corte no son más que perros a la espera de las sobras de su amo. La traición ronda este lugar junto con los ingleses. Espero que David sepa controlarse.

—¿Por qué lo dices? —inquirió Hamish intrigado.

—Se rumorea que desea unir a Malcolm con una noble inglesa en "agradecimiento" por salvar Stirling. Nada más lejos de la realidad, lo hace para calmar a Edward de Inglaterra. ¿O acaso crees que su indiscreción no ha cruzado la frontera?

—¿Malcolm lo sabe? —Roderick apretó los puños. Odiaba ese lugar y a sus habitantes. Deseaba marchar a Lewis y vivir entre su gente.

—Claro que lo sabe. Solo que el rey aún no se lo ha comunicado. Pero te aseguro que no me gustaría estar en su lugar cuando lo haga.

Hamish reflexionó por unos instantes, Roderick tenía razón, nada de lo que hacía el rey era por mera bondad. Ese hombre movería cielo y tierra con tal de salvar su pellejo, aun a costa de la felicidad de Malcolm.

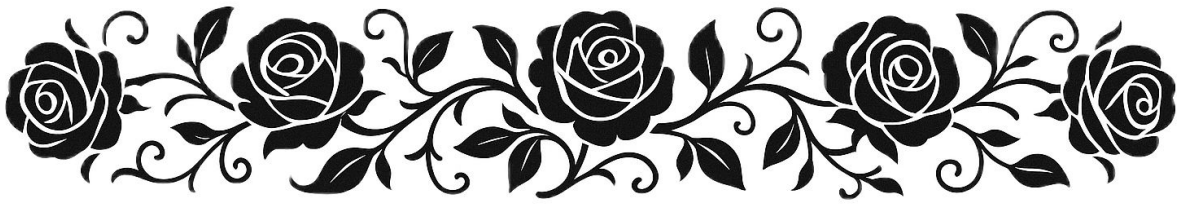
—¿Sabes lo que pienso? —Su sobrino lo miró expectante—. Pienso que es momento de que alguien hable con la reina.

—¿Te refieres a Rose? No creo que se encuentre en condiciones — Hamish carcajeó.

—Nadie mejor que tu madre puede convencer a la reina. Mi hermana se enfrentaría al mismo infierno con tal de ver felices a sus hijos.

Roderick sonrió, Catherine MacLeod había llegado a Stirling el día anterior acompañada por Penny y desde entonces se había dedicado

por completo al cuidado de Rose. Nada ni nadie impediría que Malcolm y la muchacha Sinclair, por fin, se unieran en matrimonio. Hamish tenía razón, Catherine se bastaba sola para enfrentarse a la reina.



Horas más tarde, la madre del laird MacLeod se sentaba frente a la reina Joan. La habitación de la soberana había sido el lugar del encuentro entre aquellas poderosas mujeres. En el pasado, habían sido grandes amigas y Catherine esperaba que Joan aún recordara los buenos tiempos. Tras haber escuchado aquel rumor, no había podido contenerse. Ni siquiera hub necesidad de que su hermano o su hijo Roderick le pidieran que intercediera o hablara con la reina. La madre de Malcolm, por poco y asesina al rey.

¿Cómo se atrevía David a separar a dos jóvenes que habían salvado su pellejo? El solo hecho de pensar en su hijo mayor, casado con una noble inglesa, le revolvía las tripas. Malcolm y Rose estaban hechos el uno para el otro.

De no haber sido por Penny y por Roderick, Catherine se hubiera presentado en la sala del trono.

La paciencia no era su mejor virtud, sin embargo, sabía que debía ir con cuidado y medir sus palabras. Joan había ordenado a sus criadas que les sirvieran unos *possets,* por lo que la espera se estaba haciendo eterna. Sus manos eran un manojo de nervios, lo mismo que su mente, desde que había puesto un pie en los aposentos reales, se había devanado los sesos buscando las palabras correctas.

Cuando al fin las criadas se retiraron, la reina sonrió. Conocía a Catherine y sabía que algo le preocupaba.

—¿Y bien Cath, que sucede? Conozco esa mirada —La madre de Malcolm carcajeó. Su vieja amiga aún la recordaba.

—He escuchado rumores… —Joan asintió, sabía que llegaría ese momento—. Dime que no son ciertos, dime que David no ha vendido a mi hijo mayor a los ingleses.

—Me temo que no son solo rumores, mi esposo ha firmado un acuerdo y el nombre de Malcolm ha sido sugerido —declaró la reina con tristeza.

Tras lo sucedido en la corte días atrás, el laird MacLeod no se había separado del lado de su ahijada. No cabía duda de que la amaba. Nunca había presenciado tal devoción. Sin embargo, la decisión estaba tomada y ni siquiera ella tenía tal influencia. Edward de Inglaterra había aceptado y con ello, cesaría en su intento de hacerse con la corona Escocesa.

—¿Cómo se atreve? ¿Es que acaso mi hijo no merece una compensación por haber evitado el desastre? Debe haber algo que podamos hacer —declaró Catherine, furibunda.

—Cálmate Cath, te lo ruego. Estoy al corriente de lo que sucede entre tu hijo y mi ahijada y no me gustaría separarlos, no después de

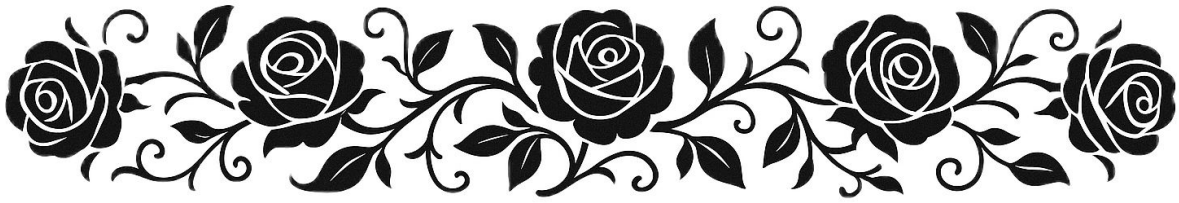
todo lo que ha sufrido Rose. A pesar de que es una muchacha testaruda y está convencida de que tu hijo no la ama, sé que ama a Malcolm —respondió la reina a tiempo que le entregaba a su amiga un tazón con *posset*.

—¿Lo sabes? —Joan asintió.

—La escuché cuando se lo confesaba a su hermana Sophie, a pesar de que se niega a aceptarlo frente a él. También sé que tu hijo la adora. Por eso te pido que seas paciente. Intentaré hablar con David, aunque el documento ya ha sido firmado y no será fácil anularlo.

—Sigues siendo una romántica a pesar de todo —La reina sonrió con tristeza.

—Puede que mi matrimonio no haya sido por amor, no obstante, sé reconocer cuando dos jóvenes se aman.



La luz de las antorchas dejaba ver cuan cansado y abatido estaba. Malcolm se encontraba a solas, se había alejado como solía hacer cuando algo le preocupaba. Catherine se acercó con cautela. La habitación de su hijo estaba helada, hacía ya mucho tiempo que los leños del hogar se habían extinguido, sin embargo, era evidente que él no lo notaba.

—¿En qué piensas? —Malcolm se volteó al escuchar la voz de su madre.

—Creo que ya lo sabes —respondió mientras apretaba la jarra que tenía en su mano.

—He hablado con la reina, no permitiremos que David…

—Dilo madre, termina la frase. Di que el endemoniado rey me obligará a desposarme con una noble inglesa —declaró lleno de furia —. Me he convertido en la ramera del rey.

—Nunca, ¿me oyes?, nunca vuelvas a decir eso. No permitiré… — Malcolm no la dejó continuar.

—¿Y qué pretendes? ¿Que huya? Porque te aseguro que la idea es tentadora. Me he devanado los sesos pensando en como negarme y es imposible.

—De ser necesario te apoyaremos —El laird de los MacLeod negó con vehemencia.

—La he perdido madre. Ni siquiera puedo acercarme a ella sin desear arrastrarla conmigo. Sabes que si lo hago solo le haré más daño — Malcolm hizo una pausa a tiempo que cerraba los ojos —. No, no pondré en peligro al clan, ni a Rose, lo mejor será obligarla a odiarme.

Capítulo 54

El plan de Rose Sinclair



Rose caminaba de un lado a otro de la habitación en un intento inútil de calmar su furia. Tras esa última visita de Malcolm, en la que le había "informado que debía retornar a sus obligaciones", confirmó sus sospechas. Nunca estuvo interesado en ella. Su compañía mientras estuvo convaleciente solo fue "su deber". Ni siquiera nombró el endemoniado *handfasting*. Se marchó sin más. Lo había olvidado, lo mismo que a ella.

Sophie, no le quitaba los ojos de encima. La menor de las hermanas se debatía entre confesarle acerca de los rumores o callar. Tras haber hablado con Alistair no podía seguir ocultando la verdad. Malcolm no había desaparecido sin más. El rey tenía intenciones de desposarlo con una inglesa y había decidido no hacerle más daño a Rose, prefiriendo que lo odiara.

Desde que entró en la habitación de su hermana, Rose no hacía más que despotricar contra del laird MacLeod. Casi se había recuperado por completo de la golpiza. Ya no quedaba nada de los cardenales en su rostro o en su cuerpo. La vieja Rose había regresado y con ella, su carácter.

La menor de las hermanas Sinclair, maldijo a al rey. A pesar de que Rose se negara a aceptarlo, era evidente que amaba al laird. De no ser porque comprendía la decisión de Malcolm, hubiera reído a carcajadas. Rose parecía desquiciada, caminaba de un lado a otro de la habitación como posesa.

—Te lo advertí y no quisiste escucharme. Malcolm MacLeod solo intentaba salvar al rey de cometer una locura. Nunca ha estado interesado en mí. Debería haber confiado en mi instinto —espetó Rose furiosa.

—¿Y como explicas sus visitas? Lo creas o no ha estado pendiente de ti desde que te trajo en brazos hasta esta habitación —respondió Sophie mientras tomaba a Rose por los hombros para evitar que continuara caminando.

—Obligación, ¿qué más?

—¿Realmente crees eso?

—Por supuesto que lo creo. ¿Sabes lo que ha dicho? "Lamento informarle que debo partir, hay obligaciones a las que atender, le deseo una pronta recuperación, Lady Sinclair" ¿Cómo explicas eso? Ese hombre nunca tuvo intenciones de aceptar el *handfasting*, y mucho menos está interesado en mí —Rose sorteó a su hermana y regresó a su alocada caminata—. Acéptalo Sophie.

—Basta, detente Rosie, hay algo que no sabes… El laird MacLeod no se está marchando a Skye, se marcha a Inglaterra.

Rose se detuvo de pronto a tiempo que clavaba sus grises ojos en su hermana. ¿Qué era lo que Sophie intentaba decirle?

—Explícate Sophie Sinclair, ¿qué es lo que sabes? —inquirió amenazante.

Sophie se mordió los labios, no había podido tolerarlo, no solo por el laird MacLeod, sino por su hermana. A pesar de toda su verborragia, estaba sufriendo, eso era evidente.

—Ven conmigo —Sin darle tiempo a reaccionar, arrastró a Rose fuera de la habitación, haciendo caso omiso a las miradas atónitas de las doncellas que se cruzaban por el pasillo. Cuando por fin llegaron a los aposentos de Catherine MacLeod, tomó una profunda bocanada y llamó a la puerta.

—¿Pero qué demonios…? —Rose calló de pronto. Allí, frente a ella, la madre de Malcolm y Penny la observaban en una mezcla de felicidad y sorpresa.

—Rose, Sophie —comentó Penny a tiempo que se acercaba a las muchachas —. ¿Qué están haciendo aquí?

La mayor de las hermanas no sabía que responder, estaba muda, su boca dibujaba una perfecta o. mientras que Sophie, decidida a que la verdad saliera a la luz, esperaba que aquellas mujeres la ayudaran a confesar todo.

—Lady Catherine, Penny —Sophie hizo una pausa—. Rose tiene derecho a saber. Sé que el laird no desea que lo sepa, pero tarde o temprano la verdad saldrá a la luz y no sería justo para ambos —dijo con decisión.

La madre de Malcolm sonrió, aquella muchacha era la viva imagen de su madre. Eleanor Sinclair siempre había sido una romántica, quizá más que la propia reina. Era evidente que Sophie había heredado su carácter, mientras que Rose era tan testaruda como Eirik.

—¿Y qué se supone que tengo que saber? —inquirió la mayor de las hermanas ofuscada e intrigada por partes iguales—. Hablan como si yo no estuviera aquí.

—¿Por qué no te sientas primero? —sugirió Penny a tiempo que Rose la observaba desconcertada; sin embargo, aceptó a regañadientes.

Pronto, toda la verdad salió a la luz. Conforme Lady Catherine relataba lo sucedido aquellos días, una mezcla entre alivio y furia se gestaba en el interior de la joven. Miles de preguntas la acecharon.

¿Sería verdad lo que Lady Catherine decía? ¿Entonces Malcolm la amaba? ¿Realmente la amaba? ¿Se había alejado de ella por culpa de la decisión del rey?

"Maldito David…" "Como se atreve" "Piensa Rose, no puedes permitir que el rey te separe del hombre que amas" "¿Lo amas?" "¡Claro que sí, tonta, estás enamorada del laird MacLeod!"

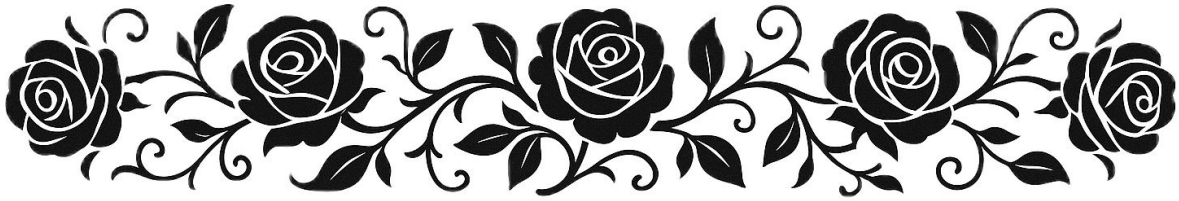
La mayor de las hermanas comenzó a caminar como posesa por la habitación, bajo la estricta mirada de las tres mujeres que no dejaban de observarla.

“Piensa maldita sea…”

Como si de repente todas las preguntas tuvieran su respuesta, Rose esbozó una enorme sonrisa, tomando a su hermana, Penny y Lady Catherine por sorpresa. Esperaban que Rose reaccionara entre gritos y llantos, pero nunca que sonriera. De hecho, ellas también comenzaron a carcajear a pesar de no saber el porqué.

—¿Hermana? —preguntó Sophie finalmente —. ¿Qué estás pensando? Conozco esa mirada…

—El rey no me arrebatará mi felicidad. Como que me llamo Rose Sinclair, que no lo hará —Y sin decir más, se dirigió a su habitación. Tenía que prepararse.



Su hermana había insistido por enésima vez, pero Rose seguía negándose a abrir la puerta de sus aposentos.

—Vete, Sophie, solo te pido que tengas paciencia…—respondió a tiempo que la doncella preparaba la tina que había mandado a traer.

Todo debía ser perfecto si quería tener éxito. No confiaba en que su hermana no correría a contarle su plan a Alistair, a la madre de Malcolm o a Penny. Tras aquella conversación con Lady Catherine, la decisión estaba tomada y nada ni nadie la detendría. Ni siquiera le importaba lo que sucediera después de aquello, pero confiaba en su instinto.

Se sumergió en la tina a tiempo que despedía a la doncella con una gran sonrisa, no sin antes recordarle lo que tenía que hacer la mañana siguiente. La joven asintió ilusionada, se había encariñado con Rose durante aquellos días.

—Cuento contigo —declaró la mayor de las Sinclair.

Se sentía feliz, pletórica. Cuando el calor del agua la invadió, su cuerpo desnudo reaccionó al instante. Jugó con su collar, era lo único de lo que no se desprendía desde que lo había recuperado. Sus delicados dedos acariciaron el dije en forma de rosa, mientras cerraba los ojos.

"*—Recuerda mi pequeña selkie, siempre que lo lleves, te guiará hacia tu verdadero amor"*

El recuerdo de la voz de su padre inundó su mente a tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas. Cómo le hubiera gustado que sus padres la vieran en ese momento, compartiendo su alegría.

"Su verdadero amor", una frase que la había llevado hasta él. Su laird, su guerrero de ensueño. Él, que había llegado para salvarla, él, que la había protegido con su vida.

¡Qué tonta fue al dejarse engañar por esa arpía! ¿Cómo pudo ser tan ilusa? Una nube de furia alienó sus pensamientos, no obstante, se repuso. Frances era parte del pasado, ya no podía dañarlos. Ella tenía

un objetivo. El futuro era ahora lo único que importaba. David no podía salirse con la suya, se lo debía. No obstante, un pequeño empujón nunca estaba de más.

Un nuevo golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Carcajeó. Sophie volvía a insistir. Negó a tiempo que abandonaba la tina. No se molestó en responder, se sentó frente al espejo y comenzó la tarea de desenredar su larga cabellera plateada. A pesar de no haber sido nunca vanidosa, se observó con detenimiento. Se sentía bella, plena. Sus ojos brillaron lo mismo que su dije. Como si aquel objeto sintiera lo que ella en aquellos momentos. Aún le parecía un sueño que Malcolm la amara. Catherine MacLeod no le habría mentido con algo así. Tenía que confiar.

Para cuando terminó de arreglarse no pudo evitar sentirse satisfecha con el resultado.

Su vestido era de un azul profundo, como las aguas más oscuras del mar. El corpiño se ceñía delicadamente a su cintura, realzando la curva natural de su silueta. El escote, dejaba ver con sensualidad el nacimiento de sus senos. Su cabello, suelto, caía sobre su espalda, mientras que dos trenzas, tomadas desde las sienes, se unían en la parte posterior de su cabeza. Algunos mechones escapaban libremente y enmarcaban su rostro con delicadeza.

Rose alzó el mentón y sonrió. Esa noche, la rosa escocesa, al fin, florecería.

—Es hora —susurró, y con seguridad, se encaminó hacia la salida.

Capítulo 55

La descarada



La habitación estaba casi en penumbras, solo el fuego que alimentaba el hogar, dejaba ver apenas los pesados muros de piedra. Malcolm se hallaba de pie, frente a la ventana, observando como, poco a poco, las estrellas se dejaban ver en quietud de la noche.

No podía dormir, deseaba aletargar lo más posible el encuentro con David. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Rose. Había llegado hasta allí para salvarla y ganar su corazón, y todo lo que obtendría sería su odio.

La ironía lo hizo sonreír con amargura mientras acariciaba la jarra con *cruim*. Él, que había renegado del *handfasting* con Rose por creerla una farsante, se veía obligado a mentir y hacerle pensar que no la amaba.

Ni siquiera podía cerrar los ojos. Si lo hacía, la imagen de aquella decepcionada mirada lo acechaba como un fantasma. No tuvo opción. Le había mentido, haciéndole creer que ella nunca había sido la razón por la que se encontraba allí. Puede que creyera que era lo mejor, sin embargo, nunca imaginó cuanto le dolería. La amaba, más que a su propia vida. Ese ángel plateado y salvaje lo había convertido en un bardo. Aún podía sentir sus labios. El beso de su rosa escocesa, sería por siempre el mejor de sus recuerdos. Su más preciado tesoro. Por primera vez en su vida, se sentía como un niño pequeño. Una escueta lágrima rodó por su mejilla recorriendo su cicatriz. No le importaba. Brindó en su honor a tiempo que susurraba una solitaria despedida.

—Adiós, mi amor…, mi ángel de plata…

Tan ensimismado estaba regodeándose en su pena, que no fue consciente de que alguien lo acompañaba.

—Me gusta como suena, "ángel"…, nunca antes me habían llamado así.

Malcolm dejó de respirar, aquella voz, no podía ser cierto, estaba seguro de que el *cruim* le jugaba una mala pasada. Aun así se volteó.

La más perfecta imagen de su ángel se hallaba frente a él. A pesar de la penumbra en la que se encontraba, la reconocería una y mil veces. Ninguna mujer se le compararía nunca. Rose Sinclair era única. Y aquel vestido no hacía justicia a su belleza. El laird de los MacLeod se obligó a sacudir su cabeza, todavía sin creer que fuera real. No obstante, cuando la muchacha se acercó a él, no tuvo dudas. Era ella. Aquellos preciosos ojos de la tormenta seguían siendo magníficos, una mezcla sublime entre inocencia y fortaleza.

—¿Qué haces aquí? —inquirió sin poder apartar la mirada de aquella sensual muchacha.

Por San Andrés que era majestuosa. Malcolm deseaba arrebatarle aquel vestido y hacerla suya por siempre. Rose no era consciente de lo que provocaba en él.

—He venido a terminar lo que comenzamos… —susurró la joven con sensualidad mientras mordía su labio inferior.

La entrepierna de Malcolm reaccionó de inmediato.

"Es exquisita."

De pronto, imágenes de Rose desnuda entre sus brazos invadieron su mente, logrando que miles de espasmos atacaran su febril cuerpo. Aun así, se recompuso.

—No comprendo —respondió, intentando sonar seguro de sí mismo.

—Verás, laird —comentó Rose a tiempo que comenzó a caminar moviendo sus caderas sutilmente. Malcolm estaba absorto en su vaivén—, nunca hicimos "aquello"—Rose remarcó esa última palabra —, por lo que nos obligaron al *handfasting* —El laird sintió su garganta contraerse —.¿Lo entiendes ahora?

—Rose… —La muchacha se acercó al él, deteniéndose a escasos centímetros mientras elevaba su mano para callarlo.

—¿No lo deseas Malcolm…? —inquirió rozando su escote contra el pecho del laird.

El corazón del jefe de los MacLeod por poco y se desboca. Esa atrevida muchacha estaba llevándolo al límite de sus fuerzas. Con cada palabra que salía de sus sensuales y carnosos labios, debilitaba su razón. Intentó alejarse, pero fue inútil, Rose tomó su rostro entre sus delicadas manos y lo obligó a perderse en la tormenta de sus ojos grises. Aquello fue su perdición.

Como un animal salvaje, se abalanzó sobre ella, robándole un brutal y apasionado beso que la dejó sin aliento.

—¿Estás segura muchacha? —preguntó con la poca razón que le quedaba.

Rose carcajeó y Malcolm creyó estar en el cielo. La sonora risa de la muchacha era música en sus oídos. Sin embargo, nunca esperó lo que hizo, a continuación, de un osado movimiento, esta vez fue ella la que con anhelo y con avidez tomó la boca del laird. A pesar de la sorpresa, Malcolm permitió que saboreara su lengua. Un helado escalofrío recorrió la espalda de la joven cuando una oleada de placer la invadió. El laird la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. Ambos sedientos el uno por el otro.

Ya no había marcha atrás. Malcolm sabía que Rose podía hacer lo que quisiera con él. No le importaba, ella era la indicada, sin ella nada tenía sentido. Al diablo, con su decisión y con el rey, amaba demasiado a esa joven como para dejarla marchar. Si había de huir, lo haría con gusto. Rose Sinclair era la vida misma.

Los expertos dedos del laird desataron con rapidez las cintas del vestido sin dejar de devorar esos turgentes labios hechiceros. Por un breve instante, la duda invadió los ojos de la muchacha, sin embargo,

le permitió continuar. En cuanto sintió que ya nada la cubría, se aferró a él en un intento inútil por ocultarse. Parecía como si todo su atrevimiento se hubiera evaporado de repente.

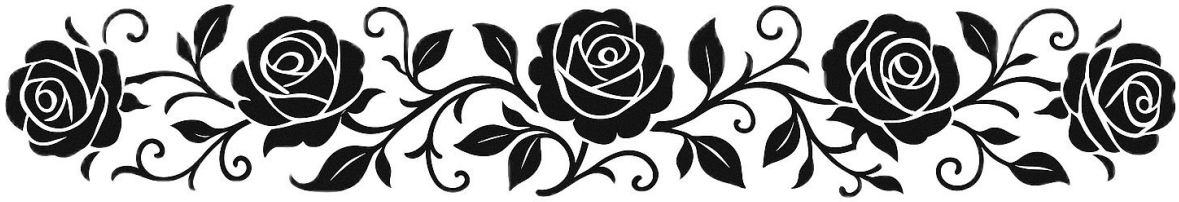
El laird sonrió, a pesar de aquel descaro, Rose seguía conservando su inocencia. Volvió a besarla, esta vez, su beso fue lento, tierno, permitiéndole recuperar la confianza. Poco a poco, Rose fue dejándose llevar por la experiencia de Malcolm y sin siquiera ser consciente, se encontró en brazos del laird.

Malcolm la dejó con suavidad sobre la cama a tiempo que se alejaba para beber de la imagen que le devolvía la exquisita muchacha. Era perfecta. El plateado de su cabello parecía desprender rayos sobre la almohada, hechizándolo en su incandescente luz. Mientras que su entrecortada respiración, elevaba sus perfectos y níveos pechos, tan hipnóticos como sus labios. La urgencia nubló su razón y de un solo movimiento arrancó su plaid para luego continuar con su camisa.

Los ojos de la joven se abrieron de par en par al ver aquel escultural cuerpo que tan bien recordaba. Ese hombre era lo más hermoso que había visto en su vida. El guerrero de sus sueños de niña. Cada cicatriz que descubría, le contaba historias de su valentía y su experiencia. Todo en él era enorme, hasta su entrepierna. No pudo evitar sonrojarse, no obstante, no podía apartar los ojos de aquel esplendor de virilidad. Lo amaba, de eso no cabía duda. El laird MacLeod era y sería siempre su mitad.

Rose sonrió. Como si, de pronto, la audacia la embriagara, se acercó a él, atrayendo hacia ella, olvidándose de todo, hasta de su propia inexperiencia y desnudez.

—Ven laird, hazme tuya para siempre… —susurró con una sensualidad y una entrega absoluta.



La luz de la mañana se filtraba por las pesadas cortinas de la habitación. Ya el fuego era algo extinto, sin embargo, los cuerpos de Rose y Malcolm seguían ardientes de pasión. La muchacha se abrazó a su guerrero mientras él volvía a besarla.

—Eres perfecta, mi rosa escocesa, nunca te apartes de mí —susurraba a tiempo que mordía sus labios.

—Lo prometo.

Una nube de preocupación cruzó la mente de Malcolm. David nunca perdonaría aquella deslealtad. Debían huir antes de que alguien los descubriera. Solo rogaba que Rose aceptara vivir con un proscrito. Pensó en su familia y en su clan. Su madre le había dicho que lo apoyarían y contaba con ello. Aun así, no podía dejar de sentirse un traidor.

—Rose, hay algo que debo decirte…

No pudo terminar la frase, una joven doncella irrumpió de repente en la habitación llevando una bandeja con el desayuno.

—Cúbrete —indicó el laird a su ángel a tiempo que intentaba esconderla. Si David se enteraba de lo sucedido, podría hacerlos colgar.

No obstante, Rose lo ignoró por completo, por el contrario, se mostró ante la doncella y sonrió con malicia.

—Ya sabes lo que tienes que hacer—La muchacha asintió y rápidamente se alejó dejándolos nuevamente a solas. Malcolm, por su parte, no salía de su asombro.

"¿Qué está sucediendo? ¿Es que acaso se ha vuelto loca?"

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —inquirió furioso —. David nos hará colgar por traición. Rápido visítete, debemos huir.

Pero Rose ya no lo escuchaba, por el contrario, con total despreocupación, volvió a enredarse entre las sabanas a tiempo que una sonora carcajada salía de sus preciosos labios.

Capítulo 56

La desafiante Rose Sinclair



Rose volvía a comparecer ante David, pero esta vez, no solo la acompañaba su laird, sino que no estaba siendo juzgada. Por el contrario, todo había salido a la perfección, tenía al hombre que amaba y que pronto se convertiría en su esposo. No por un año, sino por siempre, además de haber evitado el desastre con la corona inglesa.

Por fortuna, cuando la doncella corrió con la noticia de lo que había visto en la habitación del laird MacLeod, la reina estaba al tanto de su plan. Por lo que Joan intercedió en su favor en cuanto su testarudo esposo se enteró de lo que había sucedido. Si Rose había sido comprometida por Malcolm, el laird no podía casarse con esa noble perteneciente a la corte del rey Edward.

Además, David se lo debía después de como la había tratado, Rose se aseguró de que todos en Stirling la escucharan, por lo que al rey no le quedó más remedio que ceder. El único que parecía furioso era su futuro esposo, no le perdonaba que lo hubiera engañado de ese modo.

"Ja, como si él no hubiera disfrutado robándome la virginidad"

Rose se encogió de hombros, estaba segura de que lo convencería. Ahora que conocía los puntos débiles de Malcolm, sabía que sería una tarea de lo más sencilla. No solo eso, contaba con el beneplácito de Lady Catherine, Penny y Roderick. Les encantaba tener una nueva integrante en la familia, en especial, una que había salvado a Malcolm de casarse con una inglesa.

Ahora solo quedaba resolver el candidato que reemplazaría al laird MacLeod. Alguien debía responder por aquella traición, como la llamaba el rey.

La mayor de las hermanas Sinclair, por otra parte, ya había encontrado una solución. Y era por esa razón que comparecía en el salón del trono.

—Y bien, ¿qué es eso que quieres decirme, Lady Sinclair —inquirió el rey a desgano. Esa muchacha solo le había traído problemas desde su llegada a la corte.

—Su majestad, estoy al tanto de los problemas que han surgido tras lo sucedido… —Rose hizo una pausa, quizá aquello no había sido una buena idea. La mirada inquisidora de David no le gustaba ni un ápice. Aun así, continuó ante los atentos presentes de la corte —. Sé que Edward estará esperando por esa boda y creo haber encontrado el perfecto reemplazo del laird MacLeod.

—¿Una mujer? ¿Crees que conoces de política? —Se burló el soberano logrando que sus cortesanos también rieran.

La muchacha apretó los puños, maldiciendo a ese rey traidor. A fin de cuentas había engañado a su esposa con esa arpía pelirroja.

—Así es, he aprendido de la mejor, "mi madrina"—respondió en un evidente desafío. Los murmullos no tardaron en aparecer. Todos en la corte sabían quién tomaba las decisiones importantes, y no era precisamente el rey.

Malcolm, por su parte, cerró los ojos. Rose se estaba arriesgando a que David tomara represalias.

—Silencio —ordenó el soberano clavando sus oscuros ojos en la provocadora muchacha.

Nadie se atrevió a hablar, ni siquiera Rose. Su corazón latía desbocado. Se había adentrado en aguas peligrosas al desafiar al rey. Pero detestaba ser tratada como una estúpida. Finalmente, al cabo de lo que pareció una eternidad, David se incorporó de su trono y con desprecio dijo:

—Muy bien, Lady Sinclair, hable —siseó en una voz furiosa y controlada a la vez.

Rose asintió a tiempo que tomaba una profunda bocanada.

—He pensado…, he pensado que Brandon Murray es un buen partido. No solo pertenece a uno de los clanes más poderosos del sur, sino que está en busca de una esposa.

Roderick soltó un suspiro. Por un instante, había pensado que su futura cuñada sugeriría su nombre. Hasta su madre, Catherine dudó lo mismo. Penny por su parte, sentada junto a una nerviosa Sophie, se divertía al ver los rostros pálidos de su familia.

David sopesó la sugerencia de Rose Sinclair. Debía reconocer que la muchacha era hábil, no solo había encontrado una solución para la corona, sino que, de alguna manera, le había devuelto el favor a los Bolton.

—Brandon Murray —La voz del rey resonó en cada rincón del salón del trono —. ¿Qué tienes que decir? ¿Aceptarías desposarse con la muchacha inglesa?

Un silencio atronador envolvió el lugar. Todas las miradas de los presentes, se voltearon hacia el posible candidato. Rose también lo hizo, el Murray, parecía tan blanco como la luna más brillante. De no haber sido porque estaba frente al rey, le hubiera resultado divertido.

Antes que Brandon pudiese responder, su madre se adelantó haciendo una reverencia ante el soberano.

—Acepta, majestad, mi hijo estará encantado de desposarse con esa joven.

Rose sintió ganas de gritar de alegría. Su plan había sido perfecto. Estaba segura de que la madre de Brandon nunca se opondría a esa boda. Era evidente que su hijo no encontraría una mejor esposa que esa forastera.

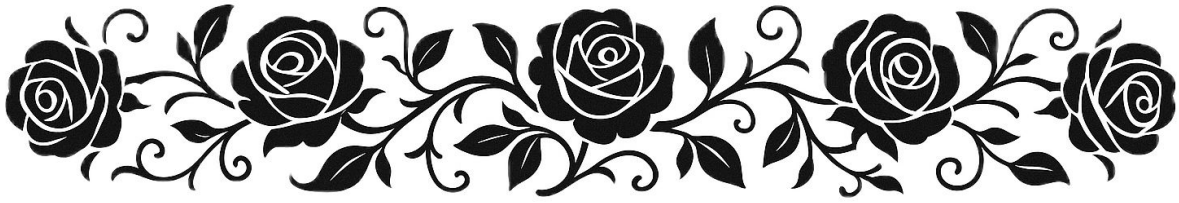
—Muy bien, está decidido. De inmediato partirá un emisario con las buenas nuevas —soltó el rey a tiempo que Brandon se erguía orgulloso.

Justo cuando Rose se volteaba para retirarse, la estridente voz de Lady Murray la detuvo. Ambas mujeres se miraron con detenimiento, la mayor de las hermanas contuvo el aliento, sin saber realmente lo que esperar. Su último encuentro había sido de lo más desastroso tras haberle ordenado a la cocinera del clan Sinclair que les sirviera pescado podrido durante la cena. ¿Sería que la madre de Brandon aún no la perdonaba?

—Lady Sinclair… —soltó la orgullosa mujer. La garganta de la muchacha se secó de pronto, a tiempo que el salón se le antojaba denso, como si las paredes se cerraran sobre ella—. Gracias.

Rose no sabía si reír o llorar. ¿Lady Murray le estaba agradeciendo? Sonrió a tiempo que soltaba el aire contenido.

—Brandon es un buen hombre, solo que no era el indicado para mí —respondió mientras sus grises y ávidos ojos buscaban a su laird.



Dos días más tarde, el gran *birlinn* de los MacLeod zarpaba hacia la isla de Skye. Todos estaban felices de regresar y abandonar Stirling, al menos por una buena temporada.

Malcolm observaba a su futura esposa, navegar el barco como el marinero más experimentado. No era de extrañar que todos quienes estaban a bordo, la admiraran. Su seguridad y destreza, podían competir contra el propio *Manannán mac Lir*. El laird MacLeod carcajeó al imaginarse a Rose discutiendo con el dios, lo mismo que lo había hecho con David. Su ángel plateado había dejado al rey sin palabras y ganado la batalla. A pesar de su engaño, debía reconocer que su arrojo lo había salvado de aquella absurda boda con esa noble inglesa. Rose Sinclair era la mujer más valiente de todas y que se convirtiera en su esposa lo enorgullecía.

—¿Por qué no dejas de comerla con los ojos y la llevas a la cama? —bromeó el laird Douglas mientras se detenía a su lado.

—Porque aún no la he perdonado por haberme engañado —respondió sin poder apartar la mirada de aquellas deliciosas caderas que tan bien recordaba.

Su ángel plateado era toda una visión con esos *braies* que dibujaban a la perfección su precioso trasero respingón. Su entrepierna se estremeció lo mismo que él.

—¿Engañado dices? Esa muchachita no te ha timado, te ha enamorado viejo amigo —Malcolm carcajeó —. Hazme caso, una vez que quede encinta, no podrás disfrutar de esos encuentros.

—¿Lo dices por experiencia? —inquirió el laird MacLeod divertido.

—Te lo aseguro, una vez que Clara, dé a luz, no saldrá de la cama por al menos un mes —declaró a tiempo que palmeaba el hombro de Malcolm —. Solo sigue mi consejo, algún día me lo agradecerás.

El líder de la isla de Skye asintió. Puede que William estuviera en lo cierto. Desde que los habían descubierto en su habitación, el recuerdo de la sedosa piel de Rose atormentaba cada parte de su cuerpo. Negó con la cabeza, era hora de dejar de ser tan obstinado. Como un cazador, se dirigió a su presa.

Para cuando llegó hasta su futura esposa, una enorme sonrisa lo recibió, logrando que sus piernas flaquearan.

Malcolm no sabía como lo hacía, pero Rose, tenía el poder de manejarlo a su antojo. Se abrazó a ella haciendo caso omiso a las miradas curiosas de sus guerreros y su familia. Poco le importaba, amaba a esa muchacha más que a la vida misma. Su rosa escocesa era y sería por siempre la razón de sus días.

—¿Entonces, mi laird, has levantado mi castigo? —inquirió Rose haciendo un mohín logrando que Malcolm carcajeara.

—Humm, no lo sé, aún no me he decidido… —respondió mientras recorría el cuello de la muchacha con pequeños besos.

—¿Hay algo que pueda hacer para que me perdones? —susurró Rose en aquella voz sensual que enloquecía al laird.

—Puede ser… ¿Por qué no vienes a mi camarote y lo discutimos?

Sin darle tiempo a reaccionar, la tomó en sus poderosos brazos sin dejar de besarla.

Solo con el poder de sus labios, la rosa escocesa volvía a ganar la batalla.

Epílogo



La alegría de regresar a sus tierras era tan inmensa, que desde que habían abandonado la isla de Skye, Rose no hacía otra cosa que sonreír. Su abultado vientre no le permitía moverse como deseaba, sin embargo, nada podía opacar su felicidad.

—¿Es que no piensas descansar? Si continúas así, nuestro hijo nacerá antes de tiempo —comentó Malcolm mientas pilotaba el timonel del *birlinn* que los llevaba al clan Sinclair.

—Mi poderoso laird, estoy embarazada, no inválida. Aún puedo gobernar este barco, lo mismo que tú.

El laird de los MacLeod carcajeó.

—Sobre mi cadáver—soltó divertido —. Lo que deberías estar haciendo, es prepararte para la boda de tu hermana, serán días muy largos —sugirió a tiempo que colocaba su mano sobre el vientre de su esposa.

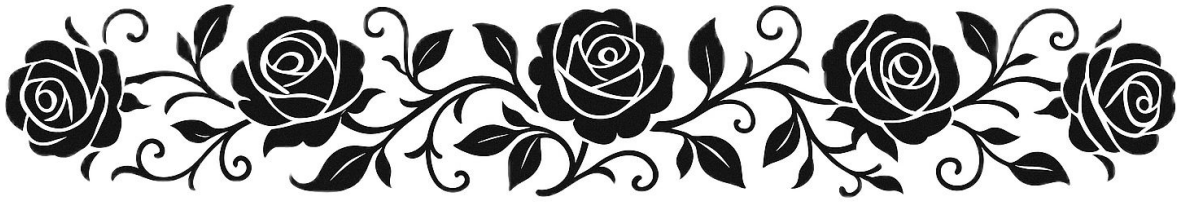
—Sigue allí…—comentó Rose observando la emoción de Malcolm, por su estado —, es muy pronto para que lo conozcas.

—No veo la hora de tenerlo entre mis brazos.

—Pues tendrás que esperar al menos tres meses más.

—¿Tres meses? William estaba en lo cierto…, —Se lamentó el laird —. Aun así… —Sin darle tiempo a reaccionar, atrajo a su esposa hacia él y le robó un apasionado y prolongado beso.

—Eres un canalla MacLeod, no quieres conocer a tu hijo, lo que quieres es llevarme a la cama —bramó Rose a tiempo que se alejaba de su esposo carcajeando.



Tres días más tarde, Sophie y Alistair se casaban en la vieja capilla del clan Sinclair. Por fortuna, había sido una de las pocas construcciones que sobrevivió al ataque de Blair, refugiando a sus pobladores hasta que pudieron reconstruir sus hogares.

Hamish, quien la había entregado al novio, se erguía orgulloso como un padre. La muchacha estaba radiante. Su dorado cabello brillaba lo mismo que su sonrisa. Alistair no solo ganaba una joya por esposa, sino que la responsabilidad de todo un clan.

Tras la boda de Rose con Malcolm, la mayor de las hermanas había decidido que Sophie se convertiría en la heredera del clan Sinclair. Estaba segura de que junto al *tannistear* de los MacLeod, gobernarían el clan, no solo con justicia, sino con bondad.

—¿Crees que Alistair podrá con todo esto? —inquirió Roderick a su tío mientras observaba las vastas tierras del clan Sinclair.

—Por supuesto, no te olvides de que ha trabajado codo a codo con tu hermano. Si alguien merece esta oportunidad es él. Será un buen laird, no lo dudes. Además, ambos contarán con mi apoyo.

—¿Entonces has decidido quedarte aquí? —preguntó Malcolm uniéndose a la charla entre su hermano y su tío.

—Así es, he sido *tannistear* de los Sinclair por demasiados años, no podría dedicarme a otra cosa —respondió con orgullo.

—Lo sé. Alistair y Sophie serán muy afortunados de tenerte —Hamish asintió.

—El honor es todo mío muchacho —dijo su tío mientras palmeaba su hombro.

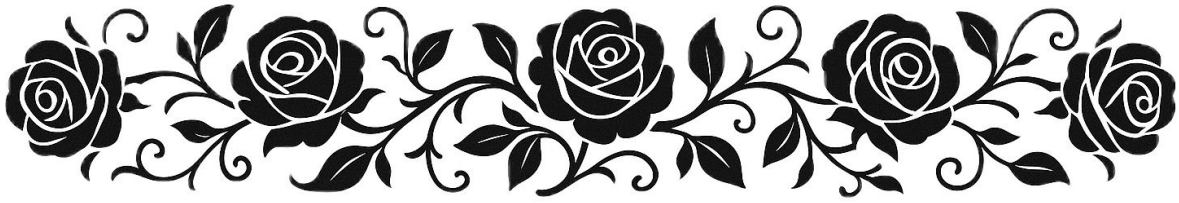
—Ahora solo quedas tú, hermano —bromeó Malcolm dirigiéndose al menor de los MacLeod.

Roderick carcajeó.

—Eso es imposible, te has casado con la mujer de mis sueños —Se mofó Roderick sabiendo que cabrearía a Malcolm.

—No sigas si quieres conservar tus bolas en su sitio —soltó el laird con seriedad. A pesar de que sabía que bromeaba, el recuerdo de la fiesta de compromiso de Penny regresaba a su mente.

—Será mejor que me retire entonces, quizá Rose y Sophie tengan alguna prima tan hermosa como ellas… —Malcolm y Hamish estallaron en risas mientras lo observaban alejarse hacia la playa.



Roderick tambaleó ligeramente, el sabor del *cruim* persistía en su boca recordándole cuanto había bebido. Se obligó a detenerse, la costa se desdibujaba frente a sus ojos, por lo que sabía, que sentarse sobre la arena sería lo mejor. Fijó la vista en el mar, intentando serenarse. La marea baja dejaba al descubierto las rocas que emergían como tortugas marinas. El sol se filtraba por las nubes, obligándolo a entrecerrar los ojos. Fue entonces, en que una extraña figura apareció a lo lejos.

Al principio pensó que eran sombras. O un truco de los brillantes rayos del sol. Sacudió su cabeza, en un intento por disipar su mente. Pero no. Seguía allí.

La curiosidad lo obligó a acercarse. Conforme avanzaba, más se aseguraba que era una muchacha. Solo estaba allí, de pie, sobre las rocas. El agua caía por su vestido rasgado, mientras que su oscuro cabello se pegaba a su espalda como una piel mojada. Hipnotizado

por la sensual imagen, Roderick continuó caminando. Seducido por aquel enigma.

"¿Y si es una selkie?"

—Debes estar volviéndote loco —murmuró.

Cuando la misteriosa muchacha se volteó hacia él, el corazón de Roderick dio un vuelco. Esa criatura que había aparecido de la nada, tenía los ojos más verdes y fascinantes que jamás había visto. Mientras que su piel, era tan pálida y tersa que parecía brillar con luz propia. Nunca, ni en sueños, había conocido una mujer de tal belleza.

"Por San Andrés, es preciosa…"

—¿Estás bien? —inquirió aun dudando si era real.

La muchacha asintió bajando la mirada y al laird de la isla de Lewis le pareció la imagen más sensual del mundo. Todo su cuerpo se tensó a tiempo que un calor incontrolable embriagaba cada terminación nerviosa.

"¿Qué te sucede? Contrólate Roderick"

—Mi barco... naufragó. No queda nadie más. Solo yo.

El laird sintió un nudo en la garganta. La voz de la preciosa joven era suave, erótica. Parecía el canto de una sirena de leyenda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ansioso por saber su nombre.

La muchacha lo observó unos instantes, debatiéndose si debía revelar su identidad al atractivo desconocido frente a ella.

¿Y si era uno de los hombres de su prometido? No había llegado hasta allí para ser capturada. Sin embargo, su ropa y su voz parecían las de un escocés. Quizás hasta conociera a su padre.

Había salido en su búsqueda después de que su madre la vendiera a ese viejo decrépito por unas pocas monedas de oro. Su progenitora la culpaba porque su padre las había abandonado cuando no era más que una cría. Ella nunca lo creyó. Años más tarde, trabajando en la taberna de su pueblo, escuchó el nombre de su progenitor en boca de unos forasteros escoceses. Decidida a encontrarlo, ahorró lo suficiente como para pagarse un pasaje hasta allí y tras el anuncio de su compromiso, escapó.

El capitán del barco le aseguró que el hombre que buscaba, de seguro, se encontraría en el norte de Escocia. Era evidente que su padre era famoso, pensó la ilusa joven, al escuchar al capitán. Quizá hasta era un hombre rico. La muchacha jugó con la idea de que en cuanto lo encontrara, su progenitor estaría feliz de verla. De seguro, la protegería de ese viejo decrépito y de su madre.

Una noche, mientras soñaba con su futuro, la tormenta la encontró en la húmeda bodega del barco. No tuvo tiempo a reaccionar. La poderosa marea destrozó la embarcación en cuestión de minutos, y con ella toda su tripulación. Muirenn fue la única sobreviviente. Por lo que no estaba simplemente sola, sino que no tenía idea en donde se encontraba. No obstante, estaba viva y con ello la oportunidad de hallar a su padre y su felicidad.

Decidió entonces arriesgarse y revelar su nombre al atractivo escocés que, desde que había llegado, le había parecido el hombre más guapo que alguna vez hubiera visto. Con una gran sonrisa y a tiempo que descendía de la roca, se encontró con su profunda mirada azul. Hipnotizada por aquellos ojos, extendió su mano a modo de saludo. La joven contuvo el aliento mientras que un extraño sentimiento se apoderó de su corazón en cuanto sus pieles se rozaron.

—Muirenn, mi nombre es Muirenn O`Callahan.

FIN… (O no)

Glosario

Tannistear: Primer oficial

Claymore: Espada comunmente usada por los highlanders. Era una especie de mandoble utilizada con ambas manos.

Selkie: Una selkie es una criatura mitológica del folclore de las Islas Orcadas y Shetland (Escocia). Es un ser que puede cambiar de forma entre foca y humano. En el mar son focas, pero cuando llegan a tierra firme, se desprenden de su piel de foca y se transforman en humanos (usualmente bellísimos).

Birlinn: Una birlinn es un tipo de embarcación tradicional escocesa, especialmente asociada con las Tierras Altas (Highlands) y las Islas Hébridas, que fue muy utilizada durante la Edad Media.

Braccae: Eran una prenda común en Europa durante la Edad Media y también en épocas anteriores, como la época romana y germánica. Las braccae eran pantalones o calzas largos que llegaban hasta las rodillas o los tobillos.

Plaid: El plaid es una prenda tradicional escocesa muy icónica, especialmente asociada con los clanes de las Tierras Altas (Highlands). Un plaid (pronunciado "pléd") es una larga pieza de tela de lana tejida con el patrón de tartán (cuadros de colores característicos de cada clan). Su longitud varía, pero tradicionalmente podía medir entre 4 y 6 metros.

Balar: Ser del folklore escocés, malhumorado y molesto.

Lowlander: Habitante de las tierras bajas (sur) de Escocia.

Brownie: Un brownie es un espíritu del hogar en la mitología escocesa (y también en partes del norte de Inglaterra). Es una criatura pequeña, invisible la mayor parte del tiempo, que vive en las casas o granjas.

Laird: Terrateniente.

Cruim: Bebida parecida a la cerveza.

Arisaid: Es como una falda larga y drapeada, que se usaba para cubrir el cuerpo desde los hombros hasta los pies.

Ceilidh: Ceilidh" (pronunciado "kay-li") es una palabra gaélica escocesa que significa "reunión" o "fiesta". Originalmente, refería a encuentros sociales donde se compartían historias, música y bailes, principalmente en Escocia e Irlanda.

About The Author

Carolina MacLeod



Me llamo Carolina McLeod. Nací en Buenos Aires bajo el signo de Virgo, lo que probablemente explica por qué soy visualista, detallista… y sí, un poquito obsesiva a la hora de escribir (y corregir… y volver a corregir).

Mi gran pasión es transformar las palabras en emociones, construir historias que nos hagan viajar en el tiempo, respirar otro aire y tal vez... enamorarnos un poquito.

Amo la mitología nórdica, las novelas históricas, y admiro profundamente a las grandes escritoras clásicas del género, esas que nos enseñaron que un vestido empolvado puede ocultar una historia de fuego.

Soy fanática de los animales (especialmente si son rescatados y peludos), del mar en todas sus versiones, y de las tardes en las que hay más páginas que horas, más libros que preocupaciones, y si es con amigos y mascotas, mejor.

Me encanta leer y reseñar a otros autores, sobre todo si la historia tiene corazón.

¿Quieres encontrarme?
Estoy en Instagram como @caromcleod-escritora
En TikTok y Facebook como @carolinamcleodescritora
Y también puedes visitar mi web: carolinamcleodes.webador.es

Si llegaste hasta acá, probablemente compartimos una misma locura: la de vivir muchas vidas entre páginas.

Books By This Author

Lo que esconde la sangre (Serie Highlands I)

Megan Mackay es una orgullosa muchacha de las Highlands de Escocia, sobrina del laird Douglas Mackay, quien desea presentarla en la corte del rey Alejandro a los fines de desposarla, sin embargo, ella es rebelde e impetuosa, y no permitiría que ello ocurriera. Una mujer guerrera, quien no desea ser doblegada.
Vivirá sueños que le revelarán su identidad y que la acompañarán, mostrándole su camino. Se encontrará en medio de disputas entre dos países que la reclaman.
Su sangre oculta un poderoso secreto, que la llevará a tener que decidir su destino y por el que se enfrentará a quien menos lo espera.

"Ella era ahora esa guerrera, aquella de sus sueños..."
Una historia de traición, venganza, guerras y romance, donde la fantasía y la mitología nórdica tendrán un rol principal.
¿Podrá la sangre triunfar?
Acompaña a sus protagonistas en esta hermosa historia.

Elegidos por la sangre (Serie Highlands II)

Si la profecía se cumple, la guerra se desatará y puede que el Hellheim triunfe. Gunnar llega al Clan Sutherland para preparar al "Pequeño General", el hijo de Connor y Megan. Pero nada es tan sencillo como parece y la amenaza ha llegado junto con el vikingo. En su camino conocerá a una joven salvaje que lo atormentará y hará flaquear su promesa, aquella que lo marcó en el pasado.
Ayla sueña con el amor, sin embargo, ese vikingo testarudo es un hueso duro de roer.
¿Podrán estos seres tan opuestos unir sus corazones?
Un protector, una joven descastada y un niño deberán enfrentarse al

peligro y a la destrucción.

Mitología, fantasía, traición, luchas, guerra, romance y pasión en esta nueva historia de la serie.

El ascenso de la sangre (Serie Highlands III)

SU VIDA HA SIDO MARCADA POR LA PROFECÍA DEL HELHEIM DESDE SU NACIMIENTO.
UNA BENDICIÓN Y AL MISMO TIEMPO UNA MALDICIÓN QUE LO CONSUME.
HA LLEGADO EL MOMENTO DE ENFRENTARSE A ELLA.
LACHLAN NO LO DESEA, SERÁ ELIN QUIÉN TENDRÁ LA MISIÓN DE GUIARLO HACIA LA LUZ ANTES DE QUE LA OSCURIDAD LO CONSUMA.
LA GUERRA SE AVECINA. DOS ALMAS QUE SE UNEN A PESAR DE LOS OBSTÁCULOS. UN INFIERNO QUE NO DESCANSARÁ HASTA DEVORARLO TODO.
UNA ADVERTENCIA, UN LLAMADO, UNA PROFECÍA DE SANGRE.
¿PODRÁ EL AMOR SER MAS PODEROSO QUE EL MISMO INFIERNO?
¿O ARDERÁ HASTA QUE SEA SOLO CENIZAS?
VIKINGOS, HIGHLANDERS, ROMANCE, FANTASÍA Y MITOLOGÍA NÓRDICA, EN EL FINAL DE ESTA MARAVILLOSA SERIE.
ACOMPAÑA A SUS PROTAGONISTAS EN ESTA NUEVA Y ÚLTIMA AVENTURA.

Pasión en tiempos del asesino

Los asesinatos múltiples son, sin lugar a duda, uno de los más terribles y fascinantes fenómenos de la criminalidad moderna. A menudo, no somos conscientes de lo vulnerables que somos cuando alguien decide asesinarnos con sorprendente facilidad. Nadie imaginaría, en la mayoría de los casos, que una persona cercana puede cometer atroces crímenes. Una enigmática conducta que nos atrae y nos interesa, porque es poco común y no estamos acostumbrados a ella.

Acompaña al detective Álvaro Moya y a Gema Arzúa, la preciosa forense, porque no solo deberán dar con este asesino desalmado. Si no que tendrán que intentar, no asesinarse mutuamente.
Dos voluntades, dos opuestos, que caerán sin remedio en una pasión letal.
Pasión, amor, romance, misterio, suspenso en este thriller un tanto particular en donde los protagonistas serán testigos de la intriga y la persecución de un asesino que los enredará en su macabra red de venganza.

Un highlander de regalo

¿Qué harías si te obligaran a casarte? No solo para salvar tu clan, sino también tu legado.
¿Qué pasaría si entre tanto alguien desea asesinarte?
Sarah Mackintosh, heredera de su clan, adora los libros y los highlanders del pasado.
Angus Gordon, su albacea, ama la modernidad y odia el compromiso.
Ambos tendrán que enfrentar un deber irrevocable.

Una Maldición que solo la magia de la navidad puede romper.
Una bruja dorada, un highlander de novela, las hermanastras de Cenicienta, la madre, una hechicera malvada y una tormenta infernal se unen en esta novela navideña un tanto diferente.
Romance, intriga, maldiciones y mucho amor.
Porque no hay navidad sin él.